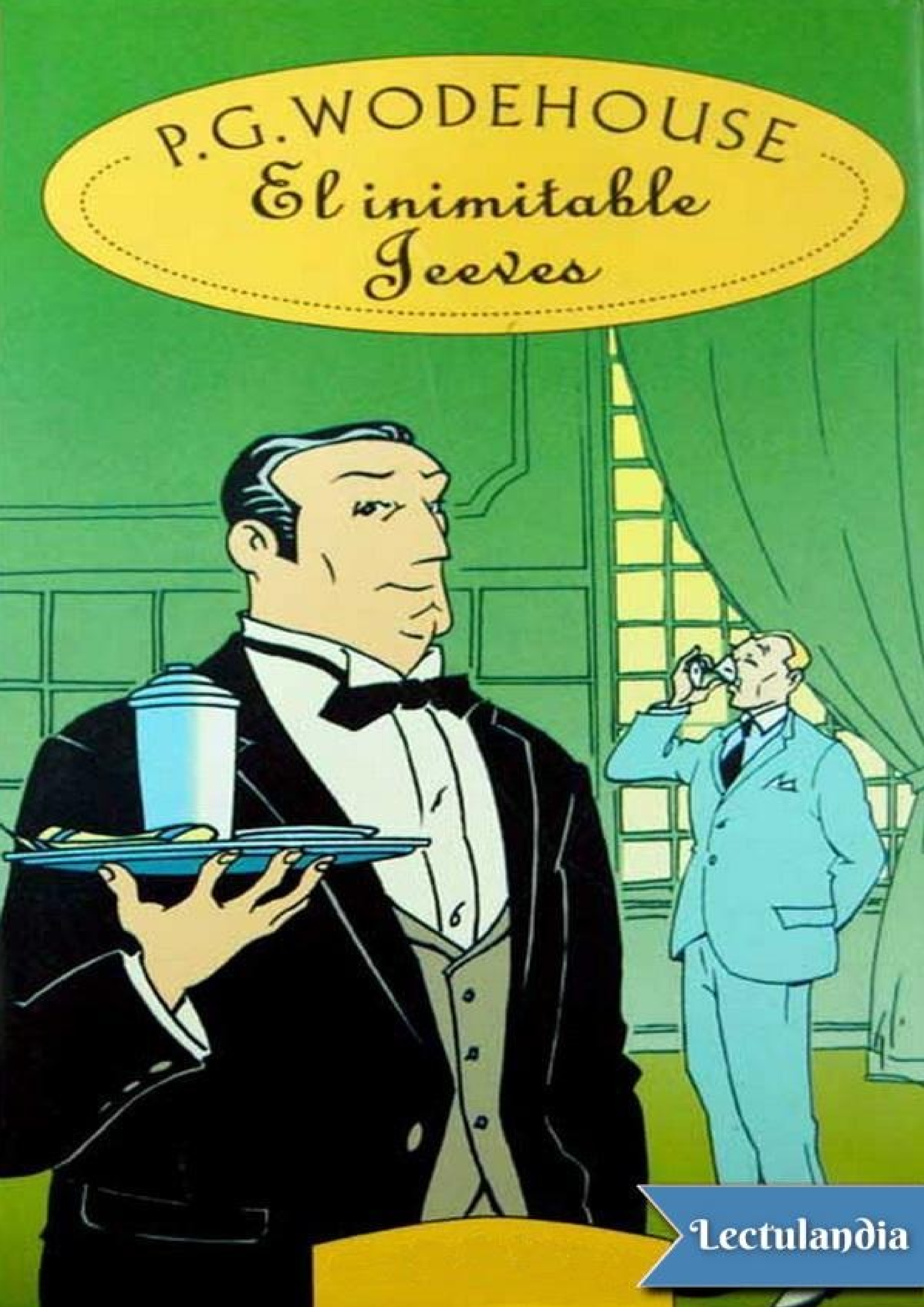

P.G. WODEHOUSE
El inimitable
Jeeves
Lectulandia

El enamoradizo Bingo Little, amigo de Bertie, ha hecho una vez más honor a su fama. Esta vez el objeto de sus desvelos es Mabel, camarera en un restaurante de poca fama. Y como suele suceder con Bingo, la pasión le invade, le tortura, y sus sufrimientos amorosos sólo pueden resolverse mediante el matrimonio… o el suicidio. ¿Y por qué no el primero, se preguntará el lector, puesto que es menos irrevocable que la muerte?…

P.G. Wodehouse

# El inimitable Jeeves

ePUB v1.0
**Jeeves** 09.02.13

Título original: *The Inimitable Jeeves*
P.G. Wodehouse, 1946.
Traducción: Emilia Bertel

Editor original: Jeeves (v0.1 a v1.0)
Corrección de erratas: Jeeves
ePub base v2.1

# Capítulo I
# Jeeves hace funcionar su acreditado cerebelo.

—Buenos días, Jeeves —dije.

—Buenos días, señor —dijo Jeeves.

Dejó suavemente la taza de té sobre mi mesita de noche, y yo bebí un sorbo de la reconfortante bebida. Estaba en su punto, como siempre. Ni demasiado caliente ni demasiado dulce, ni demasiado floja ni demasiado fuerte, no tenía demasiada leche y ni una sola gota se había derramado sobre el platito. Era un tipo asombroso este Jeeves, siempre tan capacitado en todo género de cosas. Lo he dicho en otras ocasiones y lo repetiré de nuevo. Aquí tienen ustedes un pequeño ejemplo. Todos los demás criados que habían estado a mi servicio irrumpían en mi habitación cuando aún me encontraba dormido, y esto era un terrible suplicio para mí: pero Jeeves parece saber, mediante una especie de telepatía, el momento justo en que me despierto. Entra siempre con la taza sin hacer el menor ruido exactamente dos minutos después de haber vuelto yo a la vida. Esto constituye una notable diferencia en el comienzo del día de un individuo.

—¿Qué tiempo hace, Jeeves?

—Excepcionalmente benigno, señor.

—¿Hay alguna novedad en los periódicos?

—Leves disturbios en los Balcanes, señor. Y nada más.

—Oiga, Jeeves, un hombre que vi en el club anoche me dijo que me jugara la camisa por Privateer, que tomará parte en las carreras de las dos en punto de la tarde. ¿Qué opina usted?

—No se lo aconsejaría, señor. Esas caballerizas no me inspiran mucha confianza.

Esto era suficiente para mí. Jeeves lo sabe. Cómo, no podría decirlo, pero lo sabe. Hubo un tiempo en que me hubiera reído suavemente, hubiera hecho mi santa voluntad y habría perdido lo poco que poseo por no seguir su consejo; pero ahora, no.

—Hablando de camisas —dije—, ¿han llegado ya las camisas de color malva que encargué?

—Sí, señor. Las devolví.

—¿Que las devolvió?

—Sí, señor. No le habrían sentado bien.

Bueno, confieso que tenía una elevada opinión de esas camisas, pero me incliné ante la sabiduría superior. ¿Debilidad? No sé. Muchas personas, sin duda, opinan que sus criados deben limitar sus actividades a planchar la raya de los pantalones y otras cosas semejantes sin tratar de gobernar la casa; pero con Jeeves es distinto. Desde el día que entró a mi servicio, le he considerado una especie de guía, filósofo y amigo.

—Míster Little llamó por teléfono hace un momento, señor. Le informé que usted

aún no se había despertado.

—¿Dejó algún mensaje?

—No, señor. Dijo que tenía que discutir con usted un asunto de importancia, pero no entró en detalles.

—Bien, supongo que lo veré en el club.

—Sin duda, señor.

Yo no sentía lo que pudiera llamarse una impaciencia febril. Bingo Little es un muchacho con quien fui a la escuela, y seguimos viéndonos muy a menudo. Es sobrino del viejo Mortimer Little, que se ha retirado recientemente de los negocios después de haber acumulado una buena fortuna. (Probablemente han oído ustedes hablar del «Linimento Little - Da flexibilidad a las piernas»).

Bingo campa por Londres con una pensión bastante considerable que le pasa su tío, y lleva, en general, una vida sin preocupaciones. No era posible que algo que él definiera como asunto importante resultase realmente importante. Supuse que había descubierto una nueva marca de cigarrillos y querría que yo la probara, o algo por el estilo, y, por tanto, no eché a perder mi desayuno con preocupaciones.

Terminado el desayuno, encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana abierta para inspeccionar el día. Era, por cierto, magnífico y claro.

—Jeeves —dije.

Estaba quitando de la mesa los cubiertos del desayuno, pero al oír el sonido de la voz de su joven amo, suspendió cortésmente su tarea.

—Tenía usted razón respecto al tiempo. Hace una mañana magnífica.

—Decididamente, señor.

—La primavera y demás zarandajas.

—Sí, señor.

—En primavera, Jeeves, la satinada paloma tiene un brillo más irisado.

—Así me han informado, señor.

—¡Muy bien! Entonces tráigame mi traje a cuadros, los zapatos más amarillos que tengo y mi viejo Homburg verde. Voy al Park a bailar danzas pastorales.

No sé si conocen ustedes la sensación que se experimenta hacia fines de abril y primeros de mayo, cuando el cielo es de un azul diáfano, con nubes de algodón y una brisa ligera que sopla del oeste. Es una sensación embriagadora. Hasta diré romántica, si me entienden ustedes. No soy hombre muy mujeriego, pero aquella mañana me parecía que lo que necesitaba verdaderamente era una encantadora muchacha que surgiera pidiéndome que la salvara de unos asesinos o algo semejante. Así que experimenté cierta desilusión al tropezarme tan sólo con el joven Bingo Little, el cual presentaba un aspecto perfectamente repulsivo con una corbata de raso carmesí decorada con herraduras de caballo.

—Hola, Bertie —dijo Bingo.

—¡Dios me valga, hombre! —exclamé—. ¡Esa corbata! ¿Cómo se te ocurrió ponértela? ¿Qué motivo te ha inducido a ello?

—Oh, ¿la corbata? —Se sonrojó—. Yo… verás… me la regalaron.

Parecía azorado y no hablé más de la corbata. Caminamos un rato y nos sentamos en dos sillas cerca del Serpentine.

—Jeeves me ha dicho que deseabas hablarme a propósito de algo —dije.

—¿Cómo? —exclamó Bingo, con un sobresalto—. ¡Ah, sí! ¡Sí, sí!

Esperé que desembuchara el tópico del día, pero no parecía querer ponerse en marcha. La conversación languideció. Bingo miraba ante sí de un modo que podría llamarse vidrioso.

—Oye, Bertie —dijo después de una pausa de una hora y cuarto aproximadamente.

—¿Qué hay?

—¿Te gusta el nombre de Mabel?

—No.

—¿No?

—No.

—¿No te parece que hay una especie de música en esa palabra, como el viento que susurra a través de las copas de los árboles?

—No.

Por un momento pareció decepcionado; luego se animó.

—Naturalmente, no puede gustarte. Siempre fuiste un torpe gusano sin alma. ¿No es así?

—Tú lo has dicho. ¿Quién es ella? Cuéntamelo todo.

Me había dado cuenta de que el pobre Bingo había perdido una vez más la cabeza. Desde que le conozco —y fuimos juntos a la escuela—, ha estado enamorándose perpetuamente de alguien, por lo general en primavera, estación que parece obrar sobre él como una droga mágica. En la escuela era quien poseía la mejor colección de fotografías de artistas; en Oxford su romántica naturaleza constituía la diversión de todo el mundo.

—Lo mejor que podrías hacer es venir a almorzar conmigo; así la conocerías.

—Esa sugerencia me parece de primera —dije—. ¿Dónde tienes que encontrarte con ella? ¿En el Ritz?

—Cerca del Ritz.

Geográficamente, tenía razón. A unos cincuenta metros al este del Ritz hay una de esas horribles tiendas de té y pasteles que se ven esparcidas por todo Londres y, aunque no lo crean ustedes, allí se precipitó el joven Bingo como un conejo que vuelve a su madriguera; y antes de que yo tuviera tiempo de decir una sola palabra estábamos sentados a la mesa, ante un silencioso charco de café abandonado por un

cliente mañanero.

Confieso que no veía las cosas claras. Bingo, si bien no nadaba en la abundancia, siempre ha tenido bastante más de lo necesario. Sin contar lo que le pasaba su tío, sabía yo que había acabado aquella temporada con una buena tendencia hacia el lado derecho del libro mayor. ¿Por qué, pues, había invitado a almorzar a la muchacha en un figón abandonado de la mano de Dios? No serla porque estuviese escaso de dinero.

En aquel momento llegó la camarera. Era una muchacha bastante bonita.

—¿No vamos a esperar…? —empecé a decir a Bingo, pensando que era un poco fuerte que, después de invitar a una chica a almorzar con él en semejante tugurio, se precipitara sobre la comida antes de llegar ella. Pero cuando vi la expresión de su cara me callé.

Hacía rodar los ojos y su faz estaba cubierta de intenso rubor.

—¡Hola, Mabel! —dijo, con una especie de sollozo.

—¡Hola! —dijo la muchacha.

—Mabel —dijo Bingo—, éste es Bertie Wooster, un amigo mío.

—Encantada de conocerle —dijo ella—. Hermosa mañana.

—Estupenda —dije yo.

—Ya ve usted que llevo la corbata —dijo Bingo.

—Le sienta a usted muy bien —dijo la muchacha.

Si alguien me hubiese dicho que una corbata como aquélla me sentaba bien, me habría levantado y le hubiera atizado un porrazo, sin consideración de edad o sexo; pero el pobre Bingo quedó medio alelado de satisfacción y sonrió de la manera más horrorosa.

—Bueno, ¿qué va a tomar hoy? —preguntó la muchacha, introduciendo los negocios en la conversación.

Bingo estudió la carta devotamente.

—Tomaré una taza de chocolate, ternera fría y una empanada de jamón, un pedazo de tarta de frutas y un almendrado. ¿Tomarás lo mismo, Bertie?

Miré a Bingo, indignado. El hecho de que hubiese sido amigo mío tantos años y, no obstante, me creyese capaz de insultar a mi viejo estómago con aquella fantasía gastronómica, me hirió en lo más profundo del alma.

—¿O qué te parecería un budín caliente de carne, con una espumosa limonada para hacerlo pasar? —dijo Bingo.

Es realmente horroroso contemplar de qué manera el amor puede hacer cambiar a un hombre. El muchacho que yo tenía delante y que hablaba con tanta indiferencia de almendrados y limonadas, era el mismo que yo viera en días más felices explicar al camarero del Claridge cómo quería que el *chef* preparase *la solé frite du gourmet aux champignons* y amenazar con arrojársela a la cabeza si no estaba al punto.

¡Espantoso!

Un panecillo con mantequilla y un café parecían ser las únicas cosas de la carta que no hubiesen sido especialmente preparadas por los peor intencionados de la familia Borgia para la gente por la que sintieran especial rencor, de modo que los escogí y Mabel se fue.

—¿Bien? —dijo Bingo, arrobado.

Comprendí que quería mi opinión acerca de la envenenadora que acababa de dejarnos.

—Muy mona —dije.

Esto no pareció satisfacerlo.

—¿No crees que es la muchacha más hermosa que has visto en tu vida? —dijo ardientemente.

—¡Oh, claro! —dije para apaciguar su ardor— ¿Dónde la conociste?

—En un baile benéfico de Camberwell.

—¿Qué diablos hacías en un baile benéfico de Camberwell?

—Tu ayuda de cámara, Jeeves, me preguntó si quería comprarle un par de entradas. Era para ayudar a una obra de caridad.

—¿Jeeves? No sabía que se ocupara de esas cosas.

—Supongo que de cuando en cuando tendrá que distraerse un poco. Sea como fuere, allí estaba divirtiéndose de lo lindo. Al principio yo no tenía la intención de asistir, pero luego me decidí a echar un vistazo. ¡Ay, Bertie, piensa en lo que me hubiera perdido!

—¿Qué te hubieras perdido? —pregunté, pues las palabras de Bingo me parecieron algo nebulosas.

—¡Mabel, idiota! De no haber ido, no hubiera conocido a Mabel.

—¡Ah, ya!

En este punto, Bingo se sumió en una especie de éxtasis, del que salió únicamente para concentrarse en la empanada y el almendrado.

—Bertie —dijo al poco—. Quiero tu consejo.

—Adelante, pues.

—Bueno, en realidad no es tu consejo lo que quiero, porque eso no serviría de nada a nadie. Quiero decir que tú eres un perfecto asno, ¿no es así? Y conste que no quiero herir tus sentimientos, naturalmente.

—No, no, ya lo veo.

—Lo que quiero que hagas es que expongas el asunto a Jeeves para ver lo que sugiere. Me has dicho a menudo que ha ayudado a salir de apuros a otros amigos tuyos. Por lo que he comprendido, está en camino de ser el cerebro de la familia.

—Hasta ahora nunca me ha defraudado.

—Entonces, exponle mi caso.

—¿Qué caso?

—Mi problema.

—¿Qué problema?

—Pues el de mi tío, naturalmente. ¿Qué piensas que dirá mi tío de todo esto? Si se lo suelto en frío, se me cae cuan largo es sobre la alfombra.

—Es un tipo propenso a las emociones, ¿eh?

—De un modo u otro he de preparar su mente para recibir la noticia; pero ¿cómo?

—¡Ah!

—¡Es una gran ayuda ese «ah»! Yo, ¿comprendes?, dependo prácticamente del viejo. Si me corta la asignación, estoy listo. De modo que se lo cuentas todo a Jeeves y a ver si él puede conseguir que todo acabe felizmente. Dile que mi futuro está en sus manos y que, si las campanas llegan a tocar a boda, puede contar conmigo y hasta con la mitad de mi reino. Bueno, llama a eso diez machacantes. Jeeves se empleará a fondo con diez machacantes en el horizonte, ¿verdad?

—Indudablemente —dije yo.

No me sorprendía en absoluto que Bingo quisiera mezclar a Jeeves en sus asuntos particulares. Es lo primero que se me hubiera ocurrido de encontrarme metido en un embrollo. Como he tenido frecuentemente ocasión de observar, Jeeves es un pájaro de excepcional intelecto, lleno de ideas luminosas. Si alguien podía arreglar las cosas para el pobre viejo Bingo, era Jeeves.

Lo puse en antecedentes aquella misma noche, después de cenar.

—Jeeves.

—¿Señor?

—¿Está ocupado de momento?

—No, señor.

—Quiero decir, ¿no está haciendo nada de particular?

—No, señor. Tengo la costumbre de leer a esta hora algún libro instructivo; pero si usted desea mis servicios, esto puede ser fácilmente aplazado o, desde luego, abandonado completamente.

—Bueno, quiero que me dé un consejo. Se trata de míster Little.

—¿El joven míster Little, señor, o el anciano míster Little, su tío, que vive en Pounceby Gardens?

Jeeves parece conocer a todo bicho viviente. Es algo asombroso. Prácticamente he sido amigo de Bingo toda la vida, y no obstante no recuerdo haber oído decir jamás que su tío viviera en un lugar determinado.

—¿Cómo sabe que vive en Pounceby Gardens? —pregunté.

—Una amistad íntima me une con la cocinera del anciano míster Little, señor. De hecho, tenemos relaciones.

He de confesar que eso me hizo sobresaltar un poco. La verdad es que nunca

había pensado que Jeeves se dedicara a esas cosas.

—¿Quiere decir que está prometido?

—Puede decirse que más o menos es así, señor.

—¡Vaya, vaya!

—Es una cocinera extraordinaria, señor —dijo Jeeves, como si comprendiera que debía dar una explicación—. ¿Qué deseaba preguntarme el señor a propósito de míster Little?

Le di toda clase de detalles.

—Y así está el asunto, Jeeves —dije—. Creo que debemos animarnos un poco y ayudar al pobre Bingo a lograr su propósito. Hábleme del viejo míster Little. ¿Qué tipo de hombre es?

—Tiene un carácter algo curioso, señor. Desde que se retiró de los negocios hace vida de recluso, y ahora se dedica casi por entero a los placeres de la mesa.

—¿Quiere decir que es un cerdo glotón?

—Yo no me tomaría la libertad de describirlo con esos mismos términos, señor. Es lo que habitualmente se llama un *gourmet*. Atribuye gran importancia a lo que come, y por esta razón aprecia sobremanera los servicios de miss Watson.

—¿La cocinera?

—Sí, señor.

—Bueno, me parece que lo mejor será que el joven Bingo hable una noche después de cenar. Estará en el mejor estado de espíritu, probablemente, y dispuesto a derretirse.

—Lo malo es, señor, que actualmente míster Little está sometido a un severo régimen a causa de un ataque de gota.

—La cosa se pone fea.

—No, señor. Creo que la desgracia del viejo míster Little puede redundar en beneficio del joven míster Little. El otro día estuve hablando con el criado de míster Little, y me dijo que su principal tarea consiste ahora en leer en voz alta a míster Little por las tardes. Si yo estuviera en su lugar, señor, mandaría al joven míster Little a que le leyera a su tío.

—¿La devoción del sobrino, quiere decir? Viejo señor conmovido por una acción amable, ¿no?

—En parte, sí, señor. Pero yo contaría más con la elección de la lectura del joven míster Little.

—Con eso no cuente. El bueno de Bingo tiene una cara simpática, pero cuando se trata de literatura, no pasa del *Sporting Times*.

—Esa dificultad puede ser salvada. Me encantará escoger los libros que vaya a leer a míster Little. ¿Puedo explicarle mi idea con más detalle?

—No puedo decir que hasta ahora la haya comprendido a la perfección.

—Mi método es, creo yo, lo que los propagandistas llaman «sugestión directa», señor, y consiste en inculcar una idea a fuerza de repeticiones constantes. ¿Ha ensayado el señor alguna vez ese sistema?

—¿Quiere decir que a uno le repiten constantemente que una determinada marca de jabón es la mejor, y que al cabo de un tiempo uno cae bajo esa influencia, y corre a la primera perfumería a comprar una pastilla?

—Exactamente, señor. Este método fue la base de la propaganda más valiosa que se hizo durante la reciente guerra, señor. No veo razón alguna para que no se adopte para lograr el resultado apetecido, considerando los puntos de vista que tiene míster Little sobre las diferencias de clase. Si el joven míster Little leyera a su tío día tras día una serie de narraciones sosteniendo que el matrimonio con muchachas de categoría social inferior es una cosa factible y al mismo tiempo admirable, creo que prepararía la mente del viejo míster Little para recibir la información de que su sobrino desea casarse con la camarera de un salón de té.

—¿Existen libros de ese tipo en la actualidad? Los únicos que he visto mencionados en los periódicos tratan de parejas de casados que encuentran la vida gris, y que no pueden soportarse mutuamente a ningún precio.

—Sí, señor, hay muchos, menospreciados por los críticos, pero muy leídos. ¿Por casualidad no ha leído el señor *Todo por el amor*, de Rosie M. Banks?

—No.

—¿Y tampoco *Una roja, roja rosa de verano* por la misma autora?

—No.

—Yo tengo una tía, señor, que posee una colección casi completa de las obras de Rosie M. Banks. Me sería fácil pedirle prestados todos los volúmenes que el joven míster Little pudiera necesitar. Proporcionan una lectura muy agradable y atractiva, señor.

—Bueno, podemos intentarlo.

—Yo ciertamente recomendaría este proyecto, señor.

—Muy bien, pues. Vaya a ver a su tía mañana y escoja un par de libros de los más jugosos. Nada perderemos probando.

—Precisamente, señor.

# Capítulo II
# Las campanas no repicarán a boda para Bingo.

Bingo me informó tres días más tarde que Rosie M. Banks era lo que necesitaba y, sin duda alguna, el alimento literario adecuado para las tropas. Al principio el viejo Little había protestado un poco ante el cambio de la dieta diaria, puesto que no era muy aficionado a las novelas y hasta aquel momento se había dedicado exclusivamente a las revistas mensuales más pesadas; pero Bingo, a pesar de su oposición, había terminado el primer capítulo de *Todo por el amor* antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, y luego todo había marchado sobre ruedas. A la sazón, había leído ya *Una roja, roja rosa de verano*, *Myttle, la atolondrada*, *Sólo una chica de fábrica* y estaban a la mitad de *La corte de lord Strathmorlick*.

Bingo dijo todo eso con voz bastante ronca ante un huevo batido con jerez. El único inconveniente que la cosa presentaba, desde su punto de vista, era que la lectura perjudicaba sus viejas cuerdas vocales, las cuales empezaban a dar señales de rotura a causa de la tensión a que estaban sometidas. Había consultado sus síntomas en un diccionario médico y creía tener «laringitis clerical». Pero contra eso uno podía oponerle el hecho de que indudablemente había dado en el clavo, y también que, después de la lectura vespertina, se quedaba siempre a cenar, y, por lo que me dijo, las cenas preparadas por la cocinera del viejo Little había que probarlas para creerlas. Había lágrimas en los ojos del pobre muchacho al hablarme de la sopa. Supongo que para un individuo que durante semanas y semanas ha estado tragando almendrados y limonada, aquello debía de ser un manjar celestial.

El viejo Little no estaba en condiciones de participar en tales banquetes, pero Bingo dijo que se sentaba a la mesa ante su ración de papilla, y, mientras olía los platos, aludía a las *entrées* que devorara antaño y esbozaba proyectos de lo que comería en el futuro, cuando el médico lo hubiese vuelto a poner en forma; por consiguiente, supongo que, hasta cierto punto, él también debía pasarlo bien. Sea como fuere, las cosas parecían marchar de modo satisfactorio, y Bingo dijo que se le había ocurrido una idea que, a su parecer, remacharía la cosa. No me quiso decir de qué se trataba, pero aseguró que era un hallazgo.

—Estamos progresando, Jeeves —dije.

—Me satisface mucho, señor.

—Míster Little me ha dicho que cuando llegó a la escena culminante de *Sólo una chica de fábrica*, su tío lloró como un perrito al que han suministrado una paliza.

—¿De veras, señor?

—Cuando lord Claude coge a la muchacha entre sus brazos y le dice…

—Conozco ese párrafo, señor. Es sumamente emocionante.

—Creo que hemos dado en el clavo.

—Eso parece, señor.

—En verdad, esto parece convertirse en otro de sus éxitos. Lo he dicho siempre y lo repetiré: es usted un cerebro privilegiado. El resto de grandes pensadores de esta época pertenecen sencillamente a la masa que ve usted pasar.

—Muchísimas gracias, señor. Sólo hago lo posible para satisfacer a todo el mundo.

Una semana más tarde, Bingo llegó jadeante, con la noticia de que la gota de su tío había cesado de molestarle, y que al día siguiente reanudaría su antigua vida, dándole que hacer al cuchillo y al tenedor como antes.

—Y, a propósito —dijo Bingo—, quiere que mañana vayas a almorzar con él.

—¿Yo? ¿Por qué? ¡Si ni siquiera sabe que existo!

—Sí, lo sabe. Le he hablado de ti.

—¿Qué le has dicho?

—Varias cosas. Lo cierto es que desea conocerte. Y óyeme bien, muchacho… ¡tú irás! Creo que el almuerzo de mañana va a ser algo especial.

No sé por qué, pero ya entonces se me ocurrió que había algo condenadamente extraño —casi siniestro, si comprenden lo que quiero decir— en las maneras del joven Bingo. Tenía el aire de alguien que oculta algo.

—Aquí hay algo más de lo que se ve a primera vista —dije—. ¿Por qué ha de invitar tu tío a almorzar a un individuo que no ha visto en su vida?

—Mi querido Bertram, ¿no acabo de decirte que le hablé de ti, diciéndole que eras mi mejor amigo y que fuimos a la escuela juntos y otra serie de cosas por el estilo?

—Pero aun así…, ¿por qué tienes tanto interés en que vaya?

Bingo titubeó un momento.

—Bueno, ya te dije que se me ocurrió una gran idea. Y es la siguiente: quiero que sueltes la noticia. A mí me falta el valor para hacerlo.

—¿Qué? ¡Que me cuelguen si lo hago!

—¡Y dices ser amigo mío!

—Sí, lo soy, pero todo tiene su límite.

—Bertie —dijo Bingo en tono de reproche—. Una vez te salvé la vida.

—¿Cuándo?

—¿No lo hice? Bueno, debí de salvársela a otro. De todos modos, hemos pasado la infancia juntos y todo eso que se dice. No puedes abandonarme.

—Está bien —dije—. Pero cuando dices que te falta valor para hacer cualquier cosa en el mundo, te formas un juicio falso de ti mismo. Un individuo que…

—¡Adiós! —dijo el joven Bingo—. Mañana, a la una y media. Sé puntual.

He de confesar que cuanto más meditaba el asunto, menos me agradaba. Estaba muy bien por parte de Bingo decir que la perspectiva que se me presentaba era la de

un magnífico almuerzo; pero ¿de qué le sirve a uno el mejor de los almuerzos si, durante la sopa, lo cogen de la oreja y lo echan a la calle? Sea como fuere, la palabra de un Wooster es sagrada y otras tonterías similares, de modo que al día siguiente, a la una y media, ascendía yo los peldaños del número 16 de Pounceby Gardens y pulsaba el timbre. Medio minuto más tarde me hallaba en el salón del primer piso estrechando la mano al hombre más gordo que había visto en mi vida.

El lema de la familia Little era evidentemente «variedad». El joven Bingo es alto y delgado y no ha tenido un gramo superfluo encima desde que nos encontramos por primera vez; pero su tío resultaba algo más que una compensación. La mano que estrechaba la mía la envolvía y rodeaba hasta tal punto que empecé a preguntarme si podría extraerla sin la ayuda de una máquina de excavar.

—Míster Wooster, le estoy muy agradecido… estoy orgulloso… me considero muy honrado.

Me pareció que el joven Bingo debía de haberme alabado con alguna intención desconocida.

—¡Oh, ah! —dije.

Retrocedió un poco sin soltarme la mano.

—¡Es usted muy joven para haber realizado tantas cosas!

No podía comprender el significado de sus palabras. La familia, en especial tía Agatha, que desde mi más tierna infancia no ha hecho más que regañarme continuamente, siempre ha insistido en que mi vida era estúpida e inútil y en que desde que gané en mi primera escuela el premio de recolección de flores silvestres durante las vacaciones veraniegas, no he hecho maldita la cosa para alcanzar los pináculos de la fama nacional. Me preguntaba si míster Little me había confundido con otra persona, cuando sonó el teléfono que estaba en el vestíbulo y entró la doncella para decir que me llamaban. Me precipité escalera abajo y me encontré con que era Bingo.

—¡Hola! —dijo el joven Bingo—. ¿De modo que ya estás ahí? ¡Eres un buen chico! Ya sabía que podría contar contigo. Oye, muchacho, ¿parece contento de verte mi tío?

—Está encantado. No puedo comprenderlo.

—Magnífico. Precisamente te he llamado para explicártelo. Verás, ya sé que no te importará, pero le dije que eras el autor de todos los libros que le leí.

—¿Qué?

—Sí, le dije que Rosie M. Banks era tu seudónimo y que, por lo general, no querías que nadie se enterase de ello porque eras un chico muy modesto y nada presuntuoso. Ahora te escuchará. Estará absolutamente pendiente de tus labios. Ha sido una idea brillante, ¿no? Dudo de que al mismo Jeeves se le hubiera podido ocurrir nada mejor. Bueno, duro y a la cabeza, muchacho, y ten firmemente presente

el hecho de que necesito que me aumente la pensión. Me es del todo imposible casarme con lo que ahora me da. Si esta película ha de terminar con la lenta escena final del beso, lo indicado es por lo menos el doble. Bueno. ¡Adiós!

Siempre que recuerdo aquel almuerzo experimento una sensación de apenada nostalgia. Fue de esos almuerzos únicos en una vida y yo no estuve en condiciones de apreciarlo. Si me han de comprender ustedes les diré que mi subconsciente pudo ver que fue algo especial, pero la espantosa situación en que me había puesto Bingo me atolondró de tal manera que fui incapaz de captar realmente su profundo significado. En muchos momentos me hubiera sentado igual un plato de serrín.

El viejo Little atacó el tema de la literatura desde el primer momento.

—Mi sobrino le habrá informado probablemente de que no hace mucho efectué un detenido estudio de sus obras, ¿verdad?

—Sí. Me lo refirió. ¿Qué… qué le parecieron mis cosillas?

Me miró reverentemente.

—Míster Wooster, no me avergüenzo de confesar que al oír su lectura mis ojos estaban anegados en lágrimas. ¡Me asombra que un hombre tan joven como usted haya podido sondear con tanta seguridad las profundidades de la naturaleza humana; que haga pulsar con mano tan maestra las temblorosas cuerdas del corazón de su lector; que escriba novelas tan verídicas, tan humanas, tan emocionantes, tan vitales!

—No es más que pura habilidad —dije yo.

Entretanto, el sudor bañaba generosa y abundantemente mi frente. No sé cuándo he podido encontrarme más aturdido.

—¿Encuentra la habitación demasiado calurosa?

—No, no, de ninguna manera. Está muy bien.

—Entonces debe de ser la pimienta. Si mi cocinera tiene un defecto, cosa que no estoy dispuesto a admitir es que se le va un poco la mano con la pimienta en los platos que prepara. Y, a propósito, ¿le gusta cómo cocina?

Me sentí tan aliviado por haberme alejado del tema de mi producción literaria que emití mi aprobación con resonante voz de barítono.

—Me encanta oírlo, míster Wooster. Puede que me deje influir demasiado pero, a mi modo de ver, esta mujer es un genio.

—¡Exacto! —dije.

—Hace siete años que está a mi servicio y me consta que durante todo este tiempo nunca se ha hecho merecedora de la menor censura. Excepto una vez, en el invierno de 1917, en que un purista habría podido condenar cierta mahonesa, por faltarle suavidad. Pero en aquel entonces habíamos sufrido algunos ataques aéreos y sin duda la pobre mujer estaba trastornada. No hay nada perfecto en este mundo, míster Wooster, y yo también he tenido que llevar mi cruz. Durante siete años he vivido con la constante preocupación de que alguna persona malintencionada pudiera

inducirla a abandonar mi servicio. Sé de buena tinta que le han hecho varias proposiciones, y lucrativas por cierto, para que trabajara en otros sitios. Puede usted imaginar mi desesperación cuando esta misma mañana estalló la bomba. ¡Me avisó de que se iba!

—¡Válgame Dios!

—Su consternación honra, si así puedo decirlo, el corazón del autor de *Una roja, roja rosa de verano*. Pero me es grato añadir que lo peor no ha acaecido. El asunto ha sido arreglado. Jane ya no me dejará.

—¡Caracoles!

—Caracoles, sí, aunque la expresión no me sea familiar. No recuerdo haberla encontrado en sus libros. Y, hablando de sus libros, permítame decirle que lo que me impresionó en ellos más aún que el patetismo conmovedor de la narración en sí, es su filosofía de la vida. Si hubiera más hombres como usted, míster Wooster, Londres no sería lo que es.

Esto era diametralmente opuesto a la filosofía de la vida de mi tía Agatha, puesto que ella siempre me habla dado a entender que es la presencia de individuos como yo lo que hace de Londres un sitio más o menos pestilente; pero lo pasé por alto.

—Déjeme decirle, míster Wooster, que aprecio su espléndido desafío a los decaídos fetiches de un sistema social completamente ciego. ¡Lo admiro! Usted es lo suficientemente grande para ver que la categoría social no la constituye más que el brillo de las guineas y que, según las magníficas palabras de lord Bletchmore en *Sólo una chica de fábrica*: «Por humilde que sea su origen, una mujer vale lo que la dama más refinada del mundo».

Di un respingo.

—¡Oiga! ¿Cree usted eso?

—Lo creo, míster Wooster. Me avergüenza decir que hubo un tiempo en que yo era como los demás hombres, un esclavo del necio convencionalismo que llamamos «diferencia de clases». Pero desde que he leído sus libros…

Habría debido esperarlo así. Una vez más Jeeves había logrado su propósito.

—¿Encuentra usted natural que un muchacho con lo que podríamos llamar cierta posición social, se case con una muchacha perteneciente a lo que podría describirse como la clase más baja?

—Puede estar usted seguro de que lo es, míster Wooster.

Aspiré profundamente y le espeté la buena nueva.

—El joven Bingo, su sobrino, quiere casarse con una camarera —dije.

—Eso le honra mucho —dijo el viejo Little.

—¿No tiene usted nada que objetar?

—Al contrario.

Volví a aspirar profundamente y desvié la conversación hacia el lado sórdido del

asunto.

—Espero que no creerá usted que soy un entrometido —dije—, pero… ejem… bueno, ¿qué hay de la pasta?

—Temo no comprenderle a usted muy bien.

—Bueno, me refiero a la pensión de su sobrino. El dinero que usted tiene la bondad de pasarle. El muchacho tenía la esperanza de que considerara usted la posibilidad de aumentar un poco la cifra.

El viejo Little sacudió la cabeza con pesar.

—Me temo que eso no pueda ser. Un hombre de mi posición debe ahorrar todo lo posible, ¿entiende? Gustosamente continuaré dándole a mi sobrino la cantidad actual, pero no puedo pasar de ahí. No sería justo para con mi mujer.

—¿Qué? ¡Pero si no está usted casado!

—Aún no, pero me propongo tomar ese santo estado casi inmediatamente. La señora que tan bien guisó para mi durante años, me ha Hecho el honor de aceptar mi mano esta mañana. —Un frío resplandor de triunfo brilló en sus ojos—. Y ahora, ¡que intenten quitármela! —musitó en tono de desafío.

—El joven míster Little le ha telefoneado a usted varias veces esta tarde, señor —dijo Jeeves aquella noche, cuando llegué a casa.

—Ya me lo figuraba —dije.

Le había enviado al pobre Bingo, en cuanto terminé de comer, un bosquejo de la situación por un mensajero.

—Parecía estar bastante agitado.

—No me extraña, Jeeves —dije—. Y además temo ser portador de malas noticias para usted. El proyecto de leer aquellos libros al viejo Little ha actuado como un explosivo.

—¿No lo han ablandado?

—Sí. Y en eso estriba precisamente el inconveniente. Jeeves, siento decirle que su novia, miss Watson, ¿sabe?, la cocinera, ¿sabe?, bueno, pues, en pocas palabras: ha preferido la riqueza al trabajo honrado; supongo que ya me entiende usted.

—¿Señor?

—Ha obrado sin consideración hacia usted y se ha comprometido con el viejo míster Little.

—¿De veras, señor?

—Esto no parece afectarle mucho.

—Lo cierto es, señor, que había previsto semejante resultado.

Le miré.

—Entonces, ¿por qué diablos sugirió este plan?

—A decir verdad, señor, no me era desagradable la perspectiva de una ruptura de relaciones con miss Watson. En realidad, la deseaba extraordinariamente. Respeto

mucho a miss Watson, pero hacía tiempo que me había dado cuenta de que no éramos el uno para el otro. Ahora, la otra joven con quien tengo relaciones…

—¡Válgame Dios, Jeeves! ¿Hay otra?

—Si, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que dura eso?

—Unas semanas. Me atrajo muchísimo cuando la conocí en un baile benéfico en Camberwell.

—¡Atiza! No…

Jeeves inclinó la cabeza gravemente.

—Sí, señor. Por una extraña coincidencia se trata de la misma joven que el joven míster Little… He dejado sus cigarrillos sobre la mesita. Buenas noches, señor.

# Capítulo III
# Tía Agatha expresa su opinión.

Supongo que en el caso de un muchacho de alma realmente superior, al derrumbamiento de los planes matrimoniales del joven Bingo hubiera seguido un estado de tristeza y ansiedad. Quiero decir que si mi naturaleza hubiera sido de las nobles, yo habría quedado hecho migas. Pero no puedo decir sinceramente que quedara muy afectado. El hecho de que antes de transcurrir una semana tras haber recibido la mala noticia, me encontrara a Bingo bailando en el Ciro como una gacela salvaje, me sirvió de consuelo.

Es un pájaro elástico ese Bingo. Puede tener decepciones, pero nunca se deja abatir. Mientras duran sus pequeños asuntos amorosos nadie puede mostrarse más sincero y ardiente; pero una vez se ha convertido todo en agua de borrajas y la muchacha le ha entregado el sombrero, le ha indicado la puerta y le ha pedido como favor especial que no vuelva a verla nunca más, vuelve a ser tan alegre y bullicioso como siempre. Esto lo he visto yo más de una docena de veces.

Por consiguiente, no me preocupaba por Bingo. Ni por ninguna otra cosa, realmente. Porque, si he de decir la verdad, no recuerdo haber estado nunca de tan buen humor durante aquel período de mi carrera. Todo parecía salirme a pedir de boca. En tres ocasiones diferentes los caballos por los que había apostado una considerable cantidad de dinero vencieron por varias cabezas en lugar de sentarse a descansar en medio de la pista, como suelen hacer habitualmente los caballos cuando apuesto por ellos.

Además de esto, el tiempo continuaba espléndido; por doquier admitían que mis calcetines nuevos eran exactamente del tipo de los que confeccionaba mamá; y, para colmo, mi tía Agatha se había ido a Francia y no estaría a mano para fastidiarme por lo menos durante otras seis semanas. Y, si ustedes conocieran a mi tía Agatha, admitirían que esto solo ya basta para hacer feliz a cualquiera.

Una mañana, mientras me bañaba, se me ocurrió tan de repente y con tanta fuerza la idea de que no tenía ninguna preocupación en el mundo, que rompí a cantar como un ruiseñor mientras chapoteaba con la esponja. Me parecía que todo iba absolutamente a pedir de boca y que vivía en el mejor de los mundos posibles.

Pero ¿se han percatado ustedes de lo extraña que es la vida? Quiero decir que siempre sucede algo que le sienta a uno como un golpe en la nuca precisamente cuando más optimista se siente respecto a las cosas en general.

Acababa de secarme, de vestirme y de entrar en la salita, cuando cayó el golpe. Sobre la repisa de la chimenea había una carta de mi tía Agatha.

—¡Maldita sea! —exclamé en cuanto la hube leído.

—¿Señor? —dijo Jeeves, que se hallaba atareado en el fondo de la habitación.

—No hablaría con ese tono ligero y despreocupado si supiera lo que me escribe —dije con una risa hueca y triste—. La desgracia ha caído sobre nosotros, Jeeves. Quiere que vaya a reunirme con ella en… ¿cuál es el nombre de ese maldito lugar?… en Roville-sur-mer. ¡Que el diablo me lleve!

—¿He de empezar a preparar las maletas, señor?

—Supongo que sí.

Encuentro extraordinariamente difícil explicar a la gente que no conoce a mi tía Agatha por qué razón ella siempre consigue sacarme de mis casillas. Quiero decir que yo no dependo de ella económicamente ni nada que se le parezca. He llegado a la conclusión de que se trata sencillamente de personalidad. Durante toda mi infancia y cuando estaba en el colegio, ¿saben?, ella siempre fue capaz de obligarme a hacer su voluntad con una sola mirada, y todavía no he podido librarme de esa influencia. Somos bastante altos en mi familia, y tía Agatha mide su buen metro setenta y cinco, coronado por una nariz ganchuda, ojos de águila y una gran cantidad de cabello gris; el efecto general es realmente formidable. Sea como fuere, ni siquiera por un momento se me ocurrió la idea de darle el esquinazo en esta ocasión. Si decía ella que yo debía ir a Roville, nada podía hacerse, salvo comprar los billetes.

—¿Qué le parece, Jeeves? Me pregunto qué querrá.

—No podría decírselo, señor.

Bueno, era inútil hablar de ello. El único consuelo, el solo espacio claro entre las nubes, era el hecho de que en Roville podría finalmente usar el vistoso *cummerbund* que me había comprado seis meses antes y que nunca me había atrevido a llevar. Una de esas fajas de seda, ¿saben?, que uno se pone alrededor de la cintura en lugar de chaleco, algo parecido a un cinturón, pero más sustancioso. Nunca había sido capaz de hacer acopio de valor suficiente para ponérmelo hasta aquel momento porque sabía que, de hacerlo, tendría disgustos con Jeeves, por ser de un hermoso y brillante color escarlata. Sin embargo, en un lugar como Roville, donde probablemente desbordaba la alegría y la *joie de vivre* de Francia, me parecía que se podía hacer algo.

Roville, adonde llegué a primera hora de la mañana después de una travesía fastidiosa y desagradable y de una ajetreada noche en tren, es un lugar bastante ameno donde un muchacho sin trabas en forma de tías puede pasar un par de semanas divertidas. Es como todos esos lugares franceses que están principalmente compuestos de arena, hoteles y casinos. El hotel que había tenido la mala suerte de dar albergue a tía Agatha, era el Splendid, y hasta el momento en que llegué no había ni un solo miembro del personal que no pareciese sentirlo profundamente. Simpaticé con ellos. Ya sabía por experiencias anteriores lo que significaba ir por los hoteles con tía Agatha. Desde luego, la parte más dura del trabajo ya estaba hecha cuando yo llegué, pero pude ver por el modo en que cada cual se arrastraba ante su presencia,

que ella había empezado trasladándose de la primera habitación porque no estaba expuesta al sur, y de la siguiente porque tenía un armario que crujía, y que habla manifestado su punto de vista respecto a la cocina, a las doncellas y a todo lo demás con perfecta libertad y candor. Había logrado que todo el servicio estuviese pendiente a la sazón de sus órdenes. El gerente, un tipo con patillas y con el aspecto de un bandido, se echaba sencillamente a temblar cuantas veces ella lo miraba.

Ese triunfo habíale dado una especie de ceñuda cordialidad, y se mostró casi maternal cuando nos encontramos.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir, Bertie —dijo—. Estos aires te sentarán la mar de bien. Esto es mucho mejor para ti que pasar el tiempo en los sofocantes clubs nocturnos de Londres.

—Sí, claro —contesté.

—Aquí también encontrarás gente agradable. Quiero presentarte a miss Hemmingway y a su hermano, que han trabado gran amistad conmigo. Estoy segura de que miss Hemmingway te agradará. Es una muchacha deliciosa y tranquila, muy diferente de las descocadas chicas que se encuentran actualmente en Londres. Su hermano es el pastor de Chiple-in-the-Glen, en Dorsetshire. Me han dicho que están emparentados con los Hemmingway de Kent. Una familia excelente. Ella es una muchacha encantadora.

Tuve el presentimiento de que se cernía sobre mí un destino horrible. Tal discurso no era propio de tía Agatha, ya que normalmente es una de las más célebres demoledoras de la sociedad londinense. Me asaltó una tremenda sospecha. Y por Júpiter que tuve razón.

—Aline Hemmingway —continuó tía Agatha— es precisamente la muchacha con quien me gustaría verte casado, Bertie. Debes pensar en casarte. El matrimonio puede hacerte un gran bien. Yo no podría desearte mejor esposa que la querida Aliñe. ¡Ejercería una influencia tan buena en tu vida!

—Oye, tía —la interrumpí en este punto, helado hasta la médula.

—¡Bertie! —dijo tía Agatha, abandonando por un instante el tono maternal y dirigiéndome una fría mirada.

—Yo digo que…

—Son los jóvenes como tú, Bertie, los que hacen desesperar a las personas que se preocupan por el futuro de la raza. Poseéis demasiado dinero y malgastáis en un ocioso egoísmo unas vidas que habrían podido ser útiles y provechosas. No hacéis sino desperdiciar vuestro tiempo en frívolos placeres. No sois más que unos animales antisociales, unos zánganos. Bertie, es necesario que te cases.

—Pero ¡maldita sea!…

—¡Sí! Deberías tener hijos para…

—¡No, francamente, tía, por favor! —dije, sonrojándome intensamente. Tía

Agatha pertenece a dos o tres clubs femeninos, y suele imaginar con frecuencia que está disertando en ellos.

—¡Bertie! —exclamó, y sin duda habría expuesto ampliamente sus ideas, de no haber sido interrumpida—. ¡Oh, aquí están! —dijo—. ¡Querida Aline!

Divisé a una muchacha y a un individuo que se nos venían encima sonriendo amablemente.

—Quiero presentarles a mi sobrino, Bertie Wooster —dijo tía Agatha—. Acaba de llegar. ¡Me ha dado una gran sorpresa! No tenía la menor idea de que pensara venir a Roville.

Saludé cautelosamente a la pareja, sintiéndome como un gato en medio de una jauría de sabuesos. Tuve la sensación de haber caído en la trampa, ya me entienden ustedes. Una voz interior me susurraba que Bertie estaba aviado.

El hermano era un tipo pequeño y rechoncho con cara de cordero. Llevaba quevedos, su expresión era benévola y usaba un cuello de esos que se abrochan por detrás.

—Bienvenido a Roville, míster Wooster —dijo.

—¡Fíjate, Sidney! —exclamó la muchacha—. ¿No te recuerda míster Wooster al canónigo Blenkinsop, el que vino a Chipley a predicar las pasadas Pascuas?

—¡Dios bendito! ¡El parecido es asombroso!

Me miraron durante un rato como si yo fuese algo raro metido en una urna de cristal, en tanto que yo sonreía y echaba una buena mirada a la muchacha. No cabía duda que era muy diferente de lo que tía Agatha había llamado las descocadas muchachas que se encuentran actualmente en Londres. ¡Nada de pelo corto ni de cigarrillos! No sé cuándo he encontrado a nadie que pareciese tan… respetable, ésta es la única palabra. Llevaba una especie de traje sencillo, y su cabello era liso, y su rostro tenía una expresión dulce y santurrona. No pretendo ser un Sherlock Holmes ni nada semejante, pero al mirarla me dije: «¡Esta chica toca el órgano en una iglesia de pueblo!».

Bueno, nos miramos mutuamente un poco, charlamos un ratito y luego logré coger el portante. Pero antes de que me fuera, me comprometí para llevar de paseo a los hermanos aquella tarde. Y este pensamiento me deprimió hasta tal punto que comprendí que sólo me quedaba una cosa que hacer. Volví directamente a mi habitación, saqué el *cummerbund* y envolví mi estómago en él. Di media vuelta y Jeeves respingó como un potro salvaje asustado.

—Le pido perdón, señor —dijo con voz sorda—. No se propondrá usted comparecer en público con eso puesto, ¿verdad?

—¿El *cummerbund*? —dije de un modo despreocupado y bonachón, como dando poca importancia al asunto—. ¡Claro que sí!

—No se lo aconsejarla, señor, realmente no se lo aconsejaría.

—¿Por qué no?

—El efecto, señor, es de lo más chillón.

Ataqué al hombre de frente. Nadie sabe mejor que yo que Jeeves es un cerebro excepcional y todo lo demás, pero, ¡diantre!, un individuo debe llamar suya a su alma. Uno no puede ser el esclavo de su ayuda de cámara. Además, me sentí bastante desanimado y el *cummerbund* era lo único que podía animarme.

—Lo que tiene usted de malo, Jeeves —dije—, es que es demasiado…, ¿cuál es la palabra adecuada?, demasiado insular. No sabe darse cuenta de que no está ya en Picadilly. En un lugar como éste lo que esperan de uno es un poco de color y un ápice de poesía. Mire, acabo de ver abajo a un tipo que llevaba un traje de mañana de terciopelo amarillo.

—No obstante, señor…

—Jeeves —dije con firmeza—, mi decisión está tomada. Me siento algo abatido y necesito animarme. Además, ¿qué tiene de malo? Este *cummerbund* me parece muy apropiado. Considero que produce un efecto bastante español. Da un tono de hidalgo. De personaje de Vicente Blasco no sé cuántos. El alegre hidalgo que se va a los toros.

—Está muy bien, señor —dijo Jeeves, fríamente.

Son condenadamente molestas esas cosas. Si hay algo que me molesta es tener disgustos en casa; y yo veía claramente que las relaciones iban a estar bastante tensas durante cierto tiempo. Y, después de la bomba de tía Agatha respecto a la chica Hemmingway, no me avergüenzo de confesar que me sentía más o menos como si nadie me quisiera.

El paseo de aquella tarde resultó todo lo fastidioso que yo esperaba. El pastor habló de esto y de lo de más allá, la muchacha admiró el paisaje, y yo tuve un dolor de cabeza, desde el primer instante, que empezó en la planta de los pies y empeoró a medida que iba subiendo. Llegué tambaleándome hasta mi habitación para vestirme para la cena, sintiéndome como un sapo debajo de un rastrillo. De no haber mediado el asunto del *cummerbund* a primera hora de la tarde, habría podido llorar sobre el pecho de Jeeves y confiarle todos mis disgustos. E incluso tal como estaban las cosas, no podía guardármelo todo para mí solo.

—Oiga, Jeeves —dije.

—¿Señor?

—Prepáreme un coñac con soda, que sea fuerte.

—Sí, señor.

—Fuerte, Jeeves. No eche demasiada soda, pero no escatime el coñac.

—Perfectamente, señor.

Después de haber bebido, me sentí bastante mejor.

—Jeeves —dije.

—¿Señor?

—Creo que estoy metido en un buen embrollo, Jeeves.

—¿De veras, señor?

Miré atentamente. Sus modales eran condenadamente distantes. Aún duraba lo del *cummerbund*.

—Sí, hasta el cuello —dije, abandonando el orgullo de los Wooster e intentando inducirle a ser más cordial—. ¿Ha visto por aquí a una muchacha que tiene un hermano párroco?

—¿Miss Hemmingway, señor? Sí, señor.

—Tía Agatha quiere que me case con ella.

—¿De veras, señor?

—¿Qué opina usted?

—¿Señor?

—Quiero decir, ¿no tiene nada que sugerirme?

—No, señor.

Los modales de Jeeves fueron tan fríos y poco amistosos que me mordí la lengua e intenté mostrarme superficial.

—¡Oh, bueno, tra-la-la! —canturreé.

—Precisamente, señor —dijo Jeeves.

Y eso fue todo.

# Capítulo IV
# Perlas quieren decir lágrimas.

Recuerdo —debió de ser cuando estaba en el colegio, porque hoy día no me entretengo mucho con esas cosas— haber leído un poema o algo semejante sobre no sé qué, en el cual había un verso que rezaba, si mal no recuerdo: «Las sombras de la cárcel comienzan a caer sobre el adolescente.» Pues bien, lo que quiero demostrar es que durante las dos semanas que siguieron, eso fue exactamente lo que me sucedió a mí. Es decir, oía las campanas nupciales tañer débilmente en la lejanía y hacerse cada día más audibles, sin poder idear cómo diablos escaparía de aquella trampa. Jeeves, no cabe duda, habría podido idear una docena de planes ingeniosos en un par de minutos, pero permanecía frío y distante y yo no me atrevía a pedirle ayuda. Quiero decir que veía fácilmente que su joven amo estaba en apuros, y si esto no era suficiente para hacerle pasar por alto el hecho de que yo todavía lucía brillantemente la faja, significaba que el viejo espíritu feudal había muerto en su pecho y que ya no podría hacerse nada.

Fue realmente extraño cómo la familia Hemmingway se encariñó conmigo. Yo no habría dicho sin vacilación que en mí hubiera algo particularmente fascinador… en realidad, mucha gente me considera un tanto idiota; pero era innegable el hecho de que yo, para esa muchacha y su hermano, era como una fresca brisa. No parecían felices si estaban lejos de mí. No podía dar un paso, ¡maldita sea!, sin que uno de ellos saliera de algún rincón y se me pegara como una lapa. Por consiguiente, adquirí la costumbre de retirarme a mi habitación cuando quería tener un momento de tranquilidad. Me las había arreglado para obtener un apartamento bastante decente en el tercer piso cuyas ventanas daban al paseo.

Una noche había entrado en mi apartamento y por primera vez en aquel día pensaba que, después de todo, la vida no es tan mala como eso. A partir del almuerzo había tenido que aguantar a la Hemmingway durante todo el día, puesto que tía Agatha nos había hecho salir juntos inmediatamente después de dicho almuerzo. El resultado fue que, mientras contemplaba el paseo iluminado y veía a toda la gente que iba a cenar alegremente al Casino y a otros lugares de diversión, una sensación de tristeza apoderose de mí. Pensaba con amargura en lo condenadamente feliz que habría podido ser en aquel lugar si tía Agatha y los demás pelmazos hubieran estado en otra parte.

Exhalé un suspiro y en aquel momento sonó un golpe en la puerta.

—Alguien llama, Jeeves —dije.

—Sí, señor.

Abrió y quienes entraron fueron Aline Hemmingway y su hermano. Eran las últimas personas que hubiese esperado ver en aquel momento. Había creído

realmente poder estar a solas unos minutos en mi propia habitación.

—¡Oh, hola! —dije.

—¡Oh, míster Wooster! —dijo la muchacha tartajeando—. No sé cómo empezar.

Entonces me percaté de que estaba considerablemente agitada, en tanto que su hermano parecía un cordero atenazado por un secreto pesar.

Esto me hizo enderezarme un poco y prestarles atención. Había supuesto que sólo se trataba de una visita de cumplido, pero evidentemente les sucedía algo grave. Con todo, no veía por qué razón debían venir a contármelo a mí.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—El pobre Sidney… la culpa ha sido mía… nunca hubiera tenido que dejarle ir allí solo —dijo la muchacha, extraordinariamente nerviosa.

En este punto, su hermano, que después de quitarse el abrigo y dejar el sombrero en una silla había permanecido silenciosamente apartado, emitió una tosecilla como una oveja sorprendida por la niebla en lo alto de una montaña.

—El hecho es, míster Wooster —dijo—, que ha sucedido una cosa en extremo triste y deplorable. Esta tarde, mientras escoltaba usted con tanta amabilidad a mi hermana, encontré que el tiempo se me hacía pesado, y tuve la tentación de… hmm… de ir a jugar al Casino.

Miré al hombre con más simpatía de la que hasta entonces me fuera posible sentir por él. Confieso que esta demostración de que tenía sangre deportiva en las venas lo hacía parecer más humano. Si hubiera sabido antes que se entregaba a tales diversiones, estoy convencido de que juntos lo habríamos pasado mejor.

—¡Vaya! —exclamé—. ¿Ha dado un buen golpe?

Suspiró profundamente.

—Si lo que quiere decir usted es si tuve éxito, debo contestarle con una negativa. Persistí con temeridad convencido de que el rojo, habiendo salido siete veces consecutivas, pronto debía dejar inevitablemente lugar al negro. Estaba en un error. Perdí lo que poseía, míster Wooster.

—Mala suerte —dije.

—Abandoné el Casino —continuó— y regresé al hotel. Allí encontré a uno de mis feligreses, el coronel Musgrave, que por suerte veranea en este lugar. Yo… hmm… le convencí para que me cambiara un cheque de cien libras sobre mi pequeña cuenta de mi banco de Londres.

—¡Vaya! No está mal, ¿verdad? —dije, esperando que el pobrecillo viera las cosas por el lado optimista—. Quiero decir que tuvo usted suerte encontrando a alguien que lo sacara del apuro.

—Al contrario, míster Wooster, esto sólo empeoró la cosa. Ardo de vergüenza al confesarlo, pero inmediatamente volví al Casino y perdí la suma entera… esta vez bajo la equivocada suposición de que el negro estaba, creo que ésa es la expresión,

destinado a llevar ventaja.

—¡Vaya! —dije—. ¡Está usted de malas!

—Y el lado más lamentable del asunto —concluyó— es que no tengo fondos en el banco para abonar el cheque cuando el coronel lo presente.

Puedo confesar que, si bien me di cuenta al instante de que todo esto acabaría en el inevitable sablazo, mi corazón se compadeció del pobre angelito. Nunca me había encontrado con un clérigo que fuera tan desaprensivo. Aunque se pareciera poco a los muchachos que rondaban por aquel pueblo, no cabía duda de que parecía ser un frescales, y yo hubiera deseado que me manifestara antes este aspecto de su carácter.

—El coronel Musgrave —continuó con esfuerzo— no es de los que pasan por alto un asunto así. Es un hombre inflexible. Expondrá la cuestión a mi vicario. Mi vicario también es inflexible. En fin, míster Wooster, si el coronel Musgrave presenta ese cheque, estoy perdido. Y él se marcha a Inglaterra esta misma noche.

La muchacha, que había permanecido a un lado mordisqueando el pañuelo y balbuciendo a intervalos mientras su hermano vaciaba su pecho, empezó de nuevo a hablar atropelladamente:

—¡Míster Wooster! —gritó—. ¿No querrá usted ayudarnos? ¡Diga usted que lo hará! Necesitamos el dinero para recuperar el cheque del coronel Musgrave antes de las nueve… él sale en el tren de las nueve y veinte. Estaba desesperada no sabiendo qué hacer, cuando me acordé de lo amable que usted ha sido siempre. Míster Wooster, ¿quiere usted prestar el dinero a Sidney y aceptar esto como garantía? —Y antes de que yo me diera cuenta de lo que hacía, abrió su bolso y sacó un estuche—. Mis perlas —dijo—. No sé lo que valen… son un recuerdo de mi pobre padre…

—¡Que en paz descanse! —musitó el hermano.

—Pero sé que deben valer muchísimo más que la suma que necesitamos.

Era una cosa francamente embarazosa. Experimentaba la sensación de ser un prestamista. Aquel asunto tenía algo de la pignoración de un reloj.

—No, oigan —protesté—. No hace falta que me den garantía ninguna. Me considero muy satisfecho pudiendo prestarles el dinero. Precisamente lo tengo. Esta mañana he recibido un giro.

Y lo saqué y se lo alargué. El hermano sacudió la cabeza.

—Míster Wooster —dijo—, apreciamos su generosidad, su noble confianza en nosotros, pero no podemos permitir eso.

—Lo que Sidney quiere decir —explicó la muchacha— es que, bien pensado, usted nada sabe de nosotros. No debe usted arriesgarse a prestar todo ese dinero, sin tener absolutamente ninguna garantía, a dos personas que, después de todo, le son casi extrañas. Si yo no hubiera pensado que usted lo consideraría una operación comercial, nunca me habría atrevido a pedírselo.

—La idea de… hmm… empeñar las perlas nos resultaba, como usted fácilmente

podrá comprender, repulsiva —dijo el hermano.

—Si quiere darnos usted un recibo, como simple formalidad…

—¡Está bien!

Extendí el recibo y se lo entregué, sintiéndome algo confuso.

—Aquí está —dije.

La muchacha cogió el pedazo de papel, lo metió en su bolso, agarró el dinero y lo pasó a su hermano. Luego, antes de que yo me diera cuenta de lo que pasaba, se precipitó sobre mí, me besó y salió de la habitación.

He de admitir que la cosa me dejó aturdido. Tan repentina e inesperada fue. Quiero decir, en una muchacha como ésta. Siempre había sido tranquila y discreta y todo lo que se quiera…, en modo alguno el tipo de mujer que uno espera encontrar por el mundo besando a los hombres. A través de una especie de niebla pude ver que Jeeves había surgido del fondo de la habitación y estaba ayudando al hermano a ponerse el abrigo; y recuerdo que me pregunté distraídamente cómo diablos un hombre podía llevar un abrigo semejante, que más parecía un saco que otra cosa. Luego el hermano vino hacia mí y me estrechó la mano.

—No sé cómo expresarle lo agradecido que le quedo, míster Wooster.

—¡Oh, no tiene importancia!

—Usted ha salvado mi buen nombre. La reputación de un hombre y una mujer, mi querido amigo —dijo, frotándose las manos fervorosamente—, es la joya más preciosa de sus almas. Quien roba mi cartera roba una bagatela. Fue mía, es suya, y ha sido esclava de miles de personas. Pero el que me roba mi buen nombre, me roba algo que no le enriquece y me hace realmente pobre. Le estoy agradecido desde lo más profundo del alma. Buenas noches, míster Wooster.

—Buenas noches, amigo.

Lancé una mirada a Jeeves en cuanto la puerta se hubo cerrado.

—Un asunto bastante triste, Jeeves —dije.

—Sí, señor.

—Afortunadamente podía disponer de ese dinero.

—Bueno, sí, señor.

—Habla usted como si el asunto no le agradara mucho.

—No soy el más indicado para criticar sus actos, señor, pero me aventuraría a decir que su proceder fue un tanto imprudente.

—¿Se refiere usted al dinero que he prestado?

—Sí, señor. Es notorio que estos elegantes balnearios franceses están infestados de personas mal intencionadas.

Eso era un poco fuerte.

—Escúcheme bien, Jeeves —dije—. Puedo aguantar muchas cosas, pero el que usted se atreva a insinuar que un hombre que ha recibido las Sagradas Ordenes…

—Puede que yo sea demasiado suspicaz, señor. Pero he frecuentado una gran cantidad de estos balnearios. Cuando estaba empleado con lord Frederick Ranelagh, poco tiempo antes de entrar a su servicio, Su Señoría fue limpiamente timado por un criminal conocido, si mal no recuerdo, bajo el apodo de «Sid, el untuoso», que entró en relación con nosotros en Montecarlo mediante la ayuda de un cómplice femenino. Nunca olvidaré aquellas circunstancias.

—No quiero entrometerme en sus recuerdos, Jeeves —dije fríamente—, pero está usted hablando por hablar. ¿Qué puede haber de sospechoso en este asunto? Me han dejado sus perlas, ¿no es así? De modo que, antes de hablar, piense lo que dice. Ahora será mejor que baje usted y haga guardar estas cosas en la caja fuerte del hotel. —Cogí el estuche y lo abrí—. ¡Oh, Dios santo!

¡El maldito trasto estaba vacío!

—¡Oh, Dios mío! —exclamé estremeciéndome—. ¡No me diga usted que verdaderamente me han hecho una faena!

—Precisamente, señor. De esta misma manera estafaron a lord Frederick en la ocasión aludida. Mientras su cómplice femenino besaba, agradecida, a su señoría, «Sid el untuoso» sustituyó con un segundo estuche el que contenía las perlas y se largó con las alhajas, el dinero y el recibo. Basándose en el recibo, pidió más tarde a Su Señoría la devolución de las perlas, y Su Señoría, no pudiendo hacerlo, se vio obligado a pagar una fuerte suma a título de compensación. Fue un truco sencillo pero eficaz.

Me pareció que se hacía la luz en mi cerebro.

—¿«Sid el untuoso»? ¡Sid! ¡Sidney! ¡El hermano Sidney! ¡Atiza, Jeeves!, ¿de veras cree usted que ese cura es «Sid, el untuoso»?

—Sí, señor. Lo reconocí en cuanto entró en la habitación.

—¿Usted le reconoció?

—Sí, señor.

—Entonces, ¡maldita sea! —dije profundamente agitado—, creo que hubiera podido usted decírmelo.

—Pensé que evitaría problemas y molestias si, al ayudarle a ponerse el abrigo, le sustraía el estuche del bolsillo. Aquí lo tiene el señor.

Puso otro estuche sobre la mesa, al lado del que estaba vacío, y por Júpiter que no se hubiera podido distinguir el uno del otro. Lo abrí y allí estaban las perlas, sonriéndome alegres y brillantes. Miré desfalleciente a Jeeves. Me sentía un tanto deprimido.

—Jeeves —dije—. ¡Es usted un genio de pies a cabeza!

—Sí, señor.

Poco a poco fui sintiéndome más tranquilo. Gracias a Jeeves no podrían obligarme a desembolsar varios miles de libras.

—Me parece que ha salvado usted mi viejo hogar. Quiero decir que incluso un pájaro de la categoría del viejo Sid no es fácil que tenga la osadía de volver a reclamar estas pequeñas preciosidades.

—Puedo suponer que no, señor.

—Bueno, entonces… Oiga, ¿cree usted que no son más que pasta o algo parecido?

—No, señor. Son perlas auténticas y sumamente valiosas.

—Bueno, entonces, ¡diantre!, estoy de suerte. ¡Una suerte inaudita! Puedo haber perdido cien libras, pero en cambio tengo un hermoso collar de perlas. ¿Llevo razón o no?

—Es difícil decirlo, señor. Creo que debería usted devolver las perlas.

—¡Qué! ¿A Sid? ¡No, en tanto esté en mis manos!

—No, señor. A su legítimo propietario.

—¿Y quién es su legítimo propietario?

—Mistress Gregson, señor.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Corrió la voz por el hotel, hace una hora, de que las perlas de mistress Gregson habían sido robadas. Yo estaba hablando con la doncella de mistress Gregson poco antes de que llegara usted, y ella me informó que el gerente del hotel se halla ahora en las habitaciones de mistress Gregson.

—¿Y estará pasando un mal rato, seguramente?

—Es lo que estoy dispuesto a suponer, señor.

La situación comenzaba a mostrarse clara ante mis ojos.

—Iré a devolvérselas, ¿eh? Esto me dará cierto prestigio, ¿verdad?

—Precisamente, señor. Y si puedo permitirme una sugerencia, señor, creo que sería acertado subrayar el hecho de que fueron robadas por…

—¡Voto al diablo! ¡Por la condenada muchacha con la que tía Agatha quería obligarme a contraer matrimonio, por Júpiter!

—Exactamente, señor.

—Jeeves —dije—, ésta va a ser la mayor derrota infligida a mi anciana parienta que jamás se haya registrado en la historia del mundo.

—Es probable, señor.

—Esto la calmará un poco, ¿verdad? Creo que dejará de perseguirme durante algún tiempo, ¿no le parece?

—Tendría que producir ese efecto, señor.

—¡Colosal! —dije, dando un brinco hacia la puerta.

Mucho antes de llegar al cubil de tía Agatha pude ver que la caza había terminado. Algunos tipos con el uniforme del hotel y no pocas camareras de toda índole estaban reunidos en el pasillo, y a través de los tabiques pude oír un variado

surtido de voces, con la de tía Agatha dominándolas a todas. Llamé; pero nadie me prestó atención, de modo que me deslicé adentro. Entre los presentes divisé a una camarera presa de un ataque de nervios, a tía Agatha con los cabellos de punta, y al individuo patilludo con aspecto de bandido, el gerente del hotel.

—¡Hola! —dije—. ¿Qué tal?

Tía Agatha se volvió hacia mí. En sus labios no había ninguna sonrisa de bienvenida para Bertram.

—No me molestes ahora, Bertie —dijo mirándome como si yo fuera algún mueble inútil de la habitación.

—¿Pasa algo?

—¡Sí, sí, sí! He perdido mis perlas.

—¿Perlas? ¿Perlas? ¿Perlas? —dije—. ¡No! ¿De veras? ¡Qué mala pata! ¿Dónde las viste por última vez?

—¿Qué importa donde las viera por última vez? Han sido robadas.

En este punto Wilfred el Rey de las Patillas, quien parecía haberse tomado un descanso entre dos asaltos, entró nuevamente en el ring y empezó a hablar rápidamente en francés. Parecía estar profundamente afectado. La camarera aulló desde su ángulo.

—¿Estás segura de haber buscado por todas partes, tía?

—Claro que he mirado por todas partes.

—Es que muchas veces yo he perdido el botón del cuello y…

—¡No me saques de mis casillas, Bertie! ¡Estoy demasiado apurada para tener que soportar tus imbecilidades! ¡Déjame en paz! —estalló con el mismo tono de voz empleado por los sargentos mayores o por lo que arrean al ganado que vuelve a la granja a través de los arenales del Dee. Y fue tal el magnetismo de su personalidad que Wilfred se desplomó como si hubiera chocado contra una pared. La camarera continuó gritando.

—Oye —dije—, creo que a esta muchacha le pasa algo. ¿No está llorando o algo parecido? Puede que no te hayas dado cuenta, pero soy bastante listo para ver las cosas.

—¡Ella robó mis perlas! ¡Estoy convencida de ello!

Esto volvió a poner en marcha al tío patilludo y un par de minutos más tarde tía Agatha había adoptado el aire glacial de una gran dama y azotaba al último de los bandidos con una voz que habitualmente reserva para reprender a los camareros en los restaurantes.

—Le digo, buen hombre, por centésima vez…

—Oye —dije—, no quisiera interrumpirte ni nada de eso pero ¿no serán por casualidad estas simpáticas bolitas…?

Saqué las perlas de mi bolsillo y las agité en el aire.

—Parecen perlas, ¿verdad?

No recuerdo haber pasado un momento más divertido. Fue una de aquellas ocasiones de las que hablaré a mis nietos… si es que llego a tener alguno, cosa para la que, en el momento de ir este original a la imprenta, me parece que existe más o menos una posibilidad contra cien. Tía Agatha se desinfló ante mis ojos. Me recordó una ocasión en que vi a unos muchachos deshinchar un globo en un balcón.

—¿Dónde… dónde… dónde? —balbució.

—Me las dio su amiga, miss Hemmingway.

Tía Agatha continuaba sin comprender.

—De miss Hemmingway. ¡Miss Hemmingway! Pero… ¿cómo llegaron a su poder?

—¿Cómo? —dije—. Pues que te las robó bonitamente. ¡Las birló! ¡Las escamoteó! Porque así es como se gana la vida: trabando amistad en los hoteles con gente poco recelosa y hurtándoles las joyas. No conozco su alias, pero su honorable hermano, el fulano que lleva el cuello abrochado por detrás, es conocido en el ambiente del hampa por el nombre de «Sid el untuoso».

Tía Agatha parpadeó.

—¡Miss Hemmingway una ladrona! Yo… yo… —Se detuvo y me miró desfallecida—. Pero ¿cómo conseguiste recobrar las perlas, Bertie, querido?

—Eso no tiene importancia —dije en tono displicente—. Tengo mis métodos.

Saqué a relucir todas mis reservas de valentía varonil, farfullé una breve plegaria y le espeté mi discurso.

—He de decirte, tía Agatha —dije severamente—, que creo que has sido escandalosamente descuidada. Hay un cartel impreso en cada habitación de este hotel, en el que se advierte que tienen una caja de caudales en el despacho del gerente, donde se deben guardar las joyas y los objetos de valor, y tú no hiciste el menor caso. ¿Y cuál ha sido el resultado? El primer ladrón que se presentó no tuvo más que entrar en tu habitación y birlarte las perlas. Y en vez de admitir que todo era culpa tuya, empezaste a acosar a este pobre hombre. Has sido muy injusta con este pobre hombre.

—Sí, sí —gimoteó el pobre hombre.

—Y esta infortunada muchacha, ¿qué has hecho con ella? La acusaste de haber robado las joyas sin tener absolutamente ninguna prueba. Creo que tendría todas las razones para ponerte un pleito por… por lo que fuera y reclamar una jugosa indemnización.

—*Mais oui, mais oui, c'est trop fort!* —estalló el supuesto jefe de los bandidos, poniéndose de mi parte.

La camarera levantó los ojos con expresión interrogadora, como si el sol hubiera asomado entre las nubes.

—Ya la recompensaré —dijo tía Agatha débilmente.

—Si aceptas mi consejo, lo harás en el acto o muy rápidamente. Tiene la sartén por el mango y yo, de ella, no aceptaría un penique menos de veinte libras. Pero lo que mayormente me irrita es el modo injusto de abusar de este pobre hombre y el intento de dar a su hotel una mala fama…

—¡Sí, maldición! ¡Es demasiado! —ladró el patilludo—. ¡Vieja descuidada! Usted quiere desacreditar mi hotel, ¿es o no es cierto? ¡Mañana mismo se marchará usted!

Y otras cosas por el estilo le fue diciendo. Y luego, habiendo dicho cuanto tenía que decir, se retiró llevándose consigo a la camarera, que estrechaba en la mano, como una tenaza, un billete nuevo de diez libras. Supongo que ella y el bandido, una vez fuera, se lo repartieron. Un gerente de hotel francés no sería capaz de dejar escapar dinero auténtico sin contarse a sí mismo en el reparto.

Me volví hacia tía Agatha, cuyo talante, a la sazón, era como el de quien, buscando margaritas entre los raíles del ferrocarril, se da cuenta de que tiene un expreso a pocos milímetros de la espalda.

—No quiero insistir, tía Agatha —dije fríamente—, pero me gustaría dejar sentado, antes de irme, que la muchacha que robó tus perlas es la muchacha con quien insistías en que me casara desde que estoy aquí. ¡Santo cielo! ¿Te das cuenta de que, si hubieras logrado tu propósito, yo tendría probablemente unos hijos que me robarían el reloj mientras jugaran sobre mis rodillas? No soy de los que se quejan, pero he de decirte que espero que otra vez serás más prudente en elegir la mujer con quien me quieras obligar a casarme.

Le lancé una mirada, di media vuelta y salí de la habitación.

—Las diez en punto, una noche serena y todo marcha bien, Jeeves —dije, al volver a mis habitaciones.

—Me encanta oírlo, señor.

—Si veinte libras le pueden resultar de alguna utilidad, ya sabe usted, Jeeves…

—Le quedo muy agradecido, señor.

Hubo un silencio. Y luego… bueno, fue un arranque, pero lo hice. Me quité el *cummerbund* y se lo tendí.

—¿Quiere que lo planche, señor?

Eché a la faja una postrera mirada de cariño. ¡Era una prenda tan querida!

—No —dije— llévesela; désela a cualquier pobre que la necesite… No la usaré nunca más.

—Muchísimas gracias, señor —dijo Jeeves.

# Capítulo V
# El orgullo de los Wooster, herido.

Si hay algo que me agrada, es la vida tranquila. No soy de aquellos individuos que se sienten inquietos y deprimidos si constantemente no les ocurre algo. La vida nunca puede ser bastante plácida para mí. Denme comidas regulares, un buen espectáculo con música decente de cuando en cuando, uno o dos amigos con quienes pasar el tiempo, y no pido más.

Fue por esto que el choque, cuando sucedió, fue un choque particularmente desagradable. Quiero decir que había vuelto de Roville con la sensación de que en adelante no podía suceder nada que me causara trastorno. Supuse que tía Agatha necesitaría por lo menos un año para reponerse del asunto Hemmingway y aparte de tía Agatha no hay nadie que haga realmente nada para molestarme. Me parecía que el cielo era azul, por decirlo así, sin nube alguna a la vista.

Poco imaginaba yo… Bueno, esto es lo que ocurrió, y yo les pregunto si no era suficiente para fastidiar a cualquiera.

Una vez al año Jeeves se toma un par de semanas de vacaciones y se va a orillas del mar o a otra parte para restaurar sus tejidos celulares. Y por cierto, las cosas no marchan bien para mí mientras él está fuera. Pero hay que soportarlo y yo lo soporto; y confieso que Jeeves suele encontrar un tipo bastante conveniente para cuidarme durante su ausencia.

Pues bien, había llegado este momento, y Jeeves se hallaba en la cocina dando al sustituto algunos consejos acerca de sus obligaciones. Precisamente necesitaba un sello o algo por el estilo y bajé por el pasillo a decírselo. El asno había dejado abierta la puerta de la cocina y no había dado yo dos pasos cuando su voz llegó claramente a mis tímpanos.

—Encontrará en míster Wooster —estaba diciendo al sustituto— un caballero agradable y amable, pero no inteligente. No posee un adarme de inteligencia. Mentalmente es despreciable…, enteramente despreciable.

¡Bueno, eso era el colmo!

Supongo que, según todas las reglas, hubiese tenido que precipitarme en la cocina y reprenderle con voz firmemente decidida. Pero dudo que sea humanamente posible reprender a Jeeves. Personalmente, ni siquiera lo intenté. Me limité a pedir el sombrero y el bastón, y me fui. Pero el recuerdo me quemaba, como comprenderán ustedes. Nosotros, los Wooster, no olvidamos fácilmente. Si lo hacemos, son cosas como las citas, los cumpleaños, echar una carta al correo y cosas similares, pero de ninguna manera un insulto tan categórico como el que acababa de oír. Me estaba entregando a los fuegos del infierno.

Aún estaba rumiando cuando entré en el bar de Buch para tomar un tónico de

efectos rápidos. Necesitaba un tónico especial, en aquel momento, porque iba a almorzar con tía Agatha. Es una prueba espantosamente dura, créanlo o no, aun cuando suponía que después de lo acaecido en Roville ella se encontraría en un estado de ánimo bastante dócil y amable. Acababa de tomar un tónico de efectos rápidos y otro de efectos más lentos y me sentía todo lo feliz que podía ser dadas las circunstancias, cuando una voz sorda me llamó desde el noroeste y, volviéndome, vi al joven Bingo sentado en un rincón, regalándose con un buen pedazo de pan y una porción de queso.

—¡Hola, hola, hola! —dije—. Hacía siglos que no te veía. No has estado por aquí últimamente, ¿verdad?

—No. He estado fuera, en el campo.

—¿Cómo? —exclamé, porque el odio de Bingo por el campo era bien conocido —. ¿Dónde?

—En Hampshire, en un lugar llamado Ditteredge.

—¿De veras? Conozco a unas personas que tienen su casa allí. Los Glossop. ¿Los conoces?

—Allí es donde resido —dijo el joven Bingo—. Soy profesor del pequeño Glossop.

—¿Por qué? —dije.

No me era posible imaginar al joven Bingo haciendo de profesor. Aunque, por cierto, había obtenido un diploma en Oxford y supongo que siempre es posible enredar a determinadas personas durante cierto tiempo.

—¿Por qué? ¡Por dinero, naturalmente! «Una triste calamidad» llegó deshecha en la segunda carrera de Haydock Park —dijo Bingo, con alguna amargura—, y yo había apostado por ella toda la pensión del mes. No me atreví a pedirle a mi tío que me adelantara algo, de modo que fui a una agencia de colocaciones. Ya llevo tres semanas allí.

—No conozco al pequeño Glossop.

—¡Ni lo intentes! —me advirtió Bingo brevemente.

—La única persona de la familia que conozco a fondo es la muchacha.

Apenas había dicho estas palabras, cuando un cambio extraordinario se produjo en el rostro del joven Bingo. Los ojos le salieron de las órbitas, sus mejillas tornáronse coloradas, y la nuez le saltó como una de esas bolitas de caucho sobre el surtidor de una barraca de tiro al blanco.

—¡Oh, Bertie! —dijo con voz ahogada.

Miré al pobrecillo ansiosamente. No era un místerio que siempre se enamorara de alguien, pero no me parecía posible que hubiese podido enamorarse de Honoria Glossop. Para mí la chica era, ni más ni menos, un bote de veneno. Era una de esas condenadas chicas altas, cerebrales, enérgicas y dinámicas de las que se ven tantas en

nuestros días. Había estado en Girton, donde, además de ensanchar su cerebro hasta el grado más espantoso, practicó todos los deportes y desarrolló el físico como una campeona de lucha libre del peso medio. No estoy seguro de que no boxeara por la Universidad mientras estuvo allí. El efecto que producía sobre mí cuando la veía me impulsaba a meterme en la bodega y quedarme quieto allí hasta que las sirenas anunciaran el cese de la alarma.

Sin embargo, he aquí al joven Bingo evidentemente loco por ella. No era posible equivocarse. El brillo del amor estaba en sus ojos.

—¡La adoro, Bertie! ¡Adoro hasta el polvo que pisa! —continuó el enfermo con voz alta y penetrante.

Habían entrado Fred Thompson y un par de muchachos más, y McGarry, el tipo del mostrador, estaba escuchando con los oídos bien alerta. Mas no hay reticencia alguna en Bingo. Siempre me recuerda al héroe de las comedias musicales que se sitúa en medio del escenario, agrupa a los muchachos del coro a su alrededor y les cuenta sus amores a grito pelado.

—¿Se lo has dicho?

—No, no me atreví. Pero nos paseamos juntos por el jardín la mayoría de las tardes y a veces me parece que hay un resplandor en sus ojos.

—Conozco esa mirada. Es como la de un sargento mayor.

—¡Nada de eso! Es como la de una tierna diosa.

—Aguarda medio segundo —dije—. ¿Estás seguro de que hablamos de la misma chica? Aquella a que me refiero se llama Honoria. Quizá hay alguna hermana menor o algo así que yo no conozco.

—Su nombre es Honoria —voceó Bingo reverentemente.

—¿Y ella te impresiona como una tierna diosa?

—Sí.

—¡Que Dios te bendiga! —dije.

—Es hermosa como las noches sin nubes y los cielos estrellados; cuanto haya de más hermoso en las tinieblas y la luz se encuentra en su aspecto y en sus ojos. Otro poco de pan y queso —dijo al muchacho del mostrador.

—Preservas las fuerzas —observé.

—Esto es mi almuerzo. He de ir a buscar a Oswald a la estación de Waterloo a la una quince, para tomar el tren. Lo traje a la ciudad para ir al dentista.

—¿Oswald? ¿Es el joven?

—Sí. Es repulsivo en el grado máximo.

—¡Repulsivo! Eso me recuerda que he de almorzar con mi tía Agatha. He de irme pitando o llegaré con retraso.

No había vuelto a ver a tía Agatha desde el asunto de las perlas, y si bien preveía que no sería una gran diversión roer un hueso en su compañía, confieso que tenía la

certidumbre de que habría un tópico que ella no tocaría: el tema de mi futuro matrimonial. Quiero decir que cuando una mujer ha cometido un disparate como el que tía Agatha cometiera en Roville, uno piensa, naturalmente, que una decente vergüenza le impedirá volver pronto a las andadas.

Pero las mujeres son más fuertes que yo. Es decir, en lo que a los nervios se refiere. Ustedes difícilmente lo creerán, pero soltó su perorata durante el primer plato. Cuando acababan de servir el pescado, palabra de caballero. Habíamos cambiado apenas dos palabras sobre el tiempo, cuando ella comenzó sin rubor alguno.

—Bertie —dijo—, he estado pensando nuevamente en ti y en lo necesario que es que te cases. Admito por completo haberme equivocado terriblemente con respecto a la horrible e hipócrita muchacha de Roville, pero esta vez no hay peligro de equivocación. Por fortuna he encontrado a la verdadera esposa para ti, una muchacha que conocí recientemente, pero cuya familia está por encima de toda sospecha. También tiene mucho dinero, aunque eso poco importe en tu caso. Lo más importante es que es fuerte, llena de confianza en sí misma y sensata, y equilibrará las deficiencias y debilidades de tu carácter. Te conoce y aunque, naturalmente, desaprueba muchas de tus características, no te tiene antipatía. Lo sé porque la he sondeado, prudentemente, desde luego, y estoy segura de que bastará con que des los primeros pasos…

—¿Quién es?

Hubiera podido preguntárselo mucho antes, pero con la sorpresa se me había atragantado un trocito de pan y aún estaba congestionado e intentando restablecer el paso del aire a través de mi gaznate.

—Honoria, la hija de sir Roderick Glossop.

—¡No, no! —grité, palideciendo bajo mi piel atezada.

—No seas necio, Bertie. Es exactamente la mujer que te conviene.

—Sí, pero escucha…

—Ella te moldeará.

—Pero si yo no quiero que me moldeen.

Tía Agatha me echó una de esas miradas que solía lanzarme cuando yo era chiquillo y me atrapaba junto al armario de las confituras.

—¡Bertie! Espero que no te pondrás pesado.

—Bueno, pero quiero decir…

—Lady Glossop ha tenido la amabilidad de invitarte a Ditteredge Hall unos días. Le he dicho que estarás encantado de ir allí mañana.

—Lo siento, pero para mañana tengo un compromiso sumamente importante.

—¿Qué compromiso?

—Pues…

—No tienes ningún compromiso. Y aunque lo tuvieras, puedes aplazarlo. Me

enojaría seriamente si no fueras a Ditteredge Hall mañana.

—¡Oh, está bien! —dije.

Menos de dos minutos después de haberme separado de tía Agatha, el viejo espíritu luchador de los Wooster se afirmó de nuevo. Por espantoso que fuera el peligro que aparecía ante mí, me sentía poseído por un extraño alborozo. Era un callejón sin salida, mas por muy difícil que resultara la situación creí que sería en extremo agradable saldar cuentas con Jeeves resolviendo el mal paso sin que él me ayudara en lo más mínimo. Normalmente, desde luego, lo habría consultado y confiado en él para resolver la dificultad; pero después de cuanto le había oído decir en la cocina, que me emplumaran si iba a rebajarme. Cuando volví a casa le hablé con alegre despreocupación.

—Jeeves —dije—, me hallo en una pequeña dificultad.

—Siento oírselo decir, señor.

—Sí, en un buen embrollo. En realidad, casi podría decirse que estoy al borde del precipicio y que he de afrontar un destino fatal.

—Si puedo serle de alguna ayuda, señor…

—¡Oh, no! No, no. Muchísimas gracias, pero no. No quisiera molestarle. No dudo de que seré capaz de arreglármelas yo solo.

—Muy bien, señor.

Y eso fue todo. He de decir que me hubiera agradado un poco más de curiosidad por parte de Jeeves, pero él es así. Si digo que oculta sus emociones, ya me comprenderán ustedes.

Honoria estaba ausente cuando llegué a Ditteredge a la mañana siguiente. Su madre me informó que estaba pasando unos días en casa de una familia llamada Braythwayt que vivía en las cercanías, y que regresaría al día siguiente, trayendo consigo a la hija de la casa que les haría una visita. Dijo que encontraría a Oswald en el parque, y tal es el amor de una madre que habló como si eso fuese una alabanza del parque y un incentivo para visitarlo.

El parque de Ditteredge está bastante bien. Un par de terrazas, un poco de césped con un cetro, un bosquecillo de arbustos y finalmente un pequeño pero agradable estanque con una fuente de piedra que lo atraviesa. Inmediatamente después de haber dado la vuelta al bosquecillo, vi al joven Bingo apoyado en el puente, fumando un cigarrillo. Sentado sobre una piedra y pescando, hallábase un muchachito que supuse era Oswald, la «Peste Viviente».

Bingo se mostró a la vez sorprendido y encantado de verme, y me presentó al muchacho. Si este último estuvo también encantado y sorprendido, lo disimuló como un diplomático. Sólo me miró, levantó ligeramente las cejas y continuó pescando. Era uno de esos arrogantes mozalbetes que dan la sensación de que uno fue a un mal colegio y va mal vestido.

—Este es Oswald —dijo Bingo.

—¡Qué niño tan encantador! —repliqué—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —dijo el chiquillo.

—Bonito lugar éste.

—Muy bonito —dijo el chiquillo.

—¿Te diviertes pescando?

—Mucho —dijo el chiquillo.

El joven Bingo me llevó aparte para hablarme.

—¿No te da, a veces, dolor de cabeza el flujo incesante de la charla del pequeño Oswald? —pregunté.

Bingo suspiró.

—Es un trabajo duro.

—Quererle.

—¿Lo quieres? —pregunté, sorprendido. Nunca hubiera pensado que esto fuera posible.

—Lo intento —dijo el joven Bingo— por amor a ella. Volverá mañana, Bertie.

—Eso he oído.

—Vuelve mi amor, mi sola…

—Sí, sí, de acuerdo —dije—. Pero volviendo al joven Oswald, ¿tienes que pasarte el día con él? ¿Cómo consigues aguantarlo?

—No me molesta mucho. Cuando no trabajamos, pasa el tiempo sentado sobre ese puente, intentando coger peces.

—¿Por qué no le echas abajo?

—¿Echarlo abajo?

—Me parece que es lo más oportuno que podrías hacer —dije, mirando la espalda del jovencito con manifiesta antipatía—. Lo despabilaría un poco y despertaría su interés por las cosas.

—Tu proposición me atrae —dijo con pensativa tristeza—, pero temo que sea irrealizable. Ella nunca me lo perdonaría, ¿comprendes? Adora al bestia ese.

—¡Caramba! —grité—. ¡Ya lo tengo!

No sé si conocen ustedes aquella sensación que se experimenta al tener una inspiración; algo que le produce a uno un estremecimiento a lo largo de la espina dorsal, desde el cuello flojo, como se lleva ahora, hasta las mismas suelas de los zapatos. Jeeves, supongo, debe de experimentarla con harta frecuencia, pero no es cosa que a mí me suceda a menudo. Pero a la sazón toda la Naturaleza parecía gritarme: «¡Has dado en el clavo!», y agarré al joven Bingo por el brazo de un modo que a él debió de producirle el efecto de haber sido mordido por un caballo. Sus finamente modeladas facciones se contrajeron con angustia y me preguntó a qué demonios pensaba que estaba jugando.

—Bingo —dije—, ¿qué hubiera hecho Jeeves?

—¿Qué quieres decir con «qué hubiera hecho Jeeves»?

—Quiero decir: ¿qué hubiese aconsejado él en un caso como el tuyo? Es decir, tu deseo de provocar la admiración de Honoria Glossop y todo lo demás. Pues, hazme caso, muchacho, te habría dicho que te pusieras detrás de aquel arbusto; me hubiese obligado a atraer a Honoria sobre el puente con algún pretexto; luego, en el momento preciso, me habría dicho que le diera al chiquillo un suave empujoncito en la espalda, haciéndole caer al agua, y tú te hubieras echado de cabeza a salvarlo. ¿Qué opinas?

—¿Has pensado tú solo todo esto, Bertie? —dijo el joven Bingo con voz ahogada.

—Sí. Jeeves no es el único que tiene ideas.

—¡Es absolutamente maravilloso!

—No es más que una sugerencia.

—La única objeción que puedo hacer es que sería muy molesto para ti. Quiero decir, suponte que el chico se vuelve en redondo y dice que tú lo has empujado; esto te haría muy antipático a los ojos de ella.

—No me importa correr este riesgo.

—Bertie, eso es ser noble —dijo Bingo, conmovido.

—No, no.

Estrechó mi mano en silencio y luego se rió entre dientes, emitiendo un sonido parecido al de la última gota de agua que sale por la cañería de desagüe de una bañera.

—¿Qué pasa ahora?

—Sólo estaba pensando —dijo el joven Bingo— en el terrible remojón que se llevará Oswald. ¡Oh, qué día tan feliz!

# Capítulo VI
# La recompensa del héroe.

No sé si ustedes lo habrán notado, pero lo extraño es que nada en este mundo parece nunca perfecto. El único inconveniente de aquella ingeniosa estratagema, era, desde luego, el hecho de que Jeeves no estaría presente para verme actuar. Sin embargo, hecha esta salvedad, no había una sola grieta. La belleza del proyecto consistía en que nada podía fallar.

Ustedes saben lo que sucede, por lo general, cuando se quiere que el tipo A esté en el lugar B exactamente en el mismo momento en que el tipo C está en el sitio D. Siempre existe la posibilidad que surja algún contratiempo. Tomen el caso de un general, por ejemplo, que está planeando un gran movimiento de tropas. Ordena al regimiento que se apodere de la colina del molino en el momento preciso en que otro regimiento está tomando la cabeza de puente o algo semejante en el valle; y todo se va al traste. Y luego, cuando examinan la cosa en el cuartel general a la noche siguiente, el coronel del primer regimiento dice: «¡Lo siento! ¿Dijo usted la colina del molino? Pensé que decía usted la del rebaño de ovejas.» ¡Ahí lo tienen ustedes! Pero en el caso presente nada semejante podía ocurrir, porque Oswald y Bingo estarían en el lugar debido, y la única cosa de que yo tendría que preocuparme sería de llevar a Honoria hasta allí en el momento oportuno. Y eso lo arreglé fácilmente porque tenía que decirle algo privado.

Llegó en coche, poco después del almuerzo, con la chica Braythwayt. Me presentaron a ésta, una muchacha bastante alta con ojos azules y el cabello rubio. Me agradó bastante —¡era tan diferente a Honoria!— y, de haber tenido tiempo, no me hubiera molestado charlar un rato con ella. Pero los negocios son los negocios… Había quedado con Bingo en que estaría detrás de los arbustos a las tres en punto; de modo que me encargué de Honoria y la guié a través del parque en la dirección del estanque.

—Está usted muy callado, míster Wooster —dijo ella.

Me sobresalté. En aquel momento estaba concentrándome con bastante intensidad. Acabábamos de llegar a la vista del lago y yo estaba echando una ojeada de inspección sobre el terreno para ver si todo estaba en orden. Todo parecía hallarse como habíamos convenido. Oswald estaba sentado sobre el puente; y, puesto que a Bingo no se le veía por ninguna parte, me figuré que se hallaba en su puesto. Mi reloj marcaba las tres y dos minutos.

—¿Eh? —dije—. Oh, sí. Estaba pensando solamente.

—Usted dijo que tenía algo interesante que comunicarme.

—Exactamente.

Había decidido empezar la ofensiva allanando el terreno al joven Bingo. Es decir

que, sin mencionar su nombre, quería preparar la mente de la muchacha al hecho de que, por sorprendente que pudiera parecer, había alguien que la amaba en silencio desde hacía mucho tiempo y zarandajas.

—Así es —dije—. Puede parecerle extraño, pero hay alguien que está terriblemente enamorado de usted…, un amigo mío.

—¡Oh!, ¿un amigo suyo?

Emitió una especie de risa.

—Bueno, ¿por qué no me lo dice?

—Porque, ¿sabe?, es un tipo así. Es un individuo apocado y tímido. No se atreve. ¡La ve a usted tan superior a él! La mira a usted como a una especie de diosa. Adora la tierra que usted pisa, pero le faltan ánimos para decírselo.

—Eso es muy interesante.

—Sí. No es un mal muchacho, ¿sabe?, a su manera. Quizá sea algo borrico, pero tiene buenas intenciones. Bien, ésta es la situación. Podría usted tenerla en cuenta, ¿verdad?

—¡Qué divertido es usted!

Echó la cabeza hacia atrás y rió con considerable alegría. Tenía una risa penetrante. Algo parecido al rumor de un tren que entra en un túnel. No fue muy musical para mis oídos y pareció molestar un poco también a Oswald. Nos lanzó una mirada que entrañaba un profundo desdén.

—Desearía que no metierais tanto escándalo —dijo—. Asustáis a los peces.

Esto rompió un poco el encanto. Honoria cambió de tema.

—Me agradaría que Oswald no se sentara de ese modo sobre el puente —dijo—. Estoy convencida de que no está seguro. Podría caerse fácilmente.

—Voy a decírselo —contesté.

Creo que en aquella ocasión, la distancia que me separaba del chiquillo eran unos cinco metros, pero tuve la impresión de que eran casi cien. Y al empezar a atravesar el espacio que mediaba entre los dos, experimenté la extraña sensación de haber hecho lo mismo anteriormente. Entonces me acordé. Hace años, en una fiesta celebrada en una casa de campo, me habían convencido para que hiciera el papel de mayordomo en una representación teatral de aficionados en favor de alguna estúpida obra benéfica, y yo tenía que iniciar el espectáculo atravesando el escenario vacío desde la entrada izquierda, para dejar una bandeja en el lado derecho. En los ensayos había insistido en que no tenía que cubrir el trayecto con paso rápido, como alguien que acabase con buen estilo una carrera pedestre; y el resultado fue que me frené hasta el punto que me pareció que nunca alcanzaría la condenada mesa. El escenario parecía extenderse ante mis ojos como un desierto sin sendas, y reinaba un silencio desolador como si la naturaleza se hubiese detenido para dedicarme toda su atención. Bueno, en aquel momento experimenté la misma sensación. Tenía una especie de

nudo en la garganta, y cuanto más caminaba, más me parecía que el pequeño estaba lejos de mí, hasta que, de repente, me encontré a su espalda sin saber cómo había llegado hasta allí.

—¡Hola! —dije con una risita que no produjo ningún efecto en el chiquillo, que ni siquiera se molestó en volverse y mirarme. Se limitó a mover la oreja izquierda, con harta impertinencia. No creo haber conocido nunca a nadie para cuya vida yo pareciera contar tan poco.

—¡Hola! —dije—. ¿Pescando?

Puse una mano sobre su hombro como hubiera podido hacerlo un hermano mayor.

—¡Oiga, cuidado! —dijo el chiquillo, balanceándose sobre sus posaderas.

Era una de aquellas cosas que hay que hacerlas rápidamente o no hacerlas. Cerré los ojos y empujé. Algo pareció ceder. Se oyó un rumor de lucha, una especie de gruñido, un grito en la distancia y el ruido de un cuerpo al caer al agua. Y así fue consumado el sacrificio.

Abrí los ojos. El chiquillo emergía precisamente a la superficie.

—¡Socorro! —grité, lanzando una mirada al arbusto, tras el que había de surgir el joven Bingo.

No sucedió nada. El joven Bingo no surgió en absoluto.

—¡Auxilio! ¡Socorro! —volví a gritar.

No quiero molestarles con los recuerdos de mi carrera teatral, pero tengo que referirme una vez más a mi actuación como mayordomo. La escena, en aquella ocasión, consistía en que después de poner yo la bandeja sobre la mesa tenía que comparecer la protagonista y pronunciar unas palabras para despedirme. Bueno, aquella noche, la joven de marras olvidó presentarse puntualmente y transcurrió un minuto entero antes de que la brigada de captura la encontrara y la lanzara al escenario. Y, entretanto, tuve que quedarme allí, esperando. Una sensación en extremo penosa, créanme, y esto fue lo mismo, sólo que peor. Comprendí lo que quieren decir los escritores cuando describen que el tiempo se ha parado.

Mientras tanto, el pequeño Oswald estaba, indudablemente, sucumbiendo en la flor de la vida, y yo comencé a pensar que se imponía tomar alguna decisión a este respecto. Lo que había visto del mocito no me hizo tomarle un cariño particular, pero no cabía duda que dejar que se ahogase era demasiado fuerte. No recuerdo haber contemplado nunca nada más lúgubre y desagradable que el lago visto desde el puente; pero aparentemente la cosa tenía que ser llevada a cabo. Me quité la americana y salté.

Parece extraño que el agua sea más mojada cuando uno entra en ella vestido que cuando se entra desnudo, pero les aseguro que es así. Sólo permanecí sumergido unos tres segundos, supongo, pero volví a la superficie sintiéndome como los cuerpos de

los que, según se lee en los periódicos, «evidentemente habían estado en el agua durante varios días». Me sentía viscoso e hinchado.

Al llegar a este punto, la escena tomó otro aspecto. Me había figurado que al llegar a la superficie cogería al niño y lo llevaría valientemente a la orilla. Pero él no había esperado a que lo llevaran. Cuando acabé de quitarme el agua de los ojos y hube tenido tiempo de mirar a mi alrededor, lo vi a unos diez metros de distancia, zumbando fuerte y usando, creo, el crawl australiano. El espectáculo me descorazonó. Quiero decir que toda la esencia de un salvamento, si me comprenden ustedes, consiste en que quien ejecuta el segundo papel se quede bastante quieto y en un sitio. Si empieza a nadar por su cuenta y puede concederle a uno cuarenta metros de ventaja en un recorrido de cien, ¿adonde vamos a parar? El asunto se cae por los suelos. No me pareció que quedara mucho por hacer, salvo volver a la orilla, y volví a la orilla. Cuando toqué tierra, el niño estaba a medio camino de la casa. Mírenlo desde el ángulo que más les agrade, pero el asunto fue un fracaso.

Fui interrumpido en mis meditaciones por un ruido semejante al del expreso de Escocia, pasando debajo de un puente. Era Honoria Glossop que reía. Estaba a mi lado, mirándome de un modo extraño.

—¡Oh, Bertie, qué divertido es usted! —dijo. E incluso en ese momento me pareció oír una nota siniestra en aquellas palabras. Hasta entonces no me había llamado más que «míster Wooster»—. ¡Qué mojado está usted!

—Sí; estoy mojado.

—Debería usted correr a casa y cambiarse.

—Sí.

Yo había sacado ya un galón o dos de agua de mis ropas, retorciéndolas.

—¡Es usted muy divertido! —dijo de nuevo—. Primero declarándose de aquella extraordinaria manera llena de rodeos, luego empujando al pobre Oswald al lago para causarme impresión salvándolo.

Me las arreglé para sacar de mi garganta el agua suficiente y corregir esta espantosa interpretación.

—¡No, no!

—Dijo que usted le empujó, y yo le vi hacerlo. No estoy enojada, Bertie. Pienso que fue muy ingenioso por su parte. Pero estoy completamente segura de que ya es hora de que me encargue de usted. Ciertamente necesita alguien que lo cuide. Ha visto demasiadas películas. Supongo que la próxima cosa que se le ocurriría es incendiar la casa para poder salvarme. —Me miró con aires de propietaria—. Yo creo —añadió— que seré capaz de sacar algo de usted, Bertie. Es cierto que ha despilfarrado su vida, pero aún es joven y hay muchas cosas buenas en su interior.

—No, realmente no las hay.

—¡Oh, sí las hay! Pero necesitan ser llevadas a la superficie. Ahora corra

directamente a casa y cámbiese la ropa mojada; de otro modo atrapará un resfriado.

Y lo peor del caso es que había un acento maternal en su voz que parecía decirme, aún más que sus anteriores palabras, que yo estaba aviado.

Al bajar la escalera después de haberme mudado la ropa, abordé al joven Bingo, que parecía estar muy alegre.

—¡Bertie! —dijo—. Eres precisamente el hombre que quería ver. Bertie, ha ocurrido una cosa maravillosa.

—¡Gusano! —grité—. ¿Qué te ha pasado? ¿Sabes que…?

—Oh, ¿te refieres al asunto de los arbustos? No tuve tiempo de decírtelo. Eso terminó.

—¿Qué terminó?

—Bertie, empezaba efectivamente a esconderme detrás de aquellos arbustos cuando sucedió una cosa extraordinaria. Paseando por el césped vi a la muchacha más radiante y hermosa del mundo. No hay ninguna como ella, ninguna, Bertie. ¿Crees en el amor a primera vista? ¿Verdad que crees en los flechazos, Bertie? En cuanto la vi, pareció atraerme como un imán. Me pareció que me olvidaba de todo. Los dos estábamos solos en un mundo de música y de rayos de sol. Me acerqué a ella. Entablamos conversación. Es una tal miss Braythwayt, Bertie: Daphne Braythwayt. Apenas se encontraron nuestros ojos me percaté de que lo que había imaginado amor hacia Honoria Glossop no era más que capricho pasajero. Bertie, tú crees en el amor a primera vista, ¿verdad? Es tan maravillosa, tan simpática. Como una tierna diosa…

En este punto lo dejé.

Dos días más tarde recibí una carta de Jeeves.

«… El tiempo —decía al final— continúa siendo espléndido. He tomado un baño en extremo agradable».

Emití una de aquellas risas melancólicas y huecas, y bajé para reunirme con Honoria. Estaba citado con ella en la salita de estar. Iba a leerme unas páginas de Ruskin.

# Capítulo 1
# Presentación de Claude y Eustace.

La bomba estalló exactamente a la una cuarenta y cinco (hora de verano). Spenser, el mayordomo de tía Agatha, estaba ofreciéndome en aquel momento las patatas fritas, y fue tal mi emoción que proyecté seis de ellas sobre el aparador al mismo tiempo que la cuchara. Me comprenderán ustedes cuando les diga que me estremecí hasta la médula de los huesos.

Observen que ya me hallaba en condiciones de extrema debilidad. Estaba prometido con Honoria Glossop desde hacía casi dos semanas y durante ese tiempo ella no había dejado pasar ni un solo día sin llevar a cabo alguna ruda tarea relacionada con lo que tía Agatha definía como «amoldarme». Había leído sólida literatura hasta que mis ojos llegaron a nublarse; habíamos recorrido juntos kilómetros y kilómetros de galerías de pinturas; y me habían obligado a soportar conciertos clásicos hasta un extremo que ustedes difícilmente comprenderían. En conjunto, pues, no me hallaba en condiciones adecuadas para recibir golpes, y especialmente golpes de este calibre. Honoria me había llevado a almorzar a casa de tía Agatha y yo acababa precisamente de decirme a mí mismo: «Muerte, ¿dónde está tu vieja guadaña?», cuando ella lanzó la bomba.

—Bertie —dijo de repente, como si acabara de recordarlo—, ¿cómo se llama ese criado tuyo…, tu ayuda de cámara?

—¿Eh? Ah, Jeeves.

—Creo que ejerce una mala influencia sobre ti. Cuando nos casemos, tendrás que despedir a ese Jeeves.

Fue en este momento cuando tiré la cuchara y proyecté seis de las más tostaditas patatas sobre el aparador, mientras Spenser saltaba detrás de ellas como un digno perro de caza.

—¡Despedir a Jeeves! —farfullé.

—Sí. No me agrada.

—A mí tampoco me agrada —dijo tía Agatha.

—Pero no puedo hacer eso. Quiero decir…, no podría componérmelas ni un solo día sin Jeeves.

—Tendrás que hacerlo —dijo Honoria—. No me agrada en lo más mínimo.

—A mí tampoco me agrada en lo más mínimo —dijo tía Agatha—. Nunca me agradó.

Espantoso, ¿verdad? Siempre había supuesto que el matrimonio era una especie de catástrofe, pero jamás había imaginado que exigiera tales sacrificios a un individuo. Durante el resto de la comida me quedé sumido en una especie de estupor.

Se había dispuesto, si mal no recuerdo, que después de almorzar yo iría con

Honoria de tiendas por la Regent Street; pero cuando ella se levantó y se dispuso a recogerme con el resto de las cosas, tía Agatha la detuvo.

—Vaya usted delante, querida —dijo—; yo quiero decirle unas palabras a Bertie.

De modo que Honoria se fue y tía Agatha acercó su silla y soltó la perorata.

—Bertie —dijo—, nuestra querida Honoria no lo sabe, pero se ha presentado una pequeña dificultad en tu casamiento.

—¡Por Júpiter! ¿De veras? —dije, mientras la esperanza renacía dentro de mí.

—Oh, no es nada, desde luego. Sólo un poco exasperante. El hecho es que sir Roderick se está poniendo algo fastidioso.

—¿Piensa que no soy una buena inversión? ¿Quiere cancelar el asunto? Bueno, a lo mejor está en lo justo.

—Te ruego que no seas absurdo, Bertie. No es tan serio como eso. Pero la naturaleza de la profesión de sir Roderick desgraciadamente le hace… supercauteloso.

No comprendí.

—¿Supercauteloso?

—Sí. Es inevitable. Un especialista en nervios con su larga práctica difícilmente puede evitar el tener una visión algo falseada de la humanidad.

Ahora comprendí adonde quería llegar. Al padre de Honoria, sir Roderick Glossop, lo llaman siempre especialista de los nervios porque eso suena mejor, pero todos saben que es una especie de conserje de un asilo de chiflados. Quiero decir que cuando uno ve que su tío el duque empieza a exaltarse y lo encuentra en la salita poniéndose pajitas en el cabello, la primera persona a quien manda llamar es al viejo Glossop. Da unos cuantos pasitos alrededor del paciente, le echa una rápida ojeada, habla de los sistemas nerviosos sobreexcitados y recomienda descanso completo, reclusión y otras cosas semejantes. Prácticamente toda familia elegante del país lo ha llamado alguna que otra vez, y supongo que, hallándose en tal posición —quiero decir, relacionándose constantemente con personas a las que había que sujetar, mientras los familiares e íntimos telefoneaban al asilo para que enviasen un coche—, un individuo ha de tener forzosamente lo que puede llamarse una visión algo falseada de la humanidad.

—¿Quieres decir que teme que yo pueda estar chiflado, y no quiere a un chiflado por yerno? —pregunté.

Tía Agatha pareció más molesta que otra cosa ante mi rápida comprensión.

—No piensa nada tan ridículo. Te dije simplemente que es en extremo cauteloso. Quiere tener la satisfacción de ver que eres perfectamente normal. —Hizo una pausa porque Spenser había entrado con el café. Cuando éste se hubo marchado, continuó —: Parece que ha oído una extraña historia según la cual tú echaste a su hijo Oswald en el lago, en Ditteredge Hall. Increíble, por supuesto. No serías capaz de hacer una

cosa así.

—Bueno, la verdad es que me apoyé contra él, ¿sabes?, y que él se cayó del puente.

—En definitiva, Oswald te acusa de haberle tirado al agua de un empellón. Esto molestó a sir Roderick y desgraciadamente lo impulsó a recabar informes, enterándose de lo de tu pobre tío Henry.

Me miró con mucha solemnidad y yo tomé gravemente un sorbo de café. Estábamos metiendo las narices en el museo familiar y echando un vistazo al viejo secreto de familia. El difunto tío Henry, ¿comprenden?, estaba en camino de ser una mancha en el escudo de los Wooster. Personalmente fue un individuo de lo más decente y siempre se había hecho querer por mí porque me llenaba el portamonedas con considerable generosidad cuando yo estaba en el colegio; pero no cabe duda de que a veces hacia cosas extrañas, como por ejemplo albergar once conejos en su dormitorio, y creo que un pesimista lo hubiera juzgado más o menos chalado. En realidad, y hablando con entera franqueza, acabó su carrera feliz y completamente rodeado de conejos en un manicomio.

—Es absurdo, desde luego —continuó tía Agatha—. Si alguien de la familia hubiera tenido que heredar la excentricidad del pobre Henry, porque no fue más que un excéntrico, serían Claude y Eustace, y no se pueden encontrar dos muchachos más brillantes.

Claude y Eustace eran gemelos, y habían estado en mi colegio, en la clase de párvulos, durante mi último curso de verano. Volviendo la vista atrás, me parecía que la palabra «brillante» era la que más acertadamente los describía. Me había pasado todo aquel curso, si mal no recordaba, sacándolos de una serie de espantosos embrollos.

—Fíjate en lo bien que progresan en Oxford. Tu tía Emily recibió una carta de Claude el otro día, en la que decía que esperaban ser aceptados pronto en un importante club del colegio, llamado de los Buscadores.

—¿Los Buscadores? —No pude recordar ningún club que llevara ese nombre en la época en que yo estaba en Oxford—. ¿Qué buscan?

—Claude no lo dijo. La verdad o la sabiduría, supongo. Es un club al que evidentemente es muy deseable pertenecer, porque Claude añadía que lord Rainsby, el hijo del duque de Datchet, también deseaba ser admitido. De todos modos, nos estamos alejando de lo importante, o sea que sir Roderick quiere tener una conversación a solas contigo. Espero, Bertie, que te mostrarás…, no voy a decir inteligente, pero por lo menos sensato. No te rías estúpidamente; intenta eliminar esa horrible expresión vacua de tus ojos; no bosteces ni te inquietes; y recuerda que sir Roderick es el presidente de la sección del oeste londinense de la Liga Contra los Juegos de Azar, de modo que no le hables de carreras de caballos. Almorzará contigo

en tu casa mañana a la una y media. Recuerda, por favor, que no bebe vino, no puede soportar el tabaco y sólo puede comer las cosas más sencillas, debido a su digestión dificultosa. Y, por favor, no le ofrezcas café, porque lo considera la causa de la mitad de los disturbios nerviosos del mundo.

—Creo que una galleta para perros y un vaso de agua serán lo más conveniente, ¿verdad?

—¡Bertie!

—¡Está bien! No hacía más que bromear.

—Pues bien, es precisamente esa especie de observación idiota lo que podría despertar las peores sospechas en sir Roderick. Te ruego que procures refrenar tus extravagancias cuando estés con él. Es un hombre sumamente serio… ¿Te marchas? Bueno, procura recordar cuanto te he dicho. Cuento contigo, y, si algo marchara mal, nunca te lo perdonaría.

—¡Muy bien! —dije.

Y me fui con la perspectiva de un día en extremo divertido.

Desayuné bastante tarde, al día siguiente, y luego me fui a dar un paseo. Me parecía que debía hacer cuanto fuera factible para despejarme la sesera, y un poco de aire puro alivia por lo general aquella sensación de nebulosidad que se apodera de uno al comienzo de un día. Había dado un paseo por el parque y me hallaba ya en el Hyde Park Comer, cuando un tipo me pegó un manotazo entre los omoplatos. Era el joven Eustace, mi primo. Iba cogido del brazo de otros dos. El de un extremo era mi primo Claude y el del medio un muchacho de cara rosada, cabello rubio y mirada apocada.

—¡Bertie, viejo pillastre! —dijo el joven Eustace, afablemente.

—¡Hola! —dije, sin manifestar demasiada alegría.

—¡Curioso, topar contigo, el único hombre en Londres que puede soportarnos en nuestro estilo habitual! A propósito, no conoces al viejo Cara de Perro, ¿verdad? Cara de Perro, éste es mi primo Bertie. Lord Rainsby, míster Wooster. Acabamos de salir de tu piso, Bertie. Nos quedamos amargamente desilusionados al ver que estabas fuera, pero el viejo Jeeves nos acogió hospitalariamente. Ese hombre es un tío serio, Bertie. No lo dejes escapar.

—¿Qué estáis haciendo en Londres? —inquirí.

—Dando una vuelta. Sólo hemos venido a pasar el día. Una visita rápida y eminentemente extraoficial. Nos volvemos en el tren de las tres y diez. Y ahora, hablando del almuerzo que tan amablemente nos has ofrecido, ¿adonde vamos? ¿Al Ritz? ¿Al Savoy? ¿Al Carlton? Si eres socio del Ciro o del Embassy, no tenemos inconveniente en ir allí.

—No puedo invitaros a almorzar. Tengo un compromiso. Y, ¡por Júpiter! —dije, consultando mi reloj—, llevo retraso. —Paré un taxi—. Lo siento.

—De hombre a hombre, entonces —dijo Eustace—, préstanos cinco libras.

No tenía tiempo para pararme a discutir. Saqué las cinco libras y subí al taxi. Eran las dos menos veinte cuando llegué a casa. Di un brinco hasta el salón, pero estaba vacío.

Jeeves entró.

—Sir Roderick no ha llegado todavía, señor.

—¡Estupendo! —dije—. Ya pensaba encontrarlo desahogándose con los muebles.

La experiencia me ha enseñado que cuanto menos quiere uno ver a un individuo, más puntual suele ser éste, y había tenido una visión del viejo pelmazo midiendo a pasos la alfombra de mi salón, diciendo: «¡Aún no llega!», y enfureciéndose por momentos.

—¿Está todo en orden? —pregunté.

—Espero que estará a entera satisfacción del señor.

—¿Qué nos va a servir usted?

—Consomé frío, una chuleta y postre, señor. Con zumo de limón helado.

—Bueno, no creo que esto pueda molestarle. No se deje arrastrar por la exaltación del momento y nos vaya a traer el café.

—No, señor.

—Y no muestre tampoco una expresión vacua en los ojos, porque, si lo hace, se encontrará en una celda acolchada en un abrir y cerrar de ojos.

—Muy bien, señor.

Se oyó el timbre de la puerta.

—Atención, Jeeves —dije—. ¡Aquí está!

# Capítulo VIII
# Sir Roderick viene a almorzar.

Me había encontrado ya con sir Roderick, naturalmente, pero sólo en presencia de Honoria; y hay algo en Honoria que hace que casi todos los que uno encuentra en la misma habitación parezcan, por comparación, triviales y de poca estatura. Nunca me había percatado, hasta aquel momento, de lo extraordinariamente formidable que era aquel viejo pájaro. Tenía un par de cejas como breñales que daban a sus ojos una mirada penetrante, mirada que un individuo no hubiera deseado afrontar por nada del mundo con el estómago vacío. Era bastante alto y corpulento, y tenía una cabeza enorme, con muy poco pelo, que se parecía extraordinariamente a la cúpula de la catedral de San Pablo. Supongo que usaría sombrero del número nueve o algo así. Eso demuestra lo repulsivo que resulta dejar que el cerebro se desarrolle demasiado.

—¡Qué tal! ¡Qué tal! ¡Qué tal! —dije con fingida cordialidad, y luego tuve la repentina sensación de que aquello era precisamente lo que me habían advertido que no hiciera.

Es condenadamente difícil poner las cosas en marcha de un modo conveniente en ocasiones semejantes. ¡Un individuo que vive en un piso de Londres encuentra tantas dificultades! Quiero decir que si yo hubiera sido el joven terrateniente que recibe a su invitado en el campo, habría podido decir: «¡Bienvenido a Meadowsweet Hall!», o algo tan sencillo como eso. Parece tonto decir: «Bienvenido al número 6 A, Crichton Mansions, Berkeley Street, W».

—Temo haber llegado con un poco de retraso —dijo mientras nos sentábamos—. Fui retenido en el club por lord Alastair Hungerford, hijo del duque de Ramfurline. Me comunicó que el duque había vuelto a presentar los síntomas que tanta preocupación han causado ya en la familia. No me fue posible separarme de él inmediatamente. He aquí la razón de mi falta de puntualidad, que espero no le habrá molestado.

—De ninguna manera. ¿De modo que el duque está mal de la azotea?

—La expresión que usted emplea no es precisamente la que yo hubiera usado hablando del cabeza de la quizá más noble familia de Inglaterra, pero no cabe duda de que la excitación cerebral, como usted sugiere, existe en no pequeño grado. —Suspiró lo mejor que pudo, ya que tenía un pedazo de chuleta en la boca—. Mi profesión es muy fatigosa, muy fatigosa.

—Debe serlo.

—A veces estoy desanimado por lo que veo en torno a mí. —Se detuvo de repente y pareció endurecerse—. ¿Tiene usted gato, míster Wooster?

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Gato? No, no tengo ninguno.

—Estoy seguro de haber tenido la clara impresión de haber oído maullar un gato

en este comedor o muy cerca de donde estamos sentados.

—Probablemente ha sido un taxi o algo parecido en la calle.

—Temo no comprenderle.

—Quiero decir que los taxis producen sonidos discordantes, ¿sabe? En cierto sentido, como los gatos.

—Nunca había reparado en la semejanza —dijo, un tanto fríamente.

—Tome un poco de zumo de limón —dije.

La conversación parecía hacerse algo difícil.

—Gracias. Medio vaso, por favor —el infernal brebaje pareció animarle, pues continuó en un tono ligeramente más amistoso—. Los gatos me desagradan de un modo particular. Pero volviendo a lo que decía… ¡Oh, sí! A veces estoy positivamente consternado por lo que veo a mi alrededor. No se trata sólo de los casos que están bajo mi cuidado profesional, por muy penosos que sean muchos de ellos. Se trata de lo que veo mientras atravieso Londres. Algunas veces me parece que el mundo entero está mentalmente desequilibrado. Esta misma mañana, por ejemplo, ocurrió un incidente singularísimo y en extremo lamentable mientras iba de mi casa al club. Como hace un día clemente, había encargado al chofer que descapotara mi pequeño landó, y estaba arrellanado en el asiento, gozando del sol, cuando fuimos detenidos en nuestra carrera por uno de esos atascos inevitables en el tráfico congestionado de Londres.

Supongo que había dejado vagar un poco mi espíritu, porque cuando se detuvo y bebió un sorbo de zumo de limón, experimenté la sensación de estar escuchando una conferencia y de que se esperaba que yo dijera algo.

—¡Cierto, cierto! —dije.

—¿Cómo?

—Nada, nada. Decía usted…

—Los vehículos que venían en dirección contraria también se habían detenido, pero al cabo de un momento los dejaron continuar. Me hallaba sumido en mis meditaciones cuando, repentinamente, sucedió una cosa extraordinaria. ¡El sombrero me fue arrancado bruscamente de la cabeza! Y al mirar hacia atrás lo vi agitado con una especie de fervoroso triunfo en el interior de un taxi que desaparecía en un hueco de la circulación y se perdía de vista.

No reí, pero oí claramente cómo un par de mis costillas flotantes se separaban de sus amarras bajo la tensión.

—Eso puede haber significado prácticamente una broma —dije—. ¿Verdad?

La sugerencia pareció no ser del agrado del viejo.

—Le aseguro —dijo— que soy capaz de apreciar una chanza, pero confieso que estoy muy lejos de admitir una broma de este calibre. La acción fue, no cabe ninguna duda, propia de un sujeto mentalmente desequilibrado. Las lesiones mentales pueden

expresarse en formas muy distintas. El duque de Ramfurline, al que tuve ocasión de aludir hace poco, está bajo la impresión (esto se lo digo en un plan estrictamente confidencial) de que es un canario; y su crisis de hoy, que tanto conturba a lord Alastair, fue debida al hecho de que un lacayo descuidado olvidó llevarle su terrón de azúcar matinal. Son comunes los casos, por ejemplo, de hombres que asaltan a las mujeres y les cortan mechones de cabello. Me inclino a suponer que mi asaltante padece una variante de esta manía. Sólo puedo esperar que lo pongan en observación antes de que… Míster Wooster, ¡aquí cerca hay un gato! No está en la calle! El maullido parece venir de la habitación contigua.

Esta vez tuve que admitir que no cabía ninguna duda. Se oyó un distinto rumor de maullidos procedentes de la habitación de al lado. Llamé a Jeeves, el cual entró y se quedó esperando con aire de respetuosa devoción.

—¿Señor?

—Jeeves —dije—. ¡Hay gatos! ¿Qué sucede? ¿Hay algún gato en el piso?

—Sólo los tres de su dormitorio, señor.

—¡Gatos en su dormitorio! —oí musitar a sir Roderick con voz ahogada, y sus ojos parecieron taladrarme.

—¿Qué quiere decir? —exclamé—. ¿Sólo los tres de mi dormitorio?

—El negro, el moteado y el de color limón, señor.

—¿Qué diablos?…

Di la vuelta a la mesa en dirección a la puerta. Desgraciadamente, sir Roderick había decidido avanzar en la misma dirección, y el resultado fue que chocamos ante el umbral con bastante fuerza y juntos retrocedimos tambaleándonos hasta el vestíbulo. Se libró vivamente de mi abrazo y agarró un paraguas del perchero.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Atrás, joven! ¡Voy armado!

Me pareció que había llegado el momento de buscar una reconciliación.

—Deploro mucho haber chocado con usted —dije—. Daría todo el oro del mundo para que esto no hubiera sucedido. Sólo intentaba ver lo que ocurría.

Pareció calmarse un tanto y bajó el paraguas, pero en aquel momento comenzó en el dormitorio una algarabía espantosa. Daba la impresión de que todos los gatos de Londres, ayudados por los delegados de los suburbios más alejados, se hubieran reunido para arreglar sus diferencias de una vez por todas. Era una especie de orquesta gatuna, copiosamente aumentada.

—Este ruido es insoportable —aulló sir Roderick—. Ni siquiera puedo oírme a mí mismo.

—Supongo, señor —dijo Jeeves respetuosamente—, que los animales se han puesto algo alegres al descubrir el pescado debajo de la cama de míster Wooster.

El viejo se bamboleó.

—¡Pescado! ¿He oído bien?

—¿Señor?

—¿Dijo usted que hay pescado debajo de la cama de míster Wooster?

—Sí, señor.

Sir Roderick emitió un prolongado gemido y buscó su sombrero y su bastón.

—¿No se irá a marchar usted? —pregunté.

—¡Míster Wooster, me marcho! Prefiero pasar mi tiempo libre con una compañía menos excéntrica.

—Pero, oiga, tengo que ir con usted. Estoy seguro de que puedo explicárselo todo. Jeeves, mi sombrero.

Jeeves se aproximó. Cogí el sombrero que me tendía y me lo puse.

—¡Santo cielo!

¡Fue un golpe brutal! Me dio la sensación de que aquel condenado chisme me cubría toda la cara. Ya en el momento de ponérmelo tuve la impresión de que era un tanto ancho; y en cuanto lo hube soltado, descansó sobre mis orejas como una especie de matacandelas.

—¡Oiga! ¡Este no es mi sombrero!

—¡Es mi sombrero! —dijo sir Roderick, con la voz más fría y desagradable que he oído en mi vida—. Es el sombrero que me robaron esta mañana cuando estaba en mi coche.

—Pero…

Supongo que Napoleón o alguien semejante hubiera sabido dominar aquella situación, pero yo la encontré superior a mis fuerzas. Permanecí allí torciendo los ojos en forma de coma, mientras el viejo me arrebataba el sombrero y se volvía hacia Jeeves.

—Oiga usted —dijo—, me agradaría que me acompañara unos cuantos metros por la calle. Quiero hacerle unas preguntas.

—Muy bien, señor.

—¡Ah, pero, oiga…! —comencé, pero él me dejó plantado.

Salió, seguido de Jeeves. Y en aquel momento el ruido en el dormitorio comenzó de nuevo más estruendoso que nunca.

Estaba hasta la coronilla de aquel asunto. Me refiero a los gatos en mi dormitorio… ¿Un poco fuerte, verdad? No sabía cómo diablos habían entrado, pero estaba resuelto a no permitir que se quedaran merendando allí ni un minuto más. Abrí la puerta de un tirón. Ante mis ojos se ofreció la repentina visión de cerca de ciento quince gatos de todos los tamaños y colores peleando en el centro de la estancia; luego me pasaron rápidamente por delante y salieron disparados por la puerta de entrada. Cuanto quedó de aquel tumulto fue la cabeza de un gigantesco pescado que yacía sobre la alfombra y me miraba con cierta severidad, como si estuviera pidiendo explicaciones por escrito con las correspondientes excusas.

Había un no sé qué en la expresión del pescado que me dejó absolutamente helado; me retiré, pues, de puntillas y cerré la puerta. Y, mientras lo hacía, tropecé contra alguien.

—¡Oh, lo siento! —dijo una voz.

Me volví en redondo. Era el muchacho de faz rosada, lord no sé cuántos, el individuo que había encontrado con Claude y Eustace.

—Oiga —dijo en tono de disculpa—, siento muchísimo molestarle a usted, pero ¿no eran mis gatos los que vi bajar la escalera hace un momento?

—Salieron de mi dormitorio.

—¡Entonces eran mis gatos! —dijo tristemente—. ¡Oh, maldita sea!

—¿Fue usted quien puso los gatos en mi dormitorio?

—Su criado, como quiera que se llame, fue quien lo hizo. Dijo amablemente que podía dejarlos allí hasta la hora del tren. Precisamente venía a buscarlos. ¡Y ahora se han ido! Bueno, supongo que ya no tiene remedio. De todos modos, cogeré el pescado y el sombrero.

Aquel muchacho me estaba empezando a resultar antipático.

—¿También es suyo el asqueroso pescado que estaba allí?

—No, era de Eustace. Y el sombrero era de Claude.

Me desplomé en una silla.

—Oiga, ¿puede explicarme todo eso? —pregunté.

El muchacho me miró con apacible sorpresa.

—¿Cómo, no estaba usted enterado? ¡Vaya! —Se sonrojó profundamente—. Bueno, si usted no estaba enterado de nada, no me extraña que la cosa le parezca rara.

—Rara es la palabra justa.

—Era para los Buscadores, ¿sabe?

—¿Los Buscadores?

—Es un club selecto de Oxford, en el que anhelamos ingresar sus primos y yo. Es menester robar algo para ser elegidos, ¿sabe? Una especie de recuerdo, ¿sabe? Un casco de policía o la aldaba de una puerta o algo así, ¿sabe? Se adorna la sala con las cosas el día del banquete anual, y todo el mundo echa discursos y cosas semejantes. ¡Muy divertido! Bueno, quisimos hacer un esfuerzo especial y hacer las cosas en grande, ¿comprende?, de modo que nos vinimos a Londres para ver si aquí lográbamos birlar algo que se saliera de lo ordinario. Y desde el primer momento tuvimos una suerte asombrosa. Su primo Claude consiguió coger un sombrero de copa muy decente de un coche que pasaba, su primo Eustace se apropió de un estupendo salmón o algo así en Harrods, y yo escamoteé tres gatos excelentes a primera hora. Estábamos la mar de satisfechos, se lo aseguro. Pero la dificultad estriba en encontrar un lugar donde dejar las cosas hasta la hora de nuestro tren. ¡Uno se pone tan en evidencia, ¿sabe?, andando por Londres con un pescado y tres gatos!

Entonces Eustace se acordó de usted, y nos vinimos todos aquí en un taxi. Usted estaba fuera, pero su criado dijo que todo marcharía bien. Cuando le encontramos a usted, llevaba tanta prisa que nos faltó tiempo para contárselo todo. Bueno, me llevaré el sombrero, si a usted no le importa.

—Ha volado.

—¿Que ha volado?

—Dio la coincidencia de que el individuo a quien se lo birlaron era el señor que estaba almorzando aquí. Se lo llevó.

—¡Oh, qué pena! El pobre Claude quedará trastornado. Bueno, ¿qué hay del espléndido salmón?

—¿Le gustaría ver los restos?

Pareció quedar muy abatido al ver lo que quedaba del pescado.

—Dudo de que la junta directiva quiera aceptar eso —dijo tristemente—. No ha quedado mucho, ¿verdad?

—Los gatos se comieron lo demás.

Suspiró profundamente.

—Ni gato, ni pescado, ni sombrero. Nos tomamos todas aquellas molestias para nada. ¡Eso sí que es duro! Y para postre… Oiga, me molesta extraordinariamente pedírselo, pero ¿podría usted prestarme diez libras?

—¿Diez libras? ¿Para qué?

—Bueno, el hecho es que tengo que pagar la fianza de Claude y Eustace. Los han detenido.

—¡Detenido!

—Sí. En la excitación de haber logrado el sombrero y el salmón, ¿sabe?, añadido al hecho de que hicimos un almuerzo bastante alegre, quisieron superarse a sí mismos, ¡pobres chicos!, e intentaron robar un pequeño camión. Fue una tontería, desde luego, porque no veo cómo lo hubieran podido llevar a Oxford para enseñárselo a la junta. Pero era imposible discutir con ellos, y cuando el chofer empezó a protestar, hubo un poco de jaleo, y Claude y Eustace están ahora languideciendo en la comisaría de Wine Street, hasta que yo vaya a pagar la fianza para sacarlos. De modo que si quisiera usted prestarme diez libras… Oh, gracias, es de una gran bondad por su parte. Hubiera sido injusto dejarlos allí, ¿verdad? Quiero decir que los dos son realmente buenos chicos, ¿sabe? En la universidad todo el mundo los quiere. Son en extremo populares.

—De eso no me cabe la menor duda —dije.

Cuando Jeeves volvió, yo lo estaba esperando sobre el felpudo. Quería hablar con él.

—¿Y bien? —pregunté.

—Sir Roderick me hizo una serie de preguntas, señor, respecto a sus costumbres

y a su modo de vivir, a las cuales contesté con mucha circunspección.

—Eso me tiene sin cuidado. Lo que quiero saber es por qué no le explicó todo el asunto desde el primer momento. Una palabra suya lo hubiera puesto todo en claro.

—Sí, señor.

—Ahora se ha ido pensando que estoy chiflado.

—No me sorprendería, señor, que esta idea le hubiese, en efecto, entrado en la cabeza.

Estaba a punto de empezar a hablar, cuando sonó el timbre del teléfono. Jeeves fue al aparato.

—No, señora, míster Wooster no está en casa. No, señora, no sé cuándo volverá. No, señora, no dejó ningún recado. Sí, señora, se lo comunicaré. —Colgó el auricular —. Era mistress Gregson, señor.

¡Tía Agatha! Lo había estado esperando. Desde que el almuerzo saltara en el aire como un cohete, su sombra se había cernido sobre mi cabeza.

—¿Lo sabe ya?

—Supongo que sir Roderick ha estado hablando con ella por teléfono, señor, y…

—No tocarán a boda las campanas para mí, ¿verdad?

Jeeves tosió.

—Mistress Gregson no me hizo confidencia alguna, señor, pero me resulta fácil suponer que ha ocurrido algo semejante. Parecía muy agitada.

Es una cosa rara, pero yo había estado tan ocupado con el viejo, los gatos, el pescado, el sombrero y el muchacho de faz rosada y todo lo demás, que el lado alegre del caso no se me apareció hasta aquel momento. ¡Por Júpiter, fue como si me quitaran un peso de encima! Solté un alarido, de puro alivio.

—¡Jeeves! —dije—. ¡Creo que fue usted quien lo montó todo.

—¿Señor?

—Creo que usted dominó la situación desde el primer momento.

—Verá el señor; Spenser, el mayordomo de mistress Gregson, tal vez inadvertidamente, llegó a oír algo de la conversación cuando el señor almorzaba con ella, y me comunicó algunos detalles; y confieso que, aunque quizá sea una libertad el decirlo, alimenté la esperanza de que ocurriera algo que impidiera la unión. Dudo que la joven dama fuera del todo conveniente para el señor.

—Y ella le hubiera despedido antes de que usted se diera cuenta, cinco minutos después de la ceremonia.

—Sí, señor. Spenser me informó que ella había expresado una opinión parecida. Mistress Gregson desea que vaya usted a verla inmediatamente, señor.

—¿Eso quiere, eh? ¿Qué me aconseja usted, Jeeves?

—Creo que un viaje al extranjero podría resultar divertido, señor.

Sacudí la cabeza.

—Me seguiría…

—No, si el señor se marchase lejos. Hay excelentes buques que salen cada miércoles y cada sábado para Nueva York.

—Jeeves —dije—, lleva usted la razón, como siempre. Reserve los pasajes.

# Capítulo IX
# Una carta de presentación.

A medida que voy cumpliendo años, veo más claramente que la mitad de las molestias de este condenado mundo son causadas por la manera ligera y despreocupada con que algunos individuos escriben cartas de presentación y las dan a otros individuos para que las entreguen a unos terceros. Es una de aquellas cosas que le hacen desear a uno retroceder a la Edad de Piedra. Quiero decir, que si un tipo, en aquellos tiempos, quería dar a alguien una carta de presentación, tenía que pasar cerca de un mes grabándola en una piedra de considerable tamaño, y cabía la posibilidad de que el otro tipo se hartara tanto de arrastrarla por el mundo bajo el cálido sol, que al cabo de un rato la abandonara. Mas en nuestros tiempos es tan fácil escribir cartas de presentación que todo el mundo lo hace sin darle la menor importancia, con el resultado de que un sujeto perfectamente inocente como yo se encuentre metido en un lío.

Observen ustedes que todo lo antedicho es lo que podría llamarse el resultado de mis más maduras experiencias. No me molesta admitir que en el primer momento, cuando Jeeves me comunicó —unas tres semanas después de haber desembarcado yo en América— que un fulano llamado Cyril Bassington-Bassington había llegado con una carta de presentación para mí de tía Agatha… ¿dónde estaba? ¡Ah, sí!… No me importa admitir, decía, que de momento me alegré bastante. Después de los lamentables sucesos que habían motivado mi salida de Inglaterra no esperaba recibir ninguna carta de tía Agatha que pudiera pasar por la censura, y me llevé una agradable sorpresa al abrir ésta y encontrarla tan amable. Quizá un tanto fría, pero en conjunto tolerablemente civilizada. Aquello me pareció una buena señal. Una especie de rama de olivo, ¿saben? ¿O debiera decir de flor de azahar? Bueno, lo que quiero demostrar es que el hecho de que mi tía Agatha me escribiera sin dirigirme ningún adjetivo insultante, me parecía que era más o menos un paso hacia la paz.

Y yo quería hacer las paces, y con mucha rapidez. No es que vaya a decir una palabra contra Nueva York, ni muchísimo menos. Me agradaba el lugar y allí me divertía de lo lindo. Pero queda el hecho de que un muchacho que ha vivido en Londres toda la vida se siente un poco nostálgico en una playa extranjera, y yo quería regresar a mi cómodo piso de Berkeley Street. Esto, naturalmente, sólo podía llevarlo a la práctica cuando tía Agatha hubiera dejado de hervir y hubiera olvidado el episodio Glossop. Sé que Londres es una ciudad inmensa, pero, créanme, no es ni la mitad de lo grande que debiera ser para que un muchacho viva allí cuando tía Agatha lo busca blandiendo un hacha. De modo que, he de decirlo, cuando llegó ese Bassington-Bassington, lo miré como si fuera más o menos la paloma de la paz y le otorgué todas mis simpatías.

Parece ser, según los relatos, que cayó por casa a las siete cuarenta y cinco de la mañana, puesto que ésta viene a ser la hora espantosa en que lo echan a uno del barco en Nueva York. Jeeves lo recibió respetuosamente y le dijo que volviera tres horas más tarde, cuando existiera la posibilidad de que yo hubiese saltado de la cama con un alegre grito de bienvenida a un nuevo día y otras cosas por el estilo. Cosa que, por cierto, resultó muy decente por parte de Jeeves, porque daba la casualidad de que en aquel momento existía cierto alejamiento, una pizca de frialdad o, en otras palabras, una pequeña pelea entre los dos a causa de unos preciosos calcetines color púrpura que yo llevaba en contra de sus deseos; y un hombre de carácter mezquino habría podido aprovechar la ocasión para vengarse un poquito, dejando suelto a Cyril en mi dormitorio en un momento en que yo no hubiese podido sostener una conversación de más de dos minutos ni con mi más querido amigo. Porque hasta que no he ingerido mi taza de té matinal y he meditado un poco sobre la vida con absoluta tranquilidad, no puedo entregarme a la charla frívola.

De modo que Jeeves arrojó muy deportivamente a Cyril al fresco aire mañanero y no informó de su existencia hasta que me trajo su tarjeta de visita con el té.

—¿Qué puede ser todo eso, Jeeves? —dije echando a la tarjeta una mirada vidriosa.

—El caballero acaba de llegar de Inglaterra, según creo, señor. Vino a ver al señor a primera hora de la mañana.

—¡Dios me valga, Jeeves! ¿Quiere usted decir que el día empieza más pronto que ahora?

—Me rogó le dijera que volvería más tarde, señor.

—Jamás he oído hablar de él. ¿Ha oído usted hablar de él?

—El nombre Bassington-Bassington me es familiar, señor. Existen tres ramas de la familia Bassington-Bassington; los Bassington-Bassington de Shropshire, los Bassington-Bassington de Hampshire y los Bassington-Bassington de Kent.

—Me parece que Inglaterra está bastante llena de Bassington-Bassington.

—Tolerablemente llena, señor.

—Quiero decir que no cabe la posibilidad de una repentina escasez, ¿verdad?

—Es de presumir que no, señor.

—¿Y qué clase de tipo es?

—No podría decírselo, señor, puesto que hace muy poco que lo conozco.

—¿Apostaría usted dos contra uno, Jeeves, juzgando por lo que ha visto de él, que ese tipo no es una persona molesta?

—No, señor. No tengo interés en aventurarme con una apuesta tan desigual.

—Ya lo sabía. Bueno, lo único que queda por descubrir es a qué clase de tipo pertenece.

—El tiempo lo dirá, señor. El caballero trajo una carta para usted.

—Oh, ¿de veras? —dije, y cogí la epístola. Y entonces reconocí la letra—. ¡Oiga, Jeeves, esto es de mi tía Agatha!

—¿Realmente, señor?

—No lo tome tan a la ligera. ¿No ve lo que significa? Dice que quiere que yo cuide a ese pelmazo durante su estancia en Nueva York. Por Júpiter, Jeeves, si sólo lo contentamos un poco y envía un informe favorable al cuartel general, aún podré regresar a Inglaterra a tiempo para la carrera de Goodwood. Ha llegado seguramente el momento en que deben colaborar todos los hombres de buen corazón, Jeeves. Debemos unirnos y mimar a ese tipo de un modo que no deje lugar a dudas.

—Sí, señor.

—No va a quedarse mucho tiempo en Nueva York —dije echando otra ojeada a la carta—. Lo han destinado a Washington. Va a echar un vistazo a los burócratas, aparentemente, antes de ingresar en el Servicio Diplomático. Me parece que podremos granjearnos la estimación y el afecto de este muchacho con un almuerzo y un par de cenas. ¿No le parece?

—Supongo que eso sería lo adecuado, señor.

—Esta es la cosa más agradable que me ha sucedido desde que salimos de Inglaterra. Me da la impresión de que el sol asoma por fin entre las nubes.

—Es muy posible, señor.

Empezó a preparar mi ropa, y reinó una especie de extraño silencio.

—No quiero esos calcetines, Jeeves —dije tragando saliva, pero intentando usar un tono indiferente y desenfadado—. Deme los purpúreos.

—¿Perdone, señor?

—Los purpúreos.

—Muy bien, señor.

Los sacó del cajón como si fuese un vegetariano quitando una oruga de la ensalada. Podía verse que le dolía profundamente. Son muy penosas estas cosas, pero hay que imponerse de vez en cuando. No hay más remedio.

Estaba esperando que Cyril se presentase de nuevo en cualquier momento después del desayuno, pero no compareció; por lo tanto, hacia la una, salí para ir al Club de los Corderos, donde tenía un compromiso para alimentar mi estómago en compañía de un tipo llamado Caffyn, con el que trabara amistad desde que llegué. George Caffyn era un individuo que escribía comedias y todo lo que se quiera. Había trabado muchas amistades durante mi estancia en Nueva York, puesto que la ciudad estaba llena de tipos amenos que tendrán una mano acogedora al extranjero.

Caffyn llevaba un poco de retraso, pero finalmente llegó, diciendo que lo había retenido el ensayo de su nueva comedia musical *Pregúntaselo a papá*, y empezamos. Estábamos precisamente tomando el café cuando el camarero se acercó y dijo que Jeeves deseaba verme.

Jeeves estaba en la antesala. Lanzó una triste mirada a los calcetines cuando entré, y luego desvió los ojos.

—Míster Bassington-Bassington acaba de telefonear, señor.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—En la cárcel, señor.

Me apoyé contra la pared. ¡Valiente cosa le ocurría al protegido de tía Agatha el primer día que se refugiaba bajo mis alas!

—¡En la cárcel!

—Sí, señor. Dijo por teléfono que lo habían detenido y que le gustaría que usted depositara la fianza.

—¡Detenido! ¿Por qué?

—No me otorgó su confianza hasta ese extremo, señor.

—Eso me resulta un poco pesado, Jeeves.

Me reuní con George, el cual tuvo la amabilidad de ofrecerse voluntariamente a acompañarme, y saltamos a un taxi. Permanecimos sentados un rato en un banco de madera, en una especie de antesala de la comisaría, y al poco compareció un policía conduciendo a Cyril.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! —dije—. ¿Qué pasa?

Sé por experiencia que un individuo nunca presenta su mejor aspecto al salir de un calabozo. Cuando estaba en Oxford solía presentárseme periódicamente la tarea de depositar fianzas para un amigo mío que siempre quedaba detenido en la noche de la regata Oxford-Cambridge; y siempre tenía el aspecto de algo que hubiese sido socavado hasta las raíces. Cyril estaba más o menos en el mismo estado. Tenía un ojo a la funerala y el cuello de la camisa destrozado, cosas sobre las que no podía escribirse a casa… especialmente si uno escribía a tía Agatha. Era un muchacho alto y flaco, con abundante cabello rubio y ojos saltones de un azul pálido que le daban el aspecto de una rara especie de pez.

—Recibí su recado —dije.

—¿Es usted Bertie Wooster?

—En carne y hueso. Y éste es mi amigo George Caffyn. Escribe obras de teatro y cosas por el estilo, ¿sabe?

Nos dimos un apretón de manos y el policía, después de recobrar un pedazo de chicle de debajo de una silla, donde lo había pegado en espera de un día lluvioso, se fue a un rincón y empezó a contemplar el infinito.

—Este es un país asqueroso —dijo Cyril.

—No sé, la verdad… —dije.

—Hacemos lo que podemos —dijo George.

—El amigo George es americano —expliqué—. Escribe piezas de teatro, ¿sabe?, y todo lo demás.

—Desde luego, yo no inventé el país —dijo George—. Fue Colón. Pero me encantará tomar en consideración cualquier mejora que usted quiera sugerir y exponerla ante las autoridades competentes.

—Bueno, ¿por qué los policías de Nueva York no se visten como es debido?

George echó una mirada al polizonte que mascaba chicle al otro lado de la habitación.

—No veo que le falte nada —dijo.

—Quiero decir, ¿por qué no llevan casco como en Londres? ¿Por qué tienen el aspecto de carteros? No es justo. Les confunde uno a cada momento. Yo estaba tranquilamente en la acera mirando las cosas, cuando un tipo que parecía un cartero me dio un golpecito en las costillas con una cachiporra. No vi motivo para que me golpeara un cartero. ¿Por qué diablos tiene un individuo que hacer tres mil millas para ser golpeado por los carteros?

—El argumento no tiene vuelta de hoja —dijo George—. ¿Qué hizo usted?

—Le di un empellón. Tengo un temperamento muy irritable, ¿comprende? Todos los Bassington-Bassington tenemos un temperamento muy irritable, ¿no lo sabía? Y luego él me arreó un puñetazo y me trajo a este lugar inmundo.

—Yo lo arreglaré, amigo mío —dije.

Saqué un rollo de billetes y me fui a entablar negociaciones, dejando a Cyril hablando con George. No me molesta admitir que me sentía un tanto turbado. Había arrugas en mi frente y tenía una especie de presentimiento. Tendría que responder por este zopenco durante todo el tiempo que se quedará en Nueva York; y no me daba la impresión de pertenecer a la clase de individuos de los que un muchacho razonable quisiera ser responsable más de tres minutos.

Medité acerca de Cyril con mucha intensidad, aquella noche después de volver a casa, cuando Jeeves me hubo traído el último whisky. No podía dejar de percatarme de que esta visita suya a América iba a ser uno de aquellos momentos que ponen a prueba las almas de los hombres. Saqué la carta de presentación de tía Agatha y la volví a leer, y no se podía negar el hecho de que ella parecía estar un tanto preocupada por este muchacho, y que mi misión en la vida era la de protegerle de los peligros mientras estuviera por estos lugares. Me alegraba en extremo de que él hubiera trabado amistad con George Caffyn, puesto que el viejo George era un tipo bastante sólido. Después de haberle sacado de su mazmorra, él y George se habían ido juntos, como dos hermanos, a ver los ensayos de la tarde de *Pregúntaselo a papá*. Comprendí, por unas palabras que dijeron, que tenían la intención de cenar juntos. Me sentí bastante tranquilizado sabiendo que George no le quitaba los ojos de encima.

Había llegado hasta aquí en mis meditaciones, cuando Jeeves entró con un telegrama. Es decir, no era un telegrama: era un cable de tía Agatha y rezaba así:

*¿Se ha presentado ya Cyril Bassington-Bassington? Bajo ningún pretexto le introduzcas en círculos teatrales. Importancia vital. Sigue carta.*

Lo leí un par de veces.

—¡Sí que es raro esto, Jeeves!

—¿Si, señor?

—Muy raro y sumamente molesto.

—¿Necesitará algo más esta noche el señor?

Naturalmente, si Jeeves iba a ser tan poco simpático, nada podía hacerse. Hubiera querido enseñarle el cable y pedir su parecer. Pero si se dejaba irritar hasta aquel extremo por los calcetines purpúreos, la *noblesse oblige* de los Wooster no podía rebajarse hasta el punto de suplicar. De ninguna manera. De modo que lo dejé correr.

—Nada más, gracias.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches.

Jeeves se retiró y yo me puse a reflexionar sobre el asunto.

Había dedicado los mejores esfuerzos de mi vieja sesera a la solución del problema durante cerca de media hora, cuando tocaron el timbre. Fui a la puerta y me encontré con Cyril, al parecer bastante alegre.

—Entraré un momento, si me lo permite. He de comunicarle algo extraordinario.

Entró dando saltitos hasta el salón, y cuando llegué allí después de haber cerrado la puerta de la entrada, lo encontré leyendo el cable de tía Agatha y riéndose de un modo extraño.

—No hubiera debido leer esto, supongo. Vi mi nombre y lo leí sin pensar. Oiga, Wooster, viejo amigo de mi mocedad, esto es bastante cómico. ¿Le molesta si bebo algo? Muchas gracias y todas las demás tonterías que suelen decirse. Sí, es bastante cómico, visto lo que vine a comunicarle. El bueno de Caffyn me ha dado un pequeño papel en su comedia musical *Pregúntaselo a papá*. Es pequeño, ¿sabe?, pero no está mal. Me siento muy alentado, ¿sabe?

Tomó la bebida y continuó. No parecía percatarse de que yo no estaba brincando por la habitación y ladrando de alegría.

—Siempre quise pisar las tablas, ¿sabe? —dijo—. Pero a mi padre no resultaba posible convencerlo. Me cortó los víveres de golpe y porrazo y se ponía colorado cada vez que se mencionaba el tema. Esa es la verdadera razón de mi venida aquí, si quiere saberlo. Me constaba que en Londres no tenía la menor posibilidad de trabajar en el teatro sin que alguien se enterase de ello y se lo refiriera a mi padre; de modo

que propuse hábilmente la idea de venir a Washington para ampliar mis conocimientos. Aquí no hay nadie que se interponga en mi camino, de modo que puedo ir adelante, ¿entiende?

Intenté hacer entrar en razón al pobre idiota.

—Pero su padre un día u otro llegará a saberlo.

—Entonces no importará. Seré ya un astro. Y no tendrá un pie sobre el que apoyarse.

—Me parece que tendrá un pie sobre el que apoyarse mientras le dará patadas con el otro.

—¿Por qué? ¿Qué tiene usted que ver con esto? ¿Por qué se preocupa?

—Yo fui quien le presentó a George Caffyn.

—¡Es cierto, amigo mío, es cierto! Lo había olvidado por completo. Tendría que haberle dado las gracias antes. Bueno, adiós. Tengo ensayo mañana a primera hora y he de irme. Es extraño que la obra se titule *Pregúntaselo a papá*, cuando eso es precisamente lo que no voy a hacer. ¿Entiende lo que quiero decir, eh? ¡Bueno, hasta otra!

—¡Usted lo pase bien! —dije tristemente; y el hombre se largó.

Me precipité al teléfono y llamé a George Caffyn.

—Oiga, George, ¿qué le sucede a Cyril Bassington-Bassington?

—¿Qué quiere decir?

—Me dice que usted le ha dado un papel en su espectáculo.

—¡Ah, sí! Sólo unas líneas.

—Pero acabo de recibir cincuenta y siete cables de casa que me dicen que bajo ninguna circunstancia lo deje acercarse a un teatro.

—Lo lamento. Pero Cyril es precisamente el tipo que necesito para ese papel. Sólo tiene que presentarse tal como es.

—Me pone usted en un aprieto, querido George. Mi tía Agatha me mandó este tipo con una carta de presentación y me considera responsable de cuanto haga.

—¿Le borrará de su testamento?

—No es una cuestión de dinero. Pero… naturalmente, usted nunca se ha encontrado con mi tía Agatha, de modo que resulta bastante difícil explicárselo. Es una especie de vampiro, de murciélago humano, y me hará la vida espantosamente desagradable cuando vuelva a Inglaterra. Pertenece a la clase de mujeres que vienen a regañarle a uno antes del desayuno, ¿entiende?

—Bueno, en tal caso no vuelva a Inglaterra. Quédese aquí y hágase presidente.

—¡Pero, George, viejo amigo…!

—Buenas noches.

—¡Pero oiga, George, hombre!

—No ha comprendido usted mis últimas palabras. Dije: «Buenas noches.»

Ustedes, los ricachones ociosos, es posible que no necesiten dormir, pero yo tengo que estar vivito y coleando por la mañana. ¡Que Dios le bendiga!

Me sentí como si no contase con ningún amigo en el mundo. Estaba tan excitado que me fui a golpear la puerta de Jeeves. No era una cosa que me hubiera gustado hacer habitualmente, pero me parecía que había llegado el momento en que todos los hombres buenos debían acudir en ayuda del partido, por decirlo así, y que era deber de Jeeves unirse a su joven amo, aunque eso interrumpiese su hermoso sueño.

Jeeves emergió en una bata color marrón.

—¿Señor?

—Siento mucho tener que despertarle, Jeeves, y todo lo demás; pero ha sucedido una serie de cosas condenadamente fastidiosas.

—No estaba durmiendo. Tengo la costumbre, al retirarme, de leer unas páginas de algún libro instructivo.

—¡Bravo! Lo que quiero decir es que si está usted haciendo trabajar su venerable cabeza, estará probablemente en forma para resolver problemas. Jeeves, míster Bassington-Bassington se incorpora al teatro.

—¿De veras, señor?

—¡Ah! ¿La cosa no le produce impresión? Usted no lo entiende bien. He aquí el problema. Toda su familia se opone furiosamente a que ingrese en el teatro. Habrá un sinfín de disgustos si lo consigue. Y, lo que es peor, mi tía Agatha me echará la culpa a mí, ¿entiende?

—Comprendo, señor.

—Bueno, ¿no puede idear alguna manera para impedírselo?

—Confieso que en este momento no, señor.

—Bueno, inténtelo.

—Dedicaré al asunto mi mejor consideración, señor. ¿Habrá algo más esta noche?

—¡Espero que no! Ya ha ocurrido cuanto soy capaz de soportar.

—Muy bien, señor.

Y se largó.

# Capítulo X
# La pasmosa vistosidad de un botones de ascensor.

El papel que George había escrito para Cyril ocupaba unas dos páginas del manuscrito; pero habría podido ser el *Hamlet*, por el modo como aquel pobre y despistado cabeza de chorlito se consumía hasta los huesos estudiándolo. Creo que le oí recitar su papel un centenar de veces durante el primer par de días. Parecía creer que el único sentimiento que despertaba en mí aquel asunto era el de una entusiasta admiración, y que podía contar con mi ayuda y simpatía. Así, entre intentar imaginar cómo tía Agatha tomaría el asunto y el ser despertado a altas horas de la noche para dar mi opinión sobre alguna nueva idea que Cyril había inventado, me estaba yo convirtiendo más o menos en una sombra. Entretanto, Jeeves se mantenía frío o alejado por culpa de los calcetines purpúreos. Son éstas las cosas que envejecen a un muchacho, ¿saben?, y que hacen que su juvenil *joie de vivre* se torne vacilante y temblorosa.

En medio de todo eso llegó la carta de tía Agatha. Necesitó unas seis páginas para hacer justicia a los sentimientos del padre de Cyril respecto a las intenciones que tenía de entrar en el teatro, y cerca de seis más para hacerme una especie de esbozo de lo que ella diría, pensaría y haría si yo no lo mantenía alejado de toda influencia dañina mientras estuviese en América. La carta llegó en el reparto de la tarde y me dejó con la firme convicción de que no era cosa que debía guardar para mí. Ni siquiera me entretuve en tocar el timbre: me precipité hacia la cocina, llamando a Jeeves, y caí en medio de una reunión de personas extrañas. Sentado a la mesa había un tipo de aspecto deprimido que hubiera podido ser ayuda de cámara o algo parecido, y un muchacho con un traje Norfolk. El ayuda de cámara estaba bebiendo un whisky con soda, y el muchacho se regalaba con confitura y pasteles.

—¡Oiga, Jeeves! —dije—. Siento interrumpir esta pequeña fiesta de confraternidad, pero…

Entonces la mirada del muchacho me hirió como una bala y me interrumpió en mi discurso. Tenía unos ojos fríos, viscosos y acusadores, de esos que le hacen correr a uno a ver si lleva la corbata torcida: y me miraba como si yo fuese una porquería que el gato hubiese traído después de pasear entre los cubos de basura del vecindario. Era un mozalbete gordito, con muchas pecas y mucha confitura en la cara.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! —dije—. ¿Qué hay?

No parecía tener muchas cosas más que decir.

El chico me miró de un modo desagradable a través de la confitura. Tal vez me encontrara simpático a primera vista, pero la primera impresión que me dio fue que no me tenía una gran consideración y que no apostaba mucho a que yo mejoraría sensiblemente conociéndome más a fondo. Tuve la sensación de que le resultaba tan

agradable como un conejo frío a la galesa.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—¿Cómo me llamo? Oh, Wooster, ¿sabes?, o como quieras.

—¡Mi padre es más rico que usted!

Esto pareció ser todo, por lo que a mí se refería. El chico, habiendo dicho lo que tenía que decir, dedicó nuevamente su atención a la confitura. Yo me volví hacia Jeeves.

—Oiga, Jeeves, ¿puede disponer de un momento? Quisiera enseñarle algo.

—Muy bien, señor.

Volvimos al salón.

—¿Quién es su pequeño amigo, ese rayito de sol, Jeeves?

—¿El joven caballero, señor?

—Es un modo un tanto indeterminado de describirlo, pero entiendo lo que quiere usted decir.

—Espero no haberme tomado demasiada libertad al obsequiarlo, señor.

—En absoluto. Si esto constituye para usted una tarde divertida, continúe.

—Dio la casualidad de que encontré al joven caballero mientras paseaba con el ayuda de cámara de su padre, y como había intimado bastante con éste en Londres, me tomé la libertad de invitarles a los dos a venir aquí.

—Bueno, no se preocupe por eso, Jeeves. Lea esta carta.

La leyó de arriba abajo.

—¡Muy molesto, señor! —fue todo lo que dijo.

—¿Qué vamos a hacer?

—El tiempo dará la solución.

—Pero también es posible que no la dé, ¿verdad?

—Absolutamente cierto, señor.

Habíamos llegado hasta aquí, cuando sonó el timbre de la puerta. Jeeves salió a abrir, y Cyril se presentó lleno de buen humor y jovialidad.

—Oiga, Wooster, amigo —dijo—, necesito saber su opinión. Ya conoce usted el papel que me han dado. ¿Cómo he de vestirme para salir a escena? El primer acto se desarrolla en un hotel, hacia las tres de la tarde. ¿Qué cree usted que debo ponerme?

No me sentía dispuesto a sostener una discusión a propósito de prendas masculinas.

—Haría usted mejor consultando a Jeeves —dije.

—¡Esta sí que es una idea excelente y nada prematura! ¿Dónde está?

—Supongo que habrá vuelto a la cocina.

—Tocaré el timbre, ¿verdad? Sí. ¿No?

—Muy bien.

Jeeves entró silenciosamente.

—Oiga, Jeeves —comenzó Cyril—. Sólo quiero intercambiar una sílaba o dos con usted. Se trata de… ¿Hola, quién es ése?

Entonces me percaté de que el mocito regordete había entrado en la habitación detrás de Jeeves. Se quedó cerca de la puerta contemplando a Cyril como si sus peores temores se hubieran realizado. Reinó un breve silencio. El niño permaneció inmóvil, bebiéndose materialmente a Cyril durante cerca de medio minuto; luego emitió su veredicto:

—¡Cara de pescado!

—¿Eh? ¿Qué? —exclamó Cyril.

El chico, que evidentemente había aprendido sobre las rodillas de su madre a decir la verdad, especificó un poco más su opinión.

—¡Tiene usted la cara igual que la de un pescado!

Hablaba como si Cyril más bien mereciera ser compadecido que censurado, cosa que, he de confesarlo, me pareció bastante decente y generosa por su parte. No me importa admitir que, cada vez que miraba la cara de Cyril, había experimentado la sensación de que si la tenía como la tenía, era por su culpa. Me di cuenta de que empezaba a simpatizar con aquel chiquillo. Por completo. Me agradaba su conversación.

Al parecer, Cyril necesitó un momento para comprender la cosa, y luego ustedes hubieran podido oír la sangre de los Bassington-Bassington que comenzaba a hervir.

—¡Bueno; que me emplumen! —dijo—. ¡Que me emplumen, si ya no lo estoy!

—Yo no quisiera tener una cara como ésta —continuó el chico con seriedad— aun cuando me dieran un millón de dólares. —Tras un momento de meditación se corrigió—: ¡Dos millones de dólares!

Yo no podría decir con exactitud lo que ocurrió entonces, pero los pocos minutos que siguieron fueron bastante excitantes. Supongo que Cyril debió de precipitarse sobre el niño. De todos modos, el aire pareció llenarse momentáneamente de brazos, piernas y otros miembros. Algo chocó contra el chaleco de Wooster a la altura exacta del tercer botón; me desplomé en el sofá y de momento perdí todo interés por las cosas de esta vida. Cuando me hube recobrado, vi que Jeeves y el niño se habían retirado ya y que Cyril estaba en el centro de la habitación, gruñendo un poco.

—¿Quién es esa bestezuela espantosa, Wooster?

—No lo sé. No lo había visto nunca hasta hoy.

—Le di un par de bofetadas tolerablemente sabrosas antes de que se fuera. Oiga, Wooster, ese chico dijo una cosa muy rara. Chilló algo a propósito de que Jeeves le había prometido un dólar si me llamaba… ejem… lo que dijo.

Eso me pareció muy improbable.

—¿Por qué tenía Jeeves que hacer eso?

—También a mí me pareció raro.

—¿Qué sentido tendría eso?

—Es lo que no logro entender.

—Quiero decir que a Jeeves no puede importarle la cara que tenga usted.

—¡No! —dijo Cyril.

Creo que me hablaba con cierta frialdad. No sé por qué.

—Bueno, me marcho. ¡Hasta la vista! —añadió.

—¡Adiós!

Aproximadamente una semana después de este extraño y breve episodio, George Caffyn me llamó y me preguntó si me gustaría ir a ver el ensayo general de su espectáculo. Parecía ser que *Pregúntaselo a papá* había de estrenarse fuera de la ciudad, en Schenectady, el lunes siguiente, y esto debía ser una especie de ensayo general del vestuario. Un ensayo preliminar para los trajes, explicó George, era lo mismo que un ensayo regular para los trajes, puesto que solía ser algo extraordinario y durar hasta las tantas; sin embargo, era más excitante porque no cronometraban la pieza y, por consiguiente, todas las personas que en tales ocasiones se dejan dominar por sus coléricas pasiones tenían carta blanca para las interrupciones, con el resultado de que todos pasaban un rato divertido.

El ensayo tenía que empezar a las ocho, de modo que llegué a las diez y cuarto para no tener que esperar demasiado antes de comenzar. El desfile de los trajes aún estaba en pleno apogeo. George se hallaba en el escenario hablando con un individuo en mangas de camisa y de tipo completamente redondo, con grandes gafas y una cúpula casi sin cabellos. Había visto a George una o dos veces en el club con aquel caballero, y sabía que era Blumenfield, el director. Saludé a George agitando una mano y me senté en una butaca, al final de la platea, para no estorbar cuando empezara la lucha. Luego George saltó del escenario y vino a reunirse conmigo, y a poco cayó el telón. El tipo que estaba al piano ejecutó un par de compases bien intencionados, y el telón se levantó nuevamente.

No recuerdo bien el argumento de *Pregúntaselo a papá*, pero sí sé que parecía desarrollarse muy bien sin mucha ayuda por parte de Cyril. Me quedé sorprendido al principio. Lo que quiero decir es que a fuerza de haber rumiado sobre Cyril y haberle oído en su papel y escuchado sus opiniones sobre lo que se debía y lo que no se debía hacer, supongo que se me había arraigado en la cabeza la impresión de que él era la espina dorsal del espectáculo y que el resto de la compañía no hacía sino entrar y llenar el vacío en los momentos en que no se hallara en escena. Llevaba ya cerca de media hora aguardando que hiciera su entrada, cuando súbitamente descubrí que había estado actuando desde el principio. Era, en realidad, el rufián de extraño aspecto que estaba apoyado contra una palmera, situada a un par de pies de distancia en la entrada izquierda, intentando mostrarse inteligente mientras la protagonista cantaba una canción en la que decía que el amor era algo que en este momento se me

ha escapado de la memoria. Después del segundo refrán, Cyril se puso a bailar en compañía de una docena de otros pájaros igualmente extraños. Era un espectáculo penoso para alguien que tuviera presente la visión de tía Agatha buscando el hacha y el Bassington-Bassington padre poniéndose su más recio par de zapatos claveteados. ¡De veras!

La danza acababa de finalizar y Cyril y sus compañeros habían desaparecido entre bastidores, cuando una voz a mi derecha habló en la oscuridad:

—¡Papá!

El viejo Blumenfield dio unas palmadas, y el protagonista que estaba a punto de hacer brotar de su diafragma el verso siguiente, se calló. Escudriñé en las sombras. ¡Pues no era el pequeño compañero pecoso de Jeeves! Bajaba por el pasillo con las manos en los bolsillos como si el teatro le perteneciera. Un aire de respetuosa atención parecía llenar el edificio.

—Papá —dijo el muchachito—, ese número no vale un pepino.

El viejo Blumenfield le dirigió una mirada radiante por encima de los hombros.

—¿No te gusta, querido?

—Me da náuseas.

—Has acertado.

—Se necesita algo más dinámico. Algo con un poco de jazz.

—Tienes razón, hijo mío. Lo apuntaré. Muy bien. ¡Continúen!

Me volví hacia George, que estaba murmurando por lo bajo un tanto sobreexcitado.

—Diga, George, ¿quién diablos es ese muchacho?

El bueno de George emitió un prolongado gemido, como si las cosas se estuvieran poniendo pesadas.

—No sabía que estuviera aquí —dijo—. Es el hijo de Blumenfield. ¡Ahora vamos a pasar un mal rato!

—¿Siempre hace las cosas así?

—¡Siempre!

—Pero ¿por qué le hace caso el viejo Blumenfield?

—Nadie parece saberlo. Puede ser por puro amor paternal, o porque lo considera como una mascota. Supongo que piensa que el niño tiene exactamente la misma inteligencia que el hombre corriente, y que lo que hace impresión al pequeño gustará al gran público; mientras que, por el contrario, lo que no le gusta sería demasiado malo para cualquier persona. ¡El niño es una peste, una pesadilla, un tarro de veneno, y tendrían que estrangularlo!

El ensayo continuó. El héroe recitó su verso. Hubo una ligera explosión de ira entre el director de escena y una voz, llamada Bill, que venía de alguna parte de debajo del techo, siendo el tema de discusión saber dónde diablos estaba el foco azul

de Bill en aquella coyuntura particular. Luego las cosas volvieron a continuar normalmente hasta que llegó el momento de la gran escena de Cyril.

Aún no estaba muy seguro del argumento, pero había llegado a tener la vaga idea de que Cyril era una especie de par inglés que había venido a América impulsado sin duda por las mejores razones. Hasta aquel momento sólo había tenido que pronunciar dos frases. Una era «¡Eh, oiga!», y la otra «¡Sí, por Júpiter!»; pero me pareció recordar, por haberle oído leer su papel, que pronto tendría que prodigarse un poco más. Me repantigué en mi butaca y esperé su aparición.

Apareció unos cinco minutos más tarde. Las cosas, entretanto, se habían tornado un poco tumultuosas. La voz y el director de escena habían efectuado otra de sus exhibiciones de afecto paternal; esta vez se trataba de saber por qué el foco azul de Bill no funcionaba o algo por el estilo. Y, en cuanto acabó esto, hubo un momento desagradable porque había caído un tiesto de flores desde el alféizar de la ventana que por poco mató al héroe. La atmósfera estaba, por consiguiente, más o menos tensa cuando Cyril, que había estado aguardando en el fondo del escenario, voló hasta el centro y ocupó su sitio para la parte más sustanciosa de su actuación. La protagonista estaba diciendo algo —no recuerdo qué— y todo el coro encabezado por Cyril había comenzado a colocarse a su alrededor de aquel modo bullicioso con que suelen hacerlo estos muchachos cuando llega su turno.

La primera frase de Cyril era: «¡Eh, oiga. ¿Sabe? ¡Realmente no debe decir eso!» Y me pareció que lo había sacado de la laringe con buen estilo y *je ne sais quoi*. Pero ¡por Júpiter!, antes de que la protagonista hubiera tenido tiempo para dar la réplica, nuestro pequeño amigo pecoso se había levantado para formular una protesta.

—¡Papá!

—¿Sí, querido?

—¡Ese no vale un pepino!

—¿Quién, querido?

—Ese que tiene cara de pez.

—¡Pero si todos tienen la cara de pez, querido!

El niño pareció ver la exactitud de esta objeción y puntualizó más:

—¡El feo!

—¿Qué feo? ¿Aquél? —dijo el viejo Blumenfield, señalando a Cyril.

—¡Sí! ¡Es un asco!

—Eso es lo que pensaba yo.

—¡Es pésimo!

—Has acertado, hijo mío. Lo había notado desde hace rato.

Cyril había quedado atontado mientras tenían lugar estas breves observaciones. Se precipitó entonces hacia las candilejas. Incluso desde donde me hallaba sentado podía ver que estas duras palabras habían asestado un golpe terrible al orgullo de la

familia Bassington-Bassington. Comenzó a ponerse colorado en las orejas, luego en la nariz y luego en las mejillas, hasta que un cuarto de minuto después se pareció extraordinariamente a una explosión en una fábrica de conservas de tomate a la hora de la puesta del sol.

—¿Qué diablos pretende usted?

—¿Qué diablos pretende usted? —gritó el viejo Blumenfield—. ¡No vocifere contra mí desde las candilejas!

—¡Tengo unas ganas terribles de bajar y darle su merecido a esta bestezuela!

—¿Qué?

—¡Unas ganas terribles!

El viejo Blumenfield se hinchó como un neumático lleno de aire. Se volvió más redondo que nunca.

—Escuche, señor…, ni siquiera sé su maldito nombre…

—Mi nombre es Bassington-Bassington, y los Bassington-Bassington…, quiero decir que los Bassington-Bassington no están acostumbrados…

El viejo Blumenfield le dijo en breves palabras casi todo lo que pensaba de los Bassington-Bassington y de aquello a que no estaban acostumbrados. La totalidad de la compañía se reunió para gozar de sus observaciones. Se les veía a todos asomando por los bastidores y surgiendo de detrás de los árboles.

—¡Debe usted trabajar bien para mi padre! —dijo la robusta criatura moviendo la cabeza con severidad en dirección a Cyril.

—¡No necesito para nada tus descaradas observaciones! —dijo Cyril, gruñendo un poco.

—¿Qué es eso? —ladró el viejo Blumenfield—. ¿No ha comprendido usted que este muchacho es mi hijo?

—Sí, lo he comprendido —dijo Cyril—. ¡Y ambos tienen todas mis simpatías!

—¡Queda usted despedido! —bramó el viejo Blumenfield, hinchándose aún más —. ¡Fuera de mi teatro!

Alrededor de las diez y media de la mañana siguiente, poco después de haber acabado de lubricarme con una calmante taza de té, Jeeves se infiltró en mi dormitorio y dijo que Cyril estaba aguardándome en el salón.

—¿Qué aspecto tiene, Jeeves?

—¿Señor?

—¿Qué aspecto presenta el señor Bassington-Bassington?

—No soy yo quien, señor, para criticar las peculiaridades faciales de sus amigos.

—No quiero decir eso. ¿Parece nervioso o algo así?

—Perceptiblemente, no, señor. Su aspecto es sereno.

—¡Sí que es raro!

—¿Señor?

—Nada. ¿Quiere hacerle pasar?

Confieso que había esperado hallar en Cyril unas cuantas huellas más de la batalla de la noche anterior. Esperaba ver un poco de alma rendida y ganglios temblorosos, si comprenden lo que quiero decir. Cyril parecía bastante normal, e incluso bastante alegre.

—¡Hola, Wooster, muchacho!

—Hola.

—Vengo a despedirme.

—¿Despedirse?

—Sí. Me marcho a Washington dentro de una hora. —Se sentó sobre la cama—. ¿Sabe, Wooster? —continuó—, lo he pensado bien y realmente no me parece justo hacerle a mi padre la trastada de meterme en el teatro. ¿Qué opina usted?

—Ya entiendo lo que quiere decir.

—Mi padre me mandó aquí para ampliar el espíritu y otras zarandajas, ¿sabe?, y pienso que sería un golpe para el pobre viejo si lo engañara y en vez de eso entrase en el teatro. No sé si usted me entiende, pero lo que quiero decir es que se trata de una especie de caso de conciencia.

—¿Puede abandonar el espectáculo sin trastornarlo todo?

—¡Oh, eso ya está arreglado! Se lo expliqué todo al viejo Blumenfield y él comprendió muy bien mi situación. Desde luego, siente perderme (dijo que no veía el modo de sustituirme y todo lo demás) pero, al fin y al cabo, incluso si le molesta un poco, creo tener razón en dimitir, ¿Verdad?

—¡Oh, del todo!

—Pensé que estaría usted de acuerdo conmigo. Bueno, tengo que irme. Estoy encantadísimo de haberle conocido y todas esas tonterías que se dicen. Adiós.

—Adiós.

Efectuó su salida después de haber soltado todos aquellos embustes con la clara, azulada y candida mirada de una tierna criatura. Llamé a Jeeves. Desde la noche anterior estaba haciendo trabajar mi vieja sesera y se había hecho en ella mucha luz.

—¡Jeeves!

—¿Señor?

—¿Incitó usted a aquel niño de cara de flan a ensañarse con míster Bassington-Bassington?

—¿Señor?

—Ya sabe usted lo que quiero decir. ¿Le dijo usted que consiguiera hacer despedir a míster Bassington-Bassington de la compañía?

—No me hubiera permitido tal libertad, señor. —Empezó a prepararme la ropa—. Es posible que el joven Blumenfield haya comprendido a través de unas casuales observaciones mías que no consideraba que el teatro fuera un ambiente adecuado

para míster Bassington-Bassington.

—Oiga, Jeeves, es usted una perfecta maravilla, ¿sabe?

—Intento dar satisfacción al señor.

—Y yo lo estoy sumamente agradecido, si comprende lo que quiero decir. Tía Agatha habría tenido dieciséis o diecisiete ataques si usted no lo hubiera desviado de sus proyectos.

—Supongo que habría habido algún disgustillo, señor. Creo que producirá un efecto agradable.

Por raro que parezca, ya había acabado de desayunar y de salir y de llegar al ascensor cuando recordé lo que pensaba hacer para recompensar a Jeeves por su proceder realmente deportivo en el asunto del idiota de Cyril. Me hería profundamente tener que hacerlo, pero había decidido acatar su modo de ser, y dejar que los calcetines purpúreos desapareciesen de mi vida. Después de todo, hay momentos en que un hombre debe sacrificarse. Estuve a punto de volver y notificarle la buena nueva, pero como ya llegaba al ascensor, pensé dejarlo para más tarde.

El negro encargado del ascensor me miró, mientras entraba, con muda devoción silenciosa.

—Quisiera darle las gracias, «señó» —dijo—, por su amabilidad.

—¿Eh? ¿Qué?

—El «señó» Jeeves me dio esos calcetines «coloraos» como «usté» se lo mandó. Muchísimas gracias, «señó».

Bajé la mirada. El tipo era una llama de púrpura desde los tobillos hacia el sur. No sé si en mi vida he visto nada tan llamativo.

—¡Oh! ¡No hay de qué! ¡Encantado! ¡Me alegro de que le gusten! —dije—. Bueno, quiero decir ¿y qué?

# Capítulo XI
# El camarada Bingo.

La cosa comenzó realmente en el Park —al extremo de Marble Arch— donde extraños tipejos de toda especie se reúnen los domingos por la tarde y se colocan sobre las cajas de jabón para echar discursos. No me encontrarán allí muy a menudo, pero dio la casualidad de que el domingo después de mi regreso a la vieja metrópoli, tuve que hacer una visita en Manchester Square y, dando un paseo en aquella dirección para no llegar demasiado temprano, me encontré de repente entre ellos.

Ahora que el Imperio ya no es lo que fue, siempre pienso que el Park, los domingos, es el verdadero centro de Londres. Quiero decir que es precisamente el lugar que da al que vuelve del exilio la certidumbre de que ha regresado. Después de lo que podría llamarse mi forzada estancia en Nueva York, he de decir que contemplé aquello casi arrobado. Se me ensanchó el corazón al oír hablar a los muchachos y darme cuenta de que todo había acabado felizmente y que Bertram estaba de nuevo en casa.

Al extremo de la muchedumbre más alejado de mí, una cuadrilla de fulanos con sombrero de copa iniciaban un servicio al aire libre en pro de las misiones; más cerca, un ateo discurseaba con mucha virulencia, si bien el hecho de que su boca no tuviese un techo le ponía ciertas trabas; en tanto que delante mío había un pequeño grupo de sesudos pensadores con un cartel que rezaba: «Los Heraldos del Amanecer Rojo»; y al acercarme, uno de los heraldos, un tío barbudo, con un sombrero de fieltro y un traje de mezclilla, estaba atacando a los ricachones ociosos con tanta fuerza y vigor que me paré un instante para oír unas palabras. Mientras estaba allí, alguien me habló.

—Míster Wooster, ¿verdad?

Un tipo gordo. Durante un segundo no pude identificarlo. Luego me acordé. Era el tío de Bingo Little, con quien yo había almorzado cuando el joven Bingo estaba enamorado de la camarera de la pastelería de Piccadilly. No era de extrañar que no lo hubiese reconocido de buenas a primeras. Cuando lo vi por última vez era un anciano caballero algo desaliñado —recuerdo que bajó a almorzar con zapatillas y un batín de terciopelo—, mientras que ahora, decir que me parecía atildado es decir poco. Estaba resplandeciente bajo la luz solar, con su sombrero de copa, su chaqué, sus botines color lavanda y sus pantalones a la última moda. Vistoso hasta un grado insospechado.

—¡Hola! —dije—. ¿Qué tal?

—Gozo de excelente salud, gracias. ¿Y usted?

—De primera. Acabo de volver de América.

—¡Ah! ¿Absorbiendo color local para una de sus deliciosas novelas?

—¿Eh?

Tuve que pensar un poco antes de comprender lo que quería decir. Luego me acordé de lo de Rosie M. Banks.

—¡Oh, no! —dije—. Sólo sentía la necesidad de un cambio. ¿Ha visto usted a Bingo últimamente? —pregunté deprisa, deseoso de desviar al viejo de lo que podría llamarse el lado literario de mi vida.

—¿Bingo?

—Su sobrino.

—¿Richard? No, no muy recientemente. Desde que me casé parece haber surgido entre nosotros cierta frialdad.

—Lo lamento. ¿Así que usted ya se ha casado desde la última vez que nos vimos? ¿Está bien, mistress Little?

—Mi esposa es, afortunadamente, una mujer robusta. Pero… hmm… no es mistress Little. Después que nos vimos con usted por última vez, nuestra Graciosa Majestad se complació en otorgarme una señalada muestra de su benevolencia en forma de… hmm… de dignidad de par. Al publicarse la última lista de nombramientos honoríficos me vi convertido en lord Bittlesham.

—¡Por Júpiter! ¿De veras? Oiga, mis más cordiales felicitaciones. Así se premia a los que lo merecen, ¿eh? ¿Lord Bittlesham? —dije—. ¡Vaya, así que es usted el propietario de *Brisa del Océano*!

—Sí. El matrimonio ha ensanchado mis horizontes en muchas direcciones. Mi mujer se interesa por las carreras de caballos y ahora poseo algunos. Según tengo entendido, *Brisa del Océano* es el favorito de la carrera que tendrá lugar a fines de este mes en Goodwood, la residencia del duque de Richmond, en Sussex.

—La copa de Goodwood. ¡Ya lo creo! Soy de los que allí han apostado hasta la camisa.

—¿De veras? Bueno, espero que el animal justificará su confianza. Yo poca cosa sé de estos asuntos, pero mi mujer me dice que en los círculos competentes lo consideran como el no va más.

En aquel momento observé de repente que el auditorio miraba en nuestra dirección con mucho interés, y vi que el tipo barbudo nos estaba señalando.

—¡Sí, miradlos! ¡Contempladlos! —gritaba, mientras su voz dominaba a la del ateo y reducía a polvo el servicio de las misiones—. Ahí tenéis dos típicos miembros de la clase que ha oprimido a los pobres durante siglos y siglos. ¡Holgazanes! ¡Parásitos! Mirad al alto y delgado, con la cara de mascota de automóvil. ¿Es que ha hecho alguna vez una jornada de trabajo honrada durante toda su vida? ¡No! ¡Es un vagabundo, un frívolo, un chupador de sangre! ¡Y apuesto a que todavía debe dinero a su sastre por esos pantalones!

Me pareció que se estaba metiendo en cuestiones personales y su discurso no me

hacía mucha gracia. El viejo Bittlesham, en cambio, estaba contento y divertido.

—Esos tipos tienen un gran don de expresión —rió—. Muy punzante.

—¡Y el gordo! —continuó el individuo—. No lo descuidéis. ¿Sabéis quién es? ¡Lord Bittlesham! ¡Uno de los peores! ¿Qué ha hecho en su vida, sino tragar cuatro comidas diarias? Su dios es su vientre, y le hace sacrificios sangrientos. Si lo abrierais ahora encontraríais almuerzo suficiente para mantener a diez familias de la clase obrera durante una semana.

—La verdad es que no se expresa mal —dije, pero el viejo no pareció opinar lo mismo. Habiase vuelto de color escarlata y burbujeaba como una olla de agua hirviendo.

—Vámonos, míster Wooster —dijo—. Soy el último que discutiría los derechos de la libertad de palabra, pero me niego a continuar escuchando esos vulgares insultos.

Nos alejamos con tranquila dignidad, mientras el individuo nos perseguía hasta el último instante con sus indecentes pullas. Era algo condenadamente embarazoso.

Al día siguiente fui a echar un vistazo al club, y encontré al joven Bingo en el fumador.

—Hola, Bingo —dije, dirigiéndome hacia su rincón, lleno de amabilidad, pues me alegraba de ver al muchacho—. ¿Qué tal te van las cosas, chico?

—Pasablemente.

—Ayer vi a tu tío.

El joven Bingo soltó una sonrisa que dividió su rostro en dos partes.

—Ya lo sabía, grandísimo frívolo. Bueno, siéntate y chupa un poco de sangre. ¿Qué tal siguen los vagabundeos estos días?

—¡Santo Dios! ¡No estabas allí!

—Sí, allí estaba.

—Pues no te vi.

—Sí, me viste. Pero quizá no me reconociste con la vegetación.

—¿La vegetación?

—La barba, hijo mío. Vale cada penique que he pagado por ella. Desafía cualquier reconocimiento. Desde luego, es un fastidio el que todos te griten «barbas» a cada instante, pero uno acaba por soportarlo.

Le miré estupefacto.

—No te entiendo —dije.

—Es una larga historia. Toma un martini o un poco de sangre con soda y te lo contaré todo. Antes de empezar, dame tu honrada opinión. ¿No es la muchacha más maravillosa que has visto en tu vida?

Sacó de alguna parte una fotografía, como un prestidigitador saca un conejo del sombrero, y me la puso ante los ojos. Parecía ser una mujer como cualquier otra, toda

ojos y dientes.

—¡Oh, Dios santo! —dije—. No me digas que te has enamorado otra vez.

Pareció apenado.

—¿Qué quieres decir con «otra vez»?

—Según mis cálculos te has enamorado al menos media docena de veces desde la primavera, y ahora sólo estamos en julio. Aquella camarera, luego Honoria Glossop y…

—¡Oh, calla! ¡Para no decir cierra el pico! ¿Esas muchachas? Meros caprichos pasajeros. Ahora va de veras.

—¿Dónde la conociste?

—En la imperial de un autobús. Su nombre es Charlotte Corday Rowbotham.

—¡Dios mío!

—No es culpa suya, pobrecilla. Su padre la bautizó así porque es un ferviente admirador de la Revolución Francesa, y parece que la original Charlotte Corday solía ir por el mundo apuñalando a los opresores en sus bañeras, cosa que la hace merecedora de toda consideración y respeto. Tienes que conocer al viejo Rowbotham, Bertie. Es un tipo delicioso. Quiere degollar a la burguesía, saquear Park Lane y destripar a la aristocracia hereditaria. Bueno, nada puede ser más justo que eso, ¿verdad? Pero volvamos a Charlotte. Estábamos en la imperial de un autobús y empezó a llover. Le ofrecí mi paraguas y hablamos de esto y de lo más allá. Me enamoré y logré que me diera sus señas, y un par de días más tarde me compré la barba, fui a su casa y conocí a la familia.

—Pero ¿por qué te compraste la barba?

—Me había hablado de su padre en el autobús, y comprendí que para caer bien en aquel hogar tendría que unirme a esos tipos del Amanecer Rojo; y, naturalmente, si tenía que echar discursos en el Park, donde en cualquier momento podía toparme con docenas de personas conocidas, era imprescindible un disfraz. De modo que compré la barba y, ¡por Júpiter, chico!, que le he tomado un condenado cariño. Cuando me la quito para venir aquí, por ejemplo, me parece que estoy en cueros. Gracias a la barba me he granjeado la simpatía del viejo Rowbotham. Cree que soy un bolchevique o algo por el estilo que tiene que ir disfrazado a causa de la policía. De veras debes conocer al viejo Rowbotham, Bertie. Oye: ¿tienes que hacer algo mañana por la tarde?

—Nada especial. ¿Por qué?

—¡Estupendo! Entonces invítanos a todos a tomar el té en tu casa. Había prometido llevar a toda la pandilla al Lyon's Popular Café después de un mitin que tendrá lugar en Lambeth, pero de este modo puedo ahorrarme algún dinero. Créeme, muchacho; hoy en día, por lo que a mí se refiere, un penique ahorrado es un penique ganado. ¿Te dijo mi tío que se casó?

—Sí, y me dijo también que había surgido cierta frialdad entre vosotros.

—¿Frialdad? Estoy bajo cero. Desde que se casó se está extralimitando y hace economías a costa mía. Supongo que la dignidad de par debe de haber costado al viejo diablo un dineral. Hasta las baronías han aumentado considerablemente estos días, según me han dicho. Y ahora tiene caballos de carreras. A propósito, apuesta hasta tu último botón del cuello por *Brisa del Océano* en la Copa Goodwood. Es cosa segura.

—Es lo que voy a hacer.

—No puede perder. Tengo la intención de ganar lo suficiente para casarme con Charlotte. ¿Vas a ir a Goodwood, naturalmente?

—¡Ya lo creo que sí!

—Y nosotros también. Vamos a dar un mitin en el día de la copa, a la entrada del hipódromo.

—Pero, oye, ¿no es muy arriesgado eso? Tu tío seguramente estará en Goodwood. Supón que te vea. Se pondrá hecho una furia si se entera que eres el tipo que lo insultó en el Park.

—¿Cómo diablos puede enterarse de ello? Haz trabajar tu inteligencia, vagabundo inhalador de glóbulos rojos. Si no me reconoció ayer, ¿por qué ha de reconocerme en Goodwood? Bueno, gracias por la cordial invitación de mañana, viejo amigo. Trátanos bien, muchacho, y te colmaremos de bendiciones. A propósito, es posible que me comprendieras mal cuando pronuncié la palabra «té». Nada de tus ligeras tostadas de pan con mantequilla. Somos buenos comilones, nosotros los revolucionarios. Lo que necesitamos es algo de la índole de huevos revueltos, bollos, confitura, jamón, pasteles y sardinas. Espéranos a las cinco en punto.

—Pero, oye, no estoy muy seguro…

—Sí, lo estás. Estúpido borrico, ¿no comprendes que esto será un tanto a tu favor cuando estalle la revolución? Cuando veas al viejo Rowbotham correr por Piccadilly con un cuchillo en cada mano, estarás contento de poderle recordar que una vez probó tu té y tus gambas. Iremos cuatro… Charlotte, yo, el viejo y el camarada Butt. Supongo que insistirá en venir.

—¿Quién demonios es el camarada Butt?

—¿Observaste a un individuo que estaba a mi izquierda en nuestro pequeño grupo de ayer? Un tipo bajo y encogido. Se parece a un arenque tuberculoso. Es Butt. Es mi rival, ¡maldita sea! De momento está más o menos comprometido con Charlotte. Hasta que llegué yo fue el muchacho predilecto. Tiene voz de sirena de alarma y el viejo Robowtham lo aprecia mucho. Pero si no puedo eliminar a ese Butt y dejarlo en el lugar que le corresponde, entre los desperdicios…, bueno, no soy el hombre que soy, eso es todo. Puede tener una gran voz, pero no tiene ni don de expresión. A Dios gracias, una vez fui contramaestre del equipo de remo de mi

colegio. Bueno, ahora he de marcharme. Oye, ¿no sabes cómo podría procurarme cincuenta machacantes, de un modo u otro?

—¿Por qué no trabajas?

—¿Trabajar? —exclamó el joven Bingo, sorprendido—. ¿Quién, yo? No, tendré que buscar otro sistema. Tengo que apostar por lo menos cincuenta pavos por *Brisa del Océano*. Bueno, mañana te veré. Que Dios te bendiga, viejo amigo, y no olvides los bollos.

No sé por qué, pero desde el primer día que conocí a Bingo en la escuela, he sentido hacia él una curiosa sensación de responsabilidad. Quiero decir que no es mi hijo (gracias al cielo), o mi hermano, o algo parecido; que no tiene absolutamente ningún derecho sobre mí y, sin embargo, gran parte de mi existencia parece dedicada a preocuparse por él como una vieja clueca y a sacarle de apuros. Supongo que debe tratarse de alguna rara y bella característica de mi naturaleza o algo parecido.

Sea como fuere, este último asunto suyo me tenía preocupado. Parecía dedicar sus mejores esfuerzos a casarse y entrar en una familia de individuos marcadamente chiflados, y lo que más me intranquilizaba era cómo diablos pensaba mantener a una mujer, aunque fuera una afligida mental, no contando con nada parecido a una renta anual. El viejo Bittlesham le cortaría la renta, a buen seguro, si hacía algo semejante; y cortar la renta a un individuo como el joven Bingo equivalía a decapitarlo con un hacha.

—Jeeves —dije al volver a casa—, estoy preocupado.

—¿Señor?

—A propósito de míster Little. No quiero hablarle de ello ahora, porque mañana va a traer algunos amigos suyos a tomar el té, y entonces podrá usted juzgar por si mismo. Quiero que lo observe todo muy de cerca, y que saque sus conclusiones.

—Muy bien, señor.

—Y a propósito del té, prepare unos bollos.

—Sí, señor.

—Y un poco de jamón, confitura, pasteles, huevos revueltos, y cinco o seis fuentes de sardinas.

—¿Sardinas, señor? —dijo Jeeves, estremeciéndose.

—Sardinas.

Hubo una pausa en extremo desagradable.

—No me lo reproche, Jeeves —dije—. No es culpa mía.

—No, señor.

Se produjo otra pausa.

—Bueno, eso es todo.

—Sí, señor.

Pude ver que Jeeves rumiaba intensamente.

He encontrado, como regla general en la vida, que las cosas que uno cree que van a ser más escabrosas, casi siempre no resultan tan malas, después de todo; pero no sucedió así con los amigos de Bingo. Desde el momento en que se invitó a sí mismo, comprendí que la cosa iba a ser muy difícil, y así fue. Y creo que el lado más horrendo de todo el asunto fue el hecho de que, por primera vez desde que lo conocía, veía a Jeeves muy cerca de quedar abrumado. Supongo que hay una resquebrajadura en la coraza de cada cual, y el joven Bingo encontró la de Jeeves con la máxima exactitud cuando entró como una brisa con quince centímetros de barba castaña colgando de su barbilla. Había olvidado advertir a Jeeves lo de la barba, y la cosa le cayó encima como un meteoro desde un cielo azul. Vi que el mentón se le hundía y tuvo que agarrarse a la mesa para sostenerse. No se lo reproché, vean cómo soy. Pocas personas han presentado un aspecto más repulsivo que el joven Bingo con aquella vegetación. Jeeves palideció visiblemente; luego la debilidad pasó y volvió a ser el mismo de siempre. Pero pude ver que había sufrido una conmoción.

El joven Bingo estaba demasiado ocupado presentando a la multitud que lo acompañaba para darse cuenta de ello. Constituían una colección extraordinaria. El camarada Butt parecía una de esas cosas que salen de los árboles después de la lluvia; apolillado es la palabra que yo habría empleado para describir al viejo Robowtham; y en cuanto a Charlotte, parecía llevarme directamente a otro mundo espantoso. No es que fuera precisamente fea. En realidad, si hubiera abandonado los alimentos ricos en féculas y practicado un poco la gimnasia sueca, habría podido ser muy tolerable. Pero era demasiado opulenta. Con curvas demasiado ondulantes. Si digo que estaba muy bien alimentada, quizá me exprese mejor. Y, si bien era posible que tuviese un corazón de oro, la primera cosa que se veía en ella era que tenía un diente de oro. Sabía que el joven Bingo, cuando estaba en forma, podía enamorarse prácticamente de cualquier espécimen del otro sexo; pero esta vez no tenía disculpas.

—Mi amigo, míster Wooster —dijo Bingo, terminando la ceremonia.

El viejo Robowtham me miró y luego paseó los ojos por la estancia. Observé que no parecía muy impresionado. No hay nada fastuosamente oriental en mi viejo piso, pero me he rodeado de bastantes comodidades y supongo que lo que veía le chocaba un poco.

—¡Míster Wooster! —dijo el viejo Robowtham—. ¿Puedo llamarle camarada Wooster?

—¿Perdón?

—¿Pertenece usted al movimiento?

—Pues… hmm…

—¿No suspira usted por la revolución?

—Bueno, no sé exactamente si suspiro. Quiero decir que, según tengo entendido, toda la base del asunto parece limitarse a asesinar a tipos como yo; y no me molesta

admitir que la idea no me entusiasma de un modo especial.

—Pero yo lo estoy convenciendo —dijo Bingo—. Estoy luchando con él. Unas cuantas sesiones más y habré logrado mi propósito.

El viejo Robowtham me miró con expresión de duda.

—El camarada Little es muy elocuente —admitió.

—Pienso que habla maravillosamente —dijo la muchacha; y el joven Bingo le dirigió una mirada tan profundamente devota que yo casi me desmayé.

Estas palabras deprimieron mucho al camarada Butt. Dirigió una mirada asesina a la alfombra y dijo algo a propósito de estar bailando sobre un volcán.

—El té está servido, señor —dijo Jeeves.

—¡El té, papá! —dijo Charlotte, sobresaltándose al oír la palabra como un viejo caballo de batalla al oír un clarín; y nos fuimos a merendar.

Es extraño lo que cambia uno con el transcurso de los años. Recuerdo que en el colegio habría vendido alegremente mi alma por unos huevos revueltos y unas sardinas a las cinco de la tarde; pero al llegar al estado de hombre perdí esa costumbre; y he de admitir que quedé patidifuso al ver cómo los hijos y la hija de la revolución bajaban la cabeza y atacaban los manjares. Incluso el camarada Butt abandonó momentáneamente su melancolía y se entregó por entero a los huevos revueltos, volviendo a este mundo sólo a intervalos para coger otra taza de té. Pronto se terminó el agua caliente y yo me dirigí a Jeeves.

—Más agua caliente.

—Muy bien, señor.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —El viejo Rowbotham había dejado su taza y nos miraba con severidad. Golpeó ligeramente la espalda de Jeeves—. ¡Sin servilismo, muchacho, sin servilismo!

—¿Perdón, señor?

—No me llame «señor». Llámeme camarada. ¿Sabe qué es usted, muchacho? Es una reliquia anticuada de un sistema feudal carcomido.

—Muy bien, señor.

—Si hay algo que haga hervir la sangre en mis venas…

—Tome otra sardina —interrumpió el joven Bingo. Era la primera cosa sensata que había dicho desde que lo conocía. El viejo Robowtham tomó tres y se calló, mientras Jeeves desaparecía. Por el aspecto de sus hombros podía ver lo que experimentaba.

Finalmente, cuando comenzaba a creer que la cosa iba a durar eternamente, se acabó. Desperté de mi ensimismamiento para ver que la tertulia se disponía a marcharse.

Las sardinas y unos tres cuartos de galón de té habían ablandado al viejo Robowtham. Había una luz casi cordial en sus ojos cuando me estrechó la mano.

—Le quedo muy agradecido por su hospitalidad, camarada Wooster —dijo.

—¡Oh, no hay de qué! Estoy encantado…

—¿Hospitalidad? —gruñó Butt, estallándole la voz en mis oídos como una detonación. Estaba mirando de reojo y con muy mal humor al joven Bingo y a la muchacha que estaba riendo junto a la ventana—. ¡Me pregunto cómo los alimentos no se volvieron cenizas en nuestras bocas! ¡Huevos! ¡Bollos! ¡Sardinas! ¡Todo arrancado de las sangrientas bocas de los pobres famélicos!

—¡Eh, oiga! ¡Qué idea tan estúpida!

—Le enviaré unos folletos que tratan de la «causa» —dijo el viejo Robowtham—. Y espero que pronto le veremos en una de nuestras reuniones.

Jeeves entró para recoger la mesa, y me encontró sentado en medio de las ruinas. Estaba muy bien por parte del camarada Butt el criticar la comida, pero se había comido casi todo el jamón; y si hubiesen adherido el resto de la confitura en los sangrientos labios de los pobres famélicos, apenas los habrían manchado.

—Bueno, Jeeves —dije—. ¿Qué opina usted?

—Preferiría no expresar ninguna opinión, señor.

—Jeeves, míster Little está enamorado de esa hembra.

—Así lo comprendí, señor. Estaba abofeteándolo en el pasillo.

Me agarré la frente.

—¿Abofeteándolo?

—Sí, señor. En broma.

—¡Atiza! No sabía que hubiesen llegado tan lejos. ¿Cómo pareció tomarlo el camarada Butt? ¿O acaso no lo había visto?

—Sí, señor. Observó todo lo que pasó. Me pareció que estaba extremadamente celoso.

—No se lo reprocho, Jeeves. ¿Qué debemos hacer?

—No podría decirlo, señor.

—Es un poco fuerte.

—Muchísimo, señor.

Y éste fue todo el consuelo que logré de Jeeves.

# Capítulo XII
# Bingo no tiene suerte en el «Goodwood».

Había prometido al joven Bingo que nos encontraríamos al día siguiente para decirle lo que pensaba de su infernal Charlotte, y deambulaba tranquilamente St. James Street arriba, intentando pensar cómo diablos podía explicarle, sin herir sus sentimientos, que la consideraba una de las cosas más repulsivas de la tierra, cuando salieron del Devonshire Club el viejo Bittlesham y Bingo en persona. Alargué el paso y los alcancé.

—¡Hola! —dije.

El resultado de este sencillo saludo fue algo que se parecía a un choque. El viejo Bittlesham tembló de pies a cabeza como un flan sacudido. Sus ojos se desorbitaron y su cara adquirió un tono verdoso.

—¡Míster Wooster! —Pareció recobrarse un poco, como si yo no fuera lo peor que hubiera podido sucederle—. Me ha causado un fuerte sobresalto.

—¡Oh, lo siento!

—Mi tío —dijo el joven Bingo con voz sorda y apagada— no está muy en sus cabales esta mañana. Ha recibido una carta llena de amenazas.

—Empiezo a temer por mi vida —dijo el viejo Bittlesham.

—¿Una carta llena de amenazas?

—Escrita —dijo el viejo Bittlesham— por una mano inculta y redactada en términos de indudable hostilidad. Míster Wooster, ¿recuerda usted a un hombre barbudo y siniestro que me asaltó con palabras poco moderadas en Hyde Park el pasado domingo?

Me sobresalté y eché una mirada al joven Bingo. Lo único que expresaba su rostro era una grave y amable preocupación.

—¡Oh… si! —dije—. Un hombre barbudo. Un tío con barbas.

—¿Podría usted identificarlo, si fuese necesario?

—Bueno, yo… hmm… ¿Qué quiere decir?

—El hecho es, Bertie —dijo Bingo—, que pensamos que ese hombre barbudo está detrás de todo ese asunto. Casualmente pasaba yo anoche, ya tarde, por la Pounceby Gardens, donde vive tío Mortimer, y al encontrarme delante de su casa vi a un individuo bajar rápidamente los peldaños de un modo furtivo. Probablemente acababa de echar la carta en el buzón de la puerta. Me percaté de que tenía barba. Sin embargo, no pensé más en el asunto hasta esta mañana cuando tío Mortimer me enseñó la carta que había recibido y me habló del tipo del parque. Voy a efectuar unas investigaciones.

—Hay que informar a la policía —dijo lord Bittlesham.

—No —dijo el joven Bingo, con firmeza—, aún no. Me estorbaría. No te

preocupes, tío; creo poder seguir la pista de ese hombre. Déjame a mí. Ahora te pongo en un taxi y me quedaré discutiendo el asunto con Bertie.

—Eres un buen muchacho, Richard —dijo el viejo Bittlesham.

Lo metimos en el primer taxi que encontramos y nos fuimos. Me volví y miré fijamente al joven Bingo.

—¿Fuiste tú quien envió esa carta? —pregunté.

—¡Ya lo creo! ¡Deberías haberla visto, Bertie! Una de las mejores cartas conminatorias que he escrito en mi vida.

—Pero ¿qué sentido tiene todo eso?

—Bertie, hijo mío —dijo Bingo, cogiéndome seriamente de la manga—. Me ha impulsado una razón excelente. La posteridad podrá decir cuanto quiera de mí, pero jamás podrá decir una cosa: no tengo una sólida cabeza de hombre de negocios. ¡Mira eso!

Agitó un pedazo de papel ante mis ojos.

—¡Atiza!

Era un cheque, un verdadero cheque de cincuenta machacantes, firmado por Bittlesham y a la orden de R. Little.

—¿Para qué te ha dado eso?

—Para gastos —dijo Bingo, volviéndoselo a meter en el bolsillo—. No supondrás que una investigación así se pueda efectuar sin gasto alguno, ¿verdad? Ahora voy al banco y con eso les daré la sorpresa padre. Luego iré a ver a mi corredor y apostaré la suma entera por *Brisa del Océano*. Lo que uno necesita en situaciones de esta índole, Bertie, es tacto. Si hubiera ido a ver a mi tío para pedirle cincuenta machacantes, ¿los habría obtenido? ¡No! Pero con tacto… ¡Oh! A propósito, ¿qué opinas de Charlotte?

—Bueno… hmm…

El joven Bingo me acarició afectuosamente la manga.

—Lo sé, amigo, lo sé. No intentes buscar palabras. Te ha dejado estupefacto, ¿verdad? Te ha dejado sin palabras, ¿no? ¡Dímelo a mí! Es el efecto que produce a todo el mundo. Bueno, aquí te dejo, muchacho. ¡Ah! Antes de separarnos… ¡Butt! ¿Qué te parece Butt? El peor disparate de la naturaleza, ¿no crees?

—He de decir que he visto, almas más alegres.

—Creo que lo hemos derrotado, Bertie. Charlotte irá esta tarde conmigo al parque zoológico. Sola. Y luego iremos al cine. Eso parece el principio del fin, ¿verdad? Bueno, hasta otra, amigo de mi juventud. Si no tienes nada que hacer esta mañana, podrías pasearte por Bond Street y escoger el regalo de bodas.

Después de esto perdí de vista a Bingo. Un par de veces dejé, en el club, recado de que me llamara por teléfono, pero no lo hizo. Me figuré que estaría demasiado ocupado para contestar. Los Hijos del Amanecer Rojo también desaparecieron de mi vida, si bien Jeeves me dijo haber encontrado al camarada Butt una noche y haber

charlado un ratito con él. Me comunicó que Butt estaba más sombrío que nunca. En la competición por la corpulenta Charlotte, Butt había, aparentemente, perdido mucho terreno.

—Míster Little parece haberlo eclipsado por completo, señor —dijo Jeeves.

—¡Malas noticias, Jeeves, malas noticias!

—Sí, señor.

—Supongo que la conclusión, Jeeves, es que cuando el joven Bingo se quita realmente la americana y se lanza de cabeza, no hay poder divino o humano que le impida hacer cualquier estupidez.

—Eso parece, señor —dijo Jeeves.

Luego llegó el Goodwood y yo desenterré mi mejor traje y me fui a ver la carrera.

Nunca sé, cuando relato una historia, si tengo que limitarme a los meros hechos o bien he de entrar en pormenores y describir la atmósfera y otras cosas semejantes. Quiero decir que muchos, sin duda, adornarían esta narración con una larga descripción del Goodwood, haciendo resaltar el cielo azul, la ondulante perspectiva, la alegre masa de los rateros y la no menos alegre masa de sus víctimas…, en una palabra, lo que ustedes gusten. Pero creo que más vale dejarlo correr. Incluso queriendo dar detalles de la reunión, no creo que tendría el valor de hacerlo. La cosa es demasiado reciente. El dolor aún no ha podido desaparecer. Lo que sucedió, ¿saben?, fue que *Brisa del Océano* (¡maldita sea!) hizo un papel muy poco lucido en la carrera. Créanme, muy poco lucido.

Estos son los momentos que ponen a prueba las almas de los hombres. Nunca es agradable que lo atrapen a uno cuando el favorito resulta una calamidad, y en el caso de este condenado animal, uno había llegado a considerar la carrera corrió una pura formalidad, una especie de extraña ceremonia antigua que se debía presenciar forzosamente antes de acercarse al corredor de apuestas y cobrar. Había salido del hipódromo para intentar olvidar, cuando me topé con el viejo Bittlesham, que estaba tan trastornado y colorado, y tenía los ojos tan desorbitados, que yo alargué sencillamente mi mano y estreché la suya en silencio.

—¡Yo también! —dije—. Yo también. ¿Cuánto perdió usted?

Lord Bittlesham pareció asombrarse.

—¿Perdí?

—Con *Brisa del Océano*.

—No aposté por *Brisa del Océano*.

—¿Cómo? ¡El favorito para la copa es suyo, y no lo ha respaldado usted!

—Nunca apuesto en las carreras. Es contrario a mis principios. Me han dicho que el animal no consiguió ganar la competición.

—¡Que no consiguió ganar! Hombre, estaba tan lejos que casi llegó el primero en la carrera siguiente.

—¡Cuernos!

—Esa es la expresión justa —asentí. Luego me extrañó su aspecto—. Pero si usted no ha perdido nada en la carrera —dije—, ¿por qué está tan fuera de sí?

—¡Ese individuo está aquí!

—¿Qué individuo?

—El hombre de las barbas.

Ustedes comprenderán cuan profundamente había penetrado el hierro en mi alma, cuando les diga que aquella fue la primera vez que dediqué un pensamiento al joven Bingo. Repentinamente me acordé de que él me había dicho que iría a Goodwood.

—Está echando un inflamatorio discurso, en este mismísimo momento, dirigido especialmente contra mí. ¡Venga! Está en ese grupo. —Me arrastró consigo y usando científicamente de su peso; se abrió paso hasta la primera fila—. ¡Mire! ¡Escuche!

No cabía duda de que el joven Bingo estaba diciendo cosas muy fuertes. Inspirado por el dolor de haber colocado su pequeña fortuna a favor de un rocín que ni siquiera había llegado entre los seis primeros, atacaba sin contemplaciones la negrura de corazón de los plutocráticos propietarios que habían permitido creer a un público confiado que un caballo era una centella, cuando no podía trotar una docena de metros sin cruzar las patas y pararse a descansar. Luego procedió a esbozar un cuadro en extremo conmovedor: el de la ruina del hogar de un trabajador, debida a la deshonestidad de los propietarios de caballos. Nos hizo ver al trabajador, lleno de optimismo y buena fe, creyendo cada palabra que leía en los periódicos referente a la forma de *Brisa del Océano*; privando de la comida a su mujer y a sus hijos para poder apostar por el noble bruto; no bebiendo cerveza para poder añadir un chelín más; vaciando la hucha de su hijito con una aguja de sombrero la víspera de la carrera; y finalmente sumiéndose en la ruina más absoluta. Fue extremadamente impresionante. Pude ver al viejo Rowbotham haciendo con la cabeza suaves señales de aprobación, mientras el pobre Butt miraba al orador con mal disimulados celos. El auditorio estaba pendiente de sus labios.

—Pero ¿qué le importa a lord Bittlesham —gritó Bingo— si el pobre trabajador pierde los ahorros tan duramente adquiridos? Os digo, amigos y camaradas, que podéis hablar, que podéis discutir, que podéis aclamar, y que podéis presentar proposiciones, pero lo que vosotros necesitáis es acción. ¡Acción! ¡El mundo no será un lugar apropiado en donde puedan vivir los hombres honrados, hasta que la sangre de lord Bittlesham y de sus semejantes no afluya por los arroyos de Park Lane!

Del populacho, que supongo había apostado en su mayoría por el maldito jamelgo, y lo sentía profundamente, se levantaron rugidos de aprobación. El viejo Bittlesham pegó un salto en dirección a un corpulento y triste policía que contemplaba la escena, y pareció instarle a que interviniera. El policía se atusó el bigote y sonrió suavemente, pero esto fue todo lo que parecía dispuesto a hacer; y el

viejo Bittlesham volvió hasta donde yo me hallaba, resoplando con furia.

—¡Es monstruoso! Ese hombre amenaza positivamente mi seguridad personal, y el policía se niega a intervenir. Dijo que no eran más que palabras. ¡Palabras! ¡Es monstruoso!

—¡De acuerdo! —dije, pero no puedo afirmar que esto le animara mucho.

El camarada Butt habla ocupado ahora el centro del estrado. Su voz resonaba como una trompeta del día del Juicio y se podía oír cada una de sus palabras, pero en realidad no parecía tener éxito. Supongo que esto se debía a que era demasiado impersonal, si ésta es la palabra adecuada. Después del discurso de Bingo el auditorio estaba en unas condiciones de espíritu que requerían algo mucho más mordaz que unas meras observaciones generales a propósito de la causa. Empezaban a bombardear con sarcasmos al pobre desgraciado, cuando éste se detuvo en medio de una frase, y observé que estaba mirando fijamente al viejo Bittlesham.

La muchedumbre pensó que tenía la garganta seca.

—Tómese una pastilla —sugirió alguien.

El camarada Butt se recobró con un sobresalto, e incluso desde donde me hallaba pude ver que un resplandor malvado brillaba en sus ojos.

—¡Ah! —gritó—. Podéis burlaros, camaradas; podéis mofaros y sonreír con desprecio, y podéis ponerme en ridículo; pero dejadme deciros que el movimiento se extiende cada día más. Sí, incluso se va extendiendo entre las llamadas clases superiores. Puede que me creáis cuando os diga que aquí, en este mismísimo lugar, tenemos en nuestro pequeño grupo a uno de nuestros más ardientes colaboradores, el sobrino del mismo lord Bittlesham cuyo nombre silbabais hace un momento.

Y antes de que el pobre Bingo se enterase de lo que pasaba, Butt alargó una mano y le agarró la barba. Esta se desprendió completamente y, por bueno que hubiera sido el discurso de Bingo, no fue absolutamente nada comparado con el efecto que produjo esta simple acción. Oí que el viejo Bittlesham emitía un corto y sofocado grito de asombro; luego, cualquier observación que hubiera podido hacer fue ahogada por unos aplausos atronadores.

He de decir que en esta crisis el joven Bingo obró con mucha decisión y entereza. Agarrar al camarada Butt por el cuello e intentar estrangularlo fue trabajo de un momento. Pero antes de que pudiese obtener cualquier resultado, el triste policía, animándose como por arte de magia, se lanzó a la carga y, un minuto después, se estaba abriendo paso entre la muchedumbre con Bingo en la mano derecha y el camarada Butt en la izquierda.

—Déjeme pasar, señor, por favor —dijo cortésmente cuando llegó frente al viejo Bittlesham, que obstruía el camino.

—¿Eh? —dijo el viejo Bittlesham, aún atontado.

Al oír su voz, el joven Bingo levantó rápidamente la vista desde la sombra que

proyectaba la mano derecha del policía y, al hacerlo, pareció aflojarse como un balón deshinchado de golpe. Se dobló como un lirio marchito, y luego continuó su camino arrastrando los pies. Tenía el aire de un hombre que hubiera sido apaleado.

A veces, cuando Jeeves me trae el té matutino, después de haberlo dejado en la mesita de noche se desliza silenciosamente fuera de la habitación y me deja tomarlo a solas; otras veces se queda respetuosamente en medio de la alfombra, y entonces sé que quiere decirme una palabra o dos. Al día siguiente de haber vuelto de Goodwood, yacía yo de espaldas, mirando fijamente al techo, cuando me di cuenta de que él se hallaba todavía en mi presencia.

—¡Ah, hola! —dije—. ¿Qué ocurre, Jeeves?

—Míster Little ha venido a primera hora, señor.

—¡Oh, por Júpiter! ¿Le contó lo ocurrido?

—Sí, señor. Por eso quería ver al señor. Se propone retirarse al campo y quedarse allí una temporada.

—Realmente sensato.

—Esta fue también mi opinión, señor. Sin embargo, tenía que vencer una pequeña dificultad financiera. Me tomé la libertad de prestarle diez libras en su nombre para cubrir los gastos corrientes. Espero que mereceré su aprobación, señor.

—¡Oh, desde luego! Coja un billete de diez libras de la cómoda.

—Perfectamente, señor.

—Jeeves —dije.

—¿Señor?

—Lo que me intriga es cómo diablos ocurrió la cosa. Quiero decir, ¿cómo llegó a enterarse Butt de su verdadera personalidad?

Jeeves tosió.

—En esto, señor, temo que se me pueda reprochar algo.

—¿A usted? ¿Cómo?

—Me temo que, inadvertidamente, pueda haber revelado la identidad de míster Little a míster Butt cuando tuve aquella conversación con él.

Me incorporé en el lecho.

—¿Qué?

—En efecto, ahora que pienso en aquel incidente, señor, recuerdo claramente haber dicho que el trabajo de míster Little para la causa me parecía merecer realmente el agradecimiento del público. Lamento haber sido el motivo de un momentáneo enfriamiento entre míster Little y Su Señoría. Y temo que el asunto presente además otro aspecto. También soy responsable de la rotura de relaciones entre míster Little y la joven dama que vino a tomar el té.

Me incorporé de nuevo. Es una cosa extraña, pero el aspecto ventajoso del asunto se me habla escapado por entero hasta aquel momento.

—¿Quiere decir que todo ha terminado?

—Completamente, señor. Comprendí, por las palabras de míster Little, que sus esperanzas en esa dirección pueden ser consideradas ahora definitivamente extinguidas. Si no hubiese otro obstáculo, el padre de la señorita, me informó míster Little, le considera un espía y un impostor.

—¡Bueno, me deja pasmado!

—Parece ser que inadvertidamente han causado muchos disgustos, señor.

—Jeeves! —dije.

—¿Señor?

—¿Cuánto dinero hay en la cómoda?

—Además del billete de diez libras que usted me mandó coger, señor, hay dos billetes de cinco libras, tres de una libra, uno de diez chelines, dos medias coronas, un florín, cuatro chelines, una moneda de seis peniques y un medio penique, señor.

—Quédeselo todo —dije—. Se lo ha ganado usted.

# Capítulo XIII
# La carrera del «Gran Sermón».

Por lo general, observo que después del Goodwood me siento un poco intranquilo. No soy muy aficionado a los pájaros, los árboles y los grandes espacios abiertos, pero no cabe duda de que Londres no presenta su mejor aspecto en agosto y que más bien tiende a fastidiarme y a hacerme pensar en ir al campo hasta que las cosas hayan vuelto a animarse un poco. Londres, un par de semanas después del espectacular final del joven Bingo que acabo de contarles, estaba vacío y olía a asfalto en ebullición. Todos mis amigotes estaban fuera y la mayoría de los teatros se hallaban cerrados.

Hacía un calor infernal. Una noche, mientras estaba sentado en mi apartamento intentando acumular la energía suficiente para irme a acostar, comprendí que no podía aguantar más; y cuando Jeeves entró con líquidos vigorizadores en una bandeja, le expuse el asunto sin remilgos.

—Jeeves —dije, secándome la frente y boqueando como un pez dorado fuera del agua—, hace un calor bestial.

—El tiempo es opresivo, señor.

—Que no sea todo sifón, Jeeves.

—No, señor.

—Creo que estamos un poco hastiados de la metrópoli y necesitamos un cambio. Despleguemos velas, Jeeves, ¿qué le parece?

—Es una excelente idea. Y hay una carta sobre la chimenea.

—¡Por Júpiter, Jeeves, eso ha sido prácticamente un verso! Rimaba, ¿lo ha notado? —Me trajo la carta y la abrí—. Oiga, esto es extraordinario.

—¿Señor?

—¿Conoce usted Twing Hall?

—Sí, señor.

—Bueno, míster Little está allí.

—¿De veras, señor?

—En carne y hueso. Tuvo que aceptar otro de esos empleos de preceptor.

Después del espantoso embrollo de Goodwood, cuando el joven Bingo Little, un hombre acabado, me había pedido prestadas diez libras desapareciendo luego silenciosamente en lo desconocido, anduve por todas partes preguntando a nuestros amigos comunes si tenían noticias de él, pero nadie sabía nada. Y ahora resultaba que había estado en Twing Hall. Curioso. Y les diré por qué fue curioso. Twing Hall pertenece al viejo lord Wickhammersley, gran amigo de mi padre cuando éste vivía, y yo tengo una invitación permanente para ir allí cuando quiera. Generalmente lo hago durante el verano y me quedo durante una o dos semanas; y estaba precisamente pensando en ir allí, antes de leer la carta.

—Y además, Jeeves, mi primo Claude y mi primo Eustace…, ¿los recuerda?

—Perfectamente, señor.

—Bueno, también están allí preparando no sé qué examen con el vicario. Yo mismo me preparaba antaño con él. Le conocen por todas partes como un entendedor muy capacitado para los que tienen un intelecto bastante débil. Bueno, cuando le digo que me hizo aprobar con Smalls, comprenderá usted que es un hacha. Eso es lo que yo llamo una cosa extraordinaria.

Volví a leer la carta. Era de Eustace. Claude y Eustace son gemelos y más o menos generalmente se les considera como la maldición de la raza humana.

*La vicaría,*

*Twing. Glos.*

*Querido Bertie: ¿Quieres ganar dinero? He oído decir que el Goodwood te salió mal, de modo que probablemente lo necesitarás. Bueno, ven para aquí en seguida y podrás tomar parte en el mayor acontecimiento deportivo de la temporada. Te lo explicaré en cuanto te vea, pero te aseguro que es una cosa formidable.*

*Claude y yo estamos repasando las asignaturas con el viejo Heppenstall. Somos nueve, sin contar a tu amigo Bingo Little, que es el preceptor del niño del Hall.*

*No te pierdas esta oportunidad única, que puede no volver a presentarse. Ven a reunirte con nosotros. Tuyo.*

*Eustace.*

Le alargué la carta a Jeeves. La estudió meditabundo.

—¿Qué opina de eso? Una comunicación curiosa, ¿no?

—Míster Claude y míster Eustace son unos caballeros extraordinariamente osados, señor. Estoy dispuesto a imaginar que están tramando algo.

—Sí, pero ¿qué puede ser?

—Me resulta imposible decírselo, señor. ¿Ha observado usted que la carta continúa al dorso?

—¿Eh, qué?

Se la arranqué de las manos. Esto era lo que había al otro lado de la página:

HANDICAP DEL SERMÓN

CONCURSANTES Y APUESTAS

PARTICIPANTES PROBABLES

Rev. Joseph Tucker (Bagwick), sin handicap.

Rev. Leonard Starkie (Stapleton), sin handicap.

Rev. Alexander Jones (Upper Bingley), recibe tres minutos.

Rev. W. Dix (Little Clickton-in-the-Wold), recibe cinco minutos.

Rev. Francis Heppenstall (Twing), recibe ocho minutos.
Rev. Cuthbert Dibble (Boustead Parva), recibe nueve minutos.
Rev. Orlo Houg (Bousted Magna), recibe nueve minutos.
Rev. J. J. Roberts (Fale-by-the-Water), recibe diez minutos.
Rev. G. Hayward (Lower Bingley), recibe doce minutos.
Rev. James Bates (Gandley-by-the-Hill), recibe quince minutos.
(Los susodichos han llegado)
Apuestas: 5-2, Tucker-Starkie; 3-1, Jones; 9-2, Dix; 6-1, Heppenstall, Dibble, Hough; 110-8 todos los demás.

Eso me confundió.

—¿Lo comprende, Jeeves?

—No, señor.

—Bueno, creo que deberíamos ir a echar un vistazo de todos modos, ¿verdad?

—No cabe duda, señor.

—Muy bien, pues. Empaquete unas cuantas cosas y un cepillo de dientes con un pedazo de papel de embalar, envíe un telegrama a lord Wickhammersley para informarle que llegamos, y compre un par de billetes para el tren de las cinco y diez que sale de Paddington mañana.

El tren de las cinco y diez llegó con retraso, como siempre, y todo el mundo estaba vistiéndose para la cena cuando llegamos al Hall. Poniéndome el traje de etiqueta en un tiempo récord y bajando la escalera hasta el comedor en un par de saltos conseguí llegar al mismo tiempo que la sopa. Me deslicé en un puesto vacante, y me percaté de que estaba sentado al lado de Cynthia, la hija menor del viejo Wickhammersley.

—¡Hola, muchacha! —dije.

Siempre habíamos sido grandes amigos. A decir verdad, hubo un tiempo en que creí estar enamorado de Cynthia. Sin embargo, eso pasó. Conste que era una muchacha condenadamente bonita, inteligente y atractiva, pero estaba llena de ideales y de otras cosas por el estilo. Puede que sea injusto con ella, pero me parece que es el tipo de chica que quiere que un hombre se labre su carrera o algo semejante. La he oído hablar favorablemente de Napoleón. De modo que entre una cosa y otra, el viejo frenesí se agotó y ahora somos meramente amigos. Creo que es una muchacha extraordinaria y ella me supone algo chiflado, de modo que todo es encantador y delicioso.

—Bueno, Bertie, veo que has llegado.

—Oh, sí, he llegado. Aquí estoy. Oye, parece que he caído en medio de una tertulia de bebés. ¿Quiénes son todos estos tipos?

—Gente del vecindario. Ya conoces a la mayoría. Debes recordar al coronel

Willis, y a los Spencer…

—Claro que sí. Y allí está el viejo Heppenstall. ¿Quién es el sacerdote que está al lado de mistress Spencer?

—Es míster Hayward, de Lower Bingley.

—¡Qué cantidad asombrosa de sacerdotes hay por aquí! Vaya, ahí hay otro, al lado de mistress Willis.

—Míster Bates, el sobrino de míster Heppenstall. Es auxiliar en Eton. Pasa aquí las vacaciones, actuando como *locum tenens* de míster Spettigue, el rector de Gandle-by-the-Hill.

—Ya me parecía conocer esa cara. Cursaba el cuarto año en Oxford cuando yo hacía el primero. Era un hacha. Tomó parte en las regatas universitarias, y todo lo demás.

Eché otro vistazo alrededor de la mesa y observé a Bingo.

—Ah, ahí está —dije—. Ahí está ese cabezota.

—¿Ahí está quién?

—El joven Bingo Little. Un gran amigo mío. Es el preceptor de tu hermano, ¿sabes?

—¡Bondad divina! ¿Es amigo tuyo?

—¡Ya lo creo! Le conozco de toda la vida.

—Entonces, dime, Bertie, ¿está mal de la cabeza?

—¿Mal de la cabeza?

—No lo digo sencillamente porque sea amigo tuyo. Pero, ¡tiene un modo de ser tan extraño!

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¡siempre me mira de manera tan rara!

—¿Rara? ¿Cómo? Trata de imitarlo.

—No puedo delante de toda esta gente.

—¡Claro que puedes hacerlo! Levantaré la servilleta.

—Muy bien, pues. De prisa. ¡Mira!

Considerando que sólo disponía de un segundo y medio para hacerlo, he de decir que fue una exhibición excelente. Abrió mucho la boca y los ojos y desvió la barbilla a un lado, y consiguió parecerse tanto a una ternera dispéptica que al punto reconocí los síntomas.

—Oh, no te preocupes —dije—; no hay por qué alarmarse. Sencillamente, está enamorado de ti.

—¿Enamorado de mí? No seas absurdo.

—Oye, cariño, tú no conoces al joven Bingo. El puede enamorarse de cualquiera.

—¡Gracias!

—Oh, no quise decir eso, ¿sabes? No me extraña que se haya prendado de ti.

Mira, yo mismo estuve enamorado de ti una temporada.

—¿Una temporada? ¡Vaya! ¿Y todo lo que queda ahora son esas frías cenizas? Esta no es una de tus tardes más amables, Bertie.

—Bueno, preciosa, considerando que me diste calabazas y que casi te pusiste enferma de tanto reír cuando te pedí…

—Oh, no te lo reprocho. Sin duda los dos tuvimos la culpa. Es muy buen mozo, ¿verdad?

—¿Buen mozo? ¿Bingo? ¿Bingo, buen mozo? ¡No, oye, realmente, vamos!

—Quiero decir, comparado con algunas personas —dijo Cynthia.

Un poco más tarde, lady Wickhammersley dio la señal de salida a las mujeres de la reunión, y todas se largaron con gran alboroto. No tuve la oportunidad de hablar con el joven Bingo cuando ellas se fueron, y luego no se presentó en el salón. Le encontré más tarde en su habitación, tumbado sobre la cama, con los pies sobre el respaldo fumando un cigarrillo. Sobre la mesita de noche, a su lado, había un cuadernito.

—¡Hola, espantajo! —dije.

—Hola, Bertie —replicó, de un modo que me pareció algo malhumorado y distraído.

—Es curioso encontrarte aquí. Supongo que tu tío te cortó la renta después del escándalo de Goodwood y tuviste que aceptar este puesto de preceptor para alejar al lobo de tu puerta, ¿no es así?

—Exacto —dijo el joven Bingo elegantemente.

—Bueno, hubieras podido comunicar a tus amigos dónde estabas.

Bingo refunfuñó sombríamente.

—No quería que se supiera dónde estaba. Quería alejarme de todos y esconderme. He pasado muy malos ratos, Bertie, durante estas últimas semanas. El sol había dejado de brillar…

—Es curioso. Tuvimos un tiempo estupendo en Londres.

—Los pájaros dejaron de cantar…

—¿Qué pájaros?

—¿Qué diablos importa qué pájaros sean? —dijo el joven Bingo con cierta aspereza—. Todos los pájaros. Los pájaros de por aquí. No esperarás que los especifique por sus nombres, ¿verdad? Te digo, Bertie, que al principio fue un golpe duro, muy duro.

—¿Qué te golpeó?

Yo, la verdad, no comprendía a qué se refería.

—La calculada insensibilidad de Charlotte.

—¡Oh!

He visto al pobre Bingo metido en tantos desgraciados asuntos amorosos que casi

olvidaba que una muchacha intervenía en el de Goodwood. ¡Naturalmente! Charlotte Corday Rowbotham. Y ella le había dado calabazas, lo recordé, y se había ido con el camarada Butt.

—He pasado por toda clase de torturas. Recientemente, sin embargo, yo… hmm… me he reanimado un poco. Dime, Bertie, ¿qué estás haciendo aquí? No sabía que conocieras a esta gente.

—¿Yo? Vaya, los conozco desde que era un bebé.

El joven Bingo golpeó ruidosamente el suelo con los pies.

—¿Quieres decir que ya conocías a lady Cynthia?

—¡Ya lo creo! Aún no tenía siete años cuando la conocí.

—¡Dios mío! —dijo el joven Bingo. Me miró por primera vez en su vida con cierto respeto y se le atragantó una bocanada de humo—. ¡Yo amo a esa muchacha, Bertie! —continuó, cuando acabó de toser.

—Sí, es una chica encantadora, desde luego.

Me miró con odio bastante profundo.

—No hables de ella de ese modo tan horriblemente indiferente. Es un ángel. ¡Un ángel! ¿Te habló de mí durante la cena, Bertie?

—Oh, sí.

—¿Qué dijo?

—Sólo me acuerdo de una cosa. Dijo que te consideraba un buen mozo.

El joven Bingo cerró los ojos, sumido en una especie de éxtasis. Luego cogió el cuaderno de notas.

—Vete ahora, chico. Sé bueno —dijo con voz sorda y lejana—. He de escribir un poco.

—¿Escribir?

—Versos, si quieres saberlo. Daría cualquier cosa —dijo el joven Bingo, no sin amargura— para que la hubieran bautizado con un nombre que no fuese Cynthia. No hay una condenada palabra en nuestro idioma que rime con él. ¡Grandes dioses, cómo habría podido lucirme si se llamara Jane!

A primera hora de la mañana siguiente, mientras yo estaba en la cama contemplando la luz del sol sobre la cómoda y preguntándome cuándo comparecería Jeeves con una taza de té, un gran peso me cayó sobre los dedos de los pies, y la voz del joven Bingo profanó el aire. El desgraciado se había levantado evidentemente con las alondras.

—Déjame en paz —dije—. Quiero estar solo. No puedo ver a nadie hasta después de tomar una taza de té.

—Cuando Cynthia sonríe —dijo el joven Bingo— el cielo es azulado; y el mundo tórnase de color rosa; en el jardín los pájaros cantan y trinan, y el gozo y la alegría todo lo dominan, cuando Cynthia sonríe. —Tosió, cambiando de tono—. Cuando

Cynthia se irrita…

—¿De qué diablos estás hablando?

—Te estoy leyendo mi poesía. Lo que escribí anoche para Cynthia. ¿Puedo continuar?

—¡No!

—¿No?

—No. Aún no he tomado el té.

En aquel momento entró Jeeves con la restauradora bebida, y yo me precipité sobre ella con un grito de alegría. Después de un par de sorbos las cosas me parecieron algo más luminosas. Ni siquiera el joven Bingo ofendía tanto la vista. Cuando terminé la primera taza fui un hombre nuevo, hasta tal punto que no sólo permití sino que animé también al pobre Bingo para que leyera el resto de su obra maestra, e incluso llegué a criticar la métrica de la cuarta línea de la quinta estrofa. Aún estábamos discutiendo el asunto, cuando la puerta se abrió de par en par y entraron Claude y Eustace. Una de las cosas que me desaniman en la vida rural es la hora espantosamente temprana en que se producen los acontecimientos. He estado en lugares del campo donde me sacaron de la cama a las seis y media aproximadamente para ir a dar un alegre chapuzón en el lago. En Twing, gracias al cielo, me conocían, y me dejaban desayunar en la cama.

Los gemelos parecían estar encantados de verme.

—¡Hola, viejo Bertie! —dijo Claude.

—¡Qué individuo tan valiente! —dijo Eustace—. El reverendo nos dijo que habías llegado. Ya sabía yo que mi carta te haría caer por aquí.

—Siempre se puede contar con Bertie —dijo Claude—. Es un deportista hasta las uñas. Bueno, ¿te habló Bingo a este propósito?

—Ni una palabra. Ha estado…

—Hemos estado charlando —dijo Bingo apresuradamente— de otras cosas.

Claude robó la última tostada de mantequilla, y Eustace se sirvió una taza de té.

—Se trata de lo siguiente, Bertie —dijo Eustace, instalándose cómodamente—. Como te expliqué en mi carta, somos nueve los que estamos abandonados en este lugar desierto, estudiando con el viejo Heppenstall. Bueno, desde luego, no hay nada más alegre que sudar sobre los textos clásicos con cien grados a la sombra; pero llega un momento en que uno comienza a sentir la necesidad de relajarse un poco, y, ¡por Júpiter!, que no hay absolutamente ninguna facilidad para relajarse en este lugar. Entonces Steggles tuvo esta idea. Steggles es uno de nuestra banda y, entre nosotros, te diré que es un poco gusano. Sin embargo, hay que reconocer su mérito por habérsele ocurrido esta idea.

—¿Qué idea?

—Bueno, ya sabes cuántos párrocos pululan por estos alrededores. Hay cerca de

una docena de aldeas en un radio de seis millas, y cada aldea tiene su iglesia, y cada iglesia tiene su párroco, y cada párroco lee un sermón cada domingo. De mañana en ocho, el domingo día 23, celebraremos el Handicap del Gran Sermón. Steggles toma las apuestas. Cada párroco será cronometrado por un comisario digno de confianza, y el que leerá el sermón más largo será el vencedor. ¿Estudiaste el programa que te envié?

—No logré comprender de qué se trataba.

—Pues, idiota, da los *handicaps* y las apuestas corrientes sobre cada participante. Tengo otro aquí, por si has perdido el tuyo. Estúdialo cuidadosamente. Es un compendio del asunto. Jeeves, viejo amigo, ¿quiere hacer una especulación deportiva?

—¿Señor? —dijo Jeeves, que acababa de entrar con el desayuno.

Claude explicó el asunto. Fue asombrosa la rapidez con que Jeeves se hizo cargo de la situación. Pero se limitó a sonreír de un modo paternal.

—Gracias señor, creo que no.

—Bueno, tú estás con nosotros, Bertie, ¿verdad? —dijo Claude, robando un panecillo y un pedazo de tocino—. ¿Has estudiado ya ese programa? Bueno, dime, ¿se te ocurre alguna idea al verlo?

Desde luego que se me ocurrió. Se me ocurrió en el momento de verlo.

—Bueno, hay que dar por descontado que ganará el viejo Heppenstall —dije—. Para él esto será coser y cantar. No hay párroco en el país que pueda concederle ocho minutos. Vuestro amigo Steggles debe ser un asno, al darle tamaña ventaja. Cuando estudiaba con él, el viejo Heppenstall nunca solía echar un sermón que durara menos de media hora, y uno que trataba del amor fraternal duró cuarenta y cinco minutos, ni un segundo menos. ¿Es que últimamente ha perdido la inspiración?

—Nada de eso —dijo Eustace—. Cuéntale lo que ha ocurrido, Claude.

—Verás —dijo Claude—: el primer domingo de nuestra estancia aquí, fuimos todos a la iglesia de Twing, y el viejo Heppenstall pronunció un sermón que duró mucho menos de veinte minutos. Eso es lo que ocurrió. Steggles no lo había notado y el reverendo tampoco lo notó, pero Eustace y yo vimos los dos que se le habían caído de la cartera por lo menos media docena de páginas mientras se dirigía al pulpito. Pareció titubear cuando llegó a la interpretación del manuscrito, pero continuó sin desfallecer, y Steggles se fue con la impresión de que veinte minutos, o poco menos, era su tiempo habitual. Al domingo siguiente oímos a Tucke, y a Starkie, y ambos pasaron de los treinta y cinco minutos, de modo que Steggles arregló los handicaps según puedes ver en el programa. Debes entrar en esto, Bertie. Lo malo es que estoy sin blanca, ¿sabes?, y Eustace también está sin blanca, y Bingo Little está también sin blanca, de modo que tendrás que sufragar al sindicato. ¡No esquives el bulto! No se trata más que de poner dinero en nuestros bolsillos. Bueno, ahora tenemos que

marcharnos. Medítalo bien y telefonéame más tarde. Y si nos traicionas, Bertie, que la maldición de un primo, etcétera. Vámonos, Claude.

Cuanto más estudiaba el asunto, tanto más atractivo me parecía.

—¿Qué le parece, Jeeves? —pregunté.

Jeeves sonrió suavemente y se retiró.

—Jeeves no tiene sangre deportiva —dijo Bingo.

—Bueno, pues yo sí. Voy a tomar parte en esto. Claude tiene absoluta razón. Es como si uno encontrase dinero en mitad de la carretera.

—¡Estupendo! —dijo Bingo—. Ahora empiezo a ver la luz del día. Supongamos que apueste diez machacantes por Heppenstall y que cobre; eso me proporcionará algo con que apostar por Pink Pill en la carrera de las dos, en Gatwick, dentro de dos semanas; cobro y lo apuesto todo por Musk-Rat, en la carrera de la una y media de Lewes, y aquí me tienes con una bonita suma que llevaré a Alexandra Park el día diez de septiembre, cuando haya conseguido una información directa de las caballerizas.

Esto parecía un fragmento del *Ayúdate a ti mismo* de Smiles.

—Y luego —dijo Bingo— estaré en condiciones de ver a mi tío y desafiarlo en su guarida. Se ha vuelto un poco snob, ¿sabes?, y cuando se entere de que voy a casarme con la hija de un conde…

—Oye, chico— me vi obligado a decirle—, ¿no te parece que vas muy aprisa?

—Oh, no te preocupes. Es cierto que todavía no hay nada definitivo, pero prácticamente me dijo el otro día que yo le gustaba.

—¿Qué?

—Bueno, me dijo que el tipo de hombre que le agradaba es el que tiene confianza en sí mismo, el hombre varonil, fuerte, bien parecido, con carácter, ambición e iniciativa.

—¡Déjame, muchacho! —dije—. ¡Déjame con mi huevo frito!

En cuanto me hube levantado fui al teléfono, arranqué a Eustace de su labor matutina y le di instrucciones para apostar un billete de diez libras sobre el rayo de Twing para cada componente del sindicato; y después de almorzar, Eustace me llamó para decirme que había llevado a cabo la operación a base de siete contra uno, puesto que la diferencia aumentó debido al rumor en los círculos informados de que el reverendo padecía fiebre del heno y ponía en peligro sus posibilidades de pasearse cada mañana por el césped que había detrás de la vicaría. Y había sido una condenada suerte, pensé al día siguiente, haber logrado apostar el dinero a tiempo porque el domingo siguiente el viejo Heppenstall tascó el freno y nos dio treinta y seis sólidos minutos sobre el tema «Ciertas Supersticiones Populares». Hallábame sentado al lado de Steggles en el banco de la iglesia y lo vi palidecer visiblemente. Era un muchacho bajito, con cara de rata y ojos saltones y un carácter suspicaz. Lo primero que hizo cuando salimos fue anunciar formalmente que quienquiera que a partir de entonces

quisiera apostar por el reverendo podía hacerlo a base de quince contra ocho, y añadió de un modo bastante desagradable que si hubiera podido hacer las cosas a su manera, habría llamado la atención del Jockey Club sobre el comportamiento del participante, pero que suponía que ya no podía hacerse nada. Este precio ruinoso frenó instantáneamente a los jugadores, y hubo poco movimiento de dinero. Y así quedó la cosa hasta después del almuerzo del martes. Mientras yo paseaba por delante de la casa fumando un cigarrillo, llegaron Claude y Eustace a toda carrera montados en sendas bicicletas, con unas noticias fenomenales.

—Bertie —dijo Claude, extraordinariamente agitado—, a no ser que tomemos unas medidas inmediatas y nos pongamos a pensar activamente, estamos aviados.

—¿Qué pasa?

—Se trata de G. Hayward —dijo Eustace sombríamente—, el corredor de Lower Bingley.

—Nunca se nos ocurrió darle importancia— dijo Claude—. Por una u otra razón lo hemos despreciado. Siempre sucede lo mismo. Steggles lo despreció. Todos lo hemos despreciado. Pero Eustace y yo, por una rara casualidad, pasamos por Lowet Bingley esta mañana y nos encontramos con que se celebraba una boda en la iglesia, y de repente pensamos que no vendría mal enterarnos de la forma en que estaba G. Hayward, por si resultaba ser el caballo sorpresa.

—Y fue una suerte que lo hiciéramos —dijo Eustace—. Echó un sermón de veintiséis minutos según el cronómetro de Claude. ¡Fíjate, en una boda de pueblo! ¿Qué hará cuando hable en serio?

—Sólo hay una solución, Bertie —dijo Claude—. Tienes que anticipar más fondos para que podamos apostar por Hayward y salvarnos.

—Pero…

—Bueno, es la única salida posible.

—Pero escuchad; detesto la idea de tirar por la ventana todo el dinero que apostamos en Heppenstall.

—¿Qué otra cosa puedes sugerir? No te figurarás que el reverendo pueda ganar dando a esa auténtica maravilla un *handicap*, ¿verdad?

—¡Ya lo tengo! —dije.

—¿Qué?

—Veo la posibilidad de salvar a nuestro candidato. Iré a verle esta tarde y le pediré como favor personal que el domingo nos lea su sermón sobre el amor fraternal.

Claude y Eustace se miraron como los muchachos de la poesía, haciendo fantásticas conjeturas.

—Es una idea —dijo Claude.

—Es una idea muy inteligente —dijo Eustace—. No imaginaba que pudieras llegar a tanto, Bertie.

—Pero incluso así —dijo Claude—, por largo que sea este sermón, ¿lo será lo suficiente para enfrentarse con un handicap de cuatro minutos?

—¡Ya lo creo que sí! —repliqué—. Cuando os dije que duraba cuarenta y cinco minutos, probablemente me quedé corto. Diría, por lo que recuerdo, que se acerca a los cincuenta.

—Entonces, adelante —dijo Claude.

Por la tarde me llegué hasta la vicaría y arreglé el asunto. El viejo Heppenstall fue de lo más decente en esta cuestión. Parecía contento y conmovido de que yo hubiese recordado el sermón durante tanto años y me dijo que había pensado una o dos veces en volver a leerlo, sólo que le pareció, después de meditarlo, que tal vez era demasiado extenso para una congregación rural.

—Y en esta época de inquietudes, mi querido Wooster —dijo—, temo que la brevedad en el pulpito sea cada vez más deseable incluso para el feligrés bucólico, a quien uno hubiera supuesto menos afligido por el espíritu de la prisa y de la impaciencia que su hermano metropolitano. Tuve muchas discusiones a este respecto con mi sobrino, el joven Bates, que va a ocupar el lugar de mi viejo amigo Spettigue, en Gandle-by-the-Hill. Su punto de vista es que hoy día un sermón debe ser una lectura fresca, viva y directa que nunca ha de durar más de diez o doce minutos.

—¿Tan poco? —dije—. ¡Vaya, Dios santo! Usted no dirá que es largo su sermón sobre el amor fraternal, ¿verdad?

—Su lectura precisa unos buenos cincuenta minutos.

—¿Está usted seguro?

—Su incredulidad, mi querido Wooster, es extraordinariamente halagüeña, mucho más halagüeña, desde luego, de lo que merezco. Sin embargo, los hechos son como le he dicho. ¿Está usted seguro de que no debería hacer algunos cortes y eliminaciones? ¿No cree usted que sería conveniente borrar algo o aligerarlo un poco? ¿Podría, por ejemplo, omitir la digresión un tanto agotadora sobre la vida familiar de los primitivos asirios?

—No toque ni una palabra o lo echará todo a perder— dije ansiosamente.

—Me encanta oírle, y leeré el sermón el próximo domingo por la mañana, sin falta.

Lo que siempre he dicho, y lo que siempre diré, es que estas apuestas anticipadas son una equivocación, un error, un juego de idiotas. Nunca se puede decir lo que ocurrirá. Si los hombres no se apartasen de la recomendable SP[1], no irían tantos jóvenes por el mal camino. Acababa de terminar mi desayuno el sábado por la mañana, cuando Jeeves se acercó a la cabecera de mi cama para decirme que Eustace me llamaba por teléfono.

—¡Dios mío, Jeeves?, ¿qué cree usted que sucede?

He de decir que comencé a ponerme un tanto nervioso.

—Míster Eustace no me hizo ninguna confidencia, señor.

—¿Estaba excitado?

—Me parece que sí, señor, a juzgar por su voz.

—¿Sabe usted lo que pienso, Jeeves? Debe de haberle ocurrido algo malo al favorito.

—¿Quién es el favorito, señor?

—Míster Heppenstall. Todo está a su favor, actualmente. Albergaba la intención de leer un sermón sobre el amor fraternal que había de llevarle a la meta con amplia ventaja. Me pregunto si le habrá pasado algo.

—Podría usted averiguarlo, señor, hablando con míster Eustace por teléfono. Aún está al aparato.

—¡Por Júpiter, sí!

Me envolví en una bata y volé escaleras abajo como un fuerte y raudo viento. En cuanto oí la voz de Eustace ya supe que estábamos perdidos. Había un agonizante croar en ella.

—¿Bertie?

—Aquí estoy.

—¡Caramba, cuánto tiempo has necesitado! Bertie, estamos hundidos. El favorito ha caído.

—¡No!

—¡Sí! Ha estado tosiendo en el establo toda la noche pasada.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Tiene la fiebre del heno.

—¡Mi santa tía!

—El doctor está con él ahora y es sólo cuestión de minutos el que lo borren oficialmente de la lista. Eso quiere decir que el vicario se presentará en su lugar, y el pobre no vale nada. Lo ofrecen a cien contra seis, pero nadie lo toma. ¿Qué vamos a hacer?

Tuve que afrontar el problema en silencio durante un momento.

—Eustace.

—¡Hola!

—¿Qué puedes obtener sobre G. Hayward?

—Sólo cuatro contra uno. Creo que alguien ha ido con el soplo y que Steggles sabe algo. La diferencia disminuyó anoche de un modo significativo.

—Bueno, cuatro contra uno no está mal. Apuesta otras cinco libras por G. Hayward para el sindicato. Eso nos salvará.

—Si gana.

—¿Qué quieres decir? Pensé que lo considerabas el más seguro, exceptuando a Heppenstall.

—Empiezo a preguntarme —dijo Eustace tristemente— si existe algo parecido a una certidumbre en este mundo. Me dicen que el reverendo Joseph Tucker hizo ayer una galopada de ensayo extraordinariamente buena en una reunión de madres en Bagdwick. Sin embargo, ésta parece ser nuestra única posibilidad. Hasta pronto.

No siendo comisario oficial, podía escoger la iglesia al día siguiente y, naturalmente, no vacilé. El único inconveniente de ir a Lower Bingley era que se encontraba a diecisiete kilómetros de distancia. Esto significaba tenerse que levantar temprano, pero uno de los criados me prestó una bicicleta y allí me fui de esta manera. Sólo tenía la afirmación de Eustace de que G. Hayward era un corredor de tanta valía y era posible que únicamente hubiese ostentado un estilo excepcional en la boda donde los gemelos le vieran predicar; pero cualquier duda que yo hubiese podido tener, desapareció en cuanto subió al pulpito. Eustace tenía razón. Resultó una cosa seria. Era un individuo alto, imponente, de aspecto ordenado, y desde el comienzo se lanzó a una verborrea fácil y atractiva, deteniéndose y carraspeando al final de cada frase. No habían transcurrido cinco minutos y ya me había dado cuenta de que aquél era el ganador. Su modo de pararse y mirar a intervalos alrededor de la iglesia nos valía minutos, y en la última parte ganamos no poca ventaja debido a que dejó caer sus quevedos y tuvo que buscarlos. A los veinte minutos sólo había iniciado el tema. A los veinticinco minutos le vieron adelantar vigorosamente. Y cuando finalmente acabó con un buen esfuerzo, el reloj señalaba treinta y cinco minutos, catorce segundos. El handicap que le habían dado parecía haberle facilitado las cosas y fue con excelente disposición de ánimo como salté sobre la bicicleta y emprendí el regreso a Hall para el almuerzo.

Bingo estaba hablando por teléfono cuando llegué.

—¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Colosal! —estaba diciendo—. ¿Eh? ¡Oh, no tenemos que preocuparnos por él! Muy bien, se lo diré a Bertie.

Colgó el auricular y me vio.

—¡Hola, Bertie! Acabo de hablar con Eustace. Todo marcha a pedir de boca, viejo. El informe de Lower Bingley acaba de llegar. G. Hayward no tiene competidor.

—Ya lo sabía. Acabo de verlo.

—¿Ah, estuviste allí? Yo fui a Badgwick. Tucker corrió estupendamente, pero el handicap era demasiado grande para él. Starkie tenía ronquera y no llegó a ninguna parte. Roberts, de Fale-by-the-Water llegó tercero. ¡Viva G. Hayward! —dijo Bingo afectuosamente, y salimos a la terraza.

—¿Han llegado ya todos los informes? —pregunté.

—Todos, salvo el de Gandle-by-the-Hill. Pero no tenemos que preocuparnos por Bates. Nunca tuvo la menor posibilidad. A propósito, el viejo Jeeves pierde sus diez libras. ¡Qué zopenco!

—¿Jeeves? ¿Qué quieres decir?

—Vine a verme esta mañana después que tú habías salido y me rogó que apostara diez libras sobre Bates para él. Le dije que no hiciera tonterías, y le aconsejé que no tirara el dinero por la ventana, pero se puso terco.

—Discúlpeme, señor. Esta carta llegó para usted minutos después de que saliera de casa esta mañana.

Jeeves se había materializado en el vacío, y estaba a mi lado.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Carta?

—El mayordomo del reverendo Heppenstall la trajo de la vicaría, señor. Llegó demasiado tarde para entregársela a usted.

El joven Bingo estaba hablando con Jeeves paternalmente a propósito de las apuestas contrarias al buen sentido. El grito que lancé le hizo morderse la lengua en medio de una frase.

—¿Qué demonios sucede?— preguntó, no sin enojo.

—Estamos perdidos! ¡Escucha esto!

Le leí la carta:

*La vicaría,*

*Tivig, Glos.*

*Mi querido Wooster:*

*Como tal vez sepa usted, ciertas circunstancias que no están en mi mano evitar, me impedirán pronunciar el sermón sobre el amor fraternal que tuvo usted la amabilidad de solicitarme. Sin embargo, no quiero causarle una decepción, y si usted asiste hoy al servicio divino de Gandle-by-the-Hill, oirá usted mi sermón predicado por el joven Bates, mi sobrino. Le he prestado el manuscrito por habérmelo pedido él urgentemente, pues entre nosotros mi sobrino es uno de los candidatos a la dirección de un conocido colegio, y la elección se ha reducido a él y a otro rival.*

*Anoche, a última hora, James recibió la información privada de que el presidente de la junta de directores del colegio se proponía acudir al servicio de este domingo para juzgar los méritos de su plática, la cual ha de influir grandemente en la decisión de la junta. Accedí a su demanda de prestarle mi sermón sobre el amor fraternal del que, al igual que usted, conserva al parecer un vivo recuerdo. Era demasiado tarde para que le fuera posible redactar un sermón de extensión adecuada con que substituir a la corta plática que —erróneamente, según mi opinión— se había propuesto leer a su rebaño rural, y quise ayudar al muchacho.*

*Esperando que la prédica de mi sobrino le proporcione a usted unos recuerdos no menos agradables que los que dice usted tener de la mía, le saluda su affmo.*

*F. Heppenstall.*

*P.S. La fiebre del heno me ha debilitado desagradablemente los ojos, de modo que dicto esta carta a mi mayordomo, Brookfield, el cual se la entregará.*

No sé cuándo he percibido un silencio más abrumador que el que siguió a la lectura de esta alegre epístola. El joven Bingo tragó saliva una o dos veces, y casi todas las emociones conocidas comparecieron y desaparecieron de su rostro. Jeeves emitió una tosecita suave, queda y dulce, como una oveja a la que se le ha atragantado una brizna de hierba. Luego se quedó mirando serenamente el paisaje. Finalmente el joven Bingo habló.

—¡Dios me ampare! —murmuró roncamente—. Una faena de la SP

—Creo que ése es el término técnico, señor —observó Jeeves.

—¿De manera que recibió usted una información particular? ¡Maldita sea! —dijo Bingo.

—Sí, señor —dijo Jeeves—. Casualmente Brookfield mencionó el contenido de la carta cuando la trajo. Somos viejos amigos.

Bingo manifestó dolor, angustia, rabia, desesperación y resentimiento.

—Bueno, todo lo que puedo decir —gritó— es que esto es un poco fuerte. ¡Predicar la plática de otro! ¿A eso se le llama honradez? ¿A eso se le llama juego limpio?

—Bueno, muchacho —dije—, sé justo. Está dentro de las reglas. Los sacerdotes lo hacen continuamente. No se puede esperar de ellos que siempre redacten los sermones que leen.

Jeeves volvió a toser y miró con ojos inexpresivos antes de hacer nuevamente uso de la palabra.

—Y en el caso presente, señor, si se me permite la libertad de hacer esta observación, creo que debemos ser comprensivos. Hemos de recordar que el obtener la dirección del colegio lo significa todo para la joven pareja.

—Joven pareja! ¿Qué joven pareja?

—El reverendo James Bates, señor, y lady Cynthia. La doncella de Su Señoría me informó que se han comprometido hace unas semanas, provisionalmente, claro está; y Su Señoría, el padre de lady Cynthia, prometió dar su consentimiento a condición de que míster Bates se asegure una posición realmente importante y remunerativa.

El joven Bingo se volvió verde pálido.

—¡Comprometidos!

—Sí, señor.

Hubo un silencio.

—Creo que voy a dar un paseo —dijo Bingo.

—Pero muchacho —dije—, es la hora del almuerzo. El gong sonará de un momento a otro.

—¡Al diablo el almuerzo! —exclamó Bingo.

# Capítulo XIV
# La pureza del turf.

Después de estos acontecimientos, la vida en Twing fue bastante apacible durante algún tiempo. Twing no es uno de esos lugares en donde haya mucho que hacer, ni en el que pueda esperarse mucha excitación febril. En efecto, el único suceso de alguna importancia en el horizonte, por lo que pude averiguar, era la fiesta anual de la escuela del pueblo. Se pasaba el tiempo vagabundeando sencillamente por el parque, jugando un poco al tenis, y evitando al joven Bingo tanto como humanamente fuera posible.

Esto último era una medida sobremanera necesaria si uno quería llevar una vida feliz, porque el asunto de Cynthia había dejado hecho cisco al desgraciado borrego, hasta tal punto que siempre estaba acechando a alguien y desahogando su alma angustiada. Y cuando una mañana irrumpió en mi habitación mientras yo jugueteaba con un ligero desayuno, decidí adoptar una actitud firme desde el principio. Podía soportar que se lamentara junto a mí después de la cena e incluso después del almuerzo; pero a la hora del desayuno, no. Nosotros, los Wooster, somos la mismísima amabilidad, pero todo tiene un límite.

—Ahora escucha, viejo amigo —dije—. Sé que tu corazón está destrozado y todo lo demás, y en algún momento del futuro estaré encantado de oírlo, pero…

—No vine a hablarte de eso.

—¿No? ¡Parece increíble!

—El pasado —dijo el joven Bingo— ha muerto. No hablemos más de ello.

—De acuerdo.

—He sido herido hasta lo más profundo de mi alma, pero no lo digas a nadie.

—No lo haré.

—Ignóralo. Olvídalo.

—Completamente.

No le había visto tan condenadamente razonable desde hacía muchos días.

—Vengo a verte esta mañana, Bertie —dijo, sacando del bolsillo una hoja de papel—, para saber si te gustaría tomar parte en otra pequeña especulación.

Si hay una cosa de la que nosotros, los Wooster, estamos llenos, es la sangre deportiva. Tragué de un golpe el resto del salchichón, me senté y presté atención.

—Continúa —dije—. Me interesas extraordinariamente, viejo pájaro.

Bingo puso el papel sobre la cama.

—Es posible que no ignores que el lunes de la próxima semana —dijo— tendrá lugar la fiesta anual de la escuela del pueblo. Con este motivo, lord Wickhammersley presta los jardines del Hall. Habrá juegos y un prestidigitador y tiros al blanco y un té en un entoldado. Y también competiciones deportivas.

—Lo sé. Cynthia me lo dijo.

El joven Bingo se estremeció.

—¿Te molestaría no mencionar ese nombre? No soy de mármol.

—Lo siento.

—Bueno, como te estaba diciendo, esta manifestación se verificará del lunes en ocho días. La cuestión es la siguiente: ¿Participamos?

—¿Qué quieres decir con «participamos»?

—Me refiero a los deportes. Steggles obtuvo tan buenos resultados con los del Handicap del Sermón que ha decidido abrir las apuestas sobre los deportes. Se puede apostar por anticipado o al comenzar las competiciones, según se prefiera. Creo que deberíamos considerar el asunto —dijo Bingo.

Oprimí el timbre.

—Consultaré a Jeeves. No tomo en consideración ninguna propuesta deportiva sin su consejo. Jeeves —dije, cuando entró—, únase a nosotros.

—¿Señor?

—Atención. Necesitamos sus consejos.

—Perfectamente, señor.

—Expón tu caso, Bingo.

Bingo expuso su caso.

—¿Qué opina usted, Jeeves? —pregunté—. ¿Participamos?

Jeeves meditó un momento.

—Me inclino a ser favorable a la idea, señor.

Esto era suficiente para mí.

—Bien —dije—. Entonces formaremos un sindicato y haremos saltar la banca. Yo proporciono el dinero, usted el cerebro y Bingo…, ¿qué proporcionas tú, Bingo?

—Si me llevas contigo y me dejas arreglar cuentas más tarde —dijo Bingo— creo que podré proporcionarte la manera de ganar un dineral en la carrera de sacos de las madres.

—Está bien. Te pondremos en Información Interior. Ahora bien, ¿cuáles son las competiciones?

Bingo se inclinó para coger el papel y lo consultó.

—La carrera de cincuenta metros para chicas de menos de catorce años parece ser el primer número del programa.

—¿Tiene algo que decir a esto, Jeeves?

—No, señor; no poseo ninguna información.

—¿Qué sigue?

—Carrera mixta para muchachos de todas las edades, que lleva el título de «Competición entre patatas y animales».

Esto resultaba nuevo para mí. Nunca había oído hablar de tal carrera en ninguna

fiesta.

—¿Qué es eso?

—Bastante deportivo —dijo el joven Bingo—. Los competidores participan por parejas, asignándose a cada pareja un grito de animal y una patata. Por ejemplo: supongamos que tú y Jeeves participáis. Jeeves se quedaría en un punto determinado sosteniendo una patata. Tú tendrías la cabeza metida en un saco y habrías de ir buscando a Jeeves produciendo un rumor parecido al de un gato; Jeeves también produciría el mismo rumor. Otros competidores imitarían a las vacas, a los corderos, a los perros y al animal que quisieran. Y buscarían a las parejas respectivas que sostienen las patatas, las cuales también imitarían a las vacas, a los cerdos, a los perros, a cualquier animal que…

Paré al joven Bingo.

—Resulta alegre si a uno le agradan los animales —dije—, pero en conjunto…

—Precisamente, señor —dijo Jeeves—. Yo lo pasaría por alto.

—Es demasiado imprevisto, ¿verdad?

—Exactamente, señor. Creo que resulta muy difícil prever su desarrollo.

—Continúa, Bingo. ¿Qué hay, luego?

—La carrera de sacos de las madres.

—Eso ya me parece mejor. Aquí es donde uno puede saber algo.

—Va a ser un juego de niños para mistress Penworthy, la esposa del estanquero —dijo Bingo confidencialmente—. Ayer mismo estuve en su tienda comprando cigarrillos, y ella me dijo que había ganado tres veces en las ferias de Worcestershire. Llegó a estos parajes recientemente, de modo que podríamos obtener buenas ganancias.

—¿Arriesgamos diez libras, Jeeves?

—Creo que sí, señor.

—Carrera femenina del huevo y la cuchara, para todas las edades —leyó Bingo.

—¿Qué hay con eso?

—Dudo que valga la pena arriesgar nada, señor —dijo Jeeves—. Me informaron que es cosa hecha para la vencedora del año pasado, Sarah Mills, que indudablemente saldrá ya como favorita.

—Es buena, ¿verdad?

—Me dicen en el pueblo que sabe sostener un huevo estupendamente, señor.

—Luego sigue la carrera de obstáculos —dijo Bingo—. Opino que es bastante arriesgada. Sería como apostar en el Gran Nacional. Concurso de sombreros adornados para los padres… Otro acontecimiento en que especular. Eso es todo, salvo el handicap de los cien metros para los muchachos del coro, premiado con un jarro de peltre, obsequio del vicario. Pueden tomar parte todos los que no hayan mudado voz antes del segundo domingo de Epifanía. Willie Chambers ganó el año pasado,

saliendo con quince metros de ventaja. Esta vez será probablemente dejado fuera de concurso. No sé qué aconsejar.

—Si me permite, haré una sugerencia, señor.

Miré a Jeeves con interés. Creo que nunca lo había visto tan al borde de la excitación.

—¿Tiene alguna idea?

—La tengo, señor.

—¿Al rojo vivo?

—Eso la describe exactamente, señor. Creo poder asegurar con certidumbre que tenemos al vencedor del handicap para los muchachos del coro bajo este mismo techo, señor. Se trata de Harold, el botones.

—¿El botones? ¿Se refiere al muchacho regordete que ve uno aparecer por todas partes? Bueno, oiga, Jeeves, nadie respeta más que yo su clarividencia, pero que me cuelguen si puedo ver a Harold atrayendo la atención del jurado. Parece un tonel, y siempre que lo he visto estaba apoyado contra algo, medio adormilado.

—Recibe treinta metros, señor, y podría ganar sin handicap. El muchacho vuela.

—¿Cómo lo sabe usted?

Jeeves tosió y sus ojos asumieron una expresión soñadora.

—Quedé tan asombrado como usted, señor, al darme cuenta por primera vez de las capacidades del chico. Dio la coincidencia de que le perseguía una mañana con la intención de darle un cachete…

—¡Dios me valga, Jeeves! ¡Usted!

—Sí, señor. El muchacho tiene tendencia a irse de la lengua e hizo una observación injuriosa sobre mi apariencia personal.

—¿Qué dijo sobre su apariencia personal?

—Lo he olvidado, señor —dijo Jeeves, un tanto austeramente—. Pero fue injurioso. Intenté darle su merecido, pero me dejó atrás y pudo escapar.

—¡Pero oiga, Jeeves, esto es sensacional! Y, sin embargo… si es tan buen corredor, ¿cómo es que no se ha enterado nadie en el pueblo? Competirá con los demás muchachos, ¿verdad?

—No, señor. Como paje de Su Señoría, Harold no se mezcla con los muchachos del pueblo.

—Es un poco snob, ¿verdad?

—Es un ser agudamente consciente de que existen las diferencias de clase, señor.

—¿Está usted completamente seguro de que es tal maravilla? —dijo Bingo—. Quiero decir que no convendría arriesgarnos a menos que no tenga usted una certidumbre absoluta.

—Si quieren ustedes comprobar la forma del muchacho mediante una inspección personal, señor, será cosa fácil organizar una prueba secreta.

—Confieso que me sentiría más tranquilo —dije.

—Entonces, si puedo coger un chelín del dinero que hay sobre la cómoda…

—¿Para qué?

—Me propongo sobornar al muchacho para que hable con desprecio del estrabismo del segundo camarero, señor. Charles es muy sensible cuando se toca este punto y no cabe duda de que el muchacho no se quedará corto. Si ustedes se asoman dentro de media hora a la ventana del pasillo del primer piso, que queda encima de la puerta trasera…

No recuerdo haberme vestido nunca con tanta prisa. Por lo general soy lo que se puede llamar un hombre lento y esmerado en el vestir: gusto de entretenerme con la corbata y ver que los pantalones caen bien; pero aquella mañana me encontraba en un estado febril. Me limité a ponerme la ropa de cualquier manera y me reuní con Bingo junto a la ventana, con un cuarto de hora de anticipación.

La ventana del pasillo daba a una especie de amplio patio pavimentado, que terminaba en una arcada formada en una alta pared, a unos veinte metros de donde nos hallábamos. Al otro lado de la arcada, veiase una parte de la avenida que extendía su curva durante otros treinta metros hasta perderse detrás de un espeso bosquecillo. Me imaginé en la piel del muchacho y pensé qué medidas adoptaría con un segundo camarero persiguiéndome. Sólo una cosa se podía hacer: dirigirse hacia el bosquecillo y refugiarse allí; lo que significaba cubrir por lo menos cincuenta metros… una prueba excelente. Si Harold lograba mantener a distancia suficiente al segundo camarero para alcanzar el bosquecillo, no había corista en Inglaterra que pudiera darle treinta metros sobre cien. Esperé, presa de gran agitación, durante lo que parecieron horas. Luego, de repente, en el exterior se oyó un ruido confuso, y algo redondo y azul lleno de botones salió como una bala por la puerta trasera y zumbó hacia la arcada como un potro salvaje. Unos dos segundos más tarde salió el segundo camarero a toda velocidad.

Pero no había nada que hacer. Absolutamente nada. El bando contrario no tenía ninguna posibilidad de éxito. Mucho antes de que el camarero hubiese llegado a medio camino, Harold estaba en el bosquecillo lanzando piedras. Me alejé de la ventana, estremecido hasta la médula, y cuando encontré a Jeeves en la escalera, estaba tan conmovido que casi le estreché la mano.

—Jeeves —dije—, ¡nada de discusiones! Wooster se jugará la camisa por este muchacho.

—Perfectamente, señor —dijo Jeeves.

Lo peor de estas reuniones rurales es que uno no puede apostar todo lo fuerte que desearía cuando se le presenta un buen asunto, porque alarma a los corredores de apuestas. Steggles, si bien tenía la cara llena de granos, no tenía, como he dicho, un pelo de tonto, y si yo hubiese invertido todo cuanto deseaba, él habría atado cabos.

Con todo, logré hacer una buena y sólida apuesta para el sindicato, aunque esto le diera que pensar. Supe que durante los días siguientes estuvo efectuando meticulosas investigaciones en el pueblo con respecto a Harold; pero nadie pudo decirle nada y supongo que finalmente debió de llegar a la conclusión de que yo me arriesgaba basándome en el handicap de treinta metros. La opinión pública vacilaba entre Jimmy Goode, que recibía diez metros, con siete contra dos, y Alexander Bartlett, con un handicap de seis metros, a once contra cuatro. Willie Chambers era ofrecido al público a dos contra uno, pero no encontró aficionados.

Nosotros no íbamos a correr ningún riesgo en el gran acontecimiento, y en cuanto hubimos colocado nuestro dinero a un hermoso cien contra doce, impusimos a Harold un severo entrenamiento. Era una cosa agotadora, y ahora comprendo por qué la mayoría de los grandes entrenadores son hombres ceñudos y silenciosos, que parecen haber sufrido mucho. El muchacho necesitaba una vigilancia constante. De nada servía hablarle del honor y la gloria y de lo orgullosa que estaría su madre cuando le escribiera diciéndole que había ganado una verdadera copa; en cuanto el condenado Harold descubrió que el entrenamiento requería dejar de comer pasteles, hacer ejercicio y no tocar un cigarrillo, se puso furioso y sólo se debió a una vigilancia incesante el que lográramos mantenerlo en forma. El régimen alimenticio fue la piedra con la que tropezamos. Por lo que al ejercicio se refería, pudimos, por lo general, arreglar una carrera rápida cada mañana con la ayuda del segundo camarero. Eso costaba dinero, desde luego, pero no quedaba otro remedio. Sin embargo, cuando un muchacho no tiene más que esperar a que el mayordomo se vuelva de espaldas para tener mano libre en la despensa, y no necesita sino colocarse en el fumador para hacerse con un puñado de los mejores cigarrillos turcos, el entrenamiento se convierte en labor abrumadora. Sólo podíamos esperar que el día de la carrera su natural vitalidad lo llevara al triunfo.

Y así las cosas, una tarde volvió el joven Bingo de los campos de golf con un cuento un tanto fantástico. Había adquirido la costumbre de obligar a Harold a hacer un poco de ejercicio llevándoselo como «caddie».

Al principio parecía encontrarlo divertido. ¡El pobre idiota! Mostraba una jovial alegría al empezar su historia.

—Oye, ocurrió algo divertido esta tarde —dijo—. ¡Si hubieses visto la cara de Steggles!

—¿La cara de Steggles? ¿Por qué?

—Cuando vio correr al joven Harold, quiero decir.

Me sobrecogió el terrible presentimiento de un desastre espantoso.

—¡Cielos! ¿No habrás dejado correr a Harold delante de Steggles?

La alegría de Bingo desapareció como por ensalmo.

—No se me había ocurrido —dijo tristemente—. La culpa no fue mía. Estaba

jugando un partido con Steggles y al terminar fuimos al chalet del club para beber algo, dejando a Harold fuera con los palos. Salimos unos cinco minutos después y allí estaba el muchacho, en la terraza, practicando con el «driver» de Steggles y una piedra. Cuando nos vio llegar, el muchacho soltó el palo y desapareció en el horizonte con la rapidez de un relámpago. Steggles quedó estupefacto. Y he de decir que incluso para mí constituyó una revelación. El muchacho, por cierto, batió su propia marca. Claro que, en cierto modo, es un inconveniente; pero no veo, reflexionándolo bien —añadió Bingo, animándose—, qué importancia puede tener eso. Ya hemos hecho las apuestas. No perderemos nada si la buena forma del muchacho se llega a conocer. Supongo que se pondrá a la par, pero eso no nos afecta.

Miré a Jeeves. Jeeves me miró.

—Claro que nos afectará si el muchacho no participa en la carrera.

—Exactamente, señor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bingo.

—Si me lo preguntas —repliqué—, te diré que Steggles hará lo posible, antes de la carrera, para echarlo a perder.

—¡Dios mío! Pues es verdad. —Bingo palideció—. ¿Crees, realmente, que lo intentará?

—Creo que lo intentará seriamente. Steggles es un mal bicho. De ahora en adelante, Jeeves, tenemos que vigilar a Harold como halcones.

—No cabe duda, señor.

—Una vigilancia incesante, ¿eh?

—Exactamente, señor.

—¿No le gustaría dormir en la habitación del muchacho, Jeeves?

—No, señor; no me gustaría.

—No. Y a mí tampoco, si tuviéramos que llegar a eso. Pero ¡maldita sea! —dije—, nos dejamos dominar por el pánico. Estamos perdiendo los nervios. Eso no puede ser. ¿Cómo podría Steggles llegar hasta Harold, aunque lo quisiera?

No había manera de animar al joven Bingo. Es uno de esos pájaros que se agarran como lapas al aspecto lúgubre de las cosas, si se les da la menor oportunidad de hacerlo.

—Hay muchos modos de echar a perder a un favorito —dijo con voz agonizante—. No hay más que leer una de esas novelas que tratan de carreras. En *Vencida ante la meta*, lord Jasper Mauleverer llegó casi a poner fuera de combate a *Bonny Betsy* sobornando al jefe de las cuadras para que introdujera una cobra en el establo la víspera del Derby.

—¿Qué posibilidades hay que una cobra muerda a Harold, Jeeves?

—Escasas, me parece, señor. Y en caso de que esto sucediera, conociendo al muchacho tan íntimamente como yo, lo sentiría únicamente por la serpiente.

—Sin embargo, una vigilancia incesante es lo que se impone, Jeeves.

—Absolutísimamente cierto, señor.

Debo confesar que el joven Bingo me fastidió bastante durante los días siguientes. Está muy bien que un muchacho que tiene un gran corredor en sus caballerizas ejerza los cuidados convenientes, pero, a mi modo de ver, Bingo exageró la nota. La mente del desgraciado parecía enteramente saturada de literatura hípica; y en las historias de este tipo, por lo que yo podía comprender, nunca sucede que un caballo tome parte en una carrera sin que haya por lo menos una docena de intentos de ponerlo fuera de combate. Se pegó a Harold como un esparadrapo. Nunca perdía de vista al infortunado muchacho. Naturalmente, al pobre le importaba mucho poder cobrar en esta carrera, porque así conseguiría bastante dinero para abandonar el empleo de tutor y volver a Londres; pero de todos modos no había necesidad de que me despertara dos veces seguidas poco antes del amanecer: una vez, para decirme que debíamos guisar la comida de Harold nosotros mismos para impedir que lo envenenasen; la otra, para decirme que había oído rumores místeriosos en el bosquecillo. Pero sobrepasó los límites, creo yo, cuando insistió en que yo fuera al servicio vespertino el domingo, víspera de las competiciones deportivas.

—¿Por qué diablos? —pregunté, no siendo muy aficionado a tales servicios.

—Es que yo no puedo ir. No estaré aquí. He de ir a Londres con el joven Egbert (Egbert era el hijo de lord Wickhammersley, del que Bingo era el preceptor). Va de visita a Kent y yo he de acompañarlo hasta el tren, en Charing Cross. Es un grave contratiempo. No volveré hasta el lunes por la tarde. Supongo que me perderé la mayoría de las competiciones. De modo que todo depende de ti, Bertie.

—Pero ¿por qué uno de los dos ha de ir al servicio vespertino?

—¡Asno! Harold canta en el coro, ¿verdad?

—¿Y qué tiene de particular? No puedo impedirle que se disloque el cuello con una nota alta, si es eso lo que temes.

—¡Tonto! También Steggles canta en el coro. Puede hacerle alguna trastada después del servicio.

—¡Qué sandez más mayúscula!

—Que te crees tú eso —dijo el joven Bingo—. Bueno, permitirás que te diga que en *Jenny, la chica jockey*, el villano secuestra, la víspera de la carrera, al muchacho que ha de montar al favorito, y que es el único que conoce y puede dominar al caballo, y si la heroína no se hubiese puesto la ropa del jockey…

—¡Oh, está bien! Pero si hay peligro, me parece que lo más sencillo sería que Harold no compareciera en la iglesia el domingo por la tarde.

—Ha de comparecer. Por lo visto crees que el condenado muchacho es un dechado de rectitud, amado por todo el mundo. Tiene la reputación más dudosa de todos los chicos del pueblo. Su nombre es casi arrastrado en el fango. Ha hecho

tantos novillos en el coro, que el vicario le dijo que si esto ocurría una vez más lo expulsaría. ¡Estaríamos bien arreglados si lo borraran de la lista la víspera de la carrera!

Naturalmente, si las cosas estaban así, no había más remedio que ir a la iglesia.

Hay algo en el servicio vespertino de una iglesia rural que le hace a uno sentirse soñoliento y tranquilo. Una especie de sensación de final de día perfecto. El viejo Heppenstall estaba en el pulpito, y peroraba en una especie de retórica monótona y quejumbrosa que ayudaba a la divagación. Habían dejado abierta la puerta y el aire estaba lleno de un aroma mixto de árboles, madreselva, moho y prendas domingueras de aldeanos. Hasta donde alcanzaba la vista, se podía ver a los granjeros sentados en actitud de reposo, respirando profundamente; y los niños de la congregación que se habían agitado durante la primera parte del servicio, estaban sumidos a la sazón en una dulce quietud. Los últimos rayos del sol poniente brillaban a través de los cristales policromados de las ventanas; los pájaros piaban en los árboles y los trajes de las señoras crujían agradablemente en la quietud. Un paraíso. Esa es la palabra justa. Me sentía lleno de paz. Todo el mundo se sentía lleno de paz. Y este fue el motivo por el que la explosión, cuando se produjo, dio la impresión de que se acababa el mundo.

Lo llamo explosión porque eso fue lo que pareció al estallar. Un momento antes reinaba una tranquilidad soñadora en todo el lugar, interrumpida tan sólo por el viejo Heppenstall, que nos estaba hablando de nuestros deberes para con el prójimo; y luego, de repente, se oyó un penetrante chillido que le perforaba a uno directamente en medio de los ojos, le corría por la espina dorsal y le salía por la planta de los pies.

—¡Aaaaay! ¡Uuuuuy!

Parecía el aullido de seiscientos cerdos a los que retorcieran simultáneamente el rabo, pero no se trataba más que del pequeño Harold, al que parecía darle una especie de ataque. Estaba pegando brincos y dándose golpes en la nuca. Y cada dos segundos aspiraba profundamente y lanzaba otro de sus chillidos.

La verdad es que uno no puede hacer una cosa semejante en medio del sermón del servicio vespertino sin llamar la atención. La congregación salió de su marasmo con un sobresalto y se encaramó sobre los bancos para poder ver mejor. El viejo Heppenstall se paró en mitad de una frase y volvió la cabeza, y un par de pertigueros, con gran presencia de ánimo, subieron por la nave como leopardos. Cogieron a Harold, que aún seguía chillando, y lo sacaron. Desaparecieron en la sacristía y yo cogí mi sombrero y me precipité hacia la puerta de la misma lleno de aprensión. No lograba imaginar qué diablos podía haber ocurrido. Pero tenía la vaga idea que detrás de todo esto se escondía la mano de Steggles.

Mientras llegaba allí y me las arreglaba para que alguien me abriera la puerta, que

estaba cerrada, el servicio parecía haber acabado. El viejo Heppenstall se hallaba en medio de un grupo de muchachos del coro y de bedeles, sacristanes y otras gentes, zurrando al desgraciado Harold con no poca energía. Yo había entrado al final de lo que debía ser una lección bastante fructuosa.

—¡Desdichado muchacho! ¿Cómo te atreves…?

—¡Tengo una piel sensible!

—No es el momento de hablar de tu piel…

—Alguien me puso un escarabajo en el cogote…

—¡Es absurdo!

—Noté que se movía…

—¡Estupideces!

—Todo esto parece muy fantástico, ¿verdad? —dijo alguien, a mi lado.

Era el bribón de Steggles. Ataviado con un blanco sobrepelliz, o sotana, o como se llame, y simulando una grave preocupación, el condenado tuvo la cínica y fría osadía de mirarme al blanco de los ojos sin parpadear.

—¿Fuiste tú quien le puso el escarabajo en el cogote? —grité.

—¡Yo! —dijo Steggles— ¡Yo!

El viejo Heppenstall se estaba poniendo el sombrero.

—¡No creo una palabra de tu historia, desgraciado! Ya te había prevenido, y ahora ha llegado el momento de obrar. A partir de hoy dejas de ser miembro del coro. ¡Vete, miserable criatura!

Steggles me cogió de la manga.

—En este caso —dijo—, aquellas apuestas, ¿sabes?… Temo que perderás tu dinero, mi querido amigo. Es una pena que no lo hayas colocado en la SP Siempre he creído que la SP es el único sistema seguro.

Le lancé una mirada. Desde luego, no sirvió de nada.

—¡Y hablan de la pureza de las carreras! —dije. ¡Y por Júpiter que hubiera deseado que la frase fuera de lo más mordaz!

Jeeves acogió la noticia con valentía, pero creo que, bajo la superficie, el hombre quedó bastante abrumado.

—Un joven ingenioso, míster Steggles, señor —dijo.

—Un descarado estafador, querrá decir.

—Puede que sea una descripción más exacta. Sin embargo, estas cosas suelen ocurrir en las carreras, y es inútil quejarse.

—Desearía tener su naturaleza optimista, Jeeves.

—Entonces, señor, parece que ahora hemos de contar casi enteramente con mistress Penworthy. Si ella justifica el encomio de míster Little y manifiesta verdadera clase en la carrera de sacos de las madres, nuestras ganancias equilibrarán exactamente nuestras pérdidas.

—Sí; pero no es mucho consuelo cuando uno esperaba una gran ganancia.

—Aún es posible que nos encontremos con ventaja, señor. Antes de que míster Little se fuera, he podido persuadirle para que invierta una pequeña suma para el sindicato del que usted tuvo la amabilidad de nombrarme socio, señor, en la carrera del huevo y la cuchara para chicas.

—¿Sobre Sarah Mills?

—No, señor. Sobre una desconocida mal cotizada. La pequeña Prudence Baxter, señor, la niña del jardinero jefe de Su Señoría. Su padre me asegura que tiene una mano muy firme. Está acostumbrada a llevarle su jarro de cerveza desde la casa, cada tarde, y me dice que nunca derramó una gota.

Bueno, eso indicaba que los reflejos de la joven Prudence eran buenos. Pero ¿y su velocidad? Con corredores experimentados como Sarah Mills, la cosa se trocaba prácticamente en una carrera clásica, y en estos casos la velocidad era indispensable.

—Me doy cuenta de que esto es lo que se llama un tiro a larga distancia, señor. Sin embargo, lo juzgué oportuno.

—Supongo que habrá apostado también por Prudence, colocada, ¿verdad?

—Sí, señor. Ganadora y colocada.

—Bueno, supongo que está bien así. Hasta ahora nunca le he visto cometer una equivocación.

—Muchísimas gracias, señor.

He de decir que, por regla general, si deseara pasar una tarde divertida procuraría mantenerme todo lo alejado posible de una fiesta de escuela rural. Es un verdadero tostón. Pero con unas perspectivas tan graves por delante, como ustedes comprenderán, deseché mis prejuicios en tal ocasión e hice acto de presencia. Encontré que todo era tan fastidioso como cabía esperar. Hacía un día caluroso y los terrenos del Hall eran una masa densa y prácticamente líquida de aldeanos. Los niños corrían de un lado para otro. Uno de ellos, una chiquilla desconocida, me agarró de la mano y se colgó de ella mientras me abría paso a través de la muchedumbre hasta el lugar en que terminaba la carrera de sacos de las madres. No nos habían presentado. Pero ella parecía creer que yo resultaba tan indicado como cualquier otra persona para poder hablar de la muñeca de trapo que había ganado en la «pesca de la suerte». Charló largamente sobre el tema.

—Voy a llamarla Gertrude —dijo—, y la desnudaré cada noche y la acostaré, y la despertaré todas las mañanas, y la vestiré y la acostaré por la noche y la despertaré a la mañana siguiente, y la vestiré…

—Oye, encanto —dije—, no quiero que te des prisa en tu narración, pero podrías condensar un poco, ¿verdad? Estoy bastante ansioso por ver el final de esta carrera. La suerte de Wooster depende más o menos de ella.

—Yo también voy a tomar parte en una carrera —dijo, olvidando por el momento

la muñeca.

—¿Sí? —pregunté. Distraídamente, como es natural, e intentando ver a través de los huecos de la muchedumbre—. ¿En qué carrera?

—En la del huevo y la cuchara.

—No. ¿De veras? ¿Eres Sarah Mills?

—¡Nooo! —contestó despectivamente—. Soy Prudence Baxter.

Naturalmente esto situó nuestras relaciones en otro plano. La miré con considerable interés. Pertenecía a nuestras caballerizas. Confieso que no aparentaba ser una flecha. Era baja y redonda. Con muy pocas condiciones, pensé.

—Oye —dije—, si es así, no deberías corretear bajo el sol y correr el riesgo de ponerte mala. Has de conservar las energías, amiguita. Siéntate aquí, a la sombra.

—No quiero sentarme.

—Bueno, tómalo con calma, de todos modos.

La chiquilla voló a otro tópico como una mariposa que pasa de una flor a otra.

—Soy una buena niña —dijo.

—Apuesto a que lo eres. Espero que seas también una buena corredora del huevo y la cuchara.

—Harold es un mal muchacho. Harold chilló en la iglesia y no le dejaron venir a la fiesta. Me alegro de ello —continuó este ornamento de su sexo, frunciendo virtuosamente la nariz—, porque es un mal muchacho. El viernes pasado me tiró de los pelos. ¡Harold no viene a la fiesta! ¡Harold no viene a la fiesta! ¡Harold no viene a la fiesta! —canturreó, haciendo de ello una verdadera canción.

—No continúes, mi querida vástaga del jardinero —rogué—. Tú no lo sabes, pero has tocado un argumento bastante penoso.

—¡Ah, Wooster, querido! ¿De modo que ha trabado amistad con esta damita?

Era el viejo Heppenstall, irradiando bondad pródigamente. Era el alma de la reunión.

—Estoy encantado, mi querido Wooster —continuó—, absolutamente encantado de ver cómo vosotros, los jóvenes, os habéis compenetrado con el espíritu de nuestra pequeña fiesta.

—Ah, ¿sí? —dije.

—¡Oh, sí! Incluso Rupert Steggles. He de confesar que mi opinión acerca de Rupert Steggles ha cambiado totalmente esta tarde.

La mía, no. Pero no lo dije.

—Siempre he considerado a Rupert Steggles, dicho sea entre nosotros, como un joven bastante egocéntrico, y bajo ningún aspecto entre los que se prodigarían para fomentar el regocijo de sus semejantes, y, sin embargo, lo he visto dos veces, durante la última media hora escoltando a mistress Penworthy, la esposa de nuestro digno estanquero, al toldo de los refrescos.

Lo dejé plantado allí mismo. Me desasí de la solícita mano de la pequeña Baxter y me dirigí precipitadamente al lugar en que la carrera de sacos de las madres acababa de terminar. Tenía el horrible presentimiento de que se habían perpetrado algunas trastadas más. La primera persona con quien me topé fue el joven Bingo. Le cogí del brazo.

—¿Quién ganó?

—No lo sé. No lo he visto. —Había amargura en la voz del muchacho—. No fue mistress Penworthy, ¡maldita sea! Bertie, ese perro de Steggles no es más que una verdadera serpiente. No sé cómo se ha enterado de que mistress Penworthy es peligrosa. ¿Sabes qué hizo? Atrajo la miserable mujer al toldo de los refrescos cinco minutos antes de la carrera y la sacó de allí tan atiborrada de pasteles y té que estalló en los primeros veinte metros. Se tumbó, y allí se quedó. Nada más. Bueno, ¡gracias a Dios que aún tenemos a Harold!

Miré al pobre idiota.

—¡Harold! ¿No te has enterado?

—¿Enterado? —Bingo se puso verde pálido—. ¿Enterado de qué? No he oído nada. Llegué hace sólo cinco minutos. Vine aquí directamente desde la estación. ¿Qué ha sucedido? ¡Dímelo!

Le pasé la información; me miró durante un rato de un modo espantoso, luego se alejó, emitiendo un gemido hueco, y se perdió entre la muchedumbre. Un golpe duro, pobre muchacho. No le reproché que estuviese tan fuera de sí.

A la sazón se estaba preparando la carrera del huevo y la cuchara, y pensé que podía quedarme donde estaba y ver cómo terminaba. No es que albergase muchas esperanzas. La joven Prudence era una buena conversadora, pero no parecía tener pasta de vencedora.

Por lo que podía ver a través de la muchedumbre, empezaron bien. Una niñita pelirroja iba en cabeza, con una rubia pecosa pisándole los talones, y Sarah Mills las seguía en tercer lugar con facilidad. Nuestra candidata correteaba con las demás, muy rezagadas de las primeras. No resultaba difícil, si bien era aún prematuro, determinar quién sería la vencedora. Había una gracia, una precisión experimentada en la manera con que Sarah Mills sostenía la cuchara, que narraba su propia historia. Iba corriendo a buen paso, pero el huevo ni siquiera se le tambaleaba. Una corredora nata del huevo y la cuchara, si es que había una.

La categoría se afirma. A treinta metros de la meta, la chica pelirroja resbaló y su huevo cayó en el césped. La rubia pecosa luchó valientemente, pero ya estaba agotada desde la primera mitad del recorrido, y Sarah Mills la alcanzó y llegó la primera con cierta ventaja; fue una vencedora del agrado general. La rubia llegó la segunda. Una chica jadeante en traje de algodón azul batió a una muchacha con cara de tarta vestida de color rosa, y Prudence Baxter, el tiro a larga distancia de Jeeves,

llegó quinta o sexta, no lo sé exactamente.

Y luego me empujó la muchedumbre hacia el lugar en que el viejo Heppenstall iba a repartir los premios. Me encontré al lado de Steggles.

—¡Hola, chico! —dijo, muy vivaracho y alegre—. Me temo que has tenido un mal día.

Le miré con silencioso desprecio. Inútilmente, desde luego.

—No ha sido una reunión provechosa para ninguno de los grandes apostadores —continuó—. El pobre Bingo Little no acertó en la carrera del huevo y la cuchara.

No había albergado la intención de charlar con el infame, pero me inquietó el tono de su voz.

—¿Qué quieres decir con que «no acertó»? —pregunté—. Nosotros… él sólo hizo una pequeña apuesta.

—No sé a qué llamas pequeña. Apostó treinta libras por la chica Baxter.

El paisaje se oscureció delante de mis ojos.

—¿Qué?

—Treinta libras a diez contra uno. Pensé que debía de haber oído algo, pero, evidentemente, no fue así. La carrera se desarrolló según el programa establecido.

Intenté hacer cálculos mentales. Estaba calculando las pérdidas del sindicato, cuando la voz del viejo Heppenstall me llegó débilmente desde la lejanía. Habíase mostrado paternal y bondadoso al dar los premios de las demás competiciones, pero súbitamente la voz se le volvió apesadumbrada y doliente. Miró tristemente a la multitud.

—Por lo que atañe a la carrera del huevo y la cuchara para chicas, que acaba de terminar —dijo—, he de cumplir con un penoso deber. Se han producido unas circunstancias que no es posible ignorar. No exageraré diciendo que me he quedado asombrado.

Concedió al público cinco segundos para preguntarse por qué estaba asombrado, y luego continuó:

—Hace tres años, como todos saben, me vi obligado a borrar de la lista de los concursos de esta fiesta anual, la carrera de cuarto de milla para padres, puesto que llegó a mis oídos el informe de que se habían cruzado apuestas sobre su resultado en la posada del pueblo, que había una fuerte sospecha de que, por lo menos, en una ocasión, se había sobornado al corredor más rápido. Aquel desgraciado suceso mermó mi fe en la naturaleza humana, lo admito…, pero, con todo, confiaba en que por lo menos un concurso no quedaría corrompido por las miasmas del profesionalismo. Aludo a la carrera del huevo y la cuchara para chicas. Parece, ¡ay!, que fui demasiado optimista.

Se detuvo nuevamente, y luchó con sus sentimientos.

—No os fatigaré con pormenores desagradables. Me limitaré a deciros que antes

de empezar la carrera, un forastero en este lugar, criado de uno de los huéspedes del Hall… (no especificaré más detalles) se aproximó a algunas competidoras y obsequió a cada una de ellas con cinco chelines a condición de que, ejem… llegasen a la meta. Un tardío remordimiento lo impulsó a confesarme su obra, pero ya era demasiado tarde. El mal está hecho y el castigo debe seguir su curso. No es el momento de adoptar actitudes débiles. He de ser firme. Decido que Sarah Mills, Jane Parker, Bessie Clay y Rosie Jukes, las cuatro primeras que llegaron a la meta, han perdido su condición de aficionadas y quedan descalificadas. Esta hermosa bolsa de labores, obsequio de lord Wickhammersley, es otorgada, por consiguiente, a Prudence Baxter. ¡Acércate, Prudence!

# Capítulo XV
# La nota metropolitana.

Nadie es más consciente que yo del hecho de que el joven Bingo Little es, en muchos sentidos, un gran muchacho. De distintas maneras y con diversos intervalos, me ha hecho la vida bastante interesante desde que Íbamos juntos al colegio. Creo que le escogería a él antes que a cualquier otra persona como compañero para pasar una hora divertida. Por otra parte, he de decir que hay en él cosas que se pueden mejorar. Su costumbre de enamorarse de cada chica que ve, es una de ellas; y otra es su modo de compartir con el mundo los secretos de su corazón. Si quieren un hombre lleno de reticencias, no acudan a Bingo, porque es tan franco como el anuncio de una marca de jabón.

Digo esto, porque…, bueno, aquí tienen el telegrama que recibí una tarde de noviembre, escasamente un mes después de haber regresado a Londres de mi visita a Twing Hall:

> *Oye, Bertie, finalmente estoy enamorado. Es la muchacha más maravillosa, Bertie. Esto es definitivo al fin, Bertie. Ven aquí en seguida y trae a Jeeves. Ah, ya conoces el estanco en Bond Street, lado izquierdo, subiendo. ¿Quieres comprarme cien cigarrillos especiales y mandármelos aquí? Estoy sin. Sé que cuando la veas dirás que es la muchacha más maravillosa. No olvides traer a Jeeves. No olvides cigarrillos. Bingo.*

Había sido enviado desde la oficina de Correos de Twing. En otras palabras, había expuesto aquel horrible galimatías a los ojos saltones de una empleada de Correos del pueblo, que era probablemente la fuente principal de los comadreos locales y que propalaría las noticias en el pueblo antes de la caída de la noche. No habría conseguido un medio de divulgación más completo si hubiera alquilado un pregonero. Cuando yo era niño, solía leer historias de caballeros andantes y vikingos y de aquel tipo de muchachos que se levantaban sin sonrojarse en mitad de un ágape abarrotado de gente y soltaban a los cuatro vientos lo perfecta que consideraban a su amada. He tenido a menudo la sensación de que aquellos días hubiesen convenido al joven Bingo del modo más total y absoluto.

Jeeves había traído el telegrama con la bebida de la tarde, y se lo mostré.

—Era de suponer, desde luego —dije—. El joven Bingo no se ha enamorado desde hace al menos un par de meses. Me pregunto quién será esta vez.

—Miss Mary Burgess, señor —dijo Jeeves—, la sobrina del reverendo míster Heppenstall. Está pasando una temporada en la vicaría de Twing.

—¡Caramba! —Me constaba que Jeeves lo sabía casi todo en el mundo, pero eso parecía cosa de magia—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Cuando estuvimos en Twing Hall, el pasado verano, señor, trabé amistad con el mayordomo de míster Heppenstall. Es lo bastante amable como para tenerme al corriente de las novedades locales. Según me comunica, señor, parece ser que la señorita es en extremo apreciable. Creo que tiene un temperamento bastante serio. Míster Little está muy *épris* de ella, señor. Brookfield, mi corresponsal, escribe que lo vio la semana pasada mirando a su ventana a una hora avanzada de la noche bajo la luz de la luna.

—La ventana, ¿de quién? ¿De Brookfield?

—Sí, señor. Probablemente bajo la impresión de que era la de la señorita.

—Pero ¿qué diablos está haciendo en Twing?

—Míster Little se vio obligado a volver a ocupar su antiguo puesto de preceptor del hijo de lord Wickhammersley en Twing Hall, señor, debido al fracaso de unas especulaciones en Hurst Park a fines de octubre.

—¡Dios me ampare, Jeeves! ¿Hay algo que usted no sepa?

—No podría decírselo, señor.

Cogí el telegrama.

—Supongo que querrá que vayamos y lo ayudemos un poco.

—Eso parecería ser la razón por la que envió el mensaje, señor.

—Bueno, ¿qué haremos? ¿Iremos?

—Se lo aconsejaría, señor. Si puedo decirlo así, creo que hay que dar ánimos a míster Little en este asunto.

—¿Piensa que lo ha acertado esta vez?

—No he oído más que informes excelentes a propósito de la señorita, señor. Creo que es indudable que ejercerá una admirable influencia en míster Little si el asunto llega a una feliz conclusión. Tal unión, me parece, contribuiría también a que míster Little recobrase la benevolencia de su tío, puesto que la señorita está muy bien relacionada y posee cierto capital. En una palabra, señor, creo que si hay algo que podamos hacer, debemos hacerlo.

—Bueno, si usted apoya el asunto —dije—, no veo que pueda dejar de tener éxito.

—Es usted muy amable, señor —dijo Jeeves—. Le agradezco extraordinariamente la confianza.

Bingo nos encontró en la estación de Twing al día siguiente e insistió en que yo enviara a Jeeves en el coche con las maletas, mientras él y yo íbamos a pie. Empezó a hablar de la chica en cuanto nos pusimos a andar.

—Es de lo más maravilloso, Bertie. No es una de esas muchachas modernas, ligeras de cascos y de espíritu mezquino. Es dulcemente grave y hermosamente seria.

Me recuerda a…, ¿cuál es el nombre que busco?

—¿Marie Lloyd?

—Santa Cecilia —dijo el joven Bingo, fulminándome con la mirada—, me recuerda a santa Cecilia. Me hace desear vivamente ser un hombre mejor, más noble, más profundo y más generoso.

—Lo que me intriga —dije, siguiendo un pensamiento mío— es el principio en que te basas para escogerlas. Las muchachas de quienes te enamoras, quiero decir. ¿Cuál es tu sistema? Por lo que veo, no hay dos que se parezcan. Antes fue Mabel, la camarera, luego Honoria Glossop, después la espantosa Charlotte Corday Rowbotham…

Admito que Bingo tuvo la decencia de estremecerse. Cuando pienso en Charlotte, siempre me estremezco yo también.

—No pretenderás decir seriamente, Bertie, que intentas comparar el sentimiento que me inspira Mary Burgess, la santa devoción, la espiritual…

—¡Oh, bueno, ya está bien! —dije—. Oye, chico, ¿no estamos dando un rodeo bastante largo?

Considerando que se suponía que nos dirigíamos a Twing Hall, me parecía que estábamos empleando mucho tiempo en el trayecto. El Hall dista unos tres kilómetros de la estación por la carretera principal, y nosotros habíamos tomado un camino secundario, luego habíamos ido a campo traviesa durante un rato, habíamos saltado una empalizada o dos y estábamos atravesando ahora otro campo que acababa en otro camino.

—A veces ella lleva a pasear a su hermano menor por aquí —explicó Bingo—. Pensé que la encontraríamos y la saludaríamos, y que tú podrías verla, ¿sabes?, y luego podríamos continuar nuestro camino.

—Desde luego —dije—, la perspectiva es bastante excitante para cualquiera, y no cabe duda de que es una estupenda recompensa tras haber andado tres kilómetros inútiles con zapatos de ciudad a través de campos arados: pero ¿no vamos a hacer nada más? ¿No vamos a reunimos con la muchacha y continuar juntos el camino?

—¡Bondad divina! —dijo Bingo, francamente sorprendido—. ¿No supondrás que tengo el valor suficiente para hacer eso, verdad? No hago más que mirarla de lejos y otras cosas por el estilo. ¡Pronto! ¡Aquí llega! ¡No, me he equivocado!

Era como en la canción de Harry Lauder, en que espera a la muchacha y dice: «Esa es e-e-ella. No, es un conejo.» El joven Bingo me hizo quedar allí durante diez minutos contra un fuerte viento del noreste, manteniéndome en suspenso con una serie de falsas alarmas. Ya estaba pensando en proponer que nos marcháramos y dejásemos correr el resto de los acontecimientos, cuando al doblar un recodo apareció un foxterrier, y Bingo se estremeció como un álamo temblón. Luego hizo su aparición un chiquillo y Bingo tembló como una gelatina. Finalmente, como una

estrella cuya entrada hubiera sido preparada por el *personnel* del *ensemble*, apareció una muchacha y fue penoso ver la emoción del desgraciado. Su cara se puso tan colorada que, con el cuello blanco y debido al hecho de que el viento se había puesto azulada la nariz, se parecía más a una bandera francesa que a cualquier otra cosa. Se irguió de la cintura para arriba, como si llevara corsé.

Estaba llevándose desgarbadamente los dedos al sombrero, cuando se percató de que la muchacha no iba sola. Un sujeto con traje sacerdotal también se hallaba entre los presentes, y el hecho de verlo no pareció hacerle a Bingo mucha gracia. Su faz se tornó aún más colorada y su nariz más azulada, y no acertó a cogerse el sombrero hasta que casi habían pasado.

La muchacha se inclinó, el cura dijo, «¡Ah, Little! Mal tiempo», el perro ladró y luego ellos continuaron y el espectáculo se acabó.

El cura constituyó para mí un nuevo factor en la situación. Comuniqué sus movimientos a Jeeves cuando llegué al Hall. Desde luego, Jeeves ya estaba enterado de todo.

—Ese es el reverendo míster Wingham, el nuevo párroco de míster Heppenstall, señor. Según me ha comunicado Brookfield, debe de ser el rival de míster Little, y, de momento, la señorita parece favorecerle. Míster Wingham tiene la ventaja de residir en la vicaría. Él y la joven dama cantan dúos después de cenar, lo que obra como un lazo. En estas ocasiones, míster Little, según tengo entendido, vaga por la calle, visiblemente enojado.

—Eso me parece ser todo lo que el pobrecillo es capaz de hacer, ¡maldita sea! Puede enojarse, pero no pasa de ahí. Ha perdido el vigor. No tiene ninguna iniciativa. ¡Diantre!, cuando la encontramos hace un momento ni siquiera tuvo la valentía elemental de decirle «Buenas noches».

—Entiendo que el afecto profesado por míster Little no está desprovisto de respetuoso temor, señor.

—Bueno, ¿cómo vamos a ayudar a un hombre que es un conejo? ¿Puede usted sugerir algo? Le veré después de cenar y es seguro que lo primero que hará será preguntarme qué aconseja usted.

—Según mi opinión, señor, lo más juicioso que puede hacer míster Little es dedicarse al jovencito.

—¿Al hermano menor? ¿Qué quiere decir?

—Trabar amistad con él, señor… llevarlo de paseo y demás.

—No parece ser una de sus más brillantes ideas. He de decir que esperaba algo más sustancioso que eso.

—Sería un principio, señor, que podría conducir a buenos resultados.

—Bueno, se lo comunicaré. El aspecto de la chica me agradó, Jeeves.

—Es una señorita en extremo apreciable, señor.

Pasé a Bingo el informe aquella misma noche y me alegró observar que parecía animarse.

—Jeeves siempre tiene razón —dijo—. Yo mismo habría tenido que caer en la cuenta. Mañana mismo empezaré.

Fue asombrosa la animación del muchacho. Mucho antes de regresar yo a la ciudad, hablar con la muchacha era ya para él una cosa corriente. Quiero decir que no se quedaba como un palo cuando se encontraban. El hermano constituía un lazo que resultaba condenadamente más fuerte que los dúos del cura. Ella y Bingo solían llevarle de paseo juntos. Le pregunté a Bingo de qué hablaban en tales ocasiones, y él me dijo que del porvenir de Wilfred. La muchacha esperaba que Wilfred se hiciera cura algún día, pero Bingo había dicho que no, que había algo en los curas que no acababa de convencerlo.

El día que nos fuimos, Bingo vino a despedirse de nosotros, con Wilfred brincando a su alrededor como un viejo compañero de escuela. Lo último que vi fue a Bingo regalándole chocolates de la máquina tragaperras. Una escena de paz y de alegre buena voluntad. Verdaderamente prometedora, pensé.

Lo cual hizo que el golpe fuera más fuerte, unas dos semanas más tarde, cuando llegó su telegrama. Rezaba así:

> *Bertie, chico, oye, Bertie, ¿sería posible que vinieras aquí cuanto antes? Todo ha ido mal. Que me emplumen. Maldita sea. Bertie, tienes que venir. Estoy en un estado de absoluta desesperación, con el corazón desgarrado. Te ruego mandes otros cien cigarrillos. Trae a Jeeves cuando vengas, Bertie. Has de venir absolutamente, Bertie. Cuento contigo. No te olvides de traer a Jeeves. Bingo.*

Considerando que está perpetuamente sin blanca, he de reconocer que el joven Bingo es el cliente de Telégrafos más derrochador que jamás se haya encontrado sobre la faz de la tierra. No tiene noción ninguna de la condensación. El infeliz vierte sencillamente su alma herida al precio de dos peniques por palabra, o lo que sea, sin darle la menor importancia.

—¿Qué hay con eso, Jeeves? —dije—. Estoy un poco harto. No puedo abandonar todos mis compromisos una semana sí y otra no a fin de dar un salto hasta Twing para reunirme con el joven Bingo. Envíele un telegrama comunicándole que lo acabe todo en el estanque del pueblo.

—Si el señor puede prescindir de mí esta noche, me consideraré encantado de hacer una escapada y echar un vistazo por allí.

—¡Oh, maldita sea! Bueno, supongo que no se puede hacer otra cosa. Después de todo, es usted el hombre a quien solicita. Está bien, adelante, pues.

Jeeves volvió al día siguiente.

—¿Y bien? —pregunté.

Jeeves parecía turbado. Arqueó la ceja izquierda de una manera impresionante.

—He hecho todo lo posible, señor —dijo—, pero me temo que las posibilidades de míster Little no sean muy brillantes. Desde nuestra última visita, señor, ha ocurrido algo decididamente siniestro e inquietante.

—¿Qué fue?

—Puede que usted recuerde a míster Steggles, señor…, el joven que estaba preparándose para los exámenes con míster Heppenstall en la vicaría.

—¿Qué tiene que ver Steggles con eso? —pregunté.

—Según me comunicó Brookfield, señor, que oyó casualmente una conversación, parece que míster Steggles se interesa por el asunto.

—¡Por Dios! ¿Que acepta apuestas?

—Entiendo que acepta apuestas de los que pertenecen a su círculo inmediato, señor. Contra míster Little, cuyas posibilidades no parece favorecer.

—No me gusta eso, Jeeves.

—No, señor; es siniestro.

—Por lo que sé de Steggles, habrá trabajo sucio.

—Ya lo ha habido, señor.

—¿Ya?

—Sí, señor. Parece ser que, siguiendo la política que tan amablemente me permitió que yo le sugiriera, míster Little escoltó al señorito Burgess al bazar de la iglesia y allí encontró a míster Steggles, quien se hallaba acompañado del joven señorito Heppenstall, el segundo hijo del reverendo míster Heppenstall, que acababa de regresar de Rubgy, después de reponerse de un reciente ataque de paperas. El encuentro tuvo lugar en la sala de los refrescos, donde en aquel momento míster Steggles estaba obsequiando al señorito Heppenstall. Para decirlo en pocas palabras, señor, los dos caballeros se interesaron extraordinariamente por la vigorosa manera de reforzarse de los muchachos; míster Steggles propuso respaldar a su candidato en un concurso gastronómico teniendo en cuenta las respectivas edades y pesos, contra el señorito Burgess, siendo la apuesta de una libra por cabeza. Míster Little me confesó haber experimentado ciertas dudas respecto a las posibles consecuencias en el caso de que miss Burgess llegara a enterarse del asunto, pero su sangre deportiva era demasiado fuerte y participó en el concurso. Este tuvo efectivamente lugar y ambos muchachos demostraron muy buena voluntad y entusiasmo; finalmente el señorito Burgess justificó la confianza de míster Little ganando, pero sólo al cabo de una dura lucha. Al día siguiente ambos concursantes estaban considerablemente enfermos; se hicieron pesquisas y se obtuvieron confesiones, y míster Little (lo he sabido por Brookfield, que por casualidad se hallaba cerca de la puerta del salón en

aquel momento) tuvo una conversación en extremo desagradable con la señorita, la cual acabó expresando su deseo de que él no volviese a dirigirle la palabra.

No se puede negar el hecho de que si alguna vez hubo un hombre que necesitara ser vigilado, era Steggles. Maquiavelo habría podido aprender de él lecciones por correspondencia.

—Fue un asunto preparado, Jeeves —dije—. Quiero decir que Steggles lo ideó todo. Es su viejo sistema de actuar.

—No cabe duda, señor.

—Bueno, parece que triunfó en toda la línea.

—Esta es la opinión que prevalece, señor. Brookfield me dice que en el pueblo, en «La Vaca y los Caballos», se ofrecen libremente siete contra uno sobre míster Wingham y no hay quien apueste.

—¡Gran Dios! ¿También abajo, en el pueblo, se están haciendo apuestas?

—Si, señor. Y también en los pueblos colindantes. El asunto ha provocado amplio interés por los alrededores. Me dicen que existe cierta reacción deportiva hasta en un lugar tan lejano como Lower Bingley.

—Bueno, yo no veo lo que se puede hacer. Si Bingo es tan idiota…

—Me temo, señor, que estamos tomando parte en una batalla perdida de antemano, pero me permití indicar a míster Little una línea de conducta que puede ser ventajosa. Le aconsejé que se ocupara en obras de caridad.

—¿Obras de caridad?

—En el pueblo, señor. Hacer lectura a los enfermos, charlar con los que están postrados en cama y cosas por el estilo, señor. Sólo podemos esperar que esto dé buenos resultados.

—Sí, así lo espero —dije dudosamente—. Pero ¡por Júpiter!, si yo estuviese enfermo, me molestaría extraordinariamente que un chiflado como Bingo viniera a farfullar a mi cabecera.

—También hay que considerar este aspecto del asunto, señor —dijo Jeeves.

No volví a saber de Bingo durante un par de semanas, y supuse entonces que había encontrado la tarea demasiado dura y se había dado por vencido. Pues bien, una noche, poco antes de Navidad, volvía a mi piso bastante tarde después de haber estado bailando en el Embassy. Me encontraba un tanto fatigado por haber bailado prácticamente sin parar desde poco después de la cena hasta las dos de la madrugada y la cama se me aparecía como el lugar ideal. Juzguen mi desesperación y todo lo demás, por tanto, cuando al llegar a mi habitación y encender la luz vi las feas facciones del joven Bingo sobre la almohada. El sujeto había surgido de la nada y estaba en mi cama durmiendo cual tierna criatura con una especie de feliz y soñadora sonrisa sobre la faz.

¡Una broma pesada, lo confieso! Nosotros, los Wooster, practicamos siempre la

calurosa hospitalidad medieval, pero cuando se trata de encontrar unos tipos usurpando nuestra cama, ya es otro cantar. Le arrojé un zapato y Bingo se incorporó refunfuñando.

—¿Qué pasa? —dijo el joven Bingo—. ¿Qué pasa?

—¿Qué diablos estás haciendo en mi cama?

—¡Ah, hola, Bertie! ¡De modo que ya estás aquí!

—Sí, aquí estoy. ¿Qué estás haciendo en mi cama?

—Vine a pasar la noche en la ciudad por unos asuntos.

—Sí, pero ¿qué estás haciendo en mi cama?

—¡Maldita sea, Bertie! —dijo el joven Bingo, ofendido—. No porfíes tanto sobre tu asquerosa cama. Hay otra preparada en la habitación de los huéspedes. Vi con mis propios ojos que Jeeves la hacía. Creo que me la destinaba a mí, pero sé que eres un perfecto anfitrión, y por lo tanto me acosté aquí. Oye, Bertie, amigo —dijo Bingo, aparentemente harto de la discusión sobre los dormitorios—, veo la luz del día.

—Bueno, son casi las tres de la madrugada.

—Estaba hablando metafóricamente, tonto. Quería decir que la esperanza ha empezado a renacer. A propósito de Mary Burgess, ¿sabes? Siéntate y te lo explicaré todo.

—No me sentaré. Voy a dormir.

—Para empezar —dijo el joven Bingo, colocándose cómodamente sobre las almohadas y cogiendo un cigarrillo de mi caja especial y privada— he de pagar nuevamente un tributo notable al viejo Jeeves. Es un moderno Salomón. Me encontraba en muy malas condiciones cuando vine a pedirle consejo. Pero él me dio una idea que me ha puesto (empleo el término prudentemente y con espíritu conservador) en una posición altamente satisfactoria. Puede que te haya dicho que me recomendó recobrar el terreno perdido ocupándome en obras de caridad. Bertie, chico —dijo Bingo seriamente—, durante las dos últimas semanas he consolado a los enfermos hasta tal punto que, si yo tuviese un hermano y tú me lo trajeras sobre una camilla en este momento, ¡por Júpiter, chico!, que le tiraría un ladrillo a la cabeza. Con todo, si bien esto me costó un esfuerzo endiablado, la idea dio espléndidos resultados. Ella se ablandó visiblemente antes que pasara una semana y empezó a saludarme cuando nos encontrábamos por la calle y otras cosas por el estilo. Hace un par de días me sonrió abiertamente (de un modo suave y angelical, ¿sabes?), al tropezarme con ella delante de la vicaría. Y ayer… oye, ¿te acuerdas de aquel cura, Wingham?, el individuo de la nariz larga.

—Claro que lo recuerdo. Tu rival.

—¿Mi rival? —Bingo arqueó las cejas—. Oh, bueno, supongo que así se le podía llamar en aquel tiempo. Aunque parece un poco exagerado.

—¿Lo crees así? —dije, molesto por la nauseabunda complacencia de sus

modales—. Bueno, déjame decirte que lo último que oí fue que en La Vaca y los Caballos, en el pueblo de Twing y en toda la comarca, incluso en Lower Bingley, estaban ofreciendo siete a uno en favor del cura sin encontrar apostadores.

Bingo se sobresaltó y me llenó la cama de ceniza.

—¿Apostando? —musitó—. ¿Apostando? ¿No querrás decir que están apostando sobre esta santa y sagrada…? ¡Oh, maldita sea! ¿Es que la gente no tiene sentido de la decencia y la devoción? ¿No se salva nada de su bestial y sórdida mezquindad? Me pregunto —dijo el joven Bingo, meditabundo— si hay alguna posibilidad de que yo pueda sacar algún provecho de este siete a uno. ¡Siete a uno! ¡Qué momio! ¿Sabes quién lo ofrece? ¡Oh! Bueno, supongo que eso no se puede hacer. No, supongo que no sería justo.

—Pareces condenadamente seguro de ti mismo —dije—. Siempre había pensado que Wingham…

—Oh, él no me preocupa —dijo Bingo—. Estaba a punto de decírtelo. Wingham sufre un ataque de paperas, y no se moverá de la cama por espacio de varias semanas. Y aunque esto ya constituya una nueva agradable, aún hay más. Estaba preparando las fiestas navideñas de la escuela del pueblo, ¿sabes?, y ahora yo lo substituyo en la tarea. Anoche fui a ver al viejo Heppenstall y conseguí el puesto. ¿Comprendes lo que significa? Quiere decir que seré el centro absoluto de la vida material y espiritual del pueblo durante tres sólidas semanas, con un formidable triunfo final para coronarlo todo. Todo el mundo confiará en mí y me halagará, ¿comprendes?, y otras cosas por el estilo. Esto ha de producir un efecto poderoso en el espíritu de Mary. Le demostrará que soy capaz de un esfuerzo serio; que hay en mí un valor sólido y fundamental; y que, en vez de la mariposa que en un tiempo pudo creer que yo era, en realidad soy…

—¡Oh, ya está bien!

—Es una gran cosa, ¿sabes?, este espectáculo navideño. El viejo Heppenstall se dedica a él por entero. Vendrán los prohombres de toda la comarca. También estarán presentes el señorón del lugar y su familia. Es una gran ocasión para mí, Bertie, hijo mío, y tengo la intención de sacarle el máximo provecho. Naturalmente estoy un poco en desventaja por no haber tomado parte en el asunto desde el principio. ¿Querrás creer que aquel poco inspirado conato de cura quiso ofrecer al público un asqueroso cuento de hadas sacado de un libro para niños publicado hace cincuenta años, sin una sola escena cómica ni la apariencia de un chiste en él? Es demasiado tarde para cambiarlo todo por entero, pero al menos puedo ponerle un poco de pimienta. Voy a escribir algo vigoroso para alegrar un poco el asunto.

—No sabes escribir.

—Bueno, cuando digo escribir quiero decir plagiar. Por eso bajé a la ciudad. Fui a ver esa revista, *¡Acaríciame!*, en el Palladium. Está llena de cosas buenas. Claro que

es bastante difícil lograr algo parecido a un efecto espectacular en la sala de fiestas del pueblo de Twing, sin escenarios apropiados y con un coro de niños casi imbéciles que oscilan entre los nueve y los catorce años, pero creo que conseguiré mi propósito. ¿Has visto *¡Acaríciame!*?

—Sí, dos veces.

—Pues bien, hay algo bueno en el primer acto y puedo aprovechar prácticamente todos los números. Luego hay el espectáculo del Palace. Puedo ver la representación de la tarde, mañana antes de marcharme. Seguramente también allí encontraré algo decente. No te preocupes pensando en que yo sea capaz de escribir algo acertado. Déjame a mí, muchacho, déjame a mí. Y ahora, amigo de mi infancia —terminó el joven Bingo, repantigándose en la cama—, no debes hacerme hablar toda la noche. Eso está muy bien para vosotros, los que no tenéis nada que hacer, pero yo soy un hombre muy ocupado. Buenas noches, amigo. Cierra la puerta dulcemente y apaga la luz. Supongo que mañana el desayuno será a las diez, ¿verdad? Muy bien. Buenas noches.

Durante las tres semanas que siguieron no vi a Bingo. Se convirtió en una especie de voz en la distancia, adquiriendo el hábito de llamarme por teléfono y de consultarme sobre los diversos problemas que se presentaban en los ensayos, hasta el día en que me sacó de la cama a las ocho de la mañana para preguntarme si pensaba que «Felices Pascuas» era un título acertado. Le dije que esta molestia tenía que acabar de una vez, después de lo cual me dejó en paz, y desapareció de mi vida hasta que una tarde, al llegar a casa para cambiarme para la cena, encontré a Jeeves inspeccionando un enorme cartel que había desenrollado sobre el respaldo de una poltrona.

—¡Dios me ampare, Jeeves! —dije. Me sentía algo débil aquel día y la cosa me hizo estremecer—. ¿Qué diablos es eso?

—Míster Little me lo envió, señor, para que se lo enseñara.

—¡Bueno, ya lo ha hecho usted, Jeeves!

Eché otro vistazo sobre el objeto. No cabía duda de que llamaba la atención. Medía un metro y medio de longitud, y la mayoría de las letras estaban impresas en la tinta roja más viva que jamás he visto.

Rezaba así:

SALA DE FIESTAS DE TWING

Viernes, 23 de diciembre

RICHARD LITTLE

Presenta

una nueva y original revista

titulada

*¡HOLA TWING!*

Libreto de

RICHARD LITTLE.

Canciones de

RICHARD LITTLE.

Música de

RICHARD LITTLE.

Con toda la Compañía y los Coros Juveniles de Twing.

Efectos escénicos de

RICHARD LITTLE.

Producida por

RICHARD LITTLE.

—Bueno, ¿qué piensa usted de todo esto, Jeeves? —pregunté.

—Confieso que albergo algunas dudas, señor. Creo que míster Little hubiera ganado siguiendo mi consejo de limitarse a las obras de caridad en el pueblo.

—¿Cree usted que la cosa fracasará?

—No voy a aventurarme a hacer una profecía, señor. Pero la experiencia me ha enseñado que lo que gusta al público londinense no agrada siempre a las mentalidades rurales. El estilo de la metrópoli resulta a veces demasiado exótico.

—Supongo que tendré que ir a ver la condenada representación, ¿verdad?

—Creo que míster Little se ofendería si usted no estuviese presente, señor.

La sala de fiestas del pueblo de Twing es un edificio pequeño que huele a manzanas. Estaba llena cuando llegué la tarde del día veintitrés, porque me las había arreglado para llegar muy poco antes de comenzar la función. Conocía por experiencia ese tipo de representaciones por haber presenciado una o dos de ellas, y no quería correr el riesgo de llegar con demasiada antelación y verme colocado en un asiento de las primeras filas, de donde no hubiera podido emprender una discreta retirada a la mitad del espectáculo si la ocasión lo requería. Me aseguré una bonita posición estratégica cerca de la puerta, en el fondo de la sala.

Desde el lugar en que me hallaba, dominaba perfectamente el auditorio. Como siempre en tales acontecimientos, las primeras filas estaban ocupadas por los prohombres del lugar, que consistían en el terrateniente más acaudalado, un anciano deportista de faz bastante colorada y patillas blancas, su familia, un pelotón de párrocos locales y quizá un par de docenas de los feligreses más notables. Luego venía una densa masa de lo que se puede llamar la clase inferior. Y detrás, donde yo me hallaba, bajábamos de golpe la escala social, puesto que ese extremo de la sala estaba abandonado casi por entero a una colección de tipos francamente forzudos que

habían acudido, más que por amor al arte teatral, por el té gratuito que tendría lugar después del espectáculo. Era, por todos conceptos, una asamblea representativa de la vida y del pensamiento de Twing. Los prohombres cuchicheaban entre ellos de un modo satisfecho, la clase media inferior sentábase muy tiesa, como si hubiera sido almidonada, y los forzudos pasaban el tiempo cascando nueces y contándose chistes picantes. La muchacha, Mary Burgess, estaba sentada al piano tocando un vals. A su lado se hallaba el párroco Wingham, aparentemente repuesto de su enfermedad. La temperatura, creo, era de unos ciento veintisiete grados.

Alguien me dio un codazo en las regiones inferiores del costado y vi a Steggles.

—¡Hola! —dijo—. No sabía que vendrías.

No me agradaba el sujeto, pero nosotros, los Wooster, sabemos llevar la máscara. Sonreí ligeramente.

—¡Oh, si! —dije—. Bingo quiso que viniera a ver su espectáculo.

—Parece que va a darnos algo bastante ambicioso —dijo Steggles—. Grandes efectos y otras cosas por el estilo.

—Eso creo.

—Naturalmente, a él le importa mucho, ¿verdad? Te habló de la muchacha, ¿no es así?

—Sí. Y me dicen que estás apostando siete a uno contra él —dije mirando al bribón con ligera austeridad.

—Sólo se trata de una pequeña especulación para aliviar la monotonía de la vida campestre —dijo sin la menor turbación—. Pero no es exacta la información que posees. Es abajo en el pueblo donde dan siete a uno. Yo puedo ofrecer algo mejor, si te sientes de humor especulativo. ¿Qué tal un billete de diez machacantes a cien contra ocho?

—¡Dios me valga! ¿Ofreces eso?

—Sí. La verdad es —dijo Steggles con expresión meditativa— que tengo una especie de sensación, una especie de presentimiento de que esta noche algo marchará mal. Ya sabes quién es Little. Un chapucero donde los haya. Algo me dice que este espectáculo suyo va a resultar un fracaso. Y si fracasa creo que la muchacha quedará bastante insegura.

—¿Intentas echar a perder el espectáculo? —inquirí severamente.

—¿Yo? —dijo Steggles—. Vaya, ¿qué podría hacer? Espera medio minuto, he de ir a hablar con un señor.

Se alejó, dejándome francamente preocupado. Podía ver en sus ojos que estaba meditando alguna de sus tretas habituales, y pensé que era necesario advertir a Bingo. Pero no había tiempo para eso y yo no podía llegar hasta él. Casi inmediatamente después de haberse marchado Steggles se levantó el telón.

Excepto como apuntador, Bingo no se puso mucho en evidencia durante la

primera parte de la representación. Al principio la cosa fue meramente una de aquellas extrañas obritas que se encuentran en los libros publicados en Navidad, titulados Doce comedias cortas para niños, o algo semejante. Los muchachos canturreaban como de costumbre y la retumbante voz de Bingo vibraba de vez en cuando entre los bastidores cuando los más tontos olvidaban la letra. El público se estaba sumiendo en aquel sopor usual en tales ocasiones, cuando tuvo lugar el primero de los números intercalados por Bingo. Era el número que canta no sé quién en la revista del Palace. Podrían reconocer la tonada si yo la tarareara, pero nunca he podido cogerla bien. En el Palace siempre la hacían repetir tres veces y en Twing también resultaba, incluso cantada por aquella voz infantil y chillona que cambiaba de tono como un gamo de los Alpes que salta de un peñasco a otro. Hasta a los forzudos les gustó. Y al final del segundo refrán, la sala entera pedía la repetición y la muchacha de la voz de pizarrín cobró aliento y empezó a soltarlo de nuevo.

Entonces se apagaron las luces.

Creo que nunca me habrá ocurrido nada tan repentino y devastador. No vacilaron. Sencillamente, se apagaron. La sala quedó sumergida en una completa oscuridad.

Desde luego, eso rompió el encanto del número. Algunos empezaron a dar instrucciones a gritos y los forzudos patalearon y se dispusieron a pasar un rato divertido. Y, desde luego, el joven Bingo no pudo hacer más que el ridículo. Su voz se disparó repentinamente sobre nosotros desde las tinieblas.

—Señoras y caballeros, algo ha sucedido con las luces…

Los forzudos sintieron cosquillas al oír esta información directa. La acogieron con una especie de aullido de guerra. Luego, transcurridos unos cinco minutos las luces se volvieron a encender y el espectáculo continuó.

Fueron necesarios diez minutos para que el auditorio volviese a tranquilizarse, pero finalmente se restableció el silencio y todo marchó a pedir de boca hasta que un chiquillo con cara de rodaballo salió ante el telón, que había sido bajado después de una escena bastante penosa a propósito de una sortija milagrosa o la maldición de un hada o algo semejante, y empezó a cantar aquella canción de George Thingummy de la revista *¡Acaríciame!* Ya saben a cuál me refiero. «¡Escuchad siempre a mamá, muchachas!» se llama, y George incita al auditorio a unirse con él para cantar el refrán. Es una balada bastante picante, que yo mismo he cantado frecuentemente en el baño, con no poco vigor; pero bajo ningún aspecto —como cualquiera que no fuese un perfecto zoquete como el joven Bingo hubiera comprendido—, bajo ningún aspecto es la cosa adecuada para una fiesta navideña infantil celebrada en la vieja sala de un pueblo. En cuanto se oyeron las palabras del primer refrán, la mayoría de los presentes comenzaron a enderezarse en sus asientos. Miss Burgess acompañaba al piano de una manera aturdida y mecánica mientras el párroco, a su lado, desviaba la mirada con expresión dolorosa. Sin embargo, los forzudos estaban entusiasmados.

Al final del segundo refrán el muchacho se detuvo y comenzó a retroceder hacia los bastidores. A consecuencia de lo cual tuvo lugar el breve diálogo siguiente:

EL JOVEN BINGO (VOZ oída de lejos, resonando contra las vigas). —¡Continúa!

EL CHIQUILLO (tímidamente). —No quiero.

EL JOVEN BINGO (más fuerte). — ¡Continúa, miserable, o te mato!

Supongo que el chiquillo lo meditó rápidamente y se dio cuenta de que, puesto que Bingo estaba en posición de poder alcanzarlo, valía más reconciliarse con él, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Se deslizó hasta las candilejas y, cerrando los ojos y riendo histéricamente, dijo:

—Señoras y caballeros, ahora ruego al squire Tressidder nos haga el favor de cantar el refrán.

La verdad es que aun albergando los más caritativos sentimientos hacia él, hay momentos en que uno piensa forzosamente que el joven Bingo debería ser encerrado en un asilo. Supongo, pobrecillo, que se había imaginado que ésta sería la gran atracción de la velada. Se había imaginado, me figuro, que el señorón del pueblo saltaría jovialmente de pie, se pondría a cantar y todo sería alegría y regocijo. Bueno, lo que ocurrió fue sencillamente que el viejo Tressidder —y adviertan que no se lo reprocho— quedó sentado donde estaba, inflándose y tornándose más colorado a cada segundo que pasaba. La clase media interior quedó sumida en un helado silencio, esperando que el techo se le cayera encima. La única sección del auditorio a quien la idea parecía realmente gustarle, fue la de los forzudos, que chillaban con entusiasmo. Aquello fue confitura para ellos.

Y luego las luces se apagaron nuevamente.

Cuando se encendieron, unos minutos más tarde, revelaron al digno Tressidder saliendo rígidamente a la cabeza de su familia, harto hasta la coronilla: miss Burgess, sentada al piano, con una mirada pálida y fija; y el párroco mirándola con algo en su expresión que parecía sugerir que, aunque todo eso era sin duda deplorable, había un hueco azul entre las nubes.

Prosiguió de nuevo el espectáculo. Se recitaron trozos de diálogo de las comedias infantiles; luego la pianista comenzó el preludio de aquel número de la chica de las naranjas, que es el gran éxito de la revista del Palace. Supuse que eso sería el grandioso final de Bingo para la primera parte. La compañía en pleno se hallaba en escena, y una mano contraída había aparecido al borde del telón, dispuesto a maniobrarlo en el momento oportuno. Sí, parecía ser el final de la primera parte. No tardé mucho en darme cuenta de que era algo más. Era el final del espectáculo.

Supongo que conocen el número de las naranjas del «Palace». Dice así:

*Oye, rico, quieres una naranjita,*
*dulce y madurita,*
*dulce y madurita,*
*o tal vez quisieras algo más*
*que no sé, no sé, si voy a dar.*
*Oye, rico…*

O algo por el estilo. Es una canción condenadamente inteligente, y la melodía también es buena; pero lo que da gracia al número es aquel momento en que las muchachas sacan naranjas de sus cestas, ¿saben?, y las tiran grácilmente al público. No sé si lo han notado, pero parece que el público se vuelve loco cuando les echan cosas desde el escenario. Cada vez que he ido al Palace los clientes se han vuelto sencillamente tarumbas con este número.

Pero en el Palace, desde luego, las naranjas están hechas de algodón amarillo y las muchachas no las lanzan, sino que las dejan caer ligeramente en la primera y segunda fila. Empecé a percatarme de que el asunto seria tratado de un modo bastante distinto en Twing, al ver que una condenada y húmeda masa de pepitas pasaba rozándome la oreja y estallaba contra la pared, a mi espalda. Otra masa aterrizó ruidosamente sobre el cuello de uno de los prohombres de la tercera fila. Y luego una tercera me dio en la punta de la nariz, y yo perdí momentáneamente el interés por los acontecimientos.

Cuando me hube limpiado la cara y mis ojos dejaron de lagrimear, vi que la representación había empezado a semejarse a una de las alegres noches de Belfast. El aire estaba lleno de chillidos y frutas. Los muchachos del coro, con Bingo que corría desesperadamente entre ellos de un lado para otro, estaban pasando el mejor rato de su vida. Supongo que se daban cuenta de que eso no podía continuar para siempre y se aprovechaban todo lo posible de la ocasión. Los forzudos habían empezado a coger todas las naranjas que no estallaban y las devolvían lanzándolas con fuerza, de modo que el auditorio recibía a la ida y a la vuelta. En términos generales, el espectáculo presentaba cierta confusión, y precisamente cuando las cosas empezaban a calentarse, las luces volvieron a apagarse.

Me parecía que había llegado el momento de marcharse, y me dirigí hacia la puerta. Acababa de salir cuando el auditorio empezó a afluir a la calle. Surgían a mi alrededor en grupos de dos o tres, y nunca vi una masa de público tan condenadamente de acuerdo. Hasta el último hombre —y mujer— estaban maldiciendo al pobre Bingo; y surgió rápidamente una amplia y creciente escuela de pensamiento sosteniendo que lo mejor que se podía hacer era acechar su salida y

sumergirlo unas cuantas veces en el estanque del pueblo.

Había tal cantidad de entusiastas y parecían tan determinados, que pensé que lo único que podía hacer en nombre de la amistad era volverme atrás y advertir al joven Bingo que se levantara el cuello del abrigo y huyera clandestinamente por una salida lateral. Deshice lo andado y lo encontré sentado sobre una caja entre bastidores, sudando abundantemente y pareciéndose bastante al lugar marcado con una cruz donde ocurrió el accidente. Tenía los cabellos de punta, le colgaban las orejas y una palabra dura sin duda le hubiera hecho estallar en lágrimas.

—Bertie —dijo sombríamente al verme—, fue aquel maldito Steggles. Atrapé a uno de los muchachos antes de que pudiera escabullirse y se lo saqué todo. Steggles había sustituido con verdaderas naranjas las bolas de lana que había preparado especialmente con infinito sudor y al precio de casi un machacante. Bueno, ahora iré a destrozarle cada uno de sus miembros. Esto, por lo menos, podré hacerlo.

Me dolía destruir sus ensueños pero tuve que hacerlo.

—¡Santo cielo, hombre! —dije—. No tienes tiempo para frívolas diversiones, ahora. Has de salir, y pronto.

—Bertie —dijo Bingo con voz apagada—. Ella estaba aquí hace un instante. Dijo que yo había tenido la culpa de todo y que nunca volvería a dirigirme la palabra. Me dijo que siempre sospechó que era un bromista sin corazón y que ahora estaba seguro de ello. Dijo… ¡Oh, bueno, me dejó hecho polvo!

—Este es el menor de tus males —dije. Parecía imposible hacer comprender al pobre diablo la situación en que se hallaba—. ¿Te das cuenta de que cerca de doscientos de los más fuertes habitantes de Twing te están esperando fuera para sumergirte en el estanque?

—¡No!

—¡No lo dudes!

Durante un rato el pobre muchacho pareció anonadado. Pero sólo un rato. Siempre ha habido algo de la vieja raza de los bulldog ingleses en Bingo. Una extraña y dulce sonrisa asomó a su rostro por un instante.

—Está bien —dijo—, puedo deslizarme a través de los sótanos y saltar por el muro trasero. ¡A mí no pueden intimidarme!

No había pasado una semana cuando Jeeves, después de haberme traído el té, desvió suavemente mi mirada de la página deportiva del Morning Post y atrajo mi atención sobre un anuncio en la columna de los esponsales y bodas.

Era un breve anuncio de que había sido concertada la boda, que tendría lugar próximamente, entre el honorable y reverendo Hubert Wingham, tercer hijo del muy honorable conde de Sturridge, y Mary, única hija del fenecido Mathew Burgess, de Weatherly Court, Hants.

—Desde luego —dije, después de haberlo examinado de este a oeste—. Lo

esperaba, Jeeves.

—Sí, señor.

—Ella nunca le hubiera perdonado lo que ocurrió aquella noche.

—No, señor.

—Bueno —dije, mientras sorbía la fragante e hirviente bebida—, supongo que Bingo no necesitará mucho tiempo para olvidarlo. Es aproximadamente la ciento undécima vez que le sucede algo parecido. A usted es a quien compadezco.

—¿A mí, señor?

—¡Caramba! No puede haber usted olvidado la cantidad de molestias que se tomó para arreglarle las cosas a Bingo. Es una verdadera lástima que todo su trabajo haya resultado inútil.

—No del todo inútil, señor.

—¿Eh?

—Es cierto que mis esfuerzos para conseguir la boda entre míster Little y la joven dama no tuvieron éxito, pero, con todo, contemplo el asunto con cierta satisfacción.

—¿Porque consagró a él sus mejores esfuerzos?

—No del todo, señor, aunque desde luego este pensamiento me causa también cierto placer. En concreto, aludía al hecho de que encontré el asunto financieramente remunerativo.

—¿Financiariamente remunerativo?

—Cuando me enteré de que míster Steggles se había interesado en la competición, señor, participé con mi amigo Brookfield en una apuesta que había sido hecha sobre el resultado por el dueño de La Vaca y los Caballos. Resultó una inversión altamente provechosa. Su desayuno estará listo casi inmediatamente, señor. Riñones con tostadas y setas. Se lo traeré cuando usted llame.

# Capítulo XVI
# La aplazada salida de Claude y Eustace.

La sensación que experimenté cuando tía Agatha me atrapó en mi cubil aquella mañana y volcó sobre mí la mala noticia, fue de que mi suerte había acabado. Por regla general, ¿entienden?, no me meten en las peleas familiares. En las ocasiones en que una tía llama a otra como mastodontes que braman a través de los pantanos prehistóricos, y la carta de tío James a propósito del extraño proceder de la prima Mabel recorre todo el círculo familiar («Por favor, léela atentamente y luego dásela a Jane»), el clan tiene tendencia a ignorarme. Es una de las ventajas que tengo por ser soltero y, según mis parientes más próximos y queridos, un soltero medio chiflado. «De nada sirve intentar que Bertie se tome el más mínimo interés», es más o menos el lema, y he de decir que estoy enteramente de acuerdo. Una vida tranquila es lo que más me agrada. Y fue por eso por lo que sentí que la maldición había caído sobre mí, cuando tía Agatha aterrizó en mi salita de estar mientras yo estaba fumando plácidamente un cigarrillo y empezó a hablarme de Claude y Eustace.

—¡Gracias a Dios! —dijo tía Agatha—. Finalmente se han tomado unas medidas oportunas respecto a Claude y Eustace.

—¿Medidas? —pregunté, sin saber de qué se trataba.

—Se embarcan el viernes para África del Sur. Míster Van Alstyne, un amigo de la pobre Emily, les ha proporcionado una colocación en su firma de Johannesburgo, y esperamos que se establecerán allí y prosperarán.

No comprendía absolutamente nada.

—¿El viernes? ¿Quieres decir pasado mañana?

—Sí.

—¿Para África del Sur?

—Sí. Saldrán en el *Edinburgh Castle*.

—Pero ¿a santo de qué? Quiero decir, ¿no están a mitad del curso en Oxford?

Tía Agatha me miró fríamente.

—¿Quieres decirme positivamente, Bertie, que tomas tan poco interés en los asuntos de tus parientes más cercanos que no te habías enterado de que Claude y Eustace fueron expulsados de Oxford hace ya más de dos semanas?

—¡No! ¿De veras?

—Eres un caso perdido. Habría creído que incluso tú…

—¿Por qué fueron expulsados?

—Rociaron con limonada al segundo decano de su colegio… No veo nada divertido en ese ultraje, Bertie.

—No, no, desde luego que no —me apresuré a decir—. No estaba riendo. Me sofocaba. Algo se me atragantó en el gaznate, ¿sabes?

—¡Pobre Emily! —continuó tía Agatha—. Como es una de esas madres que miman y echan a perder a sus hijos, quería retener a los muchachos en Londres. Sugirió la posibilidad de que ingresaran en el ejército. Pero yo me mantuve firme. Las colonias son el único lugar que conviene a unos muchachos salvajes como Eustace y Claude. De modo que saldrán el viernes. Han estado durante las dos últimas semanas con tu tío Clive en Worcestershire. Pasarán la noche de mañana en Londres y tomarán el tren que enlaza con el buque el viernes por la mañana.

—Un poco arriesgado, ¿no crees? Quiero decir, ¿no serán capaces de cometer alguna locura mañana por la noche, si los dejan solos en Londres?

—No estarán solos. Estarán bajo tu custodia.

—¡La mía!

—Sí. Quiero que los alojes en tu piso y los vigiles para que no pierdan el tren por la mañana.

—¡Ah, eso sí que no!

—¡Bertie!

—Bueno, quiero decir que los dos son muchachos divertidos, pero no sé… Son bastante cabezas locas, ¿sabes?… Siempre me alegra verlos, naturalmente, pero cuando se trata de darles alojamiento…

—Bertie, si eres tan egoísta que ni siquiera puedes exponerte a esta insignificante molestia por amor de…

—Oh, bueno —dije—. Bueno.

De nada servía discutir, desde luego. Tía Agatha siempre me da la sensación de que tengo gelatina donde tendría que hallarse mi espina dorsal. Es una mujer llena de energía. Estoy dispuesto a creer que la reina Isabel debió de ser un poco como ella. Cuando me tiene bajo el dominio de sus ojos brillantes y me dice: «¡Manos a la obra, muchacho!» o algo semejante, lo hago sin discusiones.

Cuando se hubo marchado, llamé a Jeeves para comunicarle la noticia.

—Oiga, Jeeves —dije—, el señorito Claude y el señorito Eustace pasarán la noche de mañana aquí.

—Muy bien, señor.

—Me alegro de que le parezca bien. A mí la perspectiva me parece negra y deprimente. ¡Ya sabe usted lo que son esos dos chicos!

—Son dos jóvenes de mucho carácter, señor.

—Dos calamidades, Jeeves. Dos innegables calamidades. ¡Es un poco fuerte!

—¿Desea algo más el señor?

Al oír esas palabras me puse algo tieso, lo reconozco. Nosotros, los Wooster, nos helamos endiabladamente cuando buscamos simpatías y encontramos fría reserva. Desde luego, sabía lo que pasaba. Durante los dos últimos días había reinado cierta frialdad en casa a propósito de un par de botines de fantasía que yo desenterré

mientras exploraba las tiendas de Burlington Arcade. Algún condenado, sin duda el mismo que inventó aquellas petacas de colores, había tenido recientemente la original idea de lanzar una serie de botines del mismo sistema. Quiero decir que en lugar de los habituales botines grises y blancos, uno puede comprarlos ahora de los colores de su regimiento o de su escuela. Y, créanme, se hubiera necesitado alguien de una fibra más fuerte que la mía para resistir al par de botines estilo Eton que me sonreían desde el escaparate. Y ya me hallaba en la tienda iniciando las negociaciones antes de que se me ocurriera que Jeeves podía desaprobarme. Y he de decir que él había tomado la cosa con bastante dureza. Lo cierto es que Jeeves, si bien en muchos sentidos es el mejor ayuda de cámara de Londres, es demasiado conservador. Tiene la piel pegada a los huesos, si comprenden lo que quiero decir, y es enemigo del progreso.

—Nada más, Jeeves —dije con tranquila dignidad.

—Muy bien, señor.

Echó una glacial mirada sobre los botines y se largó. ¡El muy condenado!

No he visto en mi vida cosa más jovial y alegre que los gemelos, cuando aparecieron a la noche siguiente en mi viejo piso mientras me estaba vistiendo para la cena. Sólo les llevo a Claude y a Eustace media docena de años, pero de un modo extraño siempre me hacen experimentar la sensación de que soy un venerable anciano que espera su final de un momento a otro. Casi antes de que me diera cuenta de su presencia, habían ocupado los mejores asientos, habían robado un par de mis cigarrillos especiales, se habían escanciado un whisky con soda cada uno, y hablan comenzado a charlar con la alegría y la despreocupación de dos pájaros que hubiesen colmado la ambición de sus vidas, en vez de haber fracasado espantosamente y hallarse sentenciados al destierro.

—¡Hola, Bertie, chico! —dijo Claude—. Muy amable por tu parte al alojarnos.

—¡Oh, no! —dije—. Sólo desearía que os quedarais mucho tiempo.

—¿Has oído eso, Eustace? Desea que nos quedemos mucho tiempo.

—Supongo que dará la impresión de mucho tiempo —dijo Eustace, filosóficamente.

—¿Sabes la noticia, Bertie? Me refiero a nuestro pequeño disgusto.

—¡Oh, sí! Tía Agatha me lo contó todo.

—Abandonamos nuestro país en beneficio de nuestro país.

—Y que no haya lamentaciones en el muelle —dijo Claude— cuando yo zarpe. ¿Qué te dijo tía Agatha?

—Dijo que rociasteis con limonada al segundo decano.

—Daría cualquier cosa —dijo Claude, fastidiado— para que la gente diera una versión justa de las cosas. No fue el segundo decano. Fue el repetidor superior.

—Y no se trataba de limonada —dijo Eustace—, sino de sifón. Dio la coincidencia de que el querido viejo se hallaba bajo nuestra ventana mientras yo me

asomaba con un sifón en la mano. Miró hacia arriba y… bueno, habría sido desperdiciar una ocasión única en la vida si no se lo hubiese disparado en el globo del ojo.

—Sencillamente desperdiciarla —convino Claude.

—Nunca habría podido volver a ocurrir —dijo Eustace.

—Cien posibilidades contra una —dijo Claude.

—Veamos ahora —dijo Eustace—, ¿qué te propones hacer, Bertie, para distraer esta noche a tus gentiles invitados?

—Tenía intención de cenar en casa —dije—. Jeeves está preparando la cena.

—¿Y luego?

—Bueno, pensé que podríamos charlar de esto y de lo de más allá, y luego se me ocurrió que os gustaría acostaros temprano ya que el tren sale a las diez o cosa así, ¿verdad?

Los gemelos se miraron con una expresión de piedad.

—Bertie —dijo Eustace—, tienes un programa casi justo, pero no por entero. Veo los acontecimientos de esta noche así: vamos al Ciro después de cenar. Es nuestra última noche, ¿verdad? Bueno, eso nos tendrá ocupados hasta las dos y media o las tres.

—Después de lo cual, sin duda —dijo Claude—, Dios proveerá.

—Pero yo creía que deseabais una buena noche de reposo.

—¡Una buena noche de reposo! —dijo Eustace—. Mi querido muchacho, no supondrás ni por un momento que llevamos la intención de acostarnos esta noche, ¿verdad?

Supongo que el hecho estriba en que ya no soy el hombre que fui. Quiero decir que estas vigilias nocturnas no parecen fascinarme como ocurría hace unos años. Aún recuerdo la época en que estaba en Oxford, cuando un baile en el Covent Garden hasta las seis de la madrugada, con desayuno en el Hammans y probablemente un combate de lucha libre con algunos vendedores de frutas para terminar, me parecía ser lo que el médico ordenaba. Pero actualmente las dos de la madrugada son mi límite, y a las dos, los gemelos estaban comenzando a ponerse a tono y a encontrarse a sus anchas.

Por lo que puedo recordar, salimos del Ciro con una pandilla de individuos que no recordaba haber visto nunca, y debían de ser las nueve de la mañana cuando volvimos al piso. Momento en que, he de admitirlo, por lo que a mí se refiere, mi primitiva y despreocupada lozanía comenzaba a marchitarse un poco. En efecto, me quedaba sólo la fuerza suficiente para decir adiós a los gemelos, desearles un viaje agradable y una feliz y bien lograda carrera en África del Sur, y acostarme. Lo último que recuerdo fue la voz de los muchachos cantando como alondras bajo la ducha fría e interrumpiéndose de cuando en cuando para gritar a Jeeves que se diera prisa con los

huevos con tocino.

Debía de ser cerca de la una cuando me desperté. Me sentía más o menos como algo que la Comisión de Alimentos Puros hubiese desechado, pero había un pensamiento grato que me animaba, y era que los gemelos ya estarían acodados sobre la barandilla del barco echando su última mirada a la querida madre patria. Lo cual hizo que el golpe fuera mayor cuando la puerta se abrió y apareció Claude.

—¡Hola, Bertie! —dijo—. ¿Has descabezado un buen sueño reparador? ¿Qué opinas de un buen almuerzo?

Había tenido tantas y tan retorcidas pesadillas desde que me durmiera, que durante medio minuto pensé que esto era simplemente otra de ellas y la peor de todas. Fue sólo cuando Claude se sentó al pie de la cama cuando me di cuenta de que se trataba de la dura realidad.

—¡Por todos los santos! ¿Qué diablos estás haciendo aquí? —farfullé.

Claude me miró con aire de reproche.

—No es ése el tono que más me agrada oír en un anfitrión, Bertie —dijo severamente—. Oye, anoche dijiste que deseabas que me quedara mucho tiempo. Tu sueño se ha realizado. ¡Me quedo!

—¿Pero por qué no estás camino de África del Sur?

—Eso —dijo Claude— es un punto que te gustaría que te fuera explicado, supongo. Sucede lo siguiente. ¿Recuerdas a la muchacha que anoche me presentaste en el Ciro?

—¿Qué muchacha?

—Sólo había una —dijo Claude fríamente—. Sólo una que importaba, quiero decir. Su nombre es Marion Wardour. Bailé mucho con ella, ¿no te acuerdas?

Empecé a recordar de una manera bastante nebulosa. Marión Wardour había sido amiga mía durante cierto tiempo. Una muchacha muy buena. Actualmente trabaja en el espectáculo del Apolo. Me acordé ahora de que la había encontrado la noche anterior en el Ciro y que los gemelos habían insistido en serle presentados.

—Somos dos almas gemelas, Bertie —dijo Claude—. Lo averigüé muy pronto anoche, y cuando más pienso en el asunto más convencido estoy de ello. Ocurre así de vez en cuando, ¿sabes? Dos corazones que laten al unísono, quiero decir, y todo lo demás. De modo que, en resumidas cuentas, le di a Eustace el esquinazo en la estación de Waterloo y volví aquí. La idea de ir a África del Sur y dejar en Inglaterra a una muchacha como ésa no me atrae en absoluto. Soy totalmente partidario del Imperio y de prestar ayuda a las colonias, pero no puedo hacerlo. Después de todo —dijo Claude razonablemente—, África del Sur ha podido desarrollarse muy bien sin mí hasta ahora; ¿por qué, pues, no puede continuar así?

—Pero ¿qué pasará con Van Alstyne o como se llame? Estará esperando tu llegada.

—Ya se contentará con Eustace. Esto lo satisfará. Es un muchacho muy sólido, Eustace. Probablemente acabará volviéndose magnate de alguna cosa. Seguiré su futuro progreso con considerable interés. Y ahora tienes que disculparme un momento, Bertie. Quiero ir a buscar a Jeeves y pedirle que me sirva uno de sus preparados restauradores. Por alguna razón que no puedo explicarme, esta mañana tengo un ligero dolor de cabeza.

Y, créanme o no, la puerta acababa de cerrarse tras él, cuando Eustace apareció a su vez, con tan radiante expresión de cara, que me puse enfermo sólo de verla.

—¡Oh, mi tía! —dije.

—¡Buena faena, Bertie, buena faena! —dijo Eustace—. Lo siento por el pobre Claude, pero no cabía otra alternativa. Eludí su vigilancia en Waterloo y me escabullí en un taxi. Supongo que el pobre infeliz se estará preguntando adonde diablos habré ido a parar. Pero era inevitable. Si esperabas seriamente que me largara a África del Sur, no hubieras tenido que presentarme anoche a miss Wardour. Quiero contártelo todo, Bertie. No soy un hombre —dijo Eustace, sentándose sobre la cama— que se enamore de cada muchacha que ve. Supongo que «fuerte y silencioso» sería la mejor descripción que se podría hacer de mí, pero cuando encuentro alguien que me es afín, no pierdo el tiempo. Yo…

—¡Cielos! ¿También tú estás enamorado de Marion Wardour?

—¿También? ¿Qué quieres decir con «también»?

Iba a contarle lo de Claude, cuando éste entró en persona con el aspecto de un gigante renovado. No cabe duda de que los preparados de Jeeves producen resultados inmediatos en todo lo que no sea una momia egipcia. Es algo que pone en ellos, la salsa de Worcester o algo semejante. Claude revivía como una flor recién llegada, pero casi tuvo una recaída cuando vio a su hermano que lo miraba por encima del respaldo de la cama.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —inquirió.

—¿Qué diablos estás haciendo tú aquí? —dijo Eustace.

—¿Has vuelto para imponer tu vil compañía a miss Wardour?

—¿Es por lo que volviste?

Discutieron el asunto un rato más.

—Bueno —dijo Claude finalmente—, supongo que no hay otro remedio. Si estás aquí, estás aquí. Que venza el mejor.

—Sí, pero ¡maldita sea! —pude decir en ese momento—. ¿Qué ideas tenéis en la sesera? ¿Dónde pensáis alojaros si os quedáis en Londres?

—¡Vaya, pues aquí! —dijo Eustace, sorprendido.

—¿Dónde, si no? —dijo Claude, arqueando las cejas.

—¿Tendrás inconveniente en alojarnos, Bertie? —preguntó Eustace.

—No sería digno de un caballero como tú —dijo Claude.

—Pero… vosotros, estúpidos zoquetes, suponed que tía Agatha se entera de que os escondo, cuando tendríais que estar en África del Sur. ¿Cómo voy a salir de ese lío?

—¿Cómo va a salir de ese lío? —preguntó Claude a Eustace.

—Supongo que se las podrá componer de un modo u otro —dijo Eustace a Claude.

—Desde luego —dijo Claude, completamente animado—. El podrá componérselas.

—¡Claro que sí! —dijo Eustace—. ¡Un hombre de recursos como Bertie! ¡Naturalmente que sí!

—Y ahora —dijo Claude, cambiando de argumento—, ¿qué opinas del almuerzo que discutíamos hace un momento, Bertie? Este brebaje que el buen Jeeves acaba de darme, me ha despertado lo que puedes llamar un formidable apetito. Algo así como seis chuletas y un budín espeso serían lo más adecuado, creo yo.

Supongo que cada cual, en el mundo, tiene períodos negros en su vida que no puede recordar sin que se le nuble la vista y sin estremecerse silenciosamente. Algunos individuos, a juzgar por las novelas que se leen hoy en día, los tienen prácticamente uno tras otro, pero gracias a que gozo de unos ingresos personales bastante considerables y de una perfecta digestión, he de decir que no es muy frecuente que yo vea a mi propia existencia trocarse en un neumático desinflado. Por esto procuro pensar lo menos posible en aquel período particular. Porque los días que siguieron a la inesperada resurrección de los condenados gemelos fueron tan absolutamente lúgubres que los pobres nervios me empezaron a salir del cuerpo a una distancia de un pie y a curvarse por los extremos. Un continuo temblor, créanme. Supongo que el hecho es que nosotros, los Wooster, somos tan espantosamente honrados y francos y todo lo demás, y nos causa desazón tener que engañar a la gente.

La tranquilidad duró unas veinticuatro horas; luego tía Agatha apareció para charlar conmigo. Unos veinte minutos antes habría encontrado a los gemelos que se atracaban alegremente con un par de lonjas de tocino y un huevo. Se hundió en una silla y pude ver que no se encontraba en el risueño estado de espíritu que le era habitual.

—Bertie —dijo—. No estoy tranquila.

Tampoco yo lo estaba. No sabía cuánto tiempo pensaba quedarse, ni cuándo volverían los gemelos.

—Me pregunto —dijo ella— si habré adoptado una actitud demasiado dura con Claude y Eustace.

—No se preocupe.

—¿Qué quieres decir?

—Yo… ejem… quiero decir que no sería propio de usted mostrarse dura con cualquiera, tía Agatha.

Y no resultó mal del todo. Mis palabras, pronunciadas tan espontáneamente, gustaron a la vieja parienta y me miró con un poco menos de odio que de costumbre.

—Es amable por tu parte decir eso, Bertie. Pero lo que yo pensaba es: ¿están seguros?

—¿Están qué?

Parecía muy raro usar tal expresión hablando de los gemelos, puesto que son casi tan inocuos como una pareja de jóvenes y traviesas tarántulas.

—¿Crees que todo les va bien?

—¿Qué quiere decir?

Tía Agatha me miró casi con inquietud.

—¿Nunca se te ha ocurrido, Bertie —dijo—, que tu tío George pueda ser *médium*?

Me hacía el efecto de que estuviera cambiando de conversación.

—¿*Médium*?

—¿Crees posible que él pueda ver cosas que no son visibles al ojo normal?

Lo creía condenadamente posible, si no probable. No sé si alguna vez se han topado ustedes con mi tío George. Es un tío la mar de jovial que se pasa la vida yendo de un club a otro para tomar un par de copas con otros tíos la mar de joviales. Cuando aparece en el horizonte, los camareros se ponen rígidos y el barman juguetea con su sacacorchos. Fue mi tío George quien descubrió que el alcohol es un alimento, mucho antes que la escuela moderna de medicina.

—Tu tío George cenó conmigo anoche, y estaba muy turbado. Asegura que mientras iba del Devonshire Club al Boodle, vio repentinamente el fantasma de Eustace.

—¿El qué de Eustace?

—El fantasma. El espíritu. Era tan evidente que por un instante pensó que era el mismo Eustace. La figura se desvaneció a la vuelta de una esquina, y cuando tu tío George llegó allí no se veía nada. Fue todo muy extraño y perturbador. Produjo un marcado efecto sobre el pobre George. Durante toda la cena no tocó más que el agua de cebada, y sus modales fueron los de un hombre en extremo trastornado. ¿Crees que esos pobres muchachos están a salvo, Bertie? ¿No habrán sufrido algún horrible accidente?

Se me hizo la boca agua al pensar en ello, pero dije que no, que no pensaba que hubiesen sufrido ningún horrible accidente. Pensé que Eustace era un horrible accidente, y que Claude era casi lo mismo, mas no lo dije. Y al poco ella se largó, aún perturbada.

Cuando los gemelos volvieron a casa les expuse la situación sin andarme con

rodeos. Por divertido que fuese asustar a tío George, no tenían que vagabundear por la ciudad.

—Pero, hombre de Dios —dijo Claude—, sé razonable. No podemos admitir trabas en nuestros movimientos.

—Ni hablar de ello —dijo Eustace.

—Toda la esencia de la cosa, si me comprendes —dijo Claude—, radica en tener libertad para mariposear aquí y allá.

—Exacto —dijo Eustace—. Ora aquí, ora allá.

—Pero ¡maldita sea!…

—¡Bertie! —dijo Eustace en tono de reproche—. ¡Que hay niños!

—Desde luego, en cierto modo entiendo tu punto de vista —dijo Claude—. Supongo que la solución del problema será comprar un par de disfraces.

—¡Mi querido muchacho! —dijo Eustace, mirándole con admiración—. Es la idea más brillante que se ha registrado jamás. Seguramente la has plagiado, ¿verdad?

—Bueno, fue Bertie quien me la metió en la cabeza.

—¿Yo?

—El otro día me hablaste de Bingo Little y de la barba que se compró cuando no quiso que su tío lo reconociera.

—Si pensáis que voy a soportar que unas excrecencias como vosotros dos entren y salgan de mi piso con barbas…

—Tienes un poco de razón —asintió Eustace—. Lo haremos con patillas, pues.

—Y narices postizas —dijo Claude.

—Y narices postizas, eso es. Ya lo ves, Bertie, te hemos quitado un peso de encima. No queremos ser una molestia para ti mientras dure nuestra pequeña visita.

Y cuando fui a buscar a Jeeves para que me consolara un poco, todo lo que se dignó decirme fue algo a propósito de la sangre joven. Ninguna simpatía.

—Bien, Jeeves —dije—, iré a dar un paseo por el parque. Haga el favor de prepararme los botines modelo Eton.

—Muy bien, señor.

Un par de días más tarde Marión Wardour se presentó a la hora del té. Miró prudentemente en torno suyo antes de tomar asiento.

—¿Tus primos no están en casa, Bertie? —preguntó.

—No, gracias a Dios.

—Entonces te diré dónde se hallan. Están en mi salón, mirándose ferozmente desde los ángulos opuestos, y esperando que yo entre. Bertie, esto tiene que acabar.

—Los ves muy a menudo, ¿verdad?

Jeeves entró con el té, pero la pobre muchacha estaba tan apurada que ni siquiera esperó a que se largara para continuar con sus quejas. Presentaba un aspecto absolutamente mohíno, la pobrecilla.

—No puedo dar un paso sin tropezar con uno de ellos o con los dos —dijo—. Por lo general, con los dos. Han adquirido la costumbre de visitarme juntos, y se limitan a sentarse ceñudamente y a intentar, cada uno de ellos, que el otro pierda la paciencia. Eso me reduce a una sombra.

—Lo sé —dije con simpatía—. Lo sé.

—Bueno, ¿qué debo hacer?

—No tengo la menor idea. ¿No podrías ordenar a tu doncella que dijera que no estás en casa?

Ella se estremeció ligeramente.

—Lo intenté una vez. Ellos se quedaron en la escalera y yo no pude salir en toda la tarde. Y tenía una serie de compromisos particularmente importantes. Me gustaría que pudieras persuadirles de que se fueran a África del Sur, donde parece que los necesitan.

—Debes de haberles producido una impresión condenadamente fuerte.

—¡Ya lo creo! Ahora han empezado a hacerme regalos. O por lo menos Claude. Anoche insistió en que aceptara esta pitillera. Vino al teatro y no quiso irse hasta que se la acepté. He de decir que no es mala.

No lo era. Era un chisme francamente lujoso, de oro con un diamante engarzado en el centro. Y lo curioso era que tenía la idea de haber visto anteriormente una pitillera muy parecida en alguna parte. ¿Cómo diablos había sido capaz Claude de desenterrar el dinero para comprarla? Esto era más de lo que yo podía imaginar.

El día siguiente fue miércoles, y como el objeto de su devoción debía actuar en función de tarde, los muchachos estuvieron, por decirlo así, francos de servicio. Claude había ido con sus patillas al Hurst Park y Eustace y yo estábamos en el piso charlando. Por lo menos, él hablaba y yo estaba esperando que se marchase.

—El amor de una mujer buena, Bertie —andaba diciendo—, debe de ser una cosa maravillosa. A veces… ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

La puerta de entrada se habla abierto y desde el vestíbulo llegaba el sonido de la voz de tía Agatha preguntando si yo estaba en casa. Tía Agatha tiene una de esas voces altas y penetrantes, pero aquélla fue la primera vez que me alegré de ello. Quedaban escasamente dos segundos para despejar el camino, pero a Eustace le resultaron suficientes para esconderse debajo del sofá. Su último zapato acababa de desaparecer cuando ella entró.

Presentaba un aspecto preocupado. Me parecía a la sazón que todo el mundo lo presentaba.

—Bertie —dijo—, ¿cuáles son tus planes inmediatos?

—¿Qué quieres decir? Esta noche voy a cenar con…

—No, no quiero decir esta noche. ¿Estarás ocupado en los próximos días? Naturalmente, no lo estarás —continuó, sin aguardar mi contestación—. Pero de eso

hablaremos más tarde. Lo que he venido a decirte ahora es que deseo que vayas con tu pobre tío George a Harrogate unas semanas. Cuanto más pronto puedas marcharte, mejor será.

Eso me pareció tan inconcebible que emití un aullido de protesta. Tío George está muy bien, pero no puedo con él. Intentaba decírselo cuando ella me impuso silencio.

—Si no eres un hombre que careces enteramente de corazón, Bertie, harás lo que te pido. Tu tío George ha sufrido una fuerte conmoción.

—¿Cómo, otra?

—Piensa que sólo un absoluto reposo y una cuidadosa asistencia médica pueden hacer volver su sistema nervioso a su estado normal. Parece que años atrás sacó cierto provecho de las aguas del Harrogate, y ahora quiere ir allí. Opinamos que no debe estar solo, de modo que deseo que lo acompañes.

—¡Pero, tía!

—¡Bertie!

Hubo una pausa en la conversación.

—¿Qué conmoción ha sufrido? —pregunté.

—Entre nosotros —dijo tía Agatha, bajando la voz de un modo impresionante—, me inclino a creer que todo el asunto es el resultado de una imaginación sobreexcitada. Perteneces a la familia, Bertie, y puedo hablar libremente contigo. Sabes tan bien como yo que durante muchos años tu pobre tío George no ha sido un… es decir, ha… desarrollado la costumbre de… ¿cómo lo diría?

—¿De agarrarla de vez en cuando?

—¿Perdona?

—¿De coger alguna que otra cogorza?

—No me agrada en absoluto tu modo de hablar, pero he de confesar que quizá no ha sido todo lo moderado que fuera de desear. Tiene los nervios a flor de piel y… Bueno, el hecho es que ha sufrido una conmoción.

—Sí, pero ¿qué conmoción?

—Eso es lo que resulta tan difícil inducirle a explicar con alguna precisión. Con todas sus cualidades, tu tío George tiene tendencia a volverse incoherente cuando está fuertemente turbado. Por lo que pude comprender, parece haber sido víctima de un robo.

—¡De un robo!

—Dice que un extraño hombre con patillas y una nariz peculiar entró en su piso de Jermyn Street durante su ausencia y le robó unas cuantas cosas. Dice que al regresar encontró al hombre en su salita de estar. Al verlo se precipitó inmediatamente hacia la puerta y desapareció.

—¿Tío George?

—No, el hombre. Y, según tu tío George, había robado una valiosa pitillera. Pero

yo me inclino a pensar que todo es producto de su imaginación. No ha sido el mismo desde el día en que creyó ver a Eustace por la calle. De modo que me gustaría, Bertie, que estuvieras preparado para ir con él a Harrogate el sábado, todo lo más tarde.

Se marchó y Eustace salió arrastrándose de debajo del sofá. El muchacho estaba muy emocionado, y yo también, a decir verdad. La idea de unas semanas con tío George en Harrogate parecía ponerlo todo negro.

—¿De modo que allí fue de dónde sacó aquella pitillera el condenado? —dijo Eustace amargamente—. ¡Qué jugarreta tan sucia! ¡Tendría que estar en la cárcel!

Y con una elocuencia que me sorprendió a mí mismo, le eché un buen sermón durante quizá diez minutos sobre el tema de su deber para con la familia y otras cosas por el estilo. Apelé a su sentido de la decencia. Hice un fuerte elogio del África del Sur. Dije todo lo que se me ocurrió, y muchas cosas dos veces. Pero todo lo que el desgraciado hizo fue balbucir a propósito de la bajeza de su condenado hermano al darle la puñalada por la espalda con el asunto de la pitillera. Parecía pensar que Claude, al hacer el gentil obsequio, le había tomado una considerable delantera; y hubo una escena penosa cuando éste volvió de Hurst Park. Pude oírles hablar hasta una hora avanzada de la noche, mucho después de haberme yo metido en cama. No he conocido a nadie que duerma menos.

Después de esto, las cosas se volvieron un poco más tensas en el piso, puesto que Claude y Eustace no estaban en buenas relaciones entre sí. Yo soy de la opinión de que en casa debe reinar cierta armonía, y era deprimente tener que vivir con dos individuos que no querían admitir la existencia del otro.

Era de suponer que la cosa no podría continuar así por mucho tiempo y, ¡por Júpiter!, que no continuó. Pero si alguien me hubiese visto el día antes y me hubiese dicho lo que pasaría, yo me habría limitado a sonreír débilmente. Quiero decir que me había acostumbrado tanto a pensar que nada que no fuera una explosión de dinamita lograría desalojar a esos dos pollos de mi casa que, cuando Claude se me acercó el viernes por la mañana y me comunicó la noticia, apenas logré creer lo que oía.

—Bertie —dijo—, lo he pensado bien.

—¿El qué? —pregunté.

—Todo el asunto. Eso de quedarme en Londres cuando debiera estar en África del Sur. No es decente —dijo Claude—. No es justo. Y en pocas palabras, Bertie, me marcho mañana.

Tuve un fuerte sobresalto.

—¿De veras? —farfullé.

—Sí. Si no te molesta —dijo Claude—, envía a Jeeves a comprar un billete para mí. Me temo que tendré que pedirte el dinero para el pasaje, muchacho. ¿No te importa?

—¡Que si me importa! —dije, asiendo su mano con fervor.

—Todo marcha bien, pues. ¡Ah!, oye, no dirás una palabra a Eustace de todo esto, ¿verdad?

—Pero ¿no se va él también?

Claude se estremeció.

—No, a Dios gracias. La idea de estar enjaulado a bordo de un barco con ese tipo me produce náuseas. No, ni una palabra a Eustace. Oye, supongo que es posible obtener un camarote en un corto plazo, ¿no es así?

—¡Ya lo creo que sí! —dije. Antes que perder esta oportunidad hubiera comprado el condenado buque.

—Jeeves —dije, precipitándome en la cocina—, vaya con la máxima celeridad a las oficinas de la Unión-Castle y reserve un camarote en el barco de mañana para el señorito Claude. Nos deja, Jeeves.

—Sí, señor.

—El señorito Claude no quiere que se diga una palabra de esto al señorito Eustace.

—No, señor. El señorito Eustace me pidió lo mismo cuando me encargó que le reservara un camarote en el buque de mañana.

Le miré boquiabierto:

—¿Se marcha también?

—Sí, señor.

—¡Qué curioso!

—Sí, señor.

Si las circunstancias hubieran sido distintas de como eran, en este punto me habría mostrado muy efusivo con Jeeves. Habría brincado a su alrededor y me habría entregado a ruidosas manifestaciones y muchas cosas más. Pero aquellos botines formaban todavía una barrera, y lamento decir que yo me había aprovechado de la ocasión para ser un poco duro con él. Quiero decir que él había sido tan condenadamente terco y poco simpático, aun cuando sabía perfectamente que su joven amo estaba metido en un brete y que era su deber apoyarlo, que no pude menos de observar que este feliz desenlace se había logrado sin ninguna ayuda por su parte.

—Y eso es todo, Jeeves —dije—. El episodio ha concluido. Sabía que las cosas se arreglarían por sí solas si se daba tiempo al tiempo y si uno no se dejaba agobiar por ellas. Muchos tipos, en mi lugar, se hubieran dejado agobiar por ellas, Jeeves.

—Sí, señor.

—Quiero decir que habrían echado a correr pidiendo ayuda y consejos y todo lo demás a la gente.

—Es muy posible, señor.

—Pero yo no, Jeeves

—No, señor.

Lo dejé cavilando.

Ni siquiera la idea de tener que ir a Harrogate con tío George podía deprimirme aquel sábado, cuando miré a mi alrededor, en el piso, y me di cuenta de que Claude y Eustace no se hallaban en él. Habían salido cautelosamente y por separado inmediatamente después de desayunar; Eustace para coger el tren de enlace en Waterloo, Claude para ir al garaje donde guardaba mi coche. No quise correr el riesgo de que los dos se encontraran en Waterloo y cambiaran de parecer, de modo que sugerí a Claude que quizá le resultara más agradable ir a Southampton por carretera.

Estaba tumbado sobre el sofá mirando tranquilamente las moscas en el techo y convenciéndome de lo maravilloso que es este mundo, cuando Jeeves entró con una carta.

—Un mensajero ha traído esto, señor.

Abrí el sobre y lo primero que cayó de él fue un billete de cinco libras.

—¡Caramba! —dije—. ¿Qué diantre es esto?

La carta estaba garrapateada en lápiz y era muy corta:

*Querido Bertie: Hazme el favor de entregar el billete adjunto a tu criado y decirle que desearía poderle dar algo más. Me ha salvado la vida. Este es el primer día feliz que he tenido desde hace una semana.*

*Tuya,*

*M. W.*

Jeeves estaba en pie, sosteniendo el billete de cinco libras que había caído al suelo.

—Puede quedárselo —dije—. Parece estarle destinado.

—¿Señor?

—Digo que el billete de cinco libras es para usted, aparentemente. Miss Wardour se lo envía.

—Esto es muy amable por su parte, señor.

—¿Por qué diablos le está mandando billetes de cinco libras? Dice que usted le salvó la vida.

—Ella sobreestima mis servicios, señor.

—Pero ¿cuáles fueron sus servicios, maldita sea?

—Se trata del asunto del señorito Claude y del señorito Eustace, señor. Esperaba que miss Wardour no se referiría a ello pues no quería que usted pensara que me había tomado ciertas libertades.

—¿Qué quiere decir?

—Dio la coincidencia de que yo me hallaba en la habitación mientras miss Wardour se quejaba amargamente de cómo el señorito Claude y el señorito Eustace le imponían su compañía. Creía que en estas circunstancias se me podría disculpar que sugiriera una pequeña treta para permitirle evitar sus atenciones.

—¡Bondad divina! ¿No querrá decir que es usted el causante de su marcha?

Esto me hacía experimentar la sensación de un pobre borrico. Quiero decir que después de haberle hablado de aquella manera a propósito de que lo había conseguido todo sin su ayuda, no me parecía muy lucida mi posición.

—Se me ocurrió que si miss Wardour informaba al señorito Claude y al señorito Eustace por separado que tenía el propósito de marchar al África del Sur para cumplir un contrato teatral, se podría obtener el resultado apetecido. Parece ser que mis suposiciones fueron justas, señor. Los jóvenes se lo tragaron, si es que puedo emplear esta expresión.

—Jeeves —dije—. Nosotros, los Wooster, podemos cometer equivocaciones, pero nunca somos demasiado orgullosos para no confesarlo. Usted es de lo que no hay.

—Muchísimas gracias, señor.

—Ah, pero oiga. —Un pensamiento espantoso me atravesó la mente—. Cuando estén en el barco y se den cuenta de que ella no está allí, ¿no volverán?

—Previne esta posibilidad, señor. Por consejo mío, miss Wardour comunicó a los jóvenes que se proponía viajar por tierra firme hasta Madeira y coger allí el barco.

—¿Y dónde hacen escala después de Madeira?

—En ninguna parte, señor.

Por un momento me quedé anonadado, dejando que la cosa penetrara en mi cerebro. Aún me parecía existir una última grieta.

—La lástima es —dije— que en un barco tan grande podrán evitar encontrarse. Quiero decir que me hubiera gustado saber que Claude gozaría mucho con la compañía de Eustace, y viceversa.

—Creo que será así, señor. Obtuve un camarote de lujo con dos camas. El señorito Claude ocupará una de ellas y el señorito Eustace la otra.

Suspiré excitado. Parecía una condenada lástima que en tal estado de cosas tuviese que marchar a Harrogate con mi tío George.

—¿Ya ha empezado usted a preparar las maletas, Jeeves? —pregunté.

—¿Las maletas, señor?

—Para ir a Harrogate. He de trasladarme allí hoy con sir George.

—Desde luego, señor. Olvidé decírselo. Sir George telefoneó esta mañana mientras usted aún dormía y dijo que había cambiado de planes. No tiene intención de ir a Harrogate.

—¡Ah, qué maravilla!

—Pensé que podía agradarle, señor.

—¿Qué le hizo cambiar de planes? ¿Lo dijo?

—No, señor. Pero tengo entendido, por su ayuda de cámara, Stevens, que se siente mucho mejor y no necesita, por ahora, una cura de reposo. Me tomé la libertad de dar a Stevens la receta de aquel preparado mío que siempre obtuvo la aprobación de usted. Stevens me dice que sir George le comunicó esta mañana que se siente como un hombre nuevo.

Bueno, sólo quedaba una cosa por hacer, y la hice. No digo que no me doliera, pero no había otra alternativa.

—Jeeves —dije—, aquellos botines…

—¿Sí, señor?

—¿Realmente le desagradan a usted?

—Intensamente, señor.

—¿No cree que el tiempo pueda inducirle a cambiar de opinión?

—No, señor.

—Muy bien, pues. Muy bien. No diga nada más. Puede usted quemarlos.

—Muchísimas gracias, señor. Ya lo hice. Antes de preparar el desayuno de esta mañana. Un gris discreto le conviene mucho más, señor. Gracias, señor.

# Capítulo XVII
# Bingo y la camarera.

Debió de haber sido cerca de una semana después de la marcha de Claude y Eustace, cuando me tropecé con el joven Bingo Little en el salón de fumar del «Senior Liberal Club». Estaba repantigado en una butaca, con la boca abierta y una especie de expresión idiota en los ojos, mientras un individuo de barbas entrecanas, a cierta distancia mediana, le miraba con tanto desagrado que concluí que Bingo le había robado su asiento favorito. Eso es lo peor, cuando se está en un club extraño. Absolutamente sin querer, uno se encuentra atropellando constantemente los intereses establecidos de los socios más antiguos.

—¡Hola, *carota*! —dije.

—¿Qué tal, feo? —dijo el joven Bingo, y nos dispusimos a tomar un trago antes del almuerzo.

Una vez al año la junta de los «Zánganos» decide que el viejo club necesita un buen lavado y planchado, de modo que nos echan a la calle y nos alojan por unas semanas en alguna otra institución. Esta vez estábamos refugiados en el «Senior Liberal», y yo, personalmente, había encontrado la pensión bastante espantosa. Quiero decir que cuando uno se ha acostumbrado a un club donde todo es alegre y bullicioso y en el que, si uno quiere llamar la atención de un individuo, basta con echarle encima un pedazo de pan, queda algo desanimado al ir a un sitio donde el socio más joven tiene cerca de ochenta y siete años y donde no se considera educado hablar con nadie a menos que éste y uno hayan hecho juntos la guerra peninsular. Fue un alivio topar con Bingo. Empezamos a hablar en voz muy baja.

—Este club —le dije— es el colmo.

—Es de no creer —convino el joven Bingo—. Creo que el viejo que se halla cerca de la ventana está muerto desde hace tres días, pero no me gusta decirlo a nadie.

—¿Ya has almorzado aquí?

—No. ¿Por qué?

—Tienen camareras en vez de camareros.

—¡Dios mío! Creí que eso había terminado con el armisticio.

Bingo meditó un poco, arreglándose el nudo de la corbata, distraídamente.

—Oye… ¿muchachas bonitas? —prosiguió.

—No.

Pareció desilusionado, pero se recobró.

—Bueno, he oído decir que la cocina es la mejor de Londres.

—Eso dicen. ¿Vamos a entrar?

—Muy bien. Supongo —dijo el joven Bingo— que al final de la comida, o

posiblemente al principio, la camarera dirá: «¿Los dos juntos, señor?» Contesta afirmativamente. Estoy sin blanca.

—¿Tu tío todavía no te ha perdonado?

—¡Todavía no, maldita sea!

Lamenté que la pelea aún continuara en pie. Resolví obsequiar bien al pobre diablo en la mesa y examiné la minuta con bastante atención cuando la muchacha se presentó con ella.

—¿Qué opinas de esto, Bingo? —dije finalmente—. ¿Unos huevos de avefría para empezar, un caldo, un poco de salmón frío, un poco de curry frío y un pedazo de tarta de grosella con nata y un bocado de queso para acabar?

No pretendo decir que esperaba que Bingo gritara de alegría, aun cuando había elegido sus platos favoritos, pero sí había esperado que dijera algo. Levanté la vista y vi que su atención estaba en otro lugar. Miraba a la camarera con el aspecto de un perro que acabara de recordar dónde está enterrado su hueso.

Era una muchacha bastante alta, de ojos castaños, dulces y llenos de vivacidad. Una hermosa figura y todo lo que se quiera. Manos bastante decentes, también. No recordaba haberla visto anteriormente, y he de decir que hacía aumentar no poco la categoría del lugar.

—¿Qué dices, muchacho? —inquirí, ansioso de dar el encargo y de entregarnos al manejo del cuchillo y el tenedor.

—¿Eh? —dijo el joven Bingo distraídamente.

Volví a recitar el programa.

—¡Oh, sí, espléndido! —dijo Bingo—. Lo que quieras, lo que quieras.

La muchacha se fue y él se volvió hacia mí con desorbitados ojos.

—¿No habías dicho que no eran guapas, Bertie? —dijo el joven Bingo.

—¡Oh, santo cielo! —dije—. No te habrás enamorado otra vez… y de una muchacha que acabas de ver, ¿verdad?

—Hay momentos, Bertie —dijo Bingo—, en que una mirada basta…, en que, pasando en medio de la muchedumbre, captamos la mirada de alguien, y algo parece murmurar…

Aquí llegaron los huevos de avefría y él suspendió sus observaciones para acometerlos con cierto vigor.

—Jeeves —dije aquella noche cuando volví a casa—, ¡atención!

—¿Señor?

—Estruje su viejo cerebro y esté al tanto. Míster Little nos visitará pronto en busca de simpatía y ayuda.

—¿Se halla míster Little en algún apuro, señor?

—Bueno, así se puede llamar. Está enamorado. Por quincuagésima vez. Le pregunto, Jeeves, de hombre a hombre, ¿ha visto usted en su vida algo semejante?

—Míster Little tiene, desde luego, un corazón ardiente, señor.

—¡Un corazón ardiente! Creo que tendría que llevar una camiseta de amianto. Bueno, prepárese, Jeeves.

—Muy bien, señor.

Y, claro está, no habían pasado diez días cuando el viejo asno se presentó vociferando en busca de voluntarios que dieran un paso adelante y fueran en ayuda del partido.

—Bertie —dijo—, si eres un amigo ha llegado el momento de demostrarlo.

—Continúa, vieja gárgola —contesté—. Somos todo oídos.

—¿Recuerdas haberme obsequiado con un almuerzo en el «Senior Liberal» hace unos días? Nos sirvió una…

—Me acuerdo. Una hembra alta y bonita.

Se estremeció un tanto.

—Desearía que no hablaras así de ella, ¡maldita sea! Es un ángel.

—Está bien. Sigue.

—La amo.

—Muy bien. Sigue.

—¡Por el amor de Dios, no me fastidies! Déjame que te lo cuente a mi manera. La amo, como estaba diciendo, y quiero que tú, Bertie, amigo, des un salto a casa de mi tío y hagas un poco de trabajo diplomático. Aquella renta mía ha de serme devuelta, y condenadamente pronto, además. Y ha de ser aumentada.

—Pero, oye —dije, distando mucho de afanarme—, ¿por qué no esperar un poco más?

—¿Esperar? ¿Qué sentido tiene esperar?

—Bueno, ya sabes lo que ocurre habitualmente cuando te enamoras. Algo marcha mal y te dejan plantado. Es mucho mejor acometer a tu tío cuando todo esté decidido y arreglado.

—Está ya decidido y arreglado. Ella me aceptó esta mañana.

—¡Dios mío! ¡Eso sí que es un trabajo rápido! ¡Aún no hace dos semanas que la conoces!

—No en esta vida, desde luego —dijo el joven Bingo—. Ella tiene una especie de idea de que debemos habernos encontrado en alguna existencia anterior. Cree que debo de haber sido un rey de Babilonia cuando ella era una esclava cristiana. No puedo decir que yo me acuerde de eso, pero quizá haya algo de cierto.

—¡Caramba! —dije—. ¿Verdaderamente hablan así las camareras?

—¿Cómo puedo yo saber cómo hablan las camareras?

—Bueno, creo que ya deberías saberlo. La primera vez que hablé con tu tío fue cuando me obligaste a pedirle que se decidiera a ayudarte a contraer matrimonio con aquella Mabel de la pastelería de Piccadilly.

Bingo dio un respingó, agitado. Una luz salvaje apareció en sus ojos. Y antes de darme cuenta de lo que hacía me había descargado un espantoso manotazo sobre el pantalón veraniego haciéndome brincar como un corderillo.

—¡Oye! —dije.

—Lo siento —dijo Bingo—. Estaba excitado. Me dejé llevar por el entusiasmo. Me has dado una idea, Bertie. —Aguardó hasta que hube acabado de hacerme masaje en la pierna y continuó sus observaciones—. ¿Puedes acordarte de aquella ocasión, Bertie? ¿Recuerdas el plan espantosamente astuto que ideé? ¿Decirle que eras la autora que escribía aquellos libros?

No era fácil que lo hubiera olvidado. El espantoso asunto seguía completamente vivo en mi memoria.

—Este es el plan de ataque —dijo Bingo—. Verás. Que vuelva a relucir una vez más Rosie M. Banks.

—No es posible, mi joven amigo. Lo siento, pero de eso, ni hablar. No puedo volver a pasar por eso.

—¿Ni siquiera por mí?

—Ni siquiera por una docena como tú.

—Nunca pensé —dijo Bingo tristemente— oír estas palabras de Bertie Wooster.

—Bueno, ahora ya las has oído —dije—. Métetelo en la sesera.

—Bertie, fuimos juntos al colegio.

—No fue culpa mía.

—Hemos sido amigos durante quince años.

—Lo sé. Me hará falta el resto de mi vida para olvidarlo.

—Bertie, viejo amigo —dijo Bingo acercando su silla y poniéndose a amasar mi omoplato—. ¡Oye! ¡Sé razonable!

Y desde luego, ¡maldita sea!, al cabo de diez minutos me había dejado convencer por el muchacho. Siempre ocurre lo mismo. Cualquiera puede convencerme. Si yo estuviera en un monasterio trapense, lo primero que ocurriría es que cualquier individuo listo podría convencerme de hacer alguna idiotez, en contra de mi sano juicio, por medio del lenguaje de los sordomudos.

—Bueno, ¿qué quieres que haga? —pregunté, percatándome de que resultaba inútil luchar.

—Empieza por enviar al viejo un ejemplar con una dedicatoria halagüeña de tu último éxito. Esto le conmoverá enormemente. Luego le harás una visita y le expondrás el asunto.

—¿Cuál es mi última éxito?

—*La mujer que lo afrontó todo* —dijo el joven Bingo—. Lo he visto en todas partes. Los escaparates y quioscos están llenos. Por la ilustración de la sobrecubierta parece ser un libro que cualquiera estaría orgulloso de escribir. Por supuesto, querrá

discutirlo contigo.

—¡Ah! —dije, animándome—. Eso echa a perder el proyecto. No sé de qué trata ese maldito libro.

—Tendrás que leerlo, naturalmente.

—¿Leerlo? No, oye…

—Bertie, fuimos al colegio juntos.

—¡Oh, muy bien! ¡Muy bien! —dije.

—Sabía que podía contar contigo. Tienes un corazón de oro. Jeeves —dijo el joven Bingo, al ver entrar a mi fiel servidor—, míster Wooster tiene un corazón de oro.

—Entiendo, señor —dijo Jeeves.

Exceptuando una lucha semanal con la Hoja Rosa y algún vistazo al registro hípico, no soy muy aficionado a la lectura, y mis sufrimientos al acometer *La mujer* (¡maldita sea!) *que lo afrontó todo* eran netamente espantosos. Pero logré acabarlo y dio la coincidencia de que terminé a tiempo, porque había apenas llegado al punto en que sus labios se encontraban en un largo y lento beso y todo estaba tranquilo, exceptuando el suave suspiro de la brisa entre los codesos, cuando un mensajero me trajo un billete del viejo Bittlesham invitándome a almorzar con él.

Encontré al viejo en un estado que sólo se puede describir con el adjetivo derretido. Tenía un ejemplar del libro cerca de la mesa y lo hojeaba entre plato y plato.

—Míster Wooster —dijo, mientras engullía un trozo de trucha—, quiero felicitarle. Quiero manifestarle mi agradecimiento. Se supera usted continuamente. He leído *Todo por el amor*, he leído *Sólo una chica de fábrica*; me sé *Myttle la atolondrada* de memoria. Pero ésta, ésta es su obra más valiente y ambiciosa. Destroza las fibras del corazón.

—¿Sí?

—¡Claro que sí! La he leído tres veces desde que usted tuvo la gran amabilidad de enviarme el ejemplar (quiero darle de nuevo las gracias por la exquisita dedicatoria), y creo poder decirle que soy un hombre mejor, más dulce y más profundo. Estoy lleno de caridad humana y bondad para con mis semejantes.

—No, ¿de veras?

—Claro, claro que lo estoy.

—¿Para con todos sus semejantes?

—Para con todos mis semejantes.

—¿Incluso el joven Bingo? —dije, tanteando el terreno.

—¿Mi sobrino? ¿Richard? —Pareció quedar un poco pensativo, pero mantuvo su opinión valientemente y no quiso retractarse—. Sí, incluso para con Richard. Bueno…, es decir…, quizá…, sí, incluso para con Richard.

—Está bien. Porque tengo la intención de hablarle de él. Está bastante apurado, ¿sabe?

—¿Se encuentra en algún apuro?

—Está sin blanca. Y le vendría muy bien la pasta que le pasaba cada trimestre, si consiente usted en aflojar de nuevo los cordones de la bolsa.

Rumió un poco y comió un pedazo de pintada fría antes de contestar. Jugueteó con el libro y éste quedó abierto en la página doscientos quince. No me acordaba de lo que había en la página doscientos quince, pero sin duda era algo tolerablemente vigoroso, porque cambió su expresión y me miró con los ojos húmedos, como si hubiera tomado demasiada mostaza con el último bocado de jamón.

—Muy bien, míster Wooster —dijo—. Después de leer esta noble obra suya, no puedo endurecer mi corazón. Richard tendrá su renta.

—¡Es usted colosal! —dije. Luego se me ocurrió que la expresión podía antojársele un poco personal para un individuo que pesaba ciento diez kilos—. Es usted una buena persona, quiero decir. Esto lo pondrá muy alegre. Quiere casarse, ¿sabe?

—No lo sabía. Y no estoy seguro de aprobarlo completamente. ¿Quién es la dama?

—Bueno, a decir verdad, es una camarera.

Saltó sobre la silla.

—¡No me lo diga, míster Wooster! Eso es notable. Esto es de lo más alentador. Nunca hubiera creído que el muchacho tuviera tanta tenacidad en sus propósitos. Es un rasgo excelente que no sospeché hasta ahora. Recuerdo claramente que cuando tuve la ocasión de conocerle a usted, hace casi dieciocho meses, Richard tenía deseos de casarse con esa misma camarera.

Tuve que destruirle la ilusión.

—Bueno, no se trata exactamente de la misma camarera. En realidad, es una camarera completamente distinta. Sin embargo, es una camarera, ¿sabe?

La luz del afecto paternal murió en los ojos del viejo.

—¡Hum! —exclamó dudosamente—. Había supuesto que Richard estaba ostentando la calidad de la constancia que es tan rara en el joven moderno. Yo… yo tengo que reflexionar sobre el asunto.

De modo que así se quedó y me fui y comuniqué a Bingo la situación.

—Eso de la renta está arreglado —dije—. La bendición del tío es un poco dudosa.

—¿No quiere que las campanas doblen a boda para mí?

—Le dejé meditándolo. Si fuese un corredor de apuestas me sentiría justificado a ofrecer cien a ocho en contra.

—No le hablarías debidamente. Hubiese tenido que saber que lo estropearías todo —dijo el joven Bingo. Lo cual, considerando todo lo que había hecho por él, me

zahirió mucho más agudamente que el diente de una serpiente—. Es un fastidio —añadió Bingo—. Es un fastidio infernal. No puedo darte todos los detalles ahora, pero… sí, es fastidioso.

Se apoderó distraídamente de un puñado de mis habanos y se marchó.

No volví a verlo en tres días. A primera hora de la tarde del tercer día cayó en casa con una flor en el ojal y un aspecto en su faz que hacía pensar que alguien le hubiese propinado un golpe detrás de la oreja con una piel de anguila rellena.

—¡Hola, Bertie!

—¡Hola, viejo tonto! ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—¡Oh, aquí y allá! Tenemos un tiempo magnífico, ¿verdad?

—No está mal del todo.

—Veo que los intereses bancarios han caído nuevamente.

—No, ¿de veras?

—Malas noticias de la Baja Silesia, ¿no?

—¡Oh, maldita sea!

Paseó por la habitación charlando a intervalos. El muchacho parecía alelado.

—¡Ay, óyeme, Bertie! —dijo súbitamente, haciendo caer un jarrón que había cogido de la repisa de la chimenea, y con el que estaba jugueteando—. Ya sé qué es lo que quería decirte. Me he casado.

# Capítulo XVIII
# El fin corona la obra.

Le miré con asombro. Aquella flor en el ojal… Aquel aspecto alelado… Sí, manifestaba todos los síntomas; y, sin embargo, la cosa parecía increíble. El hecho es, supongo, que habla visto tantos asuntos amorosos del joven Bingo empezar con gran brío y acabar en agua de borrajas, que no podía creer que efectivamente esta vez hubiese llegado a puerto.

—¡Casado!

—Sí. Esta mañana, en Holburn. Vengo del almuerzo de bodas.

Me enderecé sobre la silla. Alerta. El hombre de negocios. Me parecía que este asunto necesitaba ser estudiado en todos sus aspectos.

—Puntualicemos —dije—. ¿Estás realmente casado?

—Sí.

—¿Con la misma muchacha de quien estabas enamorado anteayer?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes cómo eres. Dime, ¿qué te hizo cometer ese acto temerario?

—Me gustaría que no hablaras de esa manera. Me casé con ella porque la amo, ¡maldita sea! Es la mejor mujercita del mundo.

—Esto está muy bien, y condenadamente estimable, por supuesto, pero ¿has pensado en lo que va a decir tu tío? La última vez que le vi no estaba precisamente en disposición de tirar confeti.

—Bertie —dijo Bingo—, seré franco contigo. La mujercita me puso de espaldas contra la pared, si comprendes lo que quiero decir. Le dije lo que pensaba mi tío a este respecto y ella me contestó que tendríamos que separarnos a menos que yo la quisiera lo suficiente para afrontar la ira del viejo y casarme con ella en el acto, de modo que no tuve otra alternativa. Compré una flor y me lancé.

—¿Y qué te propones hacer ahora?

—Oh, lo tengo todo planeado. Después que tú hayas visto a mi tío y comunicado la noticia…

—¿Qué?

—Después que tú…

—¿No querrás decir que vas a meterme en este embrollo?

Me miró como Lillian Gish al salir de un desmayo.

—¿Es Bertie Wooster el que habla? —dijo, afligido.

—¡Ya lo creo que lo es!

—Bertie, mi viejo amigo —dijo Bingo, dándome suaves golpecitos sobre los hombros—. Piénsalo bien. Fuimos al colegio…

—¡Oh, bueno!

—¡Eres un buen chico! Sabía que podía contar contigo. Ella está esperando abajo, en el vestíbulo. Vamos a llevárnosla en seguida a Pounceby Gardens.

Sólo había visto a la novia en traje de camarera, y esperaba que el día de su boda se hubiera ataviado con algo bastante vistoso. El primer rayo de esperanza que me iluminó desde el comienzo de este negro asunto fue ver que en vez de vestir terciopelo y usar un perfume violento y llevar un sombrero con flores, iba ataviada con condenado buen gusto. Todo sobrio, nada chillón. Por lo que a su aspecto se refiere, podía haber salido directamente de Berkeley Square.

—Este es mi viejo amigo Bertie Wooster, querida —dijo Bingo—. Fuimos al colegio juntos, ¿no es así, Bertie?

—Así es —dije—. ¿Cómo está usted? Creo que nos… hmm… encontramos el otro día en el almuerzo, ¿verdad?

—Oh, sí, ¿qué tal?

—Mi tío bebe los vientos por Bertie —explicó Bingo—, de modo que va a venir con nosotros para poner las cosas en marcha y preparar el terreno. ¡Eh, taxi!

No hablamos mucho durante el trayecto. Había una especie de tensión. Me alegré mucho cuando el coche se detuvo delante del «wigwam» del viejo Bittlesham y nos apeamos todos. Dejé a Bingo y a su mujer en el vestíbulo mientras yo subía al salón y el mayordomo iba a desenterrar al gran jefe.

Mientras estaba paseando de arriba abajo por la sala, esperando que compareciera, vi repentinamente aquel condenado libro, *La mujer que lo afrontó todo*, sobre una de las mesitas. Estaba abierto en la página doscientos quince y un fragmento fuertemente subrayado en lápiz atrajo mi atención. Y tan pronto como lo leí vi que era lo que necesitaba y que me ayudaría en mi cometido.

El fragmento rezaba así:

*—¿Qué puede oponerse —los ojos de Millicent brillaban mientras afrontaba al duro anciano—, qué puede oponerse a un amor puro y devorador? Ni reinos ni poderes, mi lord, ni todas las débiles prohibiciones de padres y guardianes. Amo a su hijo, lord Windermere, y nada puede separarnos. Desde el principio de los tiempos este amor nuestro estaba decretado, y ¿quién es usted para osar luchar contra los decretos del destino!*

*El conde la miró de un modo penetrante por debajo de sus cejas hirsutas como breñales.*

*—¡Hum! —dijo.*

Antes de haber tenido tiempo de refrescar mi memoria respecto a la respuesta de Millicent a esta observación, la puerta se abrió y el viejo Bittlesham entró. Parecía encantado de verme, como siempre.

—¡Mi querido míster Wooster! ¡Esto es un placer inesperado! Sírvase tomar asiento. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Bueno, el hecho es que de momento vengo más o menos en calidad de alegre embajador. Represento al joven Bingo, ¿sabe?

Su amabilidad se enfrió un poco, pero no me paró los pies, de modo que continué.

—Siempre he sido de la opinión —dije— que es condenadamente difícil para alguien oponerse a lo que se puede llamar amor puro y devorador. Quiero decir: ¿es posible? Lo dudo.

Mis ojos no estaban exactamente brillantes mientras miraba al anciano, pero en compensación hacía bailotear mis cejas.

—Hablamos de este asunto durante nuestro último encuentro, míster Wooster. Y, en aquella ocasión…

—Sí. Pero desde entonces, por decirlo así, los acontecimientos se han desarrollado. En realidad —dije, ciñéndome a la cuestión—, esta mañana Bingo fue y saltó del muelle.

—¡Santo cielo! —Se puso en pie de un salto, con la boca abierta—. ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Qué muelle?

—Estaba hablando metafóricamente —expliqué—, si ésta es la palabra adecuada. Quiero decir que se ha casado.

—¡Casado!

—Absolutamente enganchado. Espero que no se enojará usted por eso, ¿verdad? Tiene sangre joven, ¿sabe? Dos corazones que se aman, y todo lo demás.

Jadeó de un modo bastante agitado.

—Estoy en extremo conturbado por sus noticias. Yo… yo considero que he sido… ejem… desafiado. Sí, desafiado.

—Pero ¿quién es usted para osar luchar contra los decretos del destino? —dije, echando una mirada al libro del apuntador con el rabillo del ojo.

—¿Eh?

—Ese amor suyo estaba decretado, ¿entiende?, desde que empezó el tiempo, ¿sabe?

He de admitir que si él hubiese dicho «¡Hum!» en este punto, me habría hecho pasar un mal rato. Afortunadamente, no se le ocurrió. Hubo un silencio, durante el cual pareció rumiar un poco; luego su mirada cayó sobre el libro y entonces dio un respingo.

—¡Vaya, bendita sea mi alma, míster Wooster! Ha estado usted citando.

—Más o menos.

—Sus palabras me parecieron familiares. —Su aspecto cambió y soltó una especie de risa bulliciosa—. ¡Cierto, cierto! Usted conoce mi punto flaco.

Cogió el libro y se sumió en él durante largo rato. Empecé a pensar que había

olvidado que me encontraba allí. Al poco, sin embargo, lo volvió a dejar y se frotó los ojos.

—¡Ah, bien! —dijo.

Froté los pies contra el suelo y esperé lo mejor.

—¡Ah, bien! —dijo de nuevo—. No debo parecerme a lord Windermere, ¿verdad, míster Wooster? Dígame, ¿sacó usted a aquel altivo señor de algún modelo real?

—¡Oh, no, en absoluto! Pensé sencillamente en él y lo coloqué ahí, ¿sabe?

—¡Genial! —murmuró el viejo Bittlesham—. ¡Genial! Bien, míster Wooster, usted me ha vencido. ¿Quién, como dice usted, soy yo para luchar contra los decretos del destino? Escribiré a Richard esta noche y le informaré de mi consentimiento a su matrimonio.

—Usted puede comunicarle la buena nueva en persona —dije—. Está aguardando abajo, con su mujer. Bajaré y les diré que suban. Adiós y muchas gracias. Bingo quedará muy alentado.

Me precipité escaleras abajo. Bingo y señora estaban sentados en dos sillas como unos pacientes en la antesala de un dentista.

—¿Y bien? —preguntó Bingo ansiosamente.

—Todo está arreglado, salvo los apretones de mano —contesté, pegándole un manotazo en la espalda—. Láncense a la carga y traben amistad. Adiós, amigos, ya saben dónde encontrarme en caso de necesidad. Mil felicidades y todas las demás tonterías.

Y me escabullí, no deseando que me dieran las gracias.

En este mundo no se pueden hacer previsiones. Si alguna vez había experimentado la satisfacción del deber cumplido, fue cuando volví a mi piso y posé los pies sobre el guardafuegos y empecé a sorber la taza de té que Jeeves me había traído. Si bien estaba acostumbrado a ver derrumbarse muchos caballos al final de la carrera y no llegar a parte alguna, no podía ver ninguna causa de alarma en este asunto del joven Bingo. Todo lo que tenía que hacer cuando lo dejé en Pounceby Gardens, era subir con su esposa y recoger la bendición de su tío. Tan convencido de ello estaba yo, que cuando cerca de media hora más tarde él vino galopando a mi salita, todo lo que pensaba era que quería darme las gracias con acento conmovido, y decirme lo bien que me había portado. Me limité a sonreírle benévolamente cuando entró y estaba a punto de ofrecerle un cigarrillo cuando me percaté de que parecía fastidiado por algo. En realidad, parecía como si algo sólido le hubiese dado en el plexo solar.

—¡Mi querido amigo! —dije—. ¿Qué ocurre?

Bingo pegó unos cuantos brincos por la habitación.

—Estaré tranquilo —dijo, volcando una mesita—. ¡Tranquilo, maldita sea! —Volcó una silla.

—¿Ha pasado algo malo?

Bingo emitió uno de aquellos gritos huecos y tristes.

—Sólo todas las condenadas cosas que hubieran podido salir mal. ¿Qué crees que ocurrió cuando tú nos dejaste? ¿Sabes aquel vil libro que insististe en enviar a mi tío?

No es así como yo habría expuesto el asunto, pero vi que el pobre estaba fastidiado por alguna razón, de modo que no le corregí.

—¿*La mujer que lo afrontó todo*? —dije—. Resultó condenadamente útil. Gracias a que cité algunos de sus párrafos, logré convencerle.

—Bueno, no resultó útil cuando entramos en la habitación. Estaba sobre la mesa y después de haber empezado a charlar un poco y cuando ya todo marchaba bien, mi mujer lo vio. «¡Oh! ¿Ha leído usted eso, lord Bittlesham?», dijo. «Tres veces, ya», contestó mi tío. «¡Estoy tan contenta!», dijo mi mujer. «¿Es usted también una admiradora de Rosie M. Banks?», preguntó el viejo, radiante. «¡Yo soy Rosie M. Banks!», dijo mi mujercita.

—¡Anda! No, ¿de veras?

—Sí.

—Pero ¿cómo puede ser ella, ella? Quiero decir, ¡maldita sea!, estaba sirviendo la comida en el «Senior Liberal Club».

Bingo coceó contra el sofá de mal humor.

—Ella se colocó allí para buscar material para un libro que escribe titulado *Mervyn Keen, hombre de clubs*.

—Podía habértelo dicho.

—Produjo tal efecto en ella percatarse de que la amaba por sí misma, a pesar de su humilde situación, que conservó el secreto. Albergaba la intención de revelármelo más tarde.

—Bueno, ¿qué ocurrió después?

—Hubo una escena en extremo penosa. El viejo casi tuvo un ataque de apoplejía. La trató de impostora. Ambos empezaron a hablar al mismo tiempo a voz en cuello, y la cosa acabó yendo mi mujercita a ver a sus editoras para obtener las pruebas con que sacarle al viejo disculpas escritas. Lo que va a ocurrir ahora no lo sé. Aparte el hecho de que mi tío quedará tan loco como una gallina mojada cuando se entere de que ha sido engañado, habrá muchos disgustos cuando mi mujercita descubra que hemos empleado el truco de Rosie M. Banks para que yo contrajera matrimonio con otra persona. ¿Entiendes? Una de las cosas que la impulsó hacia mí fue el hecho de que nunca me había enamorado anteriormente.

—¿Le dijiste eso?

—Sí.

—¡Atiza!

—Bueno, no lo había estado… no había estado realmente enamorado. Hay toda la

diferencia del mundo entre… Bueno, poco importa. ¿Qué voy a hacer? Este es el problema.

—No lo sé.

—Gracias —dijo Bingo—. Eso es una valiosa ayuda.

A la mañana siguiente me llamó por teléfono, poco después de haber yo introducido en mi buche el tocino y los huevos. El único momento del día, en una palabra, en que un muchacho quiere meditar sobre la vida absolutamente sin ser molestado.

—¡Bertie!

—Hola.

—Las cosas van de mal en peor.

—¿Qué sucede ahora?

—Mi tío acaba de comprobar las pruebas de la mujercita y admite su reclamación. Acabo de hablar cinco intensos minutos por teléfono con él. Dice que tú y yo le hemos engañado, y tan furioso estaba que apenas podía hablar. Sin embargo, me dio a entender claramente que he vuelto de nuevo a perder mi renta.

—Lo lamento.

—No pierdas el tiempo teniéndome lástima —dijo el joven Bingo hoscamente—. Irá a verte hoy para pedirte una explicación personal.

—¡Caramba!

—Y mi mujercita también irá a verte para pedirte una explicación personal.

—¡Dios me valga!

—Contemplaré tu futura carrera con un interés considerable —dijo el joven Bingo.

Llamé a Jeeves.

—¡Jeeves!

—¿Señor?

—Estoy en un brete.

—¿De veras, señor?

Le expliqué el asunto.

—¿Qué aconsejaría usted?

—Creo que en su lugar aceptaría inmediatamente la invitación de míster Pitt-Waley. Recordará, señor, que le invitó a cazar con él en Norfolk esta semana.

—¡En efecto! ¡Por Júpiter, usted siempre tiene razón! Espéreme en la estación con mis cosas a la hora del primer tren de la tarde. Iré a esconderme en el club durante el resto de la mañana.

—¿Necesitará usted mi compañía en esta visita, señor?

—¿Quiere usted venir?

—Si puedo sugerirlo, señor, creo que sería más conveniente que me quedara aquí

y que me mantuviera en contacto con míster Little. Podría, posiblemente, encontrar un método para apaciguar los distintos bandos, señor.

—Muy bien. Si lo consigue, es usted una maravilla.

No me divertí mucho en Norfolk. Llovió casi siempre, y cuando no, yo estaba tan nervioso que no me fue posible cazar ninguna pieza. Al terminar la semana, no pude aguantarlo más. Era demasiado absurdo, quiero decir, estar abandonado a muchas millas de distancia en el campo, simplemente porque el tío y la mujer del joven Bingo querían cambiar impresiones conmigo. Decidí regresar y ejecutar la fuerte y varonil acción de permanecer escondido en mi piso y decirle a Jeeves que informara a todos los que llamaran que yo no estaba en casa.

Envié a Jeeves un telegrama diciendo que llegaría y me dirigí directamente a casa de Bingo en cuanto aterricé en Londres. Quería enterarme de la situación general de los asuntos. Pero, aparentemente, estaba fuera. Oprimí un par de veces el timbre sin que nada ocurriera, y estaba a punto de irme cuando oí el sonido de unos pasos en el interior, y se abrió la puerta. No fue uno de los más alegres momentos de mi carrera cuando me hallé de narices con la esférica faz de lord Bittlesham.

—¡Oh… hum… hola! —dije. Y hubo una ligera pausa.

No sabía con exactitud qué haría el viejo si por mala suerte volvíamos a vernos, pero tenía una especie de idea general de que se pondría bastante colorado y empezaría casi en seguida a cantarme las cuarenta. Me pareció algo extraño, por tanto, el hecho de que se limitara a sonreírse débilmente. Fue una especie de sonrisa helada. Sus ojos parecieron desorbitarse y se tragó la saliva una o dos veces.

—Hum… —dijo.

Aguardé a que continuara, pero aparentemente no tenía nada más que decir.

—¿Está Bingo? —pregunté, después de una pausa un tanto embarazosa.

El meneó la cabeza y sonrió nuevamente. Y luego, de repente, cuando la conversación empezaba a apagarse de nuevo, que me cuelguen si no dio una especie de pesado brinco hacia atrás y cerró la puerta.

No podía comprenderlo. Pero puesto que la entrevista, tal como había sido, parecía ya terminada, pensé que convendría más que me fuera. Estaba bajando la escalera cuando encontré al joven Bingo que subía los peldaños de tres en tres.

—¡Hola, Bertie! —dijo—. ¿De dónde sales? Te creía fuera de la ciudad.

—Acabo de volver. Vine a verte para saber cómo marchaban las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, todo aquel asunto, ya sabes.

—Oh, ¿aquello? —dijo el joven alegremente—. Eso se arregló hace días. La paloma de la paz revolotea por todas partes. Todo salió a pedir de boca. Jeeves lo arregló todo. Es una maravilla ese hombre. Bertie, siempre lo he dicho. Puso las cosas en su lugar en medio minuto, con una de sus brillantes ideas.

—¡Estupendo!

—Sabía que te alegrarías de ello.

—Te felicito.

—Gracias.

—¿Qué hizo Jeeves? A mí mismo me resultaba imposible encontrar una solución a ese condenado asunto.

—Oh, tomó las cosas en sus manos y las allanó en un segundo. Mi tío y mi mujercita son ahora grandes amigos. Se pasan horas enteras hablando de literatura y otras cosas por el estilo. Siempre viene a charlar con ella.

Eso me hizo recordar algo.

—Está ahí dentro ahora —dije—. Oye, Bingo, ¿qué tal está tu tío estos días?

—Bien, como siempre. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿no se habrá resentido un poco por la tensión de las cosas, verdad? Me pareció observar algo extraño en sus modales, hace un momento.

—¿Por qué? ¿Lo has visto?

—Abrió cuando llamé y luego, después de mirarme un poco me cerró la puerta en las narices. Me asombró, ¿sabes? Quiero decir, lo habría comprendido si me hubiera amonestado y demás, pero ¡maldita sea!, el hombre parecía absolutamente asustado.

El joven Bingo soltó una sonora carcajada.

—¡Oh, no te preocupes! —dijo—. Olvidé hablarte de ello. Albergaba la intención de escribirte, pero lo aplacé. Piensa que tú estás loco.

—El… ¿qué?

—Si. Eso fue idea de Jeeves, ¿sabes? Solucionó espléndidamente todo el problema. Sugirió que yo dijera a mi tío que había obrado en perfecta buena fe al presentarte como Rosie M. Banks; que había oído de tus labios repetidas veces que tú lo eras y que no veía ninguna razón por la que no tuvieras que serlo. La idea era que tú padecías alucinaciones y, por lo general, estabas un tanto chalado. Y luego cogimos a sir Roderick Glossop (¿te acuerdas?, el viejo cuyo hijo echaste al estanque aquel día en Ditteredge Hall) y él acudió con su cuento de cómo vino a almorzar contigo y encontró tu dormitorio lleno de gatos y pescados, y cómo tú habías robado su sombrero mientras te cruzabas con su coche en un taxi y todo lo demás, ¿sabes? Esto dio la última mano a la cosa. Siempre digo y siempre diré que sólo has de confiar en Jeeves, y el destino nunca te herirá.

Puedo aguantar mucho, pero todo tiene un límite.

—Bueno, de todas las condenadas osadías que jamás…

Bingo me miró pasmado.

—¿No te habrás molestado? —dijo.

—¡Molestado! ¿Sabiendo que medio Londres está bajo la impresión de que estoy chiflado? ¡Maldito sea todo!…

—Bertie —dijo Bingo—, me asombras y me hieres. Si hubiese imaginado que pondrías objeciones para hacer un buen servicio a un chico que ha sido amigo tuyo durante quince años…

—Sí, pero oye…

—¿Has olvidado —dijo el joven Bingo— que fuimos al colegio juntos?

Regresé a mi piso, maldiciendo a todos los diablos. De una cosa estaba completamente seguro: que había llegado el momento de que Jeeves y yo nos separáramos. Un excelente ayuda de cámara, por supuesto; no lo hay mejor en Londres, pero no permitiría que esa idea me debilitara. Entré en el piso como un viento del este… y allí estaba sobre la mesita una caja de cigarrillos, y sobre la mesa grande los semanarios ilustrados, y en el suelo mis zapatillas y cada condenada cosa tan condenadamente a punto, que empecé a calmarme al cabo de dos segundos. Era como uno de aquellos momentos, en un drama, en que el protagonista, a punto de cometer un crimen, oye repentinamente los dulces y emocionantes acentos de la vieja melodía que habla aprendido en el regazo de su madre. Ablandado, quiero decir. Esa es la palabra que busco. Me ablandé.

Y luego, he aquí que apareció en el umbral de la puerta el bueno de Jeeves, detrás de una bandeja llena de los ingredientes necesarios; y había algo en el solo aspecto de aquel hombre…

Sin embargo, endurecí mi corazón e hice un intento.

—Acabo de encontrar a míster Little, Jeeves —dije.

—¿De veras, señor?

—El… hum… él me dijo que usted había estado ayudándolo.

—Hice lo que pude, señor. Y me alegra decir que las cosas parecen seguir llanamente ahora, señor. ¿Whisky, señor?

—Gracias. Hum… Jeeves.

—¿Señor?

—Otra vez…

—¿Señor?

—Oh, nada… No todo el sifón, Jeeves.

—Muy bien, señor.

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Oh, Jeeves!

—¿Señor?

—Desearía… Pienso… Quiero decir… ¡Oh, nada!

—Muy bien, señor. Los cigarrillos están a su alcance, señor. La cena estará servida a las ocho menos cuarto en punto, a menos que el señor desee cenar fuera.

—No, cenaré en casa.

—Sí, señor.

—Jeeves!
—¿Señor?
—¡Oh, nada! —dije.
—Muy bien, señor —dijo Jeeves.



PELHAM GRENVILLE WODEHOUSE (1881-1975), nació en Surrey. Tras trabajar un tiempo como periodista en Inglaterra, se trasladó a los Estados Unidos. Escribió numerosas obras de teatro y comedias musicales, y más de noventa novelas. Creador de personajes inolvidables: Jeeves, Bertie Wooster, su tía Agatha, Ukridge, Psmith, Lord Emsworth, los lechuguinos del Club de los Zánganos, y tantos otros; sus obras se reeditan continuamente, como corresponde a uno de los grandes humoristas del siglo XX.

# Notas



[1] Starding Price, apuesta que se efectúa en el momento de empezar la carrera. (N. del T.) <<